JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la

BREVE HISTORIA de la...

# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Carlos Canales Torres



1808-1814: la heroica historia del levantamiento armado contra el invasor, el desarrollo de la primera Constitución y el nacimiento de la España Moderna

nowtilus saber

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la

BREVE HISTORIA de la...

# GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Carlos Canales Torres

1808-1814: la heroica historia del levantamiento armado contra el invasor, el desarrollo de la primera Constitución y el nacimiento de la España Moderna

nowtilus saber

# BREVE HISTORIA
# DE LA GUERRA
# DE INDEPENDENCIA
# 1808-1814

**Carlos Canales Torres**

ÍNDICE



*A mi padre, que ama la Historia y a España.*

*A la memoria, nunca más olvidada,*
*de José Sainz, mi lejano antepasado,*
*subteniente del regimiento de Húsares de Cantabria,*
*que supo acudir en defensa de su patria cuando ésta le necesitó.*

## JUAN ANTONIO CEBRIÁN PRESENTA

### *La guerra de Carlos*

Es muy difícil para mí compendiar en breves líneas toda la admiración y cariño que siento por mi querido amigo Carlos Canales. Y lo cierto es que en estos once años de relación apenas se lo pude expresar cara a cara pues, siempre que me entregaba a la tarea, Canales me interrumpía una vez esbozadas las primeras palabras para terminar en gozosa monopolización, por su parte, de cualquier discurso o argumento esgrimido. Pero, qué caramba, créanme que merece mucho la pena estar a su lado en cualquier ocasión disfrutando de su brillantez intelectual, de su lucidez verbal y de su peculiar forma de entender la existencia. Carlos alberga en su interior las esencias renacentistas que todos sus allegados apreciamos sin recato. Es capaz de mantener varias conversaciones a la vez sobre cualquier disciplina sin perder hilo ni apostilla, y eso le convierte en un ser maravilloso, de esos que, hoy, por desgracia, escasean en nuestra sociedad tan empeñada en lo estéril. Canales tiene entre otras virtudes la de una vocación fértil por todo lo que sepa a histórico y, en ese sentido, siempre me llamó la atención sus profundos conocimientos sobre la peripecia bélica de los pueblos. No en vano es fundador y presidente de publicaciones tan prestigiosas como *Ristre* —revista de historia militar española muy apreciada por los eruditos del sector gracias a sus cuidados textos e ilustraciones—o *Ristre Napoleónico*, consecuencia lógica de la anterior y motivo de acercamiento para todos aquellos que quieran saber mucho más sobre esta decisiva etapa europea.

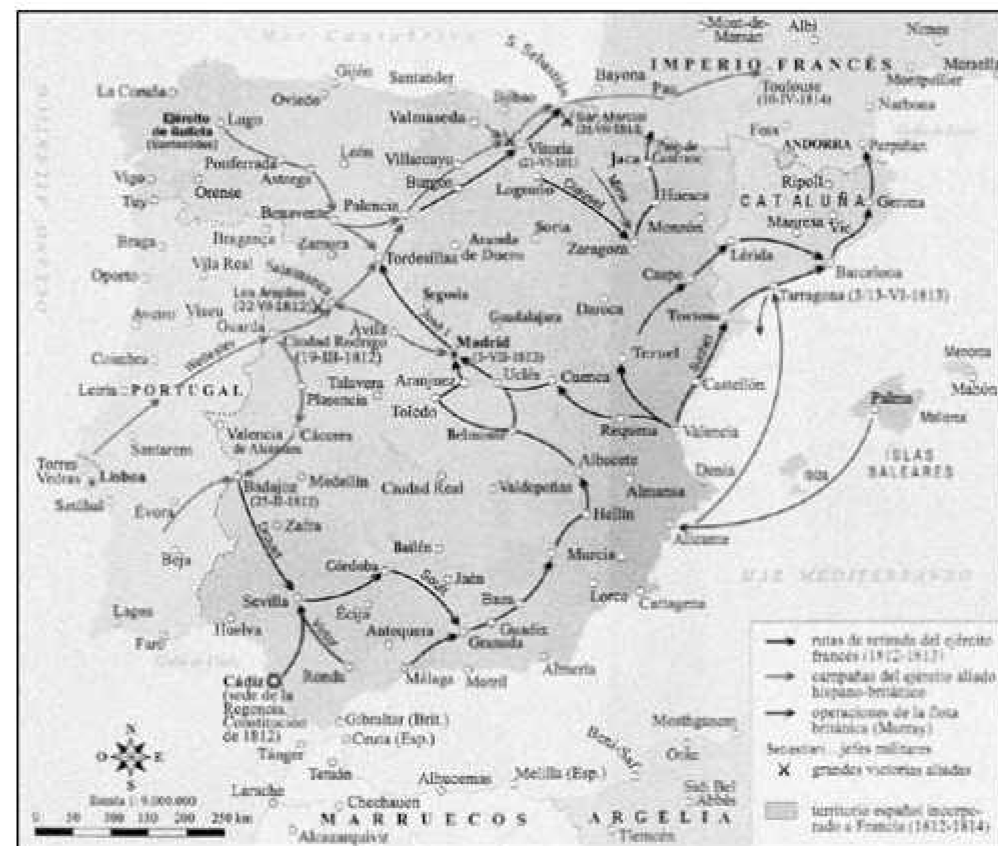
Para los españoles la Guerra de la Independencia es el inicio de nuestra Edad Contemporánea. Fue precisamente el conde de Toreno quien definió a la perfección todo lo que supuso para nuestro país la guerra peninsular, como así la denominaron los historiadores británicos. El ilustre diplomático, enviado a Londres a finales de mayo de 1808, escribió una obra titulada *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Modestamente, pienso que ese encabezamiento define con precisión lo que fue nuestro particular conflicto de liberación nacional. Levantamiento, porque fue una reacción popular violenta contra los franceses y las autoridades locales comprometidas con ellos; guerra, porque la voluntad de los patriotas españoles, de hacer frente a Napoleón, se opone, hostilmente, al deseo de Bonaparte, quien sostiene asimismo su decisión con las armas, provocándose, por ello, el conflicto bélico, y revolución, porque al hilo de los sucesos militares se desarrolla un proceso institucional nuevo en nuestra historia que cristalizará en la Constitución liberal que los diputados de las Cortes de Cádiz redactan en 1812.

En el inicio de la contienda el ejército español contaba, sobre el papel, con unos ciento diez mil hombres veteranos a los que podría sumarse un número cercano a los treinta y cinco o cuarenta mil de las milicias provinciales. Al margen de que esa cifra era poco mayor que la de las tropas francesas destacadas en España, cabe decir que la dispersión, la escasa preparación de la mayoría de sus cuerpos y la anticuada formación de sus mandos, hacía de estas fuerzas un heterogéneo grupo difícilmente comparable a los ejércitos napoleónicos. El ejército regular español durante la guerra fue inferior, no se puede negar, al francés. Prácticamente hubo una sola victoria para las tropas regulares españolas: Bailen, en julio de 1808, y el entusiasmo lógico que suscitó entre los españoles —como en toda Europa, puesto que era la primera derrota que en campo abierto sufrían los napoleónicos— a la larga resultó perjudicial, pues hizo creer a los generales españoles que la acción de Castaños era fácil de repetir. Y dicha presunción costó muchas derrotas. Si el ejército regular fue repetidamente vencido, ¿por qué se produjo la victoria final y la expulsión de España de los ejércitos franceses y de la dinastía intrusa personificada en José I Bonaparte? La respuesta se me antoja sencilla: los españoles nunca se rindieron a pesar de sus continuos descalabros en el campo de batalla; asunto al que no estaban acostumbrados los disciplinados mandos galos. Si, por un lado, en España combatió un ejército aliado compuesto por tropas inglesas, portuguesas y españolas regulares, no podemos olvidar que, por otro, surgió un movimiento de resistencia irregular integrado por guerrilleros. Sin la participación del ejército expedicionario inglés, mandado por Wellington, no se hubiese producido la victoria; pero sin la aportación del pueblo español encuadrado en partidas y guerrillas, difícilmente ese contingente aliado hubiese logrado actuar como lo hizo.

Los cuarenta mil españoles que se «echaron al monte» contra el francés, además de los que los apoyaban con dinero, comida, refugio o información, fueron una constante molestia para los generales franceses, que debían dedicar muchos hombres para proteger vías de comunicación y acosar a un enemigo que se movía en la sombra y que dominaba el paisaje sin darles cuartel y sin actuar más que cuando tenía segura la victoria.

En definitiva, una tremenda guerra de desgaste, sucia y feroz que acabó por desmoralizar a unos soldados acostumbrados a que una victoria campal les abriese las puertas de un país como había sucedido en todos los campos de Europa desde hacía quince años. Un inglés definió la situación en estos términos: "si Wellington fue el torero, los guerrilleros picaron al toro francés y le pusieron banderillas".

En las páginas de este libro, el lector se va a topar con una guerra despiadada que sembró nuestro país de auténtica desolación y mortandad. Canales se muestra riguroso a la hora de actualizar datos fidedignos sobre el conflicto, ameno en la exposición de situaciones y certero en sus apreciaciones sobre la interpretación de los principales acontecimientos. Esta *Breve Historia sobre la Guerra de Independencia Española* será, sin duda, obra de referencia para los que quieran saber la verdad de este capítulo fundamental en la historia de España.




*Mapa general de las operaciones en la Península Ibérica (1807-1814)*

## Amanecer

*Líneas de sitio de Stralsund. Pomerania. 16 de agosto de 1807.*

Era aún plena noche cuando se dio la orden a las tropas del general Kindelán de aprestarse para el combate. Con poca luz y bajo una suave brisa que procedía del mar, los hombres del regimiento de Infantería de Línea de Zamora tomaron con cuidado sus armas. Llaves, baquetas y cartuchos fueron cuidadosamente revisados. A luz tenue de las antorchas y de la luna, las bayonetas, hermosas y largas herramientas de acero de más de dos palmos de longitud, desprendían extraños reflejos al ser extraídas de sus fundas. Los granaderos, impresionantes con sus gorros de piel de oso y, los fusileros, con sus sombreros de "medio queso", fueron formando para ser revistados antes del combate. No muy lejos de allí, sus compañeros del batallón Ligero de Cataluña realizaban una ceremonia similar. Sus capotes marrones, necesarios en las frías noche bálticas, fueron guardados con meticulosa profesionalidad y, los largos fusiles, sacados de sus fundas. Los soldados catalanes dejaron libres los plumeros de los cascos para que en la distancia les hicieran parecer más altos y esbeltos, y distorsionaran su imagen ante los tiradores enemigos. Entre tanto, quienes estaban situados en las posiciones de vanguardia, escucharon el sonar de los cascos y los relinchos de los caballos de unos jinetes a los que reconocieron en seguida por sus dolmanes verdes y sus chacos negros. La mayoría llevaban sus carabinas dispuestas y sus sables colgaban a su costado izquierdo. De entre ellos destacaban los trompetas con sus llamativos uniformes escarlata y los espectaculares colbacs de piel de algunos oficiales. Todos parecían firmes y resueltos. Eran dragones del regimiento Villaviciosa, aún con su antigua indumentaria del Instituto de Cazadores al que hasta hace poco habían pertenecido, e iban a desplegarse para participar en el ataque, en apoyo de sus camaradas de infantería. Su objetivo eran los parapetos y trincheras del ejército sueco en torno a la antigua ciudad hanseática de Stralsund, en las costas alemanas de Pomerania. Al iniciar su avance comenzaron a escuchar los primeros disparos de armas ligeras y el rasgar el aire de los proyectiles de la artillería enemiga, y sabían, perfectamente, que muchos de ellos no verían amanecer el siguiente día; pero era su deber y, aunque estaban a miles de kilómetros de su casa, querían demostrar de lo que eran capaces. Eran las dos de la madrugada del 16 de agosto de 1807...

Apenas unas horas después, a eso de las nueve, el combate cesó y las tropas españolas *"despreciando el fuego de fusil y cañón enemigo, y arrostrando con denuedo los riesgos, ocupando los puntos señalados y quedando situados en ellos..."*. Según comunicó a Madrid en su informe el propio general Kindelán, habían cumplido su misión. Poco a poco los supervivientes de los tres regimientos que habían participado en la lucha se recuperaban de las heridas, del cansancio y de la tensión del combate. Días después el coronel barón de Armendáriz fue propuesto para la Legión de Honor, la máxima condecoración francesa, junto a los capitanes Del Río, Rute, Aranda, Coma y el alférez Contreras, por su sereno valor y su conducta ante el enemigo, y el general Monitor mencionó en su carta al mariscal Brunne que no tenía adjetivos *"para subrayar el espíritu de honor, entusiasmo y valor de las tropas españolas"*.

Un año más tarde, los camaradas de Stralsund, hombres que habían desafiado juntos el fuego sueco se encontrarían enfrentados en la más atroz de la guerras imaginables. Los españoles intentarían desde Dinamarca huir hasta su patria, para, desde ella, combatir a sus antiguos aliados. Muchos no lo lograron y acabaron sus días en la horrible campaña de Rusia sirviendo bajo las banderas de un rey de España, José I, que casi ninguno consideraba el suyo. Otros, como el propio Kindelán, se unirían con entusiasmo al rey intruso y jamás volverían a ver la nación que les vio nacer. Los más, caerían a lo largo y ancho de toda España combatiendo, muchas veces a la desesperada, contra los poderosos ejércitos franceses que intentaban ocuparla.

¿Qué fue lo que ocurrió? ¿Cómo se llegó a tan terrible drama? ¿Por qué Francia invadió España? ¿Por qué se produjo una reacción popular tan intensa?

# INTRODUCCIÓN

*Situada al extremo de la Europa Occidental, la Península Ibérica se ofrece como una presa tanto más codiciada cuanto que su dominación permitiría a los franceses combatir allí a los ingleses, aliados de los portugueses.*

Jean-René Aymes

Los seis años que transcurren entre 1808 y 1814 se encuentran entre los más importantes de nuestra historia, ya que de ellos, para lo bueno y para lo malo, nació la España contemporánea. Para España, que tras el alzamiento de 1808 jugó un honroso papel en el conflicto europeo, en el que dio alas y alentó la resistencia en Europa entera, que vio cómo un solo país podía con esfuerzo y valor oponerse al poderoso imperio francés, la guerra fue un terrible desastre. Probablemente, si las cosas hubiesen sido de otra manera, las reformas que debían conducir a España a la modernidad se habrían ido imponiendo de una forma u otra, pues aunque es seguro que habría habido una enorme resistencia de los sectores más inmovilistas, también es verdad que poco a poco las ideas ilustradas iban calando en una burguesía, todavía débil, pero cada vez más pujante.

La guerra aceleró el proceso, por lo que es importante destacar la revolución interior sufrida por España durante estos años que vieron nacer nuestra primera Constitución y el comienzo, al fin, del Antiguo Régimen, y condicionó las décadas siguientes, al no lograrse un acuerdo efectivo que satisficiera a todos los poderes enfrentados, y que impulsó un conflicto entre los legitimistas monárquicos y los liberales o constitucionalistas que duraría con diversas formas la mayor parte del siglo XIX. Por otra parte, no debemos olvidar la difícil situación en la que nuestro país se encontraba al producirse el levantamiento popular en 1808, enfrentado en guerra abierta con el Reino Unido, que tras barrer la oposición de nuestra flota y la de nuestros incómodos aliados hacía ya tres años, estaba dispuesto a terminar con nuestro imperio ultramarino, al que podía atacar sin apenas oposición, a su gusto, sin que los fracasos ante Buenos Aires y Montevideo les hubiesen desalentado lo más mínimo, y al comienzo de una revolución interior, de corte palaciego, pero con cierta intervención de importantes sectores de la sociedad, que pretendían alejar al primer ministro Godoy del poder y sustituir al decrépito monarca, Carlos IV, por su hijo, el taimado Fernando, príncipe de Asturias.

Para Francia, causante de la guerra, la misma fue fruto de la ambición desmedida de Napoleón, hombre genial en todos los aspectos, no sólo como militar. Organizador de primera, hábil ejecutor de las decisiones de gobierno e impulsor de la codificación normativa en la más hermosa tradición de la Ilustración, dejó fijadas las líneas maestras de la política francesa de la Revolución y estableció las bases de una educación pública, laica y moderna, que decenios después se convertiría en uno de los signos de identidad de Francia. Sin embargo, tampoco conviene olvidar otros aspectos importantes no tan brillantes. Fue también un gobernante tiránico, convencido de la necesidad de exportar los ideales de la Revolución a todo el continente, única y exclusivamente, para afianzar su poder, sin importarle que en su camino tuviese que aplastar naciones enteras, y actuó en ocasiones, como en Holanda o en España, con una total falta de escrúpulos. Su nacimiento en la baja nobleza corsa le dio una concepción patrimonial del Estado al estilo del ejercido por las familias que dirigían la política en su isla natal, lo que le llevó a rellenar los tronos de Europa con sus hermanos y familiares políticos, según él, los únicos en los que podía confiar. Su poder casi absoluto le inclinó en ocasiones hacia el despotismo que tanto despreciaba, pues, en realidad, lo que de verdad odiaba el genio corso era el *Antiguo Régimen*, para él caduco, que identificaba en las viejas monarquías a las siempre quiso destruir. Fue el culpable de la Guerra de España que, a la postre, fue una de las causas de su ruina. Jamás, en tanto tuvo las riendas de Francia, reconoció que se había equivocado en España, para desgracia de los miles de soldados de su nación enfrentados a una guerra feroz en la que muchos de ellos encontrarían la muerte.

El Reino Unido, por su parte, llevó una guerra contra Napoleón totalmente solitaria, aunque en cada coalición contase con aliados poderosos. Fue una lucha aislada, porque sus objetivos eran diferentes a los de los demás. Para austriacos, prusianos, o rusos, la lucha era meramente por evitar la destrucción de su monarquía y sistema de gobierno tradicional por el ímpetu de las ideas y las armas francesas. Para los españoles y portugueses era una guerra para mantener su independencia y

soberanía nacional, pero para Gran Bretaña, profundamente implicada en la primera revolución industrial del mundo que cambiaría Occidente y la Tierra entera para siempre, era una cuestión de supervivencia mantener los mares y el comercio libres e impedir un poder total de un monarca en la Europa continental. Les consideremos egoístas o no, los británicos llevaron hasta el final su estrategia y vencieron, pues tras Trafalgar y Waterloo se convirtieron en los amos de los mares y señores del mundo durante más de un siglo, ganando además para siempre y pese a todos los problemas un fiel aliado, pues Francia siempre combatiría en las guerras decisivas del futuro en el bando inglés. Por el contrario, para las grandes potencias continentales, representadas por sus monarquías ancestrales, fue el principio del fin. Europa tuvo que esperar hasta 1918 para ver su ocaso definitivo, pero a la larga las fuerza de las ideas, que fue la gran herencia de la Revolución, de la que Napoleón era evidentemente hijo, fue finalmente más poderosa que las armas.



*La sumisión española a la política francesa produjo situaciones extrañas que obligaron a nuestro ejército a intervenir en teatros de operaciones muy lejos de nuestro país y de nuestros intereses. En la ilustración dos oficiales españoles de la División del Marqués de la Romana pasean por Hamburgo en 1807. Colección Imperial. Hermanos Suhr.*

Por último, para Portugal, la guerra resultó un desastre total. La marcha de la familia real a Brasil y la destrucción y devastación causada por el conflicto, acabaron con la obra del marqués de Pombal y los gobiernos ilustrados que le siguieron. Arruinó su comercio y su escasa e incipiente industria, destruyó vías de comunicación y causó una pérdida irreparable en la agricultura y la ganadería. Además, convirtió a la nación en un auténtico protectorado británico, situación que se mantendría hasta bien entrada la década de los años veinte del siglo XIX y condicionaría poderosamente el futuro de la nación que, por lo demás, reproduciría en las décadas siguientes un conflicto entre los liberales más avanzados y los grupos refractarios a la modernización y al progreso similar al de España, y que colocaría a ambas naciones en el furgón de cola de la Europa Occidental, situación que sólo en las últimas décadas se ha ido corrigiendo con un enorme esfuerzo.

En cuanto a las fuentes, obviamente este libro es fruto de una investigación bibliográfica y no documental, dado que su objetivo es sólo dar a conocer de forma sencilla que fue y que supuso para España la Guerra de Independencia. Sin embargo, sí he querido reflejar, aunque sin profundidad, las más modernas investigaciones que se están llevando a cabo en los aspectos puramente militares de la guerra y sus implicaciones políticas, ya que creo que la historiografía tradicional, tanto española como francesa o británica, está cargada de errores y juicios de valor gratuitos que, al menos en España, están siendo puestos en cuestión mediante la única forma posible, con documentos, datos y hechos, labor en la que están implicados decenas de historiadores profesionales y grandes amantes de la historia militar napoleónica entre quienes quiero destacar a José Sañudo, Leopoldo Stampa, Julio Albi, Luis Sorando y otros muchos más, cuya impagable labor nos está dando constantemente agradables sorpresas.

# CAPÍTULO I

## LA CRISIS ESPAÑOLA



*La familia de Carlos IV.*
Obra de Goya. Museo del Prado, Madrid

*Los descendientes de Luís XIV, los Borbones que reinan en España son unos degenerados. Basta con ver el Museo del Prado de Madrid el famoso cuadro de Goya que representa a la familia. Una galería de monstruos. La pintura es tan cruel que casi parece una caricatura. Sin embargo, los personajes se encontraron tan parecidos que felicitaron y honraron al artista.*

*En el centro del grupo, el rey Carlos IV sonríe con una inexpresable estupidez. Es un hombrachón de sesenta años, de pesada corpulencia, de aspecto bonachón, de aire completamente alelado. Respira la tontería más desesperante.*

*A su lado, la reina María Luisa, es una arpía, ajada, desdentada, de mirada apagada y maligna. Por encima de los perifollos y colorines exhibe una especie de cabeza de ave rapaz. Tiene, a la vez, algo de bruja y de lechuza.*

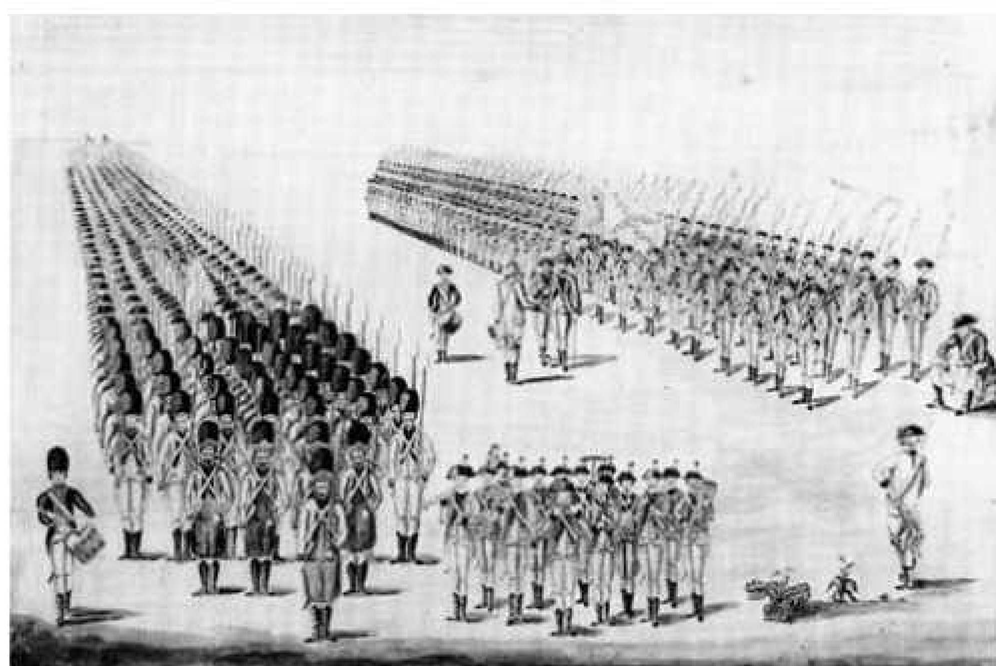
*El heredero del trono, Fernando, príncipe de Asturias, es un bobo, cuyo rostro, ininteligente y socarrón, refleja la imbecilidad y la bellaquería.*

George Roux

## UN REINO EN CRISIS

En 1808 España tenía algo más de diez millones de habitantes y aunque se encontraba lejos de los casi treinta de Francia, su población era ligeramente mayor que la de Inglaterra; sin embargo, a raíz de su progresiva industrialización, estaba aumentando a gran velocidad[1]. Durante el siglo XVIII España había tenido un notable desarrollo y al comenzar el siglo XIX no presentaba unas grandes diferencias en nivel de vida con el resto de su entorno europeo, salvo en dos cuestiones importantes, la altísima tasa de analfabetismo —apenas el 25% de la población sabía leer y escribir— y la escasez de ciudades realmente importantes —Madrid apenas sobrepasaba los 200.000 habitantes, frente a unos 700.000 de París y casi 900.000 de Londres—. Esto significaba la ausencia de masas de obreros y proletarios que comenzaban a ser frecuentes en las urbes del Reino Unido y de Francia y configuraban una sociedad muy diferente a la española, que era todavía típicamente rural.

La estructura de la población en los tres estados clásicos del Antiguo Régimen producía también notables diferencias con los británicos y los franceses. Algo más de 400.000 personas pertenecían a la nobleza —119 grandes de España y 535 títulos— otros 170.000 eran parte del clero —un nivel altísimo— y el resto, el pueblo llano. La posesión de la tierra cultivable o productiva era muy desigual, puesto que los nobles eran propietarios del 51,38% y la Iglesia del 16,50%. Por otra parte, las rentas de la Iglesia se repartían de una manera muy desigual entre sus miembros —un cura de un pueblo pequeño apenas alcanzaba los 600 reales, en tanto un obispo podía alcanzar fácilmente los 800.000[2]— y algo parecido ocurría entre la nobleza. La Iglesia seguía teniendo una enorme fuerza intelectual y política en España que lastraba el desarrollo de la nación y la difusión de las ideas modernas y de progreso. A pesar de estos y otros problemas, España disponía de una minoría de científicos e intelectuales a la altura de los de cualquier país de Europa.



*El Regimiento Jaén en formación en 1793. La guerra contra la Francia revolucionaria mostró las carencias del Real Ejército y dio comienzo a una serie de profundas reformas que no habían aún terminado en 1808.*

Durante el final del reinado de Carlos III, las medidas reformadoras llevadas a cabo a lo largo del siglo por los sucesivos gobiernos de los monarcas de la casa de Borbón habían comenzado a transformar la sociedad. En Cataluña, que disponía de una buena industria textil y de producción de algodón ya desde el siglo XVII, la producción de licores y vinos de calidad y el aumento espectacular de las exportaciones el nivel de vida era comparable al de cualquier región europea, y lo mismo ocurría en el País Vasco, que gozaba de una fuerte industria del hierro y de armamento, y en la actual Cantabria, donde las fábricas de artillería naval, los astilleros y la industria de exportación de harina habían provocado una enorme bonanza económica. Además existía una notable industria de la seda en Granada y Valencia, y de manufactura lanar en Guadalajara. Toda esta producción alimentaba al Imperio Español en América, pero también se comerciaba con Europa y, en menor escala, con el Norte de África

En los primeros años del XIX esta tónica general continuó, si bien una serie de inusuales desastres afectaron a la España de la época, que sufrió desde terremotos a plagas de langosta, fuertes inundaciones y varias epidemias de malaria y fiebre amarilla que se cebaron con las clases más desfavorecidas, aumentando la pobreza entre un campesinado, que salvo en algunas zonas de Navarra, el País Vasco, y Cataluña, ya era desesperadamente pobre. A estas desgracias se unía, a pesar de las reformas, la persistencia de estructuras socioeconómicas arcaicas, que lastraban el desarrollo y el progreso, desde los diezmos y primicias que se pagaban a la Iglesia, a la presión que ejercían sobre las rentas del campo los otros grandes propietarios, la nobleza rural, las viejas órdenes militares e incluso algunas corporaciones locales. Existían, además, infinidad de monopolios locales para actividades comerciales básicas, en actividades esenciales, como el molido de trigo, o muy minoritarias, como la producción de cerveza. Todo ello generaba una nación cargada de rentistas que vivían del trabajo de unos pocos y en un entorno de impuestos caóticos y con aduanas interiores. La grave situación y el enorme incremento de la población —un 10% entre 1750 y el final del siglo— provocó revueltas ocasionales a lo largo del país, en Galicia y Asturias en 1790-1791, de nuevo en Galicia en 1798, en Valencia en 1801 y en Vizcaya en 1804, a lo que hay sumar desórdenes en algún momento u otro en casi todas las ciudades del país.

Al comenzar la nueva centuria, España se encontraba en una situación compleja, en la que se mezclaba un atraso atávico con algunos factores de modernidad y vitalidad; pero, en cualquier caso, es difícil hablar de decadencia, pues conviene no olvidar que aún contaba con un inmenso imperio en América y el Lejano Oriente, que hasta los años finales del siglo XVIII había continuado su expansión[3] y que se apoyaba en una poderosa flota y un ejército que, si bien fue decayendo a lo largo de los últimos años del siglo, todavía era importante.

**Sin salida**

Al firmarse la Paz de París en 1783, la más ventajosa para nuestra nación desde 1559, parecía que España había vuelto de nuevo a ocupar un puesto destacado entre las grandes potencias del mundo. Sus tropas, victoriosas en los campos de batalla de Florida Occidental habían seguido avanzando en el último año de guerra, y ocupado posiciones enemigas desde Saint Joseph, en la orilla oriental del lago Michigan, hasta las Bahamas, y en Europa se había tomado Menorca y amenazado Gibraltar. La flota española, la tercera del mundo, estaba diseñada de acuerdo a las técnicas más modernas de la ingeniería náutica y sus marinos eran hombres capaces y experimentados que seguían extendiendo la soberanía española hacia el extremo norte de las costas del Pacífico. Una ola de optimismo volvía a invadir el decaído ánimo del país. Sin embargo, la realidad no era tan halagüeña. En 1783 la Hacienda española estaba muy quebrantada. A los pocos años del final de la guerra, Gran Bretaña, pionera de la revolución industrial, era de nuevo una terrible amenaza. Con una agresiva economía en expansión buscaba incesantemente nuevos mercados y la América Española era uno de sus objetivos prioritarios.

La necesaria defensa de posiciones en tres continentes obligó a España a invertir ingentes recursos, que no tenía, en programas de construcción naval que permitieran hacer frente al desafío inglés, pero con una educación rudimentaria y una población esencialmente campesina y analfabeta, faltaban tripulaciones adecuadas, obreros cualificados, buenos carpinteros de ribera, técnicos y especialistas. En cuanto al ejército, comenzó a disminuir progresivamente y el cuidado de la cría caballar fue cada vez menor. Los proyectos de mejora se vieron muy afectados por la necesidad de mantener una Armada poderosa que, de todas formas, también comenzó a decaer. Cuando en 1793 España se vio enfrentada a los entusiastas y fanáticos ejércitos revolucionarios no fue capaz de detener su empuje. En realidad la agresión española a nuestro aliado de todo el siglo XVIII se debió más a un problema de política dinástica que a un interés nacional o popular. Es evidente que a la larga, para sobrevivir, el régimen revolucionario francés tenía que acabar con las monarquías europeas, pues siempre serían una amenaza para su subsistencia, lo que provocó el más largo ciclo de guerras que nuestro continente había visto en más de un siglo y obligó a naciones como la nuestra a intentar evitar el "contagio" de las nuevas y radicales ideas que venían de más allá de los Pirineos y que ponían en serio riesgo el mantenimiento del orden ancestral. En tanto la guerra

fue bien bajo la dirección y el liderazgo del competente general Ricardos, las tropas españolas combatieron siempre en territorio enemigo, en el Rosellón, la Cerdaña, el Languedoc o Provenza; pero tras la muerte del general y de su sucesor, y el comienzo de las arrolladoras victorias francesas ante austriacos, prusianos y piamonteses, la situación española se hizo cada vez más complicada. La ayuda inglesa era ineficaz y las tropas españolas sufrieron serias derrotas que minaron su moral y capacidad de lucha. El Real Ejército, inmerso en profundos cambios que adaptaran su estructura a la nueva realidad, no fue capaz de responder a desafío que se le planteaba.



*Godoy, príncipe de la Paz, retratado en la breve y exitosa campaña contra Portugal que la historia conoce como Guerra de las Naranjas y que a España le valió la obtención de la plaza de Olivenza. Cuadro de Goya, Museo del Prado, Madrid.*



*El* San Nicolás *se bate contra los ingleses. La alianza hispano-francesa terminó en el desastre de Trafalgar.*

El pueblo español era en su mayor parte ajeno a las causas de una lucha que no entendía bien. En 1795 la mayor parte de los altos mandos españoles estaban convencidos de que la derrota ante Francia era inevitable. Las vanguardias galas habían alcanzado el Ebro y el ejército de Cataluña parecía abocado al desastre. Por otra parte, los ingleses no parecían un aliado muy fiable y su apoyo a España había sido escaso y problemático; al fin y al cabo habían sido nuestro tradicional enemigo durante decenios. Es cierto que otros ejércitos infinitamente más poderosos como los de Austria o Prusia corrieron idéntica suerte, pero lo que distinguía a España y convertía su situación en dramática era que no podía elegir la paz. Su problema no era sólo político, pues hiciera lo que hiciera acabaría en guerra.

En 1795, ante la complicada situación producida por las derrotas ante la Francia revolucionaria, el débil gobierno español optó por la solución más sencilla, una paz al estilo de las del Antiguo Régimen, entrega de algunos territorios y un compromiso de alianza. Sin embargo, a partir de 1804 las cosas cambiaron. La nueva

Francia exigía una sumisión total a su política y eso significaba para España la guerra con Gran Bretaña. Esta nación no había sido un aliado cómodo y había un núcleo importante de su población dispuesto a apoyar una ruptura de relaciones con España. Su industria embrionaria exigía nuevos mercados para sus productos manufacturados y nuevas fuentes de materias primas y el Imperio Español tenía todo lo que buscaban. Si la España de 1795 hubiese sido capaz de resistir el empuje francés se podría haber producido una situación como la de 1808 con más de diez años de antelación, pero al cambiar una y otra vez de bando, perdió la confianza de los franceses —que actuaron muy torpemente— y se enfrentó a Gran Bretaña despertando, aún más si cabe, sus ya notables apetencias sobre nuestras colonias.

Fue una época intensa, que se abrió con el comienzo de la nueva guerra entre España y Gran Bretaña en 1804, que situó a nuestro país en el lado francés con todas sus consecuencias; una alianza que nos trajo enormes desgracias, la principal la pérdida de nuestra flota y que motivó intervenciones de nuestras tropas en teatros de operaciones distantes y extraños para nuestras armas. Aunque algunos episodios como la expedición a Etruria o a Dinamarca han sido recientemente popularizados, las luchas, combates y las intervenciones militares llevadas a cabo por España entre 1804 y 1808 en Europa y América, oscurecidas por el tremendo impacto de los sucesos acaecidos a partir del 2 de mayo de 1808, son básicamente desconocidas y están plagadas de actos heróicos y valerosos en mar y tierra, siendo en algunos casos los adversarios y enemigos conocidos como los británicos, inesperados como los norteamericanos en Florida, e inusuales como los suecos en Pomerania. Se trataba en todos los casos de acciones que obedecían, en unos casos, a la política de alianzas llevada a cabo por Godoy y, en otros, a la codicia e interés que despertaban en muchos nuestros territorios.

En las dos guerras consecutivas contra los británicos, de 1796-1802 y 1804-1808, los éxitos en Tenerife, Puerto Rico, El Ferrol y Buenos Aires, no compensaron las derrotas en Menorca o el cabo San Vicente. A pesar del valor de marinos y soldados, tras la derrota de Trafalgar, la Real Armada ya no fue capaz de proteger por si sola los territorios americanos que se vieron sometidos a una oleada de ataques cada vez más intensos. Tras los asaltos a Buenos Aires y Montevideo, era evidente que el Reino Unido se había fijado la América española como objetivo. Hacia ella se dirigía la expedición de sir John Moore cuando recibió la orden de dirigirse en apoyo de los patriotas españoles. Los británicos combatían a sus enemigos franceses y protegían sus intereses, como era su deber. Para ellos, digan lo que digan sus historiadores, la causa española era un asunto secundario, conviene no olvidarlo.

**Reformas urgentes**

La persona que iba a dirigir los destinos de España en los críticos años del comienzo del siglo XIX fue Manuel Godoy. Procedía de la pequeña nobleza extremeña y había llegado a Madrid en las postrimerías del reinado de Carlos III para ocupar una plaza en las selecta Guardia de Corps. Al poco tiempo de su ingreso, ya reinando Carlos IV, llamó la atención de la reina María Luisa, por su porte altivo y buena presencia, y al poco tiempo se había ganado los favores de la pareja real —en especial de la reina—, y ya, en 1792, alcanzó el rango de capitán general, siendo nombrado poco después Primer Secretario de Estado. Su ascenso imparable estuvo directamente provocado por los agrios enfrentamientos que empezaban a producirse en el seno de las más altas instancias del gobierno y la administración. Desde finales de la década de los ochenta del siglo XVIII se había ido agudizando una fuerte rivalidad entre los nobles de alta cuna que desde siempre habían tenido el control de los destinos de España y a los que se conocía por el apodo de los "pelucas" y los "corbatas", procedentes de un origen más humilde, pero que se habían ido abriendo paso por sus conocimientos y eficacia en la administración de la nación.



Fernando VII , *por Goya. Museo del Prado Madrid. El príncipe de Asturias defraudó las esperanzas que el pueblo había depositado en él y se comportó siempre de una manera indigna.*

La rivalidad entre ambas facciones, representadas por el conde de Floridablanca, por los "pelucas", y el conde de Aranda, por los "corbatas", facilitó el ascenso de Manuel Godoy, ya que el rey buscaba a alguien que fuese de su estricta confianza. Desde luego, era un hombre ambicioso y es posible que no tuviera demasiados escrúpulos, pero ni era tonto ni un vago. Premiado por el rey con el título de príncipe de la Paz tras el tratado de Basilea con Francia de 1795, del que España salió mejor parada de lo esperado, poco a poco se fue haciendo con el control total de las riendas del estado. El rey Carlos IV era una verdadera nulidad, escaso de luces —por no decir directamente que era idiota—, se dedicaba a la caza y a coleccionar relojes, por lo que Godoy estaba realmente a cargo del destino del país, y gobernarlo, dado los tiempos que se corrían, no era cosa sencilla.

Las reformas que inició eran totalmente necesarias, si bien debido a su carácter autoritario y a su ligereza de conducta se alejó de mentes brillantes que, como Jovellanos, podían haber sido buenos aliados en sus proyectos. La verdad es que Godoy era consciente del futuro que le esperaba a España e hizo tremendos esfuerzos para mejorar la economía, las estructuras del estado y, sobre todo, el ejército, muy debilitado, de cara a un posible enfrentamiento definitivo con la Francia de Napoleón, que sabía que iba a llegar de forma inevitable.

Tras la entronización de Napoleón como emperador de los franceses en 1804, y la constante hostilidad inglesa, que no bajó de intensidad en ningún momento, se unió el tener como vecino terrestre a un régimen que buscaba la destrucción de las monarquías del Antiguo Régimen a las que consideraban hostiles. Heredero de la Revolución y de sus principios, Napoleón fue el motor de la expansión de las ideas revolucionarias hacia Alemania, los Países Bajos e Italia, lo que mostraba bien a las claras el destino que a la larga le esperaba a España y a la Casa Borbón reinante. Por otra parte, cada intento de apaciguar a Francia o acordar algún tipo de alianza con ella, constituía de inmediato un riesgo de guerra con los británicos. Así, a la guerra contra Francia entre 1793 y 1795, siguieron dos guerras contra el Reino Unido, 1796-1802 y 1804-1808. Entre medias y en relación con la alianza con Francia, España invadió Portugal en 1801 y en 1807 —algo que habitualmente se olvida—.

En este escenario los intentos de Godoy y sus ministros para transformar y mejorar el ejército mediante la realización de constantes reformas pueden parecer tal vez caóticos, y a lo mejor lo eran; pero respondían a la desesperada necesidad de fortalecer unas fuerzas armadas muy quebrantadas por años de olvido y negligencia que permitiesen a España forzar a franceses e ingleses a respetarla. Cuando estas tropas tuvieron que combatir, a los suecos en Stralsund, a daneses y franceses en Langeland, o al propio ejército imperial en batallas como Bailén, demostraron que contaban con mandos y cuadros capaces, y con soldados experimentados y eficaces. Sin embargo la situación política impedía mantener una política de neutralidad, por lo que España se vio empujada a una situación que sus dirigentes no supieron evitar y en la que el Ejército, desplegado entre Dinamarca y Portugal, poco pudo hacer, salvo sacrificarse en batallas desiguales contra la poderosa máquina imperial francesa. Es posible que las cosas se pudieran haber hecho mejor, pero así fue como ocurrieron. Cuando los británicos, en campaña contra los franceses, se emplearon a fondo en España en los años siguientes, con

frecuencia despreciaron al “miserable” e “incapaz” ejército español; pero en realidad se equivocaban, nunca le conocieron, cuando ellos llegaron ya había sido destruido.

1 Inglaterra tenía unos nueve millones, a los que había que sumar la población de Irlanda, que en esa época era superior a la actual.

2 La sede Primada de Toledo gozaba de 3.500.000 de reales al año y un obrero especializado de una gran ciudad, en torno a los 2.000.

3 Con la ocupación y construcción de un fuerte en Nootka, en el estrecho de Juan de Fuca —en la Columbia Británica, en Canadá—, se alcanzó el punto máximo de la expansión española en América. Objeto de una agria disputa con el Reino Unido que casi conduce a una guerra en 1790, en la que España cedió, la posición no se abandonó hasta 1795.

## CAPÍTULO II

## EL JUEGO DEL EMPERADOR



Murat, *obra de Gerard. Museo de Versalles. Gran duque de Berg y más tarde rey de Nápoles, pensó que su cuñado, el emperador le daría el reino de España, pero no fue así.*

*Los Borbones son mis enemigos personales; ellos y yo no podemos ocupar tronos en España al mismo tiempo.*

Napoleón a Metternich,
*el 26 de agosto de 1808*

*Emprendí la Guerra de España porque no creía a Francia tan segura como estaba. De haber sabido lo segura que estaba realmente, no me habría lanzado a aquella guerra.*

Napoleón al general Bertrand,
*22 de noviembre de 1816*

*Desde hace algún tiempo he enviado cinco correos a San Petersburgo, el primero anunciaba la anexión de Toscana, el segundo la invasión de Portugal, el tercero la ocupación de Roma, el cuarto la de España. ¡Me pregunto que anunciará el quinto!*

Conde Tolstoi,
*embajador de Rusia en Francia*

## EN LA CUMBRE DEL PODER

Tras su victoria decisiva sobre los rusos en Friendland, el 14 de junio de 1807, bien puede afirmarse que Napoleón alcanzó su mayor momento de gloria. Fracasada la Cuarta Coalición, sus dos principales enemigos, Prusia y Rusia, estaban claramente derrotados, los suecos no podían constituir un gran problema y en cuanto a los británicos, no habían sido capaces de prestar ninguna ayuda eficaz a sus aliados continentales. El emperador francés tenía ahora las manos libres para intentar una alianza con Rusia y aislar completamente a Gran Bretaña.

El arma que Napoleón había ideado contra los tercos y tenaces ingleses era buscar su ruina económica, cerrándoles la posibilidad de comerciar con las naciones europeas a través del Bloqueo Continental, que había decretado en la ocupada capital de Prusia, en Berlín, el 21 de noviembre de 1806, como continuación de las medidas de aislamiento iniciadas con el cierre de los puertos del Atlántico, de Brest al Elba, vigentes desde el 16 de mayo del mismo año. Dichas medidas exigían para su eficaz cumplimiento un férreo control de las naciones europeas costeras.

La completa sumisión de Alemania e Italia, el dominio de Holanda, gobernada por su hermano Luis; la derrota de Austria en 1805 y el triunfo sobre Rusia y Prusia, garantizaban el cierre de la práctica totalidad de los puertos europeos al comercio inglés. Respecto a Nápoles, había sido ocupado, y Sicilia, donde se habían refugiado sus reyes, sólo se mantenía gracias a la ayuda británica. Los reinos de Dinamarca-No-ruega y España eran aliados y sólo los suecos, a los que el emperador esperaba derrotar en breve y los portugueses, se resistían a sus planes.

El endurecimiento del bloqueo a partir del Decreto de Milán, el 17 de diciembre de 1807, por el que se podría capturar cualquier navío, de cualquier bandera, que hubiese tocado un puerto británico, demostró, en el caso español, que los comerciantes de nuestro país no estaban dispuestos a perder las oportunidades de negocio que ofrecía el Reino Unido ni siquiera estando en guerra ambas naciones, por lo que a la colaboración oficial del gobierno español con Francia se unía un auténtico rechazo a nivel particular.

### El eslabón portugués

El viejo aliado de Gran Bretaña era desde hacía tiempo una molestia para los franceses, pero no puede decirse que en modo alguno supusiera una amenaza. Es cierto que poseía ricas colonias y una aceptable flota, pero la razón principal que movió a Napoleón a dirigir sus miradas hacia el pequeño país ibérico fue su tradicional impaciencia. El emperador no estaba dispuesto a ver cómo Gran Bretaña se consumía lentamente en su propio aislamiento y se empeñó en acelerar las cosas. Además los portugueses ofrecían dos buenos pretextos para un intervención, el primero, que no participaban en el Bloqueo Continental y, el segundo, que habían dejado de pagar las indemnizaciones debidas a Francia tras la Guerra de las Naranjas (1801). Napoleón era también consciente de que España no pondría grandes dificultades para sumarse y apoyar el plan.

El 19 de julio de 1807 Napoleón impartió instrucciones para iniciar acciones contra Portugal. Por de pronto indicó a Talleyrand que comunicase al gobierno portugués que debía cerrar sus puertos y los de sus colonias a los barcos británicos. La amenaza francesa era seria y Portugal sabía —por la experiencia de 1801— que difícilmente podría defenderse, pues obviamente su ejército no podía enfrentarse a los de Francia y España. Las reformas iniciadas en sus fuerzas armadas de tierra iban muy despacio y apenas contaba con veinte mil hombres de preparación más que dudosa, por lo que no había una salida militar. La otra posibilidad, solicitar ayuda a los británicos, no era ninguna garantía, pues los británicos manifestaron que no podían ayudarles y además no eran un apoyo muy seguro [4].



*El palacio Real de Aranjuez. La familia real fue trasladada a Aranjuez, ante las sospechas de que los franceses pudiesen realizar una operación al estilo de la de Portugal.*

El 25 de septiembre España y Francia firmaron un tratado en Fontaineblau con el objetivo de invadir y repartirse Portugal, acuerdo entre un despiadado y cobarde agresor, Francia, que no vacilaba en saltar todas las reglas entre naciones civilizadas y atacar a una nación mucho más débil que no le había hecho nada y España, que actuó de una forma traicionera contra su vecino[5]. El siniestro tratado preveía la división de Portugal en tres partes: el norte, Miño y Douro, se le entregaría a la desposeída hermana del rey Carlos IV, a la que se acababa de quitar el reino de Etruria; incorporado a Francia, el sur, el Algarbe y el Alentejo, se le entregaría al taimado de Godoy, y el resto, Beira y Tras Os Montes, se reservaba para lo que se decidiese al firmarse la paz general en Europa. En los artículos adicionales se establecía que un ejército francés de hasta 28.000 hombres entrase en España para, en colaboración con las tropas españolas, cerrar del todo el Bloqueo Continental. Asimismo, las tropas españolas destacadas en el Báltico seguirían junto a sus aliados franceses para proteger las costas del norte de Europa de un posible desembarco inglés[6].

En cumplimiento del tratado, los 28.000 franceses del Primer Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando del general Junot, se adentrarían en España y se dirigirían directamente a Lisboa. En su ayuda, unidades españolas actuarían de apoyo; 13.000 hombres irían con las tropas de Junot y otros 16.000 atacarían Portugal desde Galicia y Extremadura.

Junot cruzó la frontera de Portugal el 19 de noviembre y aunque su avance se vio complicado por las intensas lluvias otoñales, siguió a marchas forzadas hacía la capital lusitana, mientras las tropas españolas de cobertura pasaban también grandes penurias por falta de abastecimiento. A pesar de ello los objetivos se cumplieron. Las tropas portuguesas no presentaron resistencia y el 30 de noviembre, con apenas 1.500 hombres fatigados y destrozados, Junot entraba en Lisboa. Sin embargo, su presa se había escapado, pues el día anterior ocho buques de línea de la flota de Portugal, acompañados de veinticuatro transportes y cuatro fragatas de apoyo, partieron de la capital llevando consigo a la familia real, el tesoro nacional, a los cargos más importantes de la administración e incluso el archivo del reino. Su destino: Brasil.

Nombrado por Napoleón duque de Abrantes en recompensa a su victoria, Junot se puso manos a la obra para consolidar la ocupación francesa del país, para lo que contó en un primer momento con el apoyo de parte de la burguesía comerciante y, por supuesto, de los franceses residentes. Por órdenes del emperador el ejército portugués fue transformado en una legión al servicio francés. Por su parte lastropas españolas fueron alcanzando los objetivos previstos y colaborando en el control del país. Lo que nadie esperaba es que, a finales de 1807, Napoleón no tenía suficiente con Portugal y quería más. Ese “más”, era España.

**¿Por qué invadir España?**

En modernas obras de divulgación acerca de la Guerra de Independencia, como la de Gates, Esdaile o incluso en el soberbio libro sobre las campañas de Napoleón de Chandler, trabajos todos ellos de reciente publicación en castellano, se insiste en que la necesidad de cerrar de manera efectiva el Bloqueo Continental fue la

verdadera causa de la decisión del emperador de actuar en España. Sin embargo, esta explicación falla de manera radical. A pesar de que es cierto que el comercio entre el Reino Unido y España estaba creciendo de manera notable —un 69% de aumento entre 1806 y 1807— y un espectacular 963% en los años 1807-1808, también lo es que la situación de guerra entre las dos naciones no estimulaba precisamente las simpatías mutuas. Además, el comercio se centraba básicamente en lanas, vinos y algunos productos manufacturados que por mucho que hiciesen la competencia a los importados de Francia no justificarían en modo alguno una agresión contra España, al fin y al cabo nación aliada, o más que eso..., francamente y por decirlo claro, subordinada.

Napoleón y su gobierno sabían perfectamente que los dirigentes españoles estaban absolutamente entregados a su voluntad y salvo los dos años de la Guerra del Rosellón, ya comentados, y un breve conflicto hacía ya casi cien años, cuando Felipe V intento recuperar Sicilia, Francia y España habían sido firmes aliadas, pues sólo de su unión —y de la de sus flotas combinadas— podía obtenerse algún éxito ante Gran Bretaña. Es cierto que, tras la victoria sobre Prusia, Napoleón descubrió algunos intentos de Godoy de escapar al férreo control imperial, pero eso no invalidaba el hecho de que una división completa de lo mejor del Ejército Español había combatido en Pomerania a su servicio y se preparaba en Dinamarca para la invasión de Suecia, y el primer ministro no tenía los arrestos para enfrentarse a Francia. Pero había más, el 11 de octubre de 1807, el propio príncipe de Asturias solicitó a Napoleón la mano de una princesa imperial, que llegó a considerar la posibilidad de casarlo con su sobrina Carlota[7].

El gobierno español se mostró sumiso y dócil a las órdenes de Napoleón y no existe nada, ningún documento oficial, carta, escrito u orden de nadie en el gobierno, en la administración o en el ejército, que pueda dar a entender que había oposición al bloqueo contra los ingleses ¿Por qué agredir entonces a una nación que se porta así? Por codicia, por ambición, por soberbia o por una mezcla de las tres y tal vez por algo más, el odio y desprecio de Napoleón hacía la casa de Borbón, a la que reemplazó en Francia y sucesivamente eliminó de los tronos de Nápoles y Etruria y España. Lo cierto es que las líneas maestras de su intención de agredir a Portugal y someter totalmente España a su voluntad se encuentran ya en protocolos secretos de la Paz de Tilsit con Rusia. El 3 de diciembre de 1807 Napoleón se reunió en Venecia con su hermano José, rey de Nápoles, al que — según Miot de Melito— anunció ya la posibilidad de ser llamado al trono de España.

**La invasión discreta**

Las previstas operaciones contra Portugal le iban a dar a Napoleón la solución estratégica que buscaba para poder controlar España casi sin riesgos. Protegidos por la alianza con España, y sabiendo que el ejército español iba a colaborar con sus tropas en Portugal, cuando el 10 de diciembre de 1807 los 25.000 hombres del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda, al mando de Dupont, cruzaron el Bidasoa y avanzaron hacia Burgos y Salamanca, Napoleón ya había tomado la decisión de controlar España. Ordenó el 9 de enero de 1808 la creación de otro cuerpo de ejército en Burdeos, al mando del mariscal Moncey y de 34.000 hombres, denominado de las Costas del Océano y otras dos divisiones más, al mando del general Duhesme, la de Observación de los Pirineos Orientales, y al mando del general Merle, la de Observación de los Pirineos Occidentales. El total era de 80.000 hombres, más del diez por ciento de las tropas francesas disponibles. Tal concentración de fuerzas no pudo pasar desapercibida a los agentes e informadores de Godoy, pero el gobierno español no hizo nada o, al menos, no consta ningún tipo de protesta.



*Tropas españolas en Alemania, por Voltz. Un grupo de dragones —todavía con uniforme de cazadores— y un jinete de caballería línea conversan animadamente. Una parte importante del ejército español estaba fuera de nuestras fronteras en un momento de grave riesgo para nuestra nación.*

El hecho cierto es que la acogida dispensada en las ciudades, villas y pueblos por las que los franceses pasaban fue magnífica. Una mezcla de curiosidad y admiración hacía que gentes de los pueblos cercanos a las rutas por las que los franceses iban a pasar se acercasen para ver a los invencibles guerreros que asombraban a Europa entera. Fueron las órdenes implacables de Napoleón las que poco a poco fueron cambiando esta actitud amistosa por otra que acabó por ser claramente hostil. El emperador tendría tiempo en el islote de Santa Elena de arrepentirse de su decisión.



*Infantería ligera francesa, por Martinet. Discretamente las tropas francesas se fueron haciendo con el control de los puntos clave del país, entre la indiferencia del gobierno que no supo o no quiso interpretar las evidentes señales de alarma.*

El general Duhesme, concentrado en los Pirineos, recibió en febrero la orden expresa del emperador de dirigirse a Barcelona y ocupar los puntos clave, debiendo decir a las autoridades militares españolas que se dirigía ¡a Cádiz! Sus acciones para apoderarse del castillo de Montjuich y del de Figueras comenzaron a mostrar a las claras cuáles eran las verdaderas intenciones francesas. Con astucia verdaderamente indigna, y contando con el total apoyo de las autoridades españolas, los franceses fueron ocupando lentamente las fortalezas más importantes del norte de la Península. A finales de marzo, el conjunto de tropas presentes en territorio español era de unos 65.000 hombres que, desde el 20 de febrero, estaban al mando del cuñado de Napoleón, Murat, gran duque de Berg.

4 Las tropas enviadas durante la Guerra de las Naranjas por el Reino Unido no

llegaron a entrar en combate y no impidieron la derrota portuguesa.

5 Cuando yo era niño se enseñaba en los colegios españoles que Napoleón invadió España a traición cuando se le había dejado paso para atacar a Portugal. Es cierto, pero jamás se decía que una parte importante de los invasores de Portugal eran españoles.

6 Estas tropas, procedentes del extinguido reino de Etruria, habían colaborado con los franceses en las operaciones contra los suecos en Pomerania y, unidas a las enviadas desde España se encontraban en Hamburgo, desde donde fueron enviadas a Dinamarca. Allí se encontraban al comenzar el alzamiento español en 1808.

7 Era hija de Luciano, hermano de Napoleón. Afortunadamente para ella la idea no prosperó y no tuvo el "honor" de ser la esposa de semejante bribón.

## CAPITULO III

## ESPAÑA SIN REY



La defensa del Parque de Artillería de Monteleón *(2 de mayo de 1808), uno de los más conocidos hechos de armas del alzamiento de Madrid, por Joaquín Sorolla. Museo Víctor Balaguer. Villanueva y la Geltrú (Barcelona).*

*Orden del día:*

*Soldados: Mal aconsejado, el populacho de Madrid se ha levantado y ha cometido asesinatos. Bien sé que los españoles que merecen el nombre de tales han lamentado tamaños desórdenes, y estoy muy distante de confundir con ellos a unos miserables que sólo respiran robos y delitos. Pero la sangre francesa vertida clama venganza. Por lo tanto mando lo siguiente:*

Art. I: Esta noche, convocará el general Grouchy la comisión militar.

Art. II: Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

*Art. III: La Junta de Gobierno va a mandar desarmar a los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la Corte, que pasado el tiempo prescrito para la ejecución de esta resolución, anden con armas, o las conserven en su casa sin licencia especial serán arcabuceados.*

*Art. IV: Todo corrillo, que pase de ocho personas, se reputará reunión de se* diciosos y se disparará a fusilazos.

Art. V: Toda villa o aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

Art. VI: Los amos responderán de sus criados, los empresarios de fábricas de sus oficiales, los padres de sus hijos, y los prelados de los conventos de sus religiosos.

*Art. VII: Los autores de libelos impresos o manuscritos que provoquen la sedición, los que los distribuyeren o vendieren, se reputarán agentes de Inglaterra y como tales pasados por las armas.*

*Dado en nuestro cuartel general de Madrid, a 2 de mayo de 1808.*

*Firmado: Joaquín.*

*Por mandato de S.A.I., el jefe de estado mayor general: Belliard.*

*Gaceta de Madrid, viernes 6 de mayo de 1808.*

## EL MOTÍN DE ARANJUEZ

La constante presencia de las tropas extranjeras que tanta admiración y curiosidad había despertado en el pueblo español, cuando a tambor batiente atravesaban pueblos, villas y ciudades, se fue trocando en inquietud y alarma según aumentaban los incidentes a lo largo de todo el país. En el entorno del monarca español algunos nobles influyentes comenzaron a disponer medidas de urgencia si las cosas se complicaban, por lo que a primeros de marzo la familia real en pleno se trasladó a Real Sitio de Aranjuez. La razón era evidente, desde esta localidad del sur de Madrid, era fácil en caso de peligro tomar la carretera de Andalucía y alcanzar Sevilla, desde donde podían embarcar con rumbo a las Américas, como había hecho el rey de Portugal.

La noche del 17 al 18 de marzo, unos criados del príncipe de Asturias se enfrentaron con algunos húsares de la guardia de Godoy[8]. El resultado fue que, alarmado el pueblo e instigado por el conde de Montijo, enemigo del príncipe de la Paz, el altercado se transformó en un grave motín contra la persona del primer ministro, que tuvo que esconderse de las iras de la multitud. Conocidas las noticias en Madrid, el pueblo asaltó el palacio del odiado Godoy. Entre tanto, el rey cesó de su cargo al valido, lo que no fue suficiente para los amotinados, que al descubrir a Godoy intentando a escapar, tras veinticuatro horas de encierro, estuvieron a punto de lincharle, salvándose sólo por la providencial ayuda de los guardias de corps. El príncipe de Asturias, Fernando, aseguró a los amotinados que el antiguo primer ministro sería en breve procesado y ordenó el 19 su traslado a Granada.



Un cazador de los escuadrones ligeros dela Brigada de Carabineros Reales. El enfrentamiento de varios de ellos, al servicio de Godoy, con la multitud en Aranjuez, fue la chispa que hizo estallar el motín.

Conocida la disposición real, y viéndose engañados, los amotinados exigieron que de inmediato se revocase la orden. Asustado ante lo que parecía el comienzo de una revolución, Carlos IV abdicó en su hijo, proclamado en Aranjuez rey de España y la Indias con el nombre de Fernando VII en medio de masivas manifestaciones de alegría y júbilo del pueblo. Por primera vez en España, un monarca era forzado a abdicar por la presión del pueblo llano. El día 24 de marzo, el nuevo rey hizo su entrada triunfal en la capital en medio de grandes manifestaciones de felicidad. Igual ocurrió en toda España al saberse la noticia de la caída de Godoy y el ascenso al trono del príncipe de Asturias, pero había un problema ¿qué iban a hacer las decenas de miles de soldados franceses que ya estaban en nuestro país,

entre ellos los de Murat, que había llegado a Madrid el día anterior entre la sorpresa y la admiración de los vecinos?[9]

El ambicioso duque de Berg, como más adelante veremos, empezó a darse cuenta que la compleja situación del país le podía beneficiar y fue él quien en primer lugar mostró a su cuñado las ventajas de jugar con las dos partes enfrentadas por el trono de España, padre e hijo, y aprovechando las súplicas de la reina a favor de sí misma y de su amante Godoy, le ofreció la protección de sus tropas, convirtiendo a la familia real de hecho, en sus rehenes. Astutamente le propuso a Carlos IV que redactase y firmase su renuncia al trono, lo que hizo el asustado y patético monarca, poniendo fecha de 21 de marzo. Se había dado el primer paso para dejar España sin rey. Pronto se dio cuenta el duque de Berg de que si jugaba bien sus cartas el trono vacante le podría caer a él. Alguien podría decir que aún quedaba Fernando, oficialmente ya Fernando VII, pero para Murat, y no digamos para Napoleón, ese era un problema menor. En cuanto al pueblo español y la legalidad, al gran corso le importaban un pimiento.



*El motín de Aranjuez. La familia real había sido trasladada desde Madrid hacía el sur en previsión de que los franceses intentasen una acción similar a la de Portugal. Allí se produjo la revuelta que acabó con el gobierno de Manuel Godoy.*

**La trampa de Bayona**

Las primeras medidas del nuevo rey de España fueron encaminadas, como era de esperar, a rodearse de sus partidarios y reforzar su poder, por lo que procedió a anular las consecuencias del proceso de El Escorial y amnistió a sus principales apoyos: el duque del Infantado, nombrado presidente del Consejo de Castilla y coronel de las Reales Guardias Españolas; al duque de San Carlos, convertido en mayordomo mayor de Palacio y, sobre todo al canónigo Escoïquiz, su principal confidente, al que designó miembro del Consejo de Estado y otorgó la gran cruz de la Orden de Carlos III. Curiosamente la amnistía benefició también a conocidos pensadores de la Ilustración, como Jovellanos, que se encontraba encarcelado en el castillo de Bellver, en Palma de Mallorca. La política inicial de Fernando VII fue, por lo tanto, inicialmente moderada. Mantuvo a destacados partidarios de Godoy en sus cargos, como Cevallos, ministro del Estado, y situó a notables liberales en algunas carteras, como Azanza, ministro de Hacienda y, O—Farrill, ministro de la Guerra; pero las decisiones importantes quedaron en manos de la "camarilla" formada por los duques de San Carlos y el Infantado y Escoïquiz.

Respecto a la actitud mostrada ante Murat fue claramente sumisa, esperando con ansias que Napoleón refrendase su acceso al trono. Murat comprobó hasta qué punto el rey estaba a los pies de Francia cuando exigió la entrega de la espada tomada a Francisco I en Pavía y que fácilmente obtuvo en un solemne acto el 5 de abril. Poco a poco en Madrid la gente se iba dando cuenta de que el embajador Beauharnais y el duque de Berg eran los que mandaban, siguiendo las precisas instrucciones de Napoleón al pié de la letra. Un ejemplo fue la orden de aplazamiento del juicio contra Godoy, dada el mismo día 5, o la sugerencia —en realidad una orden— transmitida por Savary, duque de Rovigo, a Escoïquiz, solicitando que el rey visitase a Napoleón en Francia. El deseo de ser reconocido por el emperador era tan grande que Fernando VII y sus más allegados colaboradores partieron hacia Francia el 10 de abril, dejando a la Junta Suprema de Gobierno el control de la

nación, algo que se presentaba cada día más dudoso.

El rey y su séquito hicieron todo el camino por una ruta controlada por las tropas imperiales. Por supuesto se debían dar cuenta del peligro que corrían e intentaron no salir de España. En Burgos, Savary, convenció al monarca para que siguiera ruta hasta Vitoria, donde llegó el 14 y luego continuase hasta Bayona. Algunos de sus acompañantes, como Urquijo, aconsejaron al rey que escapase y se pusiera a salvo, pero una nota de la Junta Suprema, en la que se le comentaba que Murat consideraba la posibilidad de volver a sentar en el trono a su padre —lo que no era cierto—, le convencieron de que debía continuar la marcha. Partió el 19, en medio de un conato de algarada del pueblo que le vitoreaba y que pudo ser contenida por la intervención del duque del Infantado que tranquilizó a los congregados, pues sospechaban que el rey iba camino de Francia. Así era en realidad y el día 20 pasaba la frontera del Bidasoa.

Napoleón, cómodamente instalado en el Palacio de Marsac, no muy lejos de Bayona, recibió a Fernando como príncipe de Asturias, no como rey y, tras una simple cena, convencido de que Fernando era un lelo, decidió tratar los asuntos directamente con Escoïquiz. La propuesta era dura, ningún Borbón debía de reinar en España y se le daría a Fernando como compensación el reino de Etruria[10]. En realidad el rey de España no tenía nada que hacer. Napoleón le obligó a ceder antes de que terminase el 21 de abril, de lo contrario negociaría con su padre, que estaba al llegar.

Nada más salir Fernando en dirección a Francia, Murat ordenó que se le entregara a Godoy, petición totalmente fuera de lugar a la que se opuso la Junta Suprema de Gobierno, pero fue suficiente una carta del general Belliard en la que afirmaba que tenía autorización del rey Fernando para que la oposición cediera. Tras salir de prisión, Godoy fue enviado a Bayona, ciudad a la que llegó el 26. La presencia del valido en Francia y una carta de Napoleón a Carlos IV en la que afirmaba que jamás reconocería al príncipe de Asturias como rey de España, fue suficiente para vencer cualquier resistencia de vieja pareja real. Tras suplicar a Murat que les permitiese ir a Bayona escoltados por tropas francesas, así lo hicieron y en medio de la indiferencia del pueblo partieron para Francia el 23 de abril. Una vez en Bayona, a la que llegaron el 30, fueron recibidos como soberanos, no sólo por los franceses, sino también por los españoles, que tenían órdenes al respecto. Los soberanos se reunieron allí con Godoy y con su hijo al que la reina reprochó su conducta. La lamentable familia que regía los destinos de España tenía aún tiempo para someterse a la mayor de las indignidades.

Carlos IV, instigado por Godoy, con quien Napoleón ya se había entrevistado, pidió que le restituyeran sus derechos, pero viendo la firme actitud del emperador cedió a todo a cambio de una rentas vitalicias. El miserable rey de España había vendido, literalmente, su nación. Respecto a su no menos infame hijo, se daba cuenta ahora perfectamente que había caído en una trampa. Viendo que no había solución, informó a la Junta Suprema de Gobierno en Madrid de lo que estaba sucediendo. España estaba sin rey.

Ahora Napoleón tenía en sus manos el destino de su nación vecina y hasta podía aprovechar cualquier altercado o algarada callejera en nombre de los desposeídos reyes para imponer su voluntad por la fuerza. Lo que no sabía, ni esperaba, es que el movimiento que iba a iniciarse sería una de las causas principales de su ruina.

**Una fecha para la Historia: el 2 de mayo de 1808**

En torno a las ocho de la mañana del 2 de mayo dos coches se encontraban detenidos a las puertas del palacio Real de Madrid. En el primero de ellos, los escasos paseantes vieron subir a la reina de Etruria y observaron que junto a los vehículos había un pelotón de jinetes franceses. Algunos curiosos se iban acercando, pues desde hacía días permanecían atentos a los movimientos que se producían en las inmediaciones de palacio. Tal vez algunos ciudadanos dedujeron, con acierto, que el segundo coche era para el infante don Francisco. En ese momento, al parecer fue un maestro llamado José Blas Molina y Soriano, quien adelantándose gritó: *¡Traición!* y casi de inmediato el centenar de vecinos congregados se lanzaron hacia las puertas del palacio sin que los guardias reales les impidieran entrar. Al grito de *¡Quieren llevarse al infante!* y *¡mueran los franceses!* se cortan los tiros de los coches y se desenganchan los caballos. Desde un balcón un caballero

repitió a viva voz varias veces: *¡A las armas! ¡A las armas!* El infante salió a un balcón acompañado de los amotinados y saludó a la multitud congregada ante las puertas. A lo largo de las calles que rodeaban el palacio la insurrección se extendió como una mecha de pólvora y pronto la ciudad estalló en una revuelta general y lo que en principio parecía ser un motín como el de Aranjuez se transformó en una auténtica Revolución. Un edecán de Mural se trasladó al palacio y tras él llegó un soldado aislado, salvando ambos su vida por la intervención de un oficial de la guardia valona. Poco después un correo francés fue abatido ante la iglesia de San Juan, y Murat decidió imponerse por la fuerza bruta a los sublevados. Varias compañías de granaderos de la Guardia Imperial —lo mejor del ejército francés— fueron enviadas al centro de la ciudad acompañadas por dos piezas de artillería. Al llegar, acribillaron a balazos a la multitud congregada y sembraron el suelo de cadáveres. El pánico y la furia fueron ya incontrolables. Las tropas de Moncey que acampaban en los alrededores de Madrid fueron alertadas y se les ordenó marchar hacia la capital. La situación era ya muy complicada, el propio capitán Marbot —en aquel entonces ayudante de campo de Murat— tuvo que abrirse paso con su escolta de dragones a sablazos y disparos y aun así recibió una cuchillada que le atravesó el dolmán.



*El 2 de mayo en Madrid en un grabado de la época, que muestra el combate en la Puerta del Sol entre los experimentados soldados franceses y los vecinos que les atacaron con todo lo que tenían a mano.*



*Don Luis Daoiz era un experimentado artillero que había combatido en varias acciones en tierra y en el mar. Murió a los 41 años de edad a resultas de las heridas sufridas en los combates del Parque de Monteleón el 2 de mayo de 1808. Cuadro de A. M. Quesada. Museo del Ejército. Madrid.*

Por todo Madrid los franceses aislados fueron asesinados sin contemplaciones y, en la Puerta del Sol, centenares de madrileños se concentraron cargados de furia. Los jinetes franceses que subían por la Carrera de San Jerónimo fueron tiroteados desde las ventanas; al avanzar por las calles estrechas les tiraron tiestos, ladrillos, tejas. Varios cayeron muertos y heridos y, al llegar a la Puerta del Sol, cargaron contra la multitud. Los mamelucos de la Guardia, coraceros y dragones acuchillaron a hombres, mujeres y niños encendiendo la furia y el odio de los madrileños. Pronto la plaza quedó sembrada de muertos y heridos. Algunos trataron de huir desesperadamente sólo para caer delante de un grupo de cazadores de la Guardia que llegaban por la calle Mayor y que hicieron una verdadera carnicería. Poco a poco los oficiales franceses impusieron algo de orden y detuvieron la matanza, pero desde el palacio del duque de Hijar, algunos sublevados se negaron a rendirse y siguieron disparando, hasta que los enfurecidos soldados franceses, tras romper las ventanas y puertas de la planta baja penetraron en el edificio, en el que mataron a todos, culpables o inocentes, destrozando el mobiliario y arrojando los cadáveres por las ventanas.

No muy lejos de allí, los insurrectos se dirigieron al parque de Artillería de Monteleón, donde algunos artilleros y dos capitanes, Daoiz y Velarde, haciendo caso omiso de las órdenes de su superior, el capitán general Francisco Javier Negrete, que había impartido instrucciones a las tropas españolas de permanecer acuarteladas y observar una absoluta neutralidad, se unieron a los sublevados. Los franceses tuvieron, finalmente, que tomar al asalto el parque, defendido heroicamente hasta el final por un pequeño grupo de patriotas. Al llegar la noche Madrid parecía un cementerio y la gente aterrorizada no salía de sus casas. Aquí y allá sonaban aún disparos aislados. Los franceses habían tenido entre 160 y 170 muertos y muchos más heridos. Los madrileños perdieron a 406 de sus ciudadanos y 172 estaban heridos, según datos, bastante fiables, de Pérez de Gúzman —si bien estas cifras no cuentan a los muertos que no eran madrileños de vecindad y han sido ligeramente corregidas en los últimos años—. Estudios más modernos han destacado también el hecho de que entre los muertos había, además de españoles, gentes de los que hoy serían Perú, Venezuela, Cuba y de otros países como Suiza, Bélgica e incluso Polonia. Murat tenía ahora un buen pretexto para ocupar militarmente la capital sin contemplaciones. La Junta de Gobierno se puso de inmediato a sus órdenes y el Consejo de Castilla, que había publicado durante el alzamiento una proclama en la que prohibía maltratar a los franceses, hizo otra en la decretaba ilegales las reuniones en sitios públicos y ordenaba la entrega de las armas blancas y de fuego a las autoridades.

A partir de ese momento Murat decidió actuar de forma implacable. Lo primero era controlar al ejército español, por lo que tras confirmar la orden de acuartelamiento de Negrete, creó comisiones mixtas con oficiales franceses y miembros del Consejo que, con ayuda de tropas de ambos países, vigilasen y cuidasen del mantenimiento del orden en las calles. La segunda medida era aplicar un castigo ejemplar a los rebeldes, para lo cual creo una comisión militar presidida por el

general Grouchy, en la que había también representantes del ejército español y que sentenció a muerte a todos a aquellos que habían sido cogidos prisioneros con las armas en la mano —es decir, a todos— e incluso a los que no entregasen sus armas en el plazo dado por el Consejo de Castilla. Además, dio instrucciones para que estas proclamas se aplicasen en toda España. El gran duque de Berg pensaba, casi con seguridad, que se había ganado a pulso la corona de España[11].

Sin embargo el alzamiento del 2 de mayo había mostrado dos cosas importantes. La primera que la revuelta había sido encabezada, liderada y llevada a cabo por el pueblo llano, pues las clases altas y la burguesía se abstuvieron de intervenir y, al igual que el ejército, guardaron un bochornoso silencio mientras *la chusma* era masacrada por los franceses. En la madrugada, mientras el silencio de la noche era atrozmente roto por las descargas de los fusiles en la Moncloa, donde se pasó por las armas a los insurrectos, casi nadie era consciente todavía de lo que acababa de ocurrir. El pueblo era por primera vez dueño de su destino. Abandonado por los altos dignatarios de la Iglesia, por la nobleza y por el ejército, acababa de dar una señal que pronto sería escuchada en toda España. La misma tarde del 2 de mayo, fugitivos de Madrid. que huían hacia el sur, habían llevado las noticias de lo que ocurría en la capital, de los muertos, de la represión, de la violencia y Andrés Torrejón, alcalde la pequeña villa de Móstoles, dictaba una proclama a sus vecinos instándoles a tomar las armas, *"pues no hay fuerzas que prevalecen contra quien es leal y valiente, como los españoles lo son"*. Era la primera declaración de guerra contra el invasor de la patria. No la había hecho un ministro, ni un alto dignatario del Estado, del Consejo o de la Junta de Gobierno, tampoco un general. Sólo un sencillo alcalde, pero es que no había nadie más.

8 Los denominados Húsares de la Guardia del Almirante eran parte de los escuadrones ligeros de la Brigada de Carabineros Reales. En realidad en 1808 pertenecían al Instituto de Cazadores, pero la prensa de la época los denominaba aún húsares.

9 Muchos historiadores, principalmente militares, dudan que Napoleón pretendiese ocupar toda España en los primeros meses de 1808, pues el despliegue de sus tropas parece indicar un interés claro sólo por el norte del país.

10 Napoleón, que había creado el reino de Etruria como entidad artificial, primero se lo había entregado al duque de Parma, luego lo había incorporado a Francia y ahora pensaba dárselo al rey Fernando de España.

11 La proclama de Murat se conserva, pues fue publicada en la *Gaceta de Madrid* —el antecesor del *Boletín Oficial del Estado*— y en ella el duque de Berg firma sencillamente con su nombre, Joaquín, como si fuese el rey de España. En la carta que escribió a su cuñado esa misma noche, le decía que había aniquilado las esperanzas de los partidarios de Fernando VII, como dándole a entender que podría nombrar ya un nuevo soberano. Por supuesto pensaba que la elección de Napoleón sería designarle a él.

## CAPITULO IV

## ESPAÑA SE ALZA EN ARMAS



Los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pío *por Goya. Museo del Prado Madrid. Tras conocerse los ucesos de Madrid los levantamientos se sucedieron por España entera.*

—*¿Qué son los franceses?*

—Antiguos cristianos y herejes modernos

—*¿Quién los ha conducido a semejante esclavitud?*

—La falsa filosofía y la corrupción de costumbres

—*¿De qué sirven a Napoleón?*

—Los unos de aumentar su orgullo, los otros son instrumentos de su iniquidad para exterminar al género humano.

—*¿Cuándo se acabará su atroz despotismo?*

—Ya se halla cercano su fin.

—*¿De dónde nos puede venir esta esperanza?*

—De los esfuerzos que haga nuestra amada Patria.

—*¿Qué es la Patria?*

—La reunión de muchos gobernados por un rey, según nuestras leyes.

—*¿Qué castigo merece un español que falta a sus justos deberes?*

—La infamia, la muerte material reservada al traidor, y la muerte civil para sus descendientes.

—*¿Cuál es la muerte material?*

—La privación de la vida.

—*¿Y la muerte civil?*

—La confiscación de los bienes y privación de los honores que la república concede a todos los leales y valientes ciudadanos.

—*¿Quién es éste que ha venido a España?*

—Murat, la segunda persona de esta trinidad.

—*Cuáles son su principales empleos?*

—Engañar, robar y oprimir.

—*¿Qué doctrina quiere enseñarnos?*

—La depravación de sus costumbres.

—*¿Quién nos puede liberar de semejante enviado?*

—La unión y las armas.

—*¿Es pecado asesinar a un francés?*

—No, padre; se hace una labor meritoria, librando a la Patria de estos violentos opresores.

Catecismo civil de 1808.

Guerra de Independencia. Proclamas, bandos y combatientes.

Sabino Delgado

## LOS PRIMEROS PASOS DE LA INSURRECCIÓN

El 24 de mayo de 1808 Asturias lanzaba la primera proclama contra los franceses. Murcia, Aragón, Andalucía, Galicia..., una tras otra todas las viejas regiones del reino de España fueron haciendo las suyas y la rebelión se generalizó.

Los primeros alzados no sabían de la existencia de movimientos similares en otros lugares, por lo que no hubo coordinación de ningún tipo. Así, en Cartagena o en Valencia —23 de mayo—, Zaragoza y Murcia —24 de mayo— o León —el 27—, los líderes de la rebelión manipularon con mucha facilidad a una multitud predispuesta a seguir su llamamiento contra los franceses, logrando, en la mayor parte de los casos, que las guarniciones se uniesen a los sublevados.

En cuanto al ejército regular, sobre el papel había 40.000 soldados en Andalucía, 9.000 en Levante, 20.000 en Galicia y se podía contar con las guarniciones de Canarias, Baleares y de otras zonas[12]. Las tropas de la división enviada a Portugal, 25.000 hombres más, había sido retirada en su mayor parte, por lo que sólo quedaban 9.000 en Lisboa y alrededores y otros 6.000 en Oporto. Un pequeño grupo logró llegar a Badajoz, pero la mayoría fueron desarmados por los franceses[13]. Con esta rudimentaria estructura se creó el embrión de varios ejércitos de campaña.




*Líneas de penetración seguidas por los ejércitos franceses en su invasión de la Península.*

Ante el agravamiento de la situación, las unidades francesas comenzaron a reagruparse y a dirigirse contra las ciudades que sabían estaban alzadas en armas, intentando localizar e identificar a las unidades del ejército que se habían unido a la insurrección, pero la situación se iba complicando.

### La campaña del norte. Entre Castilla y Aragón

El mariscal Bessières, responsable de la ocupación del norte de España, ante las primeras noticias de la insurrección dirigió a sus 25.000 hombres hacia el Valle del Ebro y Castilla la Vieja. En la capital castellana el general Cuesta había reunido a los 5.000 hombres del Ejército de Castilla, fuerza que a pesar de su nombre no era más que la suma de una masa de voluntarios mal armados y peor vestidos, sin entrenamiento ni orden ni disciplina que no eran rivales para los aguerridos soldados franceses.

En el puente de Cabezón, en el cruce del Pisuerga de la carretera Valladolid-Burgos las tropas de Lasalle, uno de los mejores comandantes de caballería de

Napoleón, vio con alucinada sorpresa que las inexpertas tropas de Cuesta estaban tan ansiosas por luchar que no sólo no habían destruido el puente sino que le presentaban batalla delante, con el río a sus espaldas. Por supuesto ocurrió lo previsible. La mañana del 12 de junio, tras sólo unos minutos de combate los voluntariosos soldados castellanos fueron hechos pedazos.

Bessières resolvió atacar a las tropas españolas de los ejércitos de Castilla y Galicia al mando de los generales Cuesta y Blake, por lo que bien informado, el 13 de julio se dirigió hacia Medina de Rioseco, sabiendo ya que el rey José, que había cruzado la frontera, se encontraba en Burgos.

Las tropas españolas en Medina de Rioseco se habían desplegado ocupando posiciones defensivas mirando a Valladolid, pero para su desgracia Bessières avanzó desde el noreste, pues seleccionó Palencia como punto de concentración. La exploración española fue muy deficiente y los generales Cuesta y Blake descubrieron la ruta de aproximación enemiga cuando los franceses estaban ya muy cerca. Una serie de maniobras en la noche para cambiar de posición desorganizaron el despliegue, por lo que al amanecer del 14 de julio los ejércitos se encontraban desplegados a lo largo de una terreno muy amplio y separados en varios grupos. El resultado de la lucha en la primera gran batalla a campo abierto de la guerra entre los veteranos franceses y las improvisadas y heterogéneas tropas españolas fue el esperado. Un asalto por el flanco contra la vanguardia y la Primera División del Ejército de Galicia fue apoyado por una terrible carga de caballería, en tanto la Cuarta División de Blake era aplastada al intentar unirse al grueso de sus compañeros. Acuchillados y acribillados a mansalva sus hombres, el Ejército de Galicia fue fácilmente batido, si bien Blake logró escapar, no dejando otra alternativa a Cuesta que la retirada hacia León. Pero en vez de perseguir a las tropas derrotadas y aniquilarlas, los franceses se dedicaron al brutal y salvaje saqueo de Medina de Rioseco, donde el pillaje, los asesinatos y las violaciones fueron incontables.

La entrada de José Bonaparte en Madrid en medio de la indiferencia y la frialdad de la población era un síntoma de lo que iba a ocurrir. No había nadie en las calles y las ventanas estaban cerradas; el nuevo monarca no tenía apenas partidarios y así iba a continuar hasta el amargo final de su penoso y triste reinado. Además, al día siguiente, el monarca ya sabía que el nuevo ejército español que se estaba formando con los prisioneros de Medina de Rioseco como base, se estaba disolviendo como un terrón de azúcar en el café, pues la mayor parte de los soldados habían desertado antes incluso de llegar a Madrid.

En Aragón, el general Lefebvre-Desnouettes fue el encargado por el mariscal Bessières de suprimir la amenaza que suponía Zaragoza, donde Palafox estaba intentando reunir a todas las tropas posibles, regulares, voluntarios y milicianos y poner en marcha medios para armarlos y entrenarlos. Más de siete mil hombres fueron encuadrados en unidades de nueva creación; puso en marcha una fábrica de municiones, alistó a experimentados militares retirados e incautó todas las mulas y caballos que encontró, pero no pudo detener el avance francés.

La situación tenía mala pinta para los imperiales. Zaragoza estaba levantada sobre una llanura y protegida por el Ebro por el norte y si bien no tenía murallas modernas, sus antiguos y macizos muros de tres y cuatro metros de altura ayudaban a la defensa, pues la mayor parte de sus grandes edificios antiguos eran de sólida piedra y estaban unos junto a otros. Por si faltase algo era una de las ciudades más pobladas de España, cabeza natural de una enorme comarca, cuyos habitantes se habían refugiado en ella aumentando el número de defensores que eran unos 11.000, aunque la mayor parte con escaso entrenamiento, si bien no era lo mismo luchar a campo abierto que en una ciudad, algo que Lefebvre-Desnouettes despreció de antemano.

Las tropas francesas atacaron las murallas occidentales, en tanto que las polacas se lanzaron sobre la puerta de Santa Engracia. El fracaso fue estrepitoso. Acribillados desde las murallas y los edificios próximos los atacantes dejaron decenas de muertos y heridos en un vano intento por abrirse paso. Insensible a las pérdidas Lefebvre-Desnouettes ordenó a sus tropas intentarlo al día siguiente, con idéntico resultado. Incapaz de progresar, el día 21 de junio recibió refuerzos polacos y franceses, pero para entonces su situación era ya muy mala. Tenía más de 700 bajas y sabía que unos 4.000 soldados españoles se dirigían a la ciudad, lo que le obligó a dirigirse con 3.000 de sus hombres contra la nueva amenaza. La

columna española fue destrozada y apenas un millar escaso de soldados logró entrar en Zaragoza por el norte. La llegada del general Verdier con 3.500 hombres más y artillería pesada de sitio pareció cambiar la situación. El nuevo comandante francés decidió tomar primero el monte Torrero y desalojarlo de sus 500 defensores. El día 30 a media noche 46 piezas de artillería pesada lanzaron un diluvio de fuego contra la ciudad que duró doce horas seguidas. A su término la infantería francesa se lanzó al asalto, pero tras una lucha feroz los soldados imperiales fueron rechazados y en un segundo ataque también, sufriendo más de 500 bajas. Verdier descubría ahora que las cosas iban a ser complicadas. Los 13.000 soldados imperiales no eran suficientes para rodear bien la ciudad y mantener la presión, por lo que los sitiados seguían recibiendo provisiones y refuerzos. Aun así, decidido a usar la fuerza bruta, Verdier ordenó que las trincheras se aproximaran a las defensas españolas y tras lanzar el 4 de agosto un aterrador diluvio de fuego, su infantería logró tomar una parte de las defensas exteriores. Tras silenciar los cañones, abrieron por fin una brecha y tres columnas de infantería iniciaron el asalto. La lucha fue salvaje, abriéndose paso entre los disparos y las granadas, atravesando barricadas, parapetos y trincheras los soldados franceses casi logran apoderarse de la mitad de la ciudad, hasta que un feroz contraataque español les obligó a retroceder. Ahora eran los franceses los que se defendían de sus implacables enemigos entre las ruinas de las casas conquistadas. En la lucha nadie dio cuartel ni lo pidió. Miles de hombres de ambos bandos cayeron y, al llegar la noche, las agotadas tropas francesas sólo conservaban algunas pocas casas dentro de la ciudad. Dándose cuenta de lo inútil del esfuerzo, Verdier ordenó a su tropas retirarse. Los soldados franceses, agotados y desmoralizados, no lograban cerrar el cerco bien y ya sabían las noticias funestas de Bailén. Desesperado al conocer que tropas españolas de refuerzo se aproximaban, el general francés ordenó gastar toda su munición de gran calibre en un criminal bombardeo de la ciudad que no tenía otro objetivo que causar daño y destruir. Tras dejar inservible todo el material que no podía llevar, levantó el sitio el 13 de agosto. Había tenido 3.500 bajas y no había conseguido nada.

En el bando vencedor, Palafox era consciente del terrible daño sufrido. La mitad de sus hombres habían caído y las pérdidas entre las valiosas tropas regulares eran muy elevadas. La ciudad había sufrido mucho y las pérdidas de civiles eran muy altas. Sin embargo habían aguantado demostrando a sus enemigos que no combatían sólo contra un ejército, sino contra una nación entera. El ejemplo de Zaragoza no lo olvidarían los franceses jamás.

### La bofetada de Bailén

Sin duda alguna hay pocos hechos de armas en la historia de España que hayan tenido más impacto en la imaginación popular que la victoria lograda ante los ejércitos napoleónicos en el cálido verano de 1808. En una nación que no es precisamente conocida por el saber y aprecio de su historia, y menos todavía la militar, el nombre de la localidad andaluza evoca aun hoy en día el recuerdo de una hazaña de dimensiones míticas. Para los historiadores franceses —y no digamos ingleses—, el nombre hace referencia a una batalla secundaria, pero conviene recordar, principalmente en la España actual, cada día más alejada de sus gestas de auténtica grandeza e importancia mundial, que entre 1801[14] y la rendición de Dupont ante las tropas de Castaños, a pesar de haber librado decenas de batallas campales, nunca, en ninguna circunstancia, se había rendido una fuerza francesa de semejante dimensión ante ningún enemigo, por lo que el éxito de las armas españolas tuvo de inmediato un impacto inmenso en la opinión pública de toda Europa. Además, sirvió de catalizador e impulsó y estimuló a toda la nación española en su alzamiento contra el invasor francés. Sólo por esto ya merece un puesto de honor en la historia española y en la del mundo.

El origen de lo que iba a ocurrir estaba en la situación en la que había quedado la flota del almirante Rosilly en Cádiz al comenzar la sublevación española. El gobernador británico de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, había ofrecido un acuerdo a Castaños para ayudarle a resistir a los franceses, pero la Junta Suprema de Sevilla no aceptó la propuesta, pues no se fiaba de los ingleses. Mientras se fue formando un ejército con el que frenar el avance francés hacia el sur, algo sumamente necesario, pues el 14 de mayo Napoleón ordenó incorporar a las tropas de Dupont, que desde el 10 se preparaban para marchar al sur, los regimientos suizos al servicio de

España, orden que el ministro español de la Guerra confirmó al comunicársela a los coroneles suizos. El 23, con todo dispuesto, las tropas de Dupont partían en dirección sur. Si todo salía bien, el valiente general francés obtendría casi con seguridad su bastón de mariscal.

En realidad desde un primer momento todo fue mal. A pesar de que Napoleón consideraba más que suficientes las tropas enviadas con el objetivo de llegar hasta Cádiz. Una parte de las tropas francesas que se le tenían que unir en Sevilla —las del general Avril, situadas en Portugal— no aparecieron. Dos de los regimientos suizos procedentes del ejército español, que se tenían que incorporar a la expedición —Reding 3 y Traxler 5— se pasaron a los rebeldes españoles y las deserciones en los otros dos —Reding 2 y Preux 6— fueron en aumento según avanzaban. No obstante, Dupont sabía que podría contar con el apoyo de Vedel y su división, así que siguió su marcha hacia el corazón de Andalucía. En Sevilla, que se había alzado el 26 de mayo, la Junta constituida se había puesto en contacto con otras ciudades y había entregado el mando al general Castaños. El trabajo que había que realizar era inmenso, pero se hizo bien. Se reforzaron las unidades existentes con nuevos reclutas evitando en lo posible la creación de unidades nuevas[15]. Aprovechando el armamento de la Maestranza y el Parque de Sevilla se obtuvieron 26.000 fusiles, 14.000 pares de pistolas y 27.000 sables, así como cañones. Las plazas marítimas, como Cádiz, disponían además de pólvora en abundancia, por lo que el nuevo ejército estaba razonablemente bien armado.



*El general Castaños vistió toda su vida el uniforme del Regimiento de Línea África en el que había servido años atrás. Hizo un buen trabajo antes de la batalla de Bailén en la que junto a Reding obtuvo un merecido triunfo.*

En Andujar, Dupont tuvo un conocimiento bastante preciso de la situación escalonada entre Toledo y su propia posición de las unidades francesas. Si bien los dragones de Privé no lograron abrir una ruta hacia Granada, los cazadores de Dupré habían protegido bien la concentración de tropas, por lo que el general francés resolvió avanzar rápidamente en dirección a Córdoba, lo que suponía una diversión con respecto a su plan original. El 5 de junio concentró a sus tropas en Aldea del Río y el 7 llegó al Puente de Alcolea. Entre tanto la Junta de Sevilla había intentado apoyar a los cordobeses con tropas regulares que se unieron a los 15.000 voluntarios mal armados e indisciplinados agrupados por el teniente coronel Echevarri.



*El general Dupont esperaba ser premiado, tras su previsible éxito en Andalucía, con el bastón de mariscal. Sin embargo, la campaña fue el final de su, hasta entonces, brillante carrera.*

Al llegar al Puente de Alcolea, y para su sorpresa, las tropas francesas se encontraron con una concentración de tropas regulares españolas que se enfrentaron sin vacilar a los franceses. La lucha fue intensa, duró más de dos horas y tras combatir incluso en las casas del pueblo, las tropas españolas se retiraron a Córdoba ordenadamente. Tras intentar negociar con los defensores de la ciudad, unos disparos contra los escoltas del general francés desencadenaron un asalto feroz seguido de un brutal saqueo. Las violaciones, robos, asesinatos y asaltos no pudieron ser contenidos por los oficiales y en el Palacio Episcopal los franceses obtuvieron un botín valorado en diez millones de reales, una auténtica fortuna.

El 26 de junio Castaños contaba ya con 24.442 hombres y 2.623 caballos a los que había que sumar el contingente de Reding procedente de Granada. El 29 se pusieron en movimiento hacia Córdoba, reuniéndose con el grueso de las tropas de Reding en Porcuna, el 11 de julio. Allí se planificó el día 12 la operación a desarrollar contra los franceses. El plan era abrumar al enemigo con ataques por todos los lados y aislarles del camino a Madrid por donde podrían obtener ayuda. Para ello se decidió atravesar el Guadalquivir por Villanueva de la Reina, para interrumpir las comunicaciones entre Andujar, Bailén y Mengibar, para impedir a los franceses retirarse hacia la sierra. El objetivo de Castaños era fijar a las tropas de Dupont en tanto las otras dos columnas atacaban sus flancos y retaguardia. Como el general español estaba convencido de que las tropas que ofrecían resistencia al avance de Reding y Coupigny eran destacamentos poco importantes, nada podría impedir el ataque de sus tropas.

La ofensiva se inició el 14 de julio y las tropas españolas forzaron la retirada de los pelotones franceses que se encontraban junto al río Mengibar. Dupont en vez de aprovechar la dispersión española para atacar a sus columnas cometió el primero de sus errores y decidió mantenerse aún más a la defensiva, realizando un movimiento de corrección de sus fuerzas, reforzando a Vedel en Bailén con parte de las unidades de Gobert que habían quedado en La Carolina[16].

El día 15 las tropas españolas intensificaron los asaltos, que al fracasar demostraron el error de Castaños al calcular el tamaño de las fuerzas de Dupont. De igual forma Reding comprobó que se enfrentaba a toda la división Vedel, pero como los ataques de Castaños eran tan intensos, Dupont pidió ayuda a Vedel, quien dejando sólo dos batallones en Mengibar marchó en ayuda de Dupont durante la noche. Al llegar el 16 de julio descubrió que las acciones de Castaños eran idénticas a las del día anterior y que Coupigny sólo amagaba ante Villanueva.

Las noticias que llegaban de Mengibar eran desastrosas. Las tropas de Reding, muy superiores en número a las de Gobert, se habían empleado a fondo y tras una dura lucha habían dispersado a los franceses, encontrándose ya al otro lado del Guadalquivir, lo que suponía que el flanco francés había sido rebasado por su ala izquierda. El propio general Gobert se había lanzado valientemente al ataque con las últimas reservas de que disponía y había caído abatido en la lucha.

A pesar de contar con más hombres y mejor artillería y caballería que Castaños, Dupont cometió el segundo grave error y en vez de atacar a los españoles y barrerlos de oeste a este, dividió de nuevo sus tropas y envío a Vedel otra vez hacia el flanco izquierdo para contener a Reding en tanto él defendía Andujar. Al llegar Vedel a Bailén descubrió que Dufour, el sucesor de Gobert, había sabido que tropas enemigas amenazaban las comunicaciones con Madrid a través de los pasos de montaña y había resuelto avanzar contra ellas. Creyendo que se trataba de Reding, Vedel decidió de inmediato apoyar a Dufour, por lo que marchó en su ayuda con sus agotados soldados.

Con esta acción Vedel puso en peligro a todo el ejército francés, ya que no se trataba de Reding, sino de unos pocos reclutas mal armados a los que se había encomendado la misión de estorbar todo lo que pudieran al flanco izquierdo francés, por lo que cuando llegó al mediodía del 18 a las líneas de Dufour, Vedel descubrió que la amenaza sobre La Carolina era insignificante. De hecho Reding estaba aún en Mengibar, donde estaba reagrupando a sus hombres. Poco después él y sus hombres desfallecidos por el calor y las marchas, recibían órdenes de ir de nuevo a Andujar.

Desde un punto de vista realmente equilibrado, Castaños tenía una clara ventaja sobre Dupont en la artillería y en su infantería regular, que era mejor que la francesa y considerablemente más numerosa. La infantería francesa contaba con unidades de dudosa fidelidad —como los suizos, procedentes del ejército español y obligados a combatir bajo bandera francesa— o calidad, como las legiones 3ª y 4ª —División Barbou— y la 1ª y la 5ª —División Vedel— formadas por reclutas sin experiencia y la Guardia de París, en realidad una policía municipal, pero otras tropas como el 7° Provisional de infantería o los Marinos de la Guardia Imperial estaban constituidas por soldados excelentes. En cuanto a la caballería, la española era claramente inferior a la francesa, que aún estando formada por regimientos provisionales contaba con una fuerza poderosa y con hombres muy experimentados y tanto sus dragones como sus cazadores —y no digamos los coraceros— eran muy superiores a sus adversarios, aun teniendo en cuenta que su número era menor. Finalmente, respecto a la fuerza exacta de los franceses, algunos historiadores galos, como Foy, Thiers o Grasset, reducen el número a 8.000 o a lo sumo 9.000 hombres, en tanto que las fuentes españolas hablan de 12.000[17]. Mientras tanto, Reding, a quien ya se había unido Coupigny, había continuado el avance el día 17 al mediodía y como Castaños seguía convencido que los franceses seguían en Andujar, ordenó a Reding dirigirse a Bailén quien ocupó la ciudad y se preparó para atacar la retaguardia de Dupont tan pronto amaneciese el día 18. Sin embargo, no se había percatado de que los 11.000 hombres de Vedel avanzaban sobre él. Dupont, por su parte, creyó que Vedel, que no acababa de llegar se estaba retirando, por lo que prefirió dejar Andujar y al hacerlo chocó con la vanguardia de Reding, quien, muy alarmado situó 14.000 hombres y 20 cañones en las colinas del oeste de Bailén y envió también tropas al camino de La Carolina para protegerlo. Chabert, que estaba al mando de la vanguardia de Dupont, no pensó que las tropas que tenía delante fueran gran cosa, por lo que lanzó un violento ataque con 3.000 hombres apoyados por el fuego de su única batería. El ataque fue rechazado con graves pérdidas para los asaltantes.

La batalla puramente dicha comenzó en medio de la confusión, ya que los primeros movimientos se hicieron todavía con noche cerrada. La vanguardia francesa no encontró oposición en el puente del Rumblar y tras arrollar a una pequeña fuerza española siguió hacia Bailén, chocando en el camino con la vanguardia de Venegas que venía de Andujar y que tras un combate intenso y corto se vio obligado a retroceder ante los franceses de Teulet. Coupigny apoyó con refuerzos a Venegas y sobre las 4,00 horas, aún en la oscuridad, las tropas españolas, tras efectuar un repliegue ordenado se situaron en forma de arco en una buena y sólida posición, en la que sólo destacaba la debilidad de la caballería —había unos 1.140 jinetes españoles frente a más de 1.800 franceses—.

Al amanecer, cuando todavía la luz era escasa, se produjo un choque entre las caballerías de ambos bandos en el que participaron los famosos y míticos garrochistas, los lanceros de Jerez, a los que el mito popular convertiría en leyenda. Mientras las caballerías combatían la vanguardia francesa atravesaba el puente del Rumblar y en torno a las 5,00 de la mañana comenzaba el ataque. Sin embargo la artillería francesa se mostró inferior a la española, a pesar de lo cual Dupont

insistió, organizando cuatro columnas de ataque con el objetivo principal de tomar la batería central que impedía el paso hacia Bailén y romper la línea para ir hacía donde el creía que se dirigía Vedel. A pesar de los eficaces disparos de la artillería española el avance francés continuó y la caballería francesa —coraceros y dragones— cargó sobre la línea izquierda española, teniendo éxito, pero a costa de graves pérdidas.

La caballería de Privé cargó a continuación contra varios regimientos de línea, que no hubiesen podido resistir la presión de no haber sido por haber recibido el apoyo de varios regimientos provinciales. Al ver la maniobra española, la caballería francesa cambió su ataque para dirigirse contra la nueva amenaza pero, al hacerlo, cambió de frente presentando un perfecto blanco para la artillería, que rompió fuego contra los jinetes a los que causó graves pérdidas, sin que lograsen en ningún momento alterar la línea; pero como no había profundidad si el enemigo lograba hundirla, el despliegue español podía desmoronarse. Tal vez por ello, Dupont realizó un último esfuerzo y envío contra la batería central a los batallones de la División Chabert.

En un intento de impedir el ataque, los regimientos Farnesio y Borbón cargaron contra la columna que retrocedió hasta un olivar en una zona que no era idónea para la caballería, que hubo de replegarse, siendo sorprendidos los regimientos españoles por los coraceros y dragones enemigos que les inflingieron graves pérdidas y empujaron a lo jinetes de Farnesio contra la batería de la derecha rompiendo la línea española. La fatiga, el calor y el esfuerzo, debieron hacer mella en los coraceros, por lo que Farnesio se recuperó y con el apoyo de los garrochistas y de la infantería pudieron reestablecer la situación. Sobre las 8,30[18] el centro español seguía resistiendo y el ala izquierda se encontraba firme. Para evitar nuevas amenazas, el barón de Montagne y el general Venegas fueron enviados aún más a la derecha de la línea española para proteger mejor el despliegue. Dupont, que vio la maniobra, envío a la brigada de Pannetier, que constituía su reserva, junto con el Batallón de Marinos de la Guardia Imperial, para protegerse de un ataque contra su retaguardia por las tropas de Castaños. Sin embargo, la presencia de tropas españolas en las alturas de Zumácares, le obligaron a mover sus tropas para hacer frente a la amenaza. Las tropas de Pannetier, agotadas por el esfuerzo, se enfrentaron con los batallones del regimiento Órdenes Militares, que los rechazó. Tras rechazar un ataque de los dragones, que casi tiene éxito, las tropas españolas siguieron manteniendo sus posiciones. Eran más de las 10,00; habían pasado más de cinco horas, los combatientes estaban sofocados por el calor, sedientos y con los rostros cubiertos de polvo y de las cenizas de los incendios que quemaban el monte bajo. Los franceses tenían más sombra, pero menos agua y Dupont sabía que no tenía más remedio que forzar las líneas españolas como fuera. Tras reunir a la brigada Chabert en cuatro columnas las lanzó contra el centro español y la batería central apoyadas por los últimos cazadores a caballo que le quedaban a Dupré, que cayó en la lucha con un tercio de sus hombres. El ataque de la infantería fue también rechazado.



Garrochista, *por Goya. Museo del Prado, Madrid. La batalla de Bailén elevó a una categoría casi de leyenda a los lanceros andaluces, que sin embargo tuvieron en la batalla un comportamiento bastante discreto.*

Eran las 12,00 y sólo quedaban operativos los Marinos de la Guardia, que junto a hombres de la 3ª Legión, 3$^{er}$ batallón suizo y un batallón de la 4ª Legión, se lanzaron de nuevo al ataque, pero fracasaron otra vez. El propio Dupont había sido

herido y los suizos desertaron al encontrarse enfrente de sus antiguos compañeros[19]. Todo había acabado y Dupont pidió a Reding la suspensión de las hostilidades.

Después de unas largas negociaciones Dupont se rindió con las tropas que aún le quedaban, incluyendo a las de Vedel, por lo que en total los franceses perdieron 450 hombres en la batalla, a los que había que sumar 1.500 heridos y 17.150 prisioneros. Castaños en su informe a la Junta de Sevilla menciona 189 muertos y 567 heridos. La victoria había sido por lo tanto aplastante. Se había eliminado la amenaza sobre Andalucía y no había tropas enemigas en el camino a Madrid. El rey José abandonó la ciudad a toda prisa y el 23 de agosto las tropas de Castaños entraban en la capital en medio del delirio popular. Había nacido el mito de Bailén.

Respecto a los prisioneros, el convenio de rendición había acordado su repatriación a Francia, pero sólo se cumplió el pacto con Dupont y sus generales, el resto fueron enviados al inhóspito islote de Cabrera, del que sólo volvieron a sus hogares algo menos de la mitad. El mito de la invencibilidad de los franceses quedaba roto para siempre y el prestigió de Napoleón sufrió un duro golpe.

**Conclusiones de Bailén**

Desde el punto de vista puramente militar Bailén enseñó a los generales españoles qué era lo que había que hacer para vencer a los franceses, les mostró cuál era el truco mágico que permitía derrotar a los hasta entonces invencibles guerreros de Napoleón. Consistía en aislarlos de sus fuentes de suministros e impedir que les llegaran refuerzos. Separados en grupos era posible vencerlos aprovechando su necesidad de vivir del terreno cuando este era pobre y las comunicaciones malas. A partir de Bailén esta fue la constante que guió las operaciones contra las tropas imperiales, maniobrar para romper las líneas de suministro y comunicaciones de sus ejércitos de campaña y ahogarlos. El hecho de que estos planes casi nunca funcionasen en la práctica es otra historia, pero la resolución tan perfecta y feliz en Bailén de esta idea, marcó para siempre la doctrina estratégica española en la contienda.

En cuanto a la imagen popular creó dos mitos que ha sido imposible eliminar hasta hoy. El primero que se trató de una victoria lograda gracias los guerrilleros, destacando la dimensión legendaria otorgada a las secciones de garrochistas, cuyo papel en la batalla fue muy limitado, pero que creció hasta extremos increíbles. Las guerrillas nacieron de forma organizada y eficaz mucho más tarde, en los años 1809 y 1810, y en la época de Bailén el apoyo popular se tradujo principalmente en paisanos que deseaban incorporarse a unidades regulares o de voluntarios. Bailén fue un triunfo del Real Ejército heredado de la Ilustración, con sus virtudes y defectos, apoyado por miles de campesinos, comerciantes y artesanos, más o menos bien armados y organizados y aprovechando una situación estratégica y un terreno favorable, como mandan los cánones militares de todos los tiempos y épocas. En cuanto al segundo mito, es el defendido por muchos historiadores extranjeros, de que se trató de una batalla "afortunada", es decir, de un caso de buena suerte, idea defendida también por algunos historiadores españoles que no se han molestado en estudiar los interesantes trabajos que se han publicado sobre la batalla.

Por último, Bailén no enseñó nada ni a nuestros "aliados" británicos ni a nuestros enemigos franceses. Para los primeros el desprecio que sentían hacia nuestra nación y hacia nuestro ejército en especial, hizo imposible que llegaran a valorar la importancia que la batalla tuvo para la moral del pueblo español y de sus fuerzas armadas. Para los ingleses y sus historiadores la guerra no iba a ser más que el enfrentamiento entre su nación y Francia en el suelo de la Península Ibérica, con algún apoyo más o menos inútil de caóticos y desorganizados portugueses y españoles. Respecto a los franceses, despreciaron siempre a los ejércitos españoles y a los guerrilleros, si bien les fueron tomando respeto según avanzaba la contienda —y el número de sus bajas—, hasta el extremo de que Napoleón, que había llegado a calificar al ejército español como "el peor de Europa", llegó a cambiar en parte su juicio acerca de la campaña española y de la resistencia popular en su destierro en Santa Elena. No obstante, todavía hoy es frecuente leer comentarios de los historiadores galos achacando la derrota a la poca calidad de las tropas, al calor, al problema del bagaje y la impedimenta, a los suizos y a otros muchos lugares comunes que hace tiempo se han demostrado falsos.

Respecto a un juicio moderno y actual, poco más cabe añadir que en realidad no

se sepa ya —para quien quiera saberlo, claro está—. La victoria de Bailén fue el fruto de un planteamiento táctico muy acertado por parte de Castaños y de Reding que lograron aislar a los franceses, y a una serie de errores de Dupont que se unieron a la falta de decisión de Vedel. Les guste o no a los británicos y a los franceses, España acababa de eliminar de la alineación enemiga de un solo golpe a casi una cuarta parte de las tropas destacadas en nuestro país. El bofetón dado al emperador resonó en Europa entera y obligó a Napoleón a ponerse él mismo al frente de sus tropas para acabar con los insurgentes españoles. Para los británicos fue su gran oportunidad, pues sin el alzamiento español y la victoria de Bailén, a su querido y admirado Wellington, los franceses le habrían sacudido dos buenas tortas y enviado de vuelta a su verde isla a cuidar de sus ovejas y sus fincas.

**Fracaso francés ante Valencia**

Simultáneamente al avance de Dupont sobre Córdoba, el mariscal Mocey salió con 9.000 hombres de Madrid en dirección a Valencia, pero en lugar de tomar la carretera principal en dirección a Almansa, se desvió a través de las montañas de Cuenca, tomando una ruta aparentemente extraña, con lo que logró evitar las posiciones españolas en torno al desfiladero de Cabrillas y el río Cabriel, presentándose ante Valencia el 26 de junio. Sin embargo las autoridades valencianas no habían estado ociosas y habían impartido órdenes para fortificar los accesos, al tiempo que el río Guadalaviar cubría el flanco norte y los campos inundados una parte importante de las vías de penetración posibles. Artillería pesada y una masa mal armada de casi 20.000 campesinos y vecinos de la ciudad y los pueblos limítrofes cubrían las líneas de defensa.

Tras instar a la rendición de la plaza, lo que no logró, Moncey ordenó avanzar a sus tropas que tras una breve refriega desalojaron a las avanzadillas españolas de sus posiciones y ordenó el asalto a la ciudad. El mariscal francés esperaba que la resistencia cesara pronto, pero se vio sorprendido cuando comprobó que tras perder casi 1.000 hombres en dos ataques sucesivos no había conseguido hacer mella en las defensas españolas. Parapetados y bien protegidos, los voluntarios y los escasos soldados regulares, apoyados de forma muy eficaz por la artillería obligaron a lo franceses a retirarse. Superado en número y sin artillería de sitio, con sólo 8.000 supervivientes y viendo que la columna prometida por Dushesme desde Cataluña no llegaba, decidió retirarse hacia Madrid por la carretera principal buscando un choque decisivo con las tropas españolas que se encontraban en su ruta. Sin embargo, el general Cervellón se había movido con el grueso de sus tropas hacia las sierras conquenses con lo que sólo se enfrentó a unos pocos campesinos mal armados a los que desbarató sin dificultad. El resultado no era bueno. Si bien sus fuerzas eran ridículas para lo ambicioso de su fines; el hecho cierto es que el avance hacia Valencia y el levante español había fracasado también y las pérdidas eran considerables.

**Cataluña. Las espadas en alto**

El levantamiento en Cataluña no fue tomado en serio por el alto mando francés. Los 7.000 franceses y 5.500 soldados italianos del general Duhesme tenían que bastar para cumplir tres misiones: la primera, consolidar y asegurar Barcelona como punto esencial del despliegue francés en el principado; la segunda, avanzar contra los rebeldes de Lérida y Manresa, y la tercera, enviar una columna de apoyo a las tropas de Moncey que avanzaban contra Valencia. Lo cierto es que como en los casos de Dupont y Moncey lo exigido superaba con mucho las posibilidades de la división al mando de Duhesme, que tuvo que dividir sus fuerzas de forma muy peligrosa, ya que el 4 de junio envió al general Chabran hacia el sur con 3.000 hombres en apoyo de Moncey y destinó otros 3.000 al mando del general Schwartz hacia Manresa y Lérida. Esta columna fue la primera que tuvo dificultades, toda la ruta estaba alzada en armas y los somatenes obstaculizaban su avance, hasta que, asustado ante el cariz que tomaban las cosas, se detuvo en el Bruch y pidió refuerzos a Duhesme, quien, preocupado, ordenó a Chabran que se moviese en apoyo de los acosados hombres de Schwartz. Juntos intentaron abrirse paso por el desfiladero pero fracasaron, a pesar de lanzar varios ataques, todos infructuosos.

Duhesme tomó la decisión de dirigirse hacia el norte para asegurrar sus comunicaciones con Francia. Sus apenas 6.000 soldados avanzaban por un territorio totalmente hostil, bajo el acoso de miles de paisanos armados y somatenes que ya

habían intentado detenerle en Mataró. Ante Gerona se encontró con una situación como la Moncey en Valencia y no tuvo más remedio que volver a Barcelona.

Las tropas que debían apoyar a Duhesme se habían ido concentrando en el sur de Francia a finales de la primavera y el 5 de julio apenas eran la cuarta parte del total de 8.000 que tenían que dirigirse al sur. Ante lo urgente de la situación, el general Reille, dejó una parte de sus tropas en Perpiñán y cruzó la frontera. Tuvo éxito al liberar a la asediada guarnición de Figueras, pero no pudo hacer nada ante Rosas, bien guarnecida y apoyada por buques británicos y se detuvo ante las posiciones fortificadas de Gerona a finales de julio. Duhesme se le unió el 24, tras librar duros combates con los somatenes por el camino. A pesar de que ahora contaba con una fuerza importante, la guarnición de Gerona había sido reforzada por 1.300 soldados regulares llegados de las Baleares y hasta el 12 de agosto los sitiadores no lograron cerrar realmente el cerco. Por si fuera poco, el grueso de los 5.000 soldados de la guarnición de Baleares que habían desembarcado en Cataluña se habían unido a los somatenes y ahora cercaban Barcelona. El general francés prefirió no atender a las desesperadas peticiones de auxilio de sus camaradas convencido de que en poco tiempo Gerona caería en sus manos. Pero no fue así. Los ataques no parecían abrir brecha en los defensores y las noticias de lo ocurrido en Bailén eran ya del dominio público.

Mientras, el mando español ideó una operación para liberar Gerona. El conde de Cadalgués, un emigré francés al servicio español desde la Revolución[20], atacó a las tropas de Reille por la retaguardia en combinación con una salida de los sitiados y si no hubiese sido por la habilidad de sus comandantes, los franceses hubieran sufrido una dura derrota. Con la moral por los suelos y sin esperanzas de éxito, Duhesme destruyó el material de asedio y clavó los cañones antes de retirase a Barcelona, en tanto Reille se dirigía a Figueras. Gerona estaba libre de amenazas. Pero en tanto que Reille alcanzó su destino sin problemas, la marcha de Duhesme fue de pesadilla. La carretera de la costa estaba minada, repleta de barricadas y obstáculos, los somatenes le acosaban sin descanso y las naves británicas que patrullaban la costa llegaron a bombardear sus columnas en el camino. Tras destruir su tren de equipaje, sus municiones, material pesado y los cañones, atravesó las montañas para abrirse paso hasta Barcelona al precio que fuese. Lo logró el 20 de agosto, pero al llegar no tenía un ejército, sino una muchedumbre harapienta y hambrienta que apenas se tenía en pié.

### Nace la Junta Suprema Central

Los franceses evacuaron Madrid el 1 de agosto y a pesar de la angustia que sentía el rey José con respecto a un asalto masivo de los españoles por todos los lados, la retirada se pudo hacer en buen orden y sin contratiempos. Es cierto que la división valenciana enviada a la capital llegó con cierta rapidez, pero no era una fuerza precisamente temible, pues en su mayor parte estaba formada por campesinos sin experiencia militar. Respecto al grueso de las tropas de Castaños, como hemos comentado, no llegaron a Madrid hasta el 23 y con una sola división, pues las otras tres habían sido retenidas por la Junta de Sevilla. Lo fundamental era que se formase una autoridad central y se fijase un plan de operaciones contra los franceses. El tiempo apremiaba independientemente de las ilusiones que el pueblo se hacía sobre una fácil victoria, lo cierto es que aunque las cosas iban bien había que aprovechar la ventaja y responder con celeridad y con un golpe demoledor, antes de que Napoleón reaccionara. Cualquier militar avezado sabía que el emperador no iba a dejar sin respuesta la afrenta de Bailén.

Sin embargo el acuerdo fue imposible. El 5 de septiembre se celebró una conferencia de la que salió una especie de borrador de plan estratégico que en realidad no establecía nada. Blake y Cuesta apenas se dirigían la palabra desde la derrota de Medina de Rioseco, Castaños desconfiaba de ambos y de Palafox, que seguía con sus intrigas y dispuesto a continuar con sus planes al margen del interés común. Por último, el duque del Infantado, del que nadie olvidaba que había apoyado a José Bonaparte, era comúnmente despreciado y su opinión no contaba. A pesar de este siniestro panorama, había energía, voluntad y disposición para hacer algo, por lo que el avance de las tropas, independientemente de sus problemas y calidad, continuó y la línea del Ebro se alcanzó a finales de septiembre. El mayor retraso correspondía a las divisiones andaluzas que llegaron a la capital a finales de mes y al Ejército de Extremadura, que seguía en su región. Al mismo tiempo, tras largos

debates se decidió formar una Junta Central que dirigiese los destinos de la nación. Tras innumerables intrigas y problemas, al menos España contó desde el otoño con una especie de gobierno denominado Junta Suprema Gubernativa del Reino, formada por representantes de Aragón, Asturias, Canarias, Castilla La Vieja, Cataluña, Extremadura, Galicia, Baleares, Murcia, Valencia, Madrid, Toledo, León Navarra, Jaén, Córdoba, Granada y Sevilla, que se reunió en Aranjuez el 25 de septiembre[21]. De esta reunión salió un gobierno provisional dividido en subcomisiones —que correspondían a los antiguos ministerios— una secretaría y una Junta General de Guerra. Lo que no se hizo es nombrar un general en jefe —tal vez por el mal recuerdo de los días del generalísimo Godoy—, pero sobre todo la Junta reclamó el poder soberano y rechazó ser una mera representación de las juntas provinciales.

Una de las medidas principales de la Junta fue intentar organizar un ejército en condiciones que pudiera enfrentarse a los franceses. Deseaba reclutar 500.000 hombres y crear el embrión de una Guardia Nacional, así como comprar caballos en el cercano reino de Marruecos. Para lograr estos objetivos preparó contribuciones de guerra y organizó la fabricación de armas, uniformes y material. Sin embargo, lo cierto es que, vistos los resultados en el otoño, la Junta fracasó. Enfrentada a la oposición permanente del Consejo de Castilla, a la intrigante e insidiosa facción liderada por Palafox y saboteada por las juntas provinciales que no deseaban perder sus parcelas de poder, pronto perdió la ayuda británica —que fue suspendida— y no tuvo más camino que intentar lograr una gran victoria militar que dejase claro que era la única esperanza ante la gran crisis que se avecinaba. Pero para ello necesitaba que los ejércitos que estaban siendo formados fueran capaces de cumplir su misión.

### El nuevo ejército español

Incluso con los inconvenientes ya mencionados, lo cierto es que las juntas provinciales habían avanzado mucho en la creación de unidades de voluntarios y, sobre el papel, las masas armadas de los primeros meses habían dado paso, poco a poco, a una constelación de compañías, batallones y regimientos, pero a cambio se había destruido la esencia y el núcleo del viejo ejército, aun cuando la mayor parte de los regimientos del Real Ejército seguían operativos. En general había una enorme desorganización, faltaba comida, material de repuesto, armas, equipo, uniformes; en fin, de todo. Los cuadros de oficiales no tenían muy buena fama, pero por si fuera poco, se realizaron multitud de nombramientos por razones de parentesco familiar, amistad o intereses particulares —al mejor estilo español—, concediendo grados y cargos sin atender a la preparación. Como es lógico con esta forma de actuar, se inflaron plantillas, se levantaron unidades sin ninguna experiencia y mandadas por aficionados. Por si faltase algo, los ordenanzas, intendentes y ayudas de campo de generales y altos mandos proliferaban por doquier, todos con soberbios y absurdos uniformes de fantasía, sin aportar nada útil al conjunto del ejército, generando además una impedimenta enorme que impedía los movimientos rápidos tan necesarios.

El problema principal fue no hacer lo que habían hecho Castaños y Reding al comenzar la campaña de Bailén. Aprovechar las unidades regulares para encuadrar a los reclutas e integrarlos en un sistema que ya funcionaba y en el que había hombres experimentados. Se prefirió por el contrario crear decenas de unidades nuevas, en ocasiones con brillantes uniformes, dotándoles de armas que apenas sabían usar y dirigidas por familiares y amigos de quienes tenían poder en las juntas de gobierno locales o estaban en buenas relaciones con los nobles o las corporaciones —ayuntamientos, diputaciones— que levantaban el regimiento.

La guerra es desgraciadamente un oficio costoso de aprender, pero a diferencia de otros, si no lo haces bien, el resultado es la muerte propia y la de los camaradas y compañeros. Durante toda la guerra masas de voluntarios españoles, mal entrenados, que apenas sabían ejecutar unas pocas maniobras elementales, se iban a tener que enfrentar con hombres a veces tan poco experimentados como ellos y casi siempre inferiores en número, pero dirigidos por oficiales y jefes competentes, que sabían dirigirlos en el campo de batalla y que contaban con recursos muy superiores. Salvo notables excepciones, las tropas españolas de campaña fueron superadas siempre y sufrieron derrotas espantosas. Por si fuera poco, aunque la artillería española combatió muy bien toda la contienda, carecía de material y era

muy escasa, por lo que los ejércitos españoles fueron al combate casi siempre con poco apoyo de cañones, pero lo peor fue la ausencia casi absoluta de caballería. Además de contar con escasas monturas, entrenar jinetes es más difícil que hacerlo con infantes, por lo que la falta de cobertura montada en las vastas llanuras españolas dejó a los mandos españoles ciegos, sin conocer bien las intenciones del enemigo, lo que les hacía ocupar posiciones desventajosas, vulnerables y realizar movimientos pocos adecuados.

El resultado lo pueden imaginar. Una y otra vez las unidades francesas machacaban y debilitaban a las líneas españolas con sus pantallas de tiradores y su artillería, y aprovechando su absoluta superioridad táctica rompían las defensas españolas y cuando cundía el pánico lanzaba a su caballería para arrasar lo que quedase y provocar verdaderas hecatombes en las persecuciones, en las que acuchillaban a sablazos a los fugitivos casi a placer. Estos problemas no se solucionaron más que en los últimos meses de la guerra, por lo que durante largos años ésta fue la terrible y dura realidad. Como es lógico, ante este panorama, el nivel de deserción era muy alto y eran muchos los hombres que se unían a las guerrillas o las partidas que infestaban los campos y montañas o intentaban volver a sus hogares.

Sin embargo, nada de esto era percibido por el eufórico pueblo español a finales del verano. A mediados de septiembre de 1808 el ejército francés mantenía una fuerte concentración de tropas en torno a Miranda de Ebro y Logroño, en donde se encontraban el propio rey José, Bessières, Moncey y Verdier. Duhesme no podía salir de Barcelona y Reille estaba aislado en Figueras a unos kilómetros de la propia Francia. Bailén era un mito ya en toda Europa, y en Austria y Alemania se consideraba el éxito español la demostración de lo que podía hacerse con decisión y valor ante las tropas de Napoleón, pero además, a la derrota en Andalucía, había que sumarle los fracasos en el Bruch, Gerona, Zaragoza y Valencia. Miles de soldados franceses habían muerto o estaban prisioneros y el prestigio de Napoleón se tambaleaba en Europa; por si fuera poco los británicos, aprovechando la situación, habían desembarcado en Portugal durante el verano, donde un desconocido general sir Arthur Wellesley derrotó a las tropas francesas en Roliça y Vimeiro, obligándolas a firmar la capitulación de Cintra por la que debían abandonar el país. Con el apoyo del pueblo portugués, ahora también alzado en armas, los británicos liberaron Portugal y se constituyeron en una nueva amenaza para la débil posición francesa en la Península Ibérica. La primera campaña de las tropas napoleónicas en España y Portugal terminaba en un estruendoso fracaso.

12 Lo mejor del ejército se encontraba en Dinamarca —los 14.000 hombres del marqués de La Romana—, desplegados en Fionia, Jutlandia y Langueland. Aún no sabían nada del alzamiento.

13 Sorprendentemente en algunos casos los franceses permitieron a las unidades españolas abandonar sus puestos en su totalidad, como Cataluña, donde regimientos enteros se dirigieron a las zonas bajo control patriota.

14 Me refiero por supuesto a la rendición de las tropas francesas aisladas en Egipto ante los británicos, algo que los historiadores de esta nación recuerdan machaconamente cuando alguien les menciona la palabra Bailén —aunque personalmente nunca he entendido muy bien por qué lo hacen—.

15 La creación de unidades bisoñas en vez de reforzar las veteranas fue uno de los mayores errores cometidos por los patriotas españolas. Sin experiencia alguna, estos regimientos, en ocasiones brillantemente uniformados y equipados, fueron barridos por los franceses uno tras otro.

16 Aunque apenas se menciona nunca, Dupont ya sabía que Moncey había fracasado ante Valencia y la noticia debió de influir en su decisión de actuar con extremada prudencia.

17 En realidad se ha tendido a exagerar la importancia de las tropas españolas y a minimizar el de las francesas. Para una aproximación correcta a la verdad, recomiendo el gran trabajo de Miguel Ángel Camino, Francisco Vela, Leopoldo Stampa y Juan José Sañudo publicado en el número 3 de la revista *Researching & Dragona*.

18 Hay que tener en cuenta que hoy en día serían las 10,30 pues hay una diferencia de dos horas con la hora actual.

19 Sorprendentemente una parte importante de estos hombres serían capturados por los franceses en Granada dos años más tarde y cambiaron de bando por tercera vez.

[20] El conde de Cadalgués era el antiguo coronel del regimiento de Infantería de Línea Borbón, formado en España originariamente como emigrés por franceses. En él se amalgamaron los restos de otras muchas unidades creadas durante las guerras de la Revolución, como los regimientos *Royal Rousillon*, *Royal Provence* y la *Légion de la Reine*. Al respecto de esta curiosa historia ver la revista *Ristre Napoleónico* número 1.

[21] Observará el lector que la representación coincide vagamente con los antiguos reinos y las actuales Comunidades Autónomas. Se nota la ausencia de Castilla la Nueva, representada por el viejo reino de Toledo y la atomización andaluza. Respecto a La Rioja y Cantabria estaban obviamente representadas por Castilla la Vieja. En cuanto a Murcia, incluía también la actual provincia de Albacete.

# CAPÍTULO V

## LOS EJÉRCITOS COMBATIENTES



*Granaderos y gastadores de la División de La Romana en Hamburgo. Los granaderos formaban unidades selectas en la infantería de la era Napoleónica. Sus grandes gorros de pelo y sus vistosas mangas acentuaban su impresionante imagen. Colección imperial. Hermanos Suhr.*

*Algunos de los guerrilleros usaban chaquetas de distinto color como nuestros húsares, y otros chaquetillas oscuras, negras o azules; pero todos llevaban anchas fajas de seda o lana, al tiempo que muchos tenían cartucheras por encima de la faja con espacio para varias decenas de cartuchos, como buena ocasión tuve de comprobar. Los calzones cortos de terciopelo negro o de cuero quedaban libres por la rodilla, y las pantorrillas protegidas por polainas de cuero que iban por encima de las sandalias españolas o grueso calzado con contrafuerte para los tobillos. Los guerrilleros gritaban todo lo que su voz daba de sí, enseñando los dientes blancos y puntiagudos, que se parecían a los de los lobos hambrientos.*

*Coronel Lejeune,*
*ayudante de campo del mariscal Berthier,*
*prisionero de los Húsares Francos Numantinos de Juan Palarea,*
*el "Médico".*

## INFANTERÍA: TÁCTICAS Y ARMAMENTO

En 1808 todos los ejércitos de Europa eran relativamente similares y su infantería tenía como arma básica el fusil de chispa, pesado, de avancarga, monotiro y ánima lisa. Era muy poco preciso y aunque su bala llegaba a casi un kilómetro, apenas era útil a más de 100 metros.

Las tropas españolas empleaban principalmente el modelo de 1801, de calibre 18 mm, con un cañón de 1.508 mm de longitud y, en unos pocos casos, un modelo reformado del año 1807, con llave mixta y doble nuez, que luego fue la base de algunas armas producidas durante la guerra, en la que, como es obvio, se usó prácticamente cualquier cosa que hubiese a mano, destacando las armas inglesas, las recuperadas y las tomadas al enemigo. El genial armero vasco Bustundui creó en 1812 una llave francesa mejorada, que fue la empleada por el fúsil de infantería modelo 1815, el del final de la guerra, que años después dio lugar al magnífico fúsil modelo 1828, el último fusil de chispa de la infantería de línea española[22].

Los británicos contaban con el denominado *India Pattern Brown Bess*, de calibre 19, con 1.378 mm de longitud y llave a la francesa, que fue el arma básica de la infantería del Reino Unido durante décadas. Algunas unidades especiales empleaban armas diferentes. De entre ellas destacaban los rifles rayados, como el *Baker*, empleado por las tropas ligeras inglesas y portuguesas, que aun siendo más lento y complicado de cargar era mucho más preciso. Tenía una longitud menor, sólo 1.168 mm y un calibre de 15,6 mm.

Las tropas imperiales francesas estaban armadas con el fúsil modelo 1777, modificado tras la Revolución, en las bandas laterales del cañón y las anillas del portafusil en los Años IX y XIII, por lo que era conocido como mosquete modelo *An IX/XIII*. Era de chispa, con llave a la francesa, 1.515 mm de longitud y calibre 17,5 mm. Los pocos *voltigueurs* que disponían de armas rayadas las perdieron al serles retiradas en 1807, lo que produjo una notable disminución en su precisión al disparar que los mandos franceses no juzgaron importante. Los zapadores empleaban un mosquetón más ligero, el modelo *An IX* de sólo 111 cm de longitud.

Las pistolas de ambos bandos eran en su mecánica similares a los fusiles. Funcionaban con llaves de chispa, tenían el ánima lisa y eran muy poco precisas, empleándose sólo para defensa personal a corta distancia. Eran habitualmente un arma de jinetes. Las armas de percusión —pistolas y fusiles—, debidas a un invento del reverendo escocés John Forsyth de 1807, no llegaron a ser empleadas en las guerras napoleónicas.

La pólvora húmeda o mojada, la suciedad, el polvo o el pedernal desgastado, impedían que el arma funcionase en condiciones. Además la inexperiencia, los nervios y la tensión, hacían que si se era un soldado poco experimentado —y a veces incluso veterano— se perdiese la baqueta al olvidar sacarla y disparar el fusil con ella dentro del cañón. Todo ello hacía que la lucha exigiese que se aprovechase el despliegue para dar más eficacia a los soldados. Un buen tirador podía cargar tres veces en un minuto y alcanzar a un enemigo a 80 metros, pero a más de 150 el proyectil perdía fuerza de tal forma que era muy ineficaz. Se buscaba por lo tanto concentrar los disparos en un frente corto para que por estadística alcanzasen al mayor número de enemigos posible. El entrenamiento, la rapidez en cargar y la disciplina eran esenciales. Si una fila se desmoronaba fruto de la presión, la inseguridad o el miedo, la línea entera podía desbaratarse y ser un objetivo perfecto para la caballería. Desgraciadamente las tropas españolas, a menudo bisoñas y sin entrenamiento, sufrieron mucho este tipo de contratiempos.

No obstante, incluso las tropas bien entrenadas tenían problemas al avanzar hacia el enemigo en columnas cerradas, con el arma lista, pues los soldados veían cómo se acercaban a las filas enemigas, sabiendo que un momento dado la formación contraria vomitaría plomo, con el riesgo también de sufrir ataques de la artillería, desde proyectiles macizos de hierro que rebotaban en el suelo arrancando cabezas, piernas y brazos, hasta botes que hacían explosión sembrando metralla en medio de las formaciones. Los soldados también eran conscientes de que tras los primeros intercambios de disparos las líneas enemigas avanzarían contra ellos con bayonetas de acero afilado de dos palmos de longitud, colocadas sobre fusiles de más de un metro de largo y a la carrera, lo que obviamente generaba una enorme tensión y un gran estrés. Tal vez esta sea la causa de que en los manuales de instrucción y en los reglamentos de la época apenas se de importancia a la esgrima de bayoneta, pues la posibilidad de un choque con el enemigo cara a cara, era algo

muy infrecuente, ya que el miedo era habitualmente más fuerte que la voluntad de luchar y vencer.

Por ello lo normal era desplegar la infantería en hileras de tres de fondo, pues la cuarta no veía bien al enemigo y era además un buen blanco. En terrenos montañosos o donde la caballería enemiga no se podía desplegar bien, lo usual era rebajar el fondo y desplegarse en fila de dos, lo que permitía cubrir un frente más amplio, si bien se perdía consistencia ante un posible ataque a la bayoneta.

Los franceses habían desarrollado durante las Guerras de la Revolución una sofisticada técnica de movimientos en columnas. En principio un columna tenía varias ventajas frente a un despliegue lineal. Se mantenía alineada con más facilidad que una línea y se desplegaba mejor en cuadro en caso de una carga de caballería, además al ser más sólida era muy eficaz a la hora de atacar y romper las formaciones enemigas. Napoleón usó frecuentemente un sistema mixto que combinaba columnas con líneas, uniendo la potencia de fuego de las líneas a la fuerza de las columnas. Sin embargo en España, los generales franceses usaron principalmente columnas móviles, muy rápidas, con las que destruir las formaciones enemigas, aun sabiendo que sólo unos pocos hombres podían emplear sus armas. El problema era que para romper una línea era preciso debilitarla antes con fuego de artillería o con fusilería, pues de lo contrario aguantaría. Era habitual que los franceses usasen su superior movilidad y habilidad táctica para desgastar las líneas enemigas con fuego de artillería y de sus tiradores avanzados y arrasarlas luego con un asalto de sus columnas, como ocurrió en Jena —1806—.

Sin embargo, para su desgracia, Wellington desarrolló un modelo táctico que consiguió muy a menudo neutralizar el sistema empleado por los hombres de Napoleón. Básicamente consistía en ocupar sólidas posiciones defensivas que dominasen el campo de batalla y mantener ocultas a la vista del enemigo a una parte importante de las unidades propias. El primer gran logro de este sistema fue Bussaco —1810—, en donde Reynier fue incapaz de determinar la verdadera extensión del frente británico-portugués y atacó el centro del dispositivo aliado creyendo que era su flanco derecho o en Arapiles —1812—, donde a Marmont le sucedió lo mismo. Además, los británicos idearon una solución que evitaba la exploración de las líneas enemigas que hacían las cortinas de *voltigueurs* franceses. Para ello, destacaban a notables fuerzas ligeras de fusileros, de unidades como el 95 de Rifles o el 5° Batallón del 60 de infantería y tropas portuguesas similares —los *caçadores*—, que creaban sólidas barreras que los *voltigueurs* no podían atravesar. Estas barreras de fusileros eran tan poderosas que en ocasiones los comandantes franceses las llegaron a confundir con la primera línea aliada, por lo que a veces al sobrepasarlas creían que habían roto el dispositivo enemigo, descubriendo su error fatalmente cuando se estrellaban contra la auténtica primera línea.

A continuación, el trabajo de las fuerzas británicas consistía en evitar el avance de las columnas atacándolas con disparos de artillería y fusilería para que llegasen ante las líneas propias muy debilitadas. El resultado fue que en España y Portugal las columnas francesas apenas pudieron competir contra las líneas británicas. Es curioso, pero aun a pesar de la enorme importancia dada por Napoleón y sus generales a las unidades de escaramuzadores y el despliegue habitual de miles de tiradores ante el enemigo, en la Península Ibérica lo frecuente fue que los generales franceses jamás usasen tropas de línea para combatir en orden abierto —salvo los *voltigueurs*—, por lo que rara vez empleaban más de 800 hombres por división para esta misión, lo que les situaba en una dramática debilidad ante los anglo-portugueses.

### Caballería: Tácticas y armamento

En líneas generales, al comenzar el siglo XIX se clasificaba en toda Europa en pesada, media y ligera, en función de las misiones a realizar del armamento y equipo de protección de los jinetes y de alzada de las monturas. En realidad en la mayor parte de los ejércitos las líneas divisorias entre los diferentes institutos eran bastante borrosas y en algunos casos, como el español durante la guerra, eran nominales y poco más.

Se denominaba caballería pesada a la encargada de romper las líneas enemigas. Se buscaba por lo tanto caballos de gran corpulencia, alzada y peso, capaces de soportar a un jinete robusto, fuerte y pesadamente armado. Los regimientos pesados estaban formados por los carabineros, los coraceros y la caballería de línea

—llamada así porque sus hombres cargaban en líneas paralelas—, juntos, "bota con bota", lanzándose con sus caballos directamente contra el enemigo, En la mayor parte del centro y norte de Europa —Rusia, Prusia, Austria, Sajonia, Suecia y otros estados menores—, los regimientos de coraceros y carabineros solían ir armados con grandes sables o espadas rectas, pistolas de arzón y hasta carabinas, y protegidos por cascos de acero y por corazas. Se precisaba contar por lo tanto con monturas poderosas que pudieran, en la carga, aguantar el peso del jinete acorazado quien, por su parte, debía de ser un hombre alto y fuerte, capaz de soportar el peso de las armas y de la armadura. En resumen, como se dice habitualmente al hablar de estas tropas, eran hombres grandes en caballos grandes. La caballería pesada tenía como misión la ruptura del frente enemigo, por lo que era mantenida habitualmente en reserva, a la espera de que llegase el momento oportuno, para entonces lanzar su muro de hierro contra las formaciones contrarias, arrollando todo a su paso. Las cargas de los coraceros franceses en las batallas de la época, como la Eylau en 1807, pasarían a la leyenda, demostrando el poder arrasador de estos jinetes.

La caballería media estaba formada por los dragones y los lanceros — a los que en ocasiones se clasificaba como caballería ligera—. Los dragones eran en origen —principios del siglo XVII—, mera infantería montada, pero se fueron aproximando cada vez más a la caballería ordinaria, si bien conservaron sus fusiles y, en algunos ejércitos, como el francés, aún se preveía su empleo ocasional como infantería. En cuanto a los lanceros, su uso en las guerras napoleónicas se intensificó gracias a los éxitos de los jinetes polacos. Muy empleados en los ejércitos del este de Europa, su uso en Occidente era marginal y casi desconocido, pero el impulso que les dio Napoleón y su brillante actuación en Waterloo, hizo que tras los Cien Días y el final de las Guerras Napoleónicas, todos los ejércitos de Europa se llenasen de regimientos de lanceros[23].



*Un húsar francés en una ilustración de la época. La caballería ligera francesa pudo hacer sus misiones de exploración y enlace sin tener apenas rivales.*

Finalmente estaba la caballería ligera, formada por los húsares y los cazadores. Los primeros, con sus espectaculares uniformes multicolores, sus plumas y sus *colbacs* de pelo de oso, resumen en la imaginación popular la imagen mítica de los soldados de Napoleón. Su origen está en el este de Europa, en Hungría, Polonia y Moldavia, don-de estos jinetes ligeros aparecieron a principios del siglo XVI. Su nombre deriva de los vocablos húngaros *husz* —veinte— *y ar* —renta—, pues cada propietario de tierras debía aportar a un hombre de cada veinte para la caballería ligera. Presentes como mercenarios en Europa Occidental desde finales del siglo XVII, en el siglo XIX estaban totalmente integrados en las estructuras regulares de los ejércitos, en una época en la que se habían labrado toda una leyenda de valientes esgrimistas, mujeriegos, luchadores y bebedores. Para alcanzar la altura de su fama mítica no vacilaban en batirse en duelo a la mínima ocasión y en arriesgarse al máximo en la batalla, pues como decía el gran general Lasalle, comandante en jefe de la *Brigada Infernal* en la campaña de Prusia en 1806, un auténtico húsar

debía morir antes de cumplir los treinta años[24]. Las misiones de los húsares eran básicamente servir de ojos y oídos al ejército. Sus labores eran por lo tanto variadas, ser empleados como enlaces, llevar mensajes, mantener las líneas de comunicación abiertas, atacar destacamentos aislados, ocupar posiciones lejanas. Respecto a los cazadores, sus funciones eran similares, destacando su uso para *cazar* a los exploradores y jinetes avanzados del enemigo y destruir sus líneas de comunicaciones, así como entorpecer sus movimientos y maniobras.

La función básica de la caballería en la época era dar seguridad al grueso de las tropas, es decir, ser capaces de reconocer el terreno, de descubrir los movimientos del enemigo, de cubrir y proteger la retirada en las derrotas y de explotar las victorias persiguiendo a las tropas vencidas en fuga. En las batallas a campo abierto podía ser usada contra cualquiera de las Armas del enemigo, por lo tanto debía estar preparada para combatir contra la infantería, la caballería y la artillería. Lo único desaconsejado era su empleo contra posiciones fortificadas o sólidamente defendidas, aunque en ocasiones lo hicieran —como los jinetes ligeros polacos de la Guardia en el puerto de Somosierra—, ya que lo previsible era que sufriesen graves pérdidas.

Las cargas se lanzaban en formaciones con la mayor profundidad posible, en un primera fase al trote, lanzándose al galope sólo en los últimos metros —unos 50—, pues era la única forma de evitar la pérdida de la formación, elemento esencial del éxito. La velocidad en las cargas, en contra de la creencia habitual, era casi inexistente. En cualquier caso si la infantería no perdía la calma y la serenidad y se situaba en su correcta disposición defensiva, que era el cuadro —en realidad, un rectángulo—, lo más probable es que venciera siempre y de hecho la famosa ruptura de un cuadro en Garciahernández, en 1812, se produjo porque un caballo cayó sobre la infantería abriendo un hueco por el que penetraron los jinetes. En el resto de las ocasiones en las que se rompieron cuadros la causa fue la inexperiencia de la infantería o su pánico[25]. Sin embargo, cuando la infantería era sorprendida en línea y no era capaz de formar en cuadro o estaba huyendo, la matanza era horrorosa, como le sucedió a la infantería española en Ocaña —y desgraciadamente en decenas de batallas y combates— o a los británicos en la Albuera ante la carga arrolladora de los lanceros del Vístula y del 2° de húsares francés.

Los choques entre caballería no eran habituales en una batalla campal, pues lo normal era que al ver la resolución y disposición de uno de los dos bandos el otro volviera grupas e incluso hay casos en los que manteniendo ambas caballerías la decisión de chocar las formaciones se cruzaron sin apenas causarse bajas.

Respecto a las cargas contra Artillería —muy inusuales— lo habitual era que un escuadrón o varias compañías cargasen de frente para atraer el fuego, para posteriormente abrirse a ambos flancos y que un segundo grupo atacase a las piezas directamente. Si se tenía éxito, el triunfo era espectacular, como el obtenido por el regimiento español de línea del Rey en Talavera, donde capturó cuatro cañones.

El armamento era similar en todos los ejércitos contendientes. La caballería pesada usaba grandes espadas o sables rectos y pistolas de arzón, así como carabinas o tercerolas. Los jinetes ligeros, húsares y cazadores, empleaban también pistolas y carabinas, pero destacaba su uso de sables curvos, menos pesados y diseñados para alcanzar al enemigo en el pecho. Los dragones, equipados de forma similar a la caballería de línea empleaban modelos especiales de fusiles, parecidos a los de los infantes, pero adaptados a su empleo por tropas montadas. Finalmente los lanceros, usaban el arma típica de su instituto, sobre la que había —y hubo a lo largo del siglo XIX— un intenso debate entre los especialistas acerca de su utilidad.

**La artillería**

Al comenzar el siglo XIX la artillería era de dos tipos: a pié y montada. La primera estaba, como su nombre indica, formada por hombres que avanzaban andando, en tanto que la segunda contaba con caballos que facilitaban su movilidad en el campo de batalla y su rápido desplazamiento, por lo que era también denominada artillería volante.

Las piezas eran de avancarga, como los fusiles, y al carecer de mecanismos para compensar el retroceso había que resituarlas después de cada disparo por medio de cuerdas. Iban montadas sobre cureñas de madera con ruedas para facilitar su transporte y colocarlas frente al enemigo. Una batería francesa contaba por lo

general con unas seis piezas de las que la más ligera era la de a 4. Con un calibre de 85 mm tenía seis servidores. Tras cada disparo un artillero introducía una baqueta mojada para apagar las partículas incandescentes que dejaba cada disparo, luego se introducía una bala o carga que se empujaba con el atacador, un saco de pólvora, se cebaba, se verificaba la puntería y se disparaba acercando el botafuego al oído del cañón. La técnica artillera era compleja y precisaba de hombres hábiles y experimentados, pues cuando se abría fuego era importante que las tropas ocupasen sus posiciones correctamente, dado que el ángulo de elevación debía calcularse para que los proyectiles pasasen por encima de sus cabezas.

Los proyectiles eran de varios tipos. Los principales eran balas metálicas redondas que, lanzadas contra las columnas y las filas de los infantes, sembraban la muerte y la destrucción. Las balas debían ser rápidas para mejorar su rendimiento, por ello se empleaban principalmente con piezas de caña larga, que les aseguraban alcanzar una gran velocidad. Por esa razón se lanzaban casi paralelas al suelo, con el objetivo de destruir las filas enemigas y si bien con la distancia perdían velocidad, aunque fuesen tan lentas como para ser vistas, eran mortíferas, pues al avanzar los soldados en orden cerrado cercenaban brazos, cabezas o piernas con enorme facilidad.

Las bolsas y botes de metralla se empleaban contra infantería o caballería a corta distancia. Eran cilíndricos cargados de pequeñas bolas de metal que se dispersaban al hacer explosión aniquilando todo rastro de vida en sus proximidades. Cuando no había bolas se empleaban trozos de metal, clavos, herraduras, cristales o piedras, que mataban y destruían con igual eficacia. La artillería pesada de sitio, obuses y morteros, podían lanzar granadas gigantescas y proyectiles esféricos huecos rellenos de explosivo que detonaban en el aire o en el suelo a un tiempo predeterminado. Había también proyectiles incendiarios y otros cargados de metralla que producían tremendos daños.

Alguien podría decir hoy en día que las armas con las que se libró la Guerra de Independencia eran toscas y primitivas y que comparadas con los actuales aviones, helicópteros y vehículos blindados eran insignificantes. La artillería de avancarga frente a las modernas piezas guiadas por radar es ridícula e incluso las armas portátiles parecen patéticas al ver los actuales fusiles de asalto dotados de miras telescópicas, visores nocturnos, guías láser y lanzagranadas, capaces de lanzar 10 proyectiles de alta velocidad por segundo. Sin embargo conviene situar las cosas en su sitio. Las armas de la época producían daños terribles. El HK G-36, actual fúsil de asalto de la infantería española, dispara proyectiles del calibre OTAN 5,56 mm y la bala de un fusil español del modelo 1801 pesaba casi treinta gramos y era de calibre 18 mm, por lo que podía atravesar a corta distancia con facilidad a dos hombres en fila y penetrar una hilera de diez. Las bayonetas de acero y los sables de la caballería producían cortes y heridas aterradoras, pudiendo cercenar un brazo o abrir un cráneo por la mitad de un solo golpe. Les aseguro que luchar en una batalla de las guerras napoleónicas era una experiencia difícil de olvidar.

### Los franceses y sus aliados

Los soldados que Francia empleó en la larga contienda que se desarrolló en España y Portugal tenían una calidad muy diversa. En los primeros meses destacó la enorme cantidad de reclutas con escasa instrucción que había entre los cuerpos de ejército que debían ocupar España, así como un excesivo número de regimientos provisionales —formados por los batallones de depósito de distintos regimientos—. Muy similares eran las legiones de reserva, creadas en 1807 para evitar los inconvenientes que provocaba la existencia de regimientos provisionales desde el punto de vista meramente administrativo. Cada legión se formaba con seis batallones a los que se sumaban reservistas, disponiendo también de su propia artillería.

Fue también común la formación de unidades “de marcha”, constituidas por tropas de diversas unidades, normalmente compañías de los depósitos con reclutas ya entrenados y adiestrados —en realidad muy poco, ya que las bajas hacían preciso cubrir los huecos en la unidades en campaña con gran celeridad— que se enviaban a España para incorporarse a sus respectivos regimientos y se amalgamaban en el camino para formar unidades nuevas que poder usar ante el enemigo, pues atravesar el territorio español no era algo sencillo.

Sin embargo, a pesar de que Napoleón retiró de España constantemente tropas

para enviarlas a Austria y Rusia, entre ambas campañas, de 1809 a 1811, muchas de las mejores y más experimentadas unidades francesas volvieron a la península, donde se consumieron en la eterna e inacabable guerra que se libraba en nuestro país, pero aun así, cuando comenzó la campaña de Rusia, salvo la Guardia Imperial y una parte reducida del ejército, los regimientos destinados en España eran de una calidad muy superior a la abigarrada horda que el emperador condujo a través de las llanuras rusas, lo que unido al magnífico trabajo de oficiales y mandos intermedios produjo que los franceses fuesen un enemigo temible hasta el último día de la guerra, ya que incluso en la última batalla en Toulouse, en su propio suelo y con gran parte de la población harta de guerra, sus reclutas y veteranos combatieron formidablemente bien.

Por su estructura el núcleo lo formaban los regimientos de línea, de los que al menos sesenta y cuatro combatieron en España. Tenían cuatro batallones y uno de depósito con una compañía de granaderos, otra de voltigueurs, las denominadas compañías de "elite" y cuatro de fusileros o compañías "centrales", con un total teórico de 140 hombres cada una. La infantería ligera se organizaba de forma similar, si bien las cuatro compañías centrales se denominaban carabineros y cazadores.

Durante la lucha participaron otras fuerzas de infantería francesa especializadas, desde cazadores de montaña a gendarmes y tropas de la Guardia de París —por ejemplo en Bailén—, así como de la Guardia Nacional, pues al final de la guerra, cuando se combatía en suelo francés, varias cohortes —de entidad similar a un batallón— agrupadas en legiones actuaron contra los aliados.

Los ejércitos napoleónicos contaron con el apoyo de tropas de todos los rincones del imperio francés y de las naciones sometidas, por lo que había regimientos alemanes de la Confederación de Rhin —Hesse, Baden, Wuttemberg, etc.— y también de Hannover, Westfalia, Ducado de Varsovia, Holanda, Italia, Nápoles y regimientos extranjeros franceses[26] formados por suizos e irlandeses, y por prisioneros austriacos, prusianos y hasta rusos. Muchas de estas unidades fueron pésimas —la peor sin duda el desastroso regimiento de Prusia, luego 4° extranjero— con unos ratios de deserción elevadísimos, en tanto que otras —sobre todo los polacos— combatieron muy bien.

En 1808 Francia contaba con doce regimientos de coraceros y dos de carabineros, que en 1810 recibirían también corazas y cascos. Ambos elementos fueron tan apreciados por los que los usaban como temidos por sus enemigos[27], pues una carga de coraceros era realmente devastadora. En España no sirvió más que un regimiento francés provisional de coraceros, formado por compañías sueltas de varios regimientos y del que una parte se perdió en Bailén. Más adelante se creó el 13$^{er}$ Regimiento de Coraceros, que hizo la guerra en España siempre en Levante, donde cosechó notables éxitos. Dada la naturaleza áspera y montañosa del terreno y la dificultad para encontrar buenos pastos, Francia no arriesgó sus magníficos regimientos pesados en la sórdida y oscura guerra que se libraba en nuestro país. Finalmente, los carabineros, la elite de las elites de la caballería napoleónica, estuvieron presentes en España sólo al principio de la guerra y encuadrados en unidades provisionales, por lo que de estos soberbios jinetes montados en gigantescos caballos normandos, los equipados a partir de 1810 con impresionantes corazas y cascos con penachos escarlata, jamás combatieron en la Península Ibérica.

El peso de la guerra en lo que a la caballería francesa respecta lo llevaron los dragones, de los que hasta dieciséis regimientos estuvieron en la Península. Armados con grandes espadas rectas, pistolas y fusiles y protegidos con cascos, desempeñaron un papel crucial en la estrategia francesa. La inexistencia de contrincantes españoles a su altura hizo que se les emplease como caballería de línea, dando un resultado satisfactorio y brillante durante toda la contienda. Además sirvieron como tropas de guarnición en puntos clave, como reductos fortificados, puentes, nudos de comunicaciones o en la ingrata tarea de perseguir a las guerrillas.

Los cazadores llegaron a tener en España once regimientos y los húsares, siete; si bien se fueron alternando durante toda la guerra. Al igual que los dragones brillaron a gran altura, pues la caballería española no era un rival serio. Incluso en las batallas a campo abierto contra los ejércitos españoles y anglo-portugueses destacaron en algunas cargas de leyenda, como las llevadas a cabo por el 2° de Húsares en Medellín y en La Albuera. Hubo por último unidades de la gendarmería,

especializadas en el combate contra las guerrillas, entre las que destacaron sin duda los espectaculares lanceros-gendarmes, que con un armamento impresionante —lanzas, sables, carabinas y pistolas—, jugaron un papel importantísimo para mantener abiertas las comunicaciones entre los diferentes ejércitos de campaña franceses.

La caballería francesa combatió en España muy bien y, a pesar de las enormes dificultades por las que pasó y las constantes remontas de pura necesidad —en 1812 se llegó a desmontar a los oficiales de infantería para conseguir monturas para la caballería—, su enorme capacidad táctica, su conocimiento de las técnicas más modernas y su gran entrenamiento y disciplina, hicieron que durante toda la guerra se mostrara a un nivel muy superior al de sus enemigos españoles, portugueses e incluso ingleses.

Además de los regimientos franceses, el Imperio se sirvió en España de tropas italianas, polacas, holandesas y alemanas de la Confederación del Rhin. En general fueron todas de primera calidad, pero en algunos casos, como los dragones italianos y los lanceros polacos, brillaron especialmente y realizaron grandes hazañas.

Para los estándares napoleónicos los ejércitos destinados en España contaron con muy poca artillería. La causa principal era el mal estado de los caminos y de las carreteras, lo que hubiese exigido unos medios materiales de los que no se disponía. Por lo tanto, salvo piezas pesadas de sitio, la artillería contó principalmente con cañones de a ocho, de a cuatro y de a seis. Las baterías eran de ocho piezas en las unidades de a pié y de a seis en las montadas.

### El Ejército del rey José I

Denominados "*juramentados*" de forma despreciativa por los patriotas, los soldados regulares de la infantería del rey José sirvieron para bien poco. Encuadrados en unidades de infantería de línea y ligera según el modelo francés, algunas fueron formadas por extranjeros que residían en España y la mayor parte por prisioneros de guerra que desertaban a la primera ocasión, por lo que en el bando patriota se denominaba a veces al rey José "*el Gran Capitán del vestuario*", pues "*devolvía*" a sus andrajosos prisioneros al poco tiempo y debidamente vestidos. Entre los oficiales, que sabían lo que les esperaba si caían en manos de sus antiguos camaradas, las deserciones fueron más bajas, pero en cualquier caso su participación en la guerra se limitó en general a la defensa de núcleos urbanos y fortificaciones, pues apenas se podía contar con ellos para las campañas contra las tropas aliadas.

Muy distinto fue el papel que desempeñaron las milicias creadas y mantenidas por las ciudades y villas ocupadas, algunas de las cuales fueron numerosas y más efectivas que las tropas regulares. Hubo tres zonas, Andalucía, Cataluña y el País Vasco, donde estas tropas —milicias urbanas, cuerpos francos, migueletes o escopeteros— fueron reclutadas con cierta facilidad, pues los propietarios rurales y urbanos estaban hartos de los saqueos y brutalidad de las guerrillas que se comportaban más a menudo de lo que creemos como una verdadera plaga. De entre estas tropas, podemos destacar a los migueletes catalanes, los migueletes de don Pujol o cazadores del Ampurdán, los guías catalanes, los gendarmes cántabros y las compañías guarda-costas vascas, aunque hubo muchas más[28].

Los intentos para formar una fuerza de caballería medianamente operativa entre los partidarios del hermano de Napoleón no tuvieron jamás un éxito a la altura de las expectativas. Además de franceses — los más fiables—, la caballería josefina tuvo también a italianos, siendo el resto prisioneros de guerra y algunos —muy pocos— voluntarios. El grado de deserción fue menos alto que en la infantería, pero la razón fue simplemente, que apenas hubo caballería. Se pretendió originariamente formar regimientos de línea y de la guardia. La caballería de la Guardia, formada por extranjeros y oficiales españoles adictos, fue la más sólida y, al menos, llegó a tener unidades operativas. Contaba con un regimiento de húsares, dos escuadrones de caballos ligeros —formados por italianos—, una unidad de mosqueteros y otra de preferencia de la gendarmería —ambas compuestas de franceses—. El resultado práctico fue patético, los húsares jamás llegaron a ser un escuadrón y apenas llegaron a cien hombres y, los gendarmes, en torno a ochenta jinetes... Y si ese fue el resultado en las tropas de la Guardia, en los regimientos de línea fue peor. Ni uno sólo de los seis regimientos previstos de línea llegó a estar operativo, aunque se llegaron a formar cuatro regimientos de cazadores —dos de

ellos en Andalucía—, siempre con escasos hombres y de un tamaño minúsculo y uno de húsares —el de Guadalajara, liderado por Saturnino Abuín, un ex guerrillero de la partida de el "Empecinado"—, de entidad muy pequeña, así como un escuadrón de lanceros —los de Aguado[29]—.

El 4° de cazadores estuvo en La Albuera y en la acción de Gébora y la caballería de la Guardia estuvo en Ocaña y Talavera —con una fuerza total inferior a un regimiento, unos 600 jinetes— y sobre todo en Vitoria, donde estuvieron presentes casi todas las unidades con las que contaba el monarca intruso, algo más de 1.000 hombres y de las que algunas se sacrificaron para proteger su huida —como fue el caso de los húsares de la Guardia—.

**Los ejércitos españoles**

Es algo habitual cuando se lee o habla de la Guerra de Independencia las referencias que fue un conflicto entre los ejércitos francés y británico apoyado por guerrilleros, como si el ejército español hubiese desaparecido después del primer año de guerra —al ejército portugués, sin el que Wellington no era nada, ni se le menciona—, pero lo cierto es que sin el concurso del ejército español ni las guerrillas hubiesen podido aguantar a los franceses ni los británicos se hubiesen podido sostener en la Península demasiado tiempo. Es algo que con frecuencia tiende a olvidarse, pero es la absoluta verdad.

En realidad hubo dos ejércitos españoles diferentes, el que existía al comenzar la guerra y el que se formó —o mejor, los que se formaron— durante la misma. El primero era, con sus virtudes y defectos, similar a los del resto de Europa. La infantería contaba en 1808 con 35 regimientos de línea de tres batallones de cuatro compañías de las cuales una era de granaderos. Había entre ellos tres regimientos irlandeses, uno napolitano y seis suizos —estos de dos batallones—. La infantería ligera estaba organizada en doce batallones de seis compañías de 200 hombres. Por último había cuarenta y tres batallones de milicias de 600 hombres cada uno y cuatro regimientos provinciales de granaderos de 1.600 hombres divididos en dos batallones.

Unido a los británicos que constituían desde Portugal una amenaza permanente a la seguridad de los franceses y a las guerrillas, que convertían el país entero en un avispero, la contribución esencial de los ejércitos de tierra españoles en la guerra fue el sobrevivir. Derrotados una y otra vez, siempre se recomponían y estaban de nuevo dispuestos para la lucha. Mal armados, con escaso material y equipo, sin apenas comida y suministros, pero con una fe ciega en la victoria, constituían una molestia constante para los comandantes franceses que se veían obligados una y otra vez a destruir sus concentraciones de fuerzas y a bloquear sus maniobras y operaciones. Apoyando y encuadrando a las guerrillas, coordinando la ayuda británica y defendiendo puestos esenciales en fortalezas costeras, pasos de montaña y ciudades, impidieron que los franceses pudiesen emplear toda su fuerza al mismo tiempo contra Wellington. En tanto los ejércitos españoles estuvieran activos, una parte importante del ejército francés debería de prestarles atención. Ese fue a la postre su verdadero éxito.

Cuando alboreaba el siglo XIX la situación de la caballería española era deplorable. Años de negligencia y descuido de la cabaña y la cría caballar, había provocado que la impresionante caballería española de las campañas italianas de los reinados de Felipe V y Fernando VI hubiese desaparecido casi por completo. Tras las guerras del Rosellón y las Naranjas —contra Francia y Portugal, respectivamente—, se había observado notables carencias que hubo que corregir con urgencia. En este sentido es cierto que tanto Godoy como su hermano Diego —nombrado Inspector general de la Caballería—, intentaron atajar el problema mediante una serie de reformas que ayudasen a formar al menos un núcleo de calidad de fuerzas montadas, pero lo cierto es que se realizaron dos reformas sucesivas, en 1802 y en 1805, que lo único que lograron fue desorganizar más aún el ya caótico panorama. Así en 1802, se aumentó de uno a seis los regimientos de húsares y se crearon dos de cazadores, mediante la supresión de los dragones, para en 1805, volver a formar cinco regimientos de dragones, dejando en dos los de cazadores y en dos los de húsares, acompañados de doce regimientos de línea, a los que había que sumar la brigada de carabineros de la Guardia Real —que tenía escuadrones de línea y ligeros, con un total de 540 hombres— y las cuatro compañías —española, americana, italiana y flamenca— de los Guardias de Corps —en

total 675 hombres—. Aún a pesar de las reformas de urgencia y del interés mostrado por el gobierno en los años 1802-1808, cuando comenzó el conflicto había disponibles tan sólo 9.000 caballos para 15.000 jinetes, destacando el caso del regimiento de la Reina, que disponía de 202 caballos para 667 hombres. Por si fuera poco, la caballería pesada española carecía de corazas —aunque por otra parte daba igual, pues no había caballos adecuados ni se seleccionaba a los jinetes de línea por su corpulencia y peso de forma tan radical como en Francia y otros países[30]— y nuestros dragones no llevaban cascos, por lo que al comenzar la guerra, España tenía una de las caballerías menos protegidas de Europa.



*Soldados británicos del 95 de rifles. Armados con fusiles rayados de precisión Baker, eran auténticas tropas especiales.*

Durante la guerra la situación no mejoró, como lo demuestra el hecho de que al acabar la guerra en 1814, los regimientos de caballería sólo eran 16 frente a los 12 de 1808. La escasez de monturas, de hombres preparados y las constantes reformas, hicieron que la caballería fuese el Arma menos eficaz del ejército español. De hecho jamás se pudo organizar una caballería útil y poderosa, apenas hubo caballería pesada o de línea y no se formó un regimiento de coraceros hasta 1810 —y no fue gran cosa—, por lo que el ejército español jamás pudo realizar cargas al estilo francés, ruso o austriaco, hubo ejércitos de operaciones que sólo contaron con caballería ligera y los regimientos y escuadrones se reorganizaron una y otra vez, siendo siempre su número muy escaso. Es cierto que hubo acciones realmente notables, pero en líneas generales se arrastró una permanente falta de material, equipo, monturas adecuadas y entrenamiento, por lo que de la caballería española lo único que puede decirse es que hubo la única que podía haber. Pedir otra cosa hubiese sido algo imposible[31].

### El ejército británico

El pequeño y profesional ejército británico desempeñó un papel esencial en la victoria ante Napoleón y lo hizo como lo que era: la proyección terrestre del arma esencial del Reino Unido, su Armada. Tras la victoria de Trafalgar, dueños y señores del Mar, los británicos encontraron en la revuelta española la oportunidad que buscaban, un lugar en el que combatir a los franceses y vencerlos. Lo cierto es que su participación resultó decisiva por varias razones, la primera porque prestaron un apoyo psicológico esencial a las tropas españolas y a las guerrillas que se oponían a los planes de Napoleón. La segunda porque constituían una permanente amenaza contra el dispositivo francés de ocupación. Además, sin la ayuda material británica la resistencia española hubiese sido casi imposible, pues a los enormes subsidios entregados a las Juntas españolas, hay que unir las armas, uniformes, material y equipo de toda clase entregado a los ejércitos y guerrillas que combatían al invasor francés.

Sin embargo su participación directa fue gradual y varió en importancia según como transcurría no sólo la guerra en España sino el conflicto general en el resto de Europa. Así durante los primeros años —1808-1811— quieran o no los historiadores británicos, la participación de las tropas británicas en la guerra en España es secundaria y aun a pesar de la expedición de Moore, o de librar grandes batallas en suelo español como Talavera o La Albuera, su actuación no influye en absoluto en lo esencial de la contienda. Sólo a partir de la progresiva eliminación de los ejércitos españoles por la arrolladora superioridad francesa, del auge de las guerrillas y especialmente de la destrucción del último ejército español de campaña en Sagunto —1811—, comienza a ser determinante la participación de las tropas del

Reino Unido en la lucha, momento que coincide con el definitivo alejamiento del interés directo de Napoleón por lo que sucedía en la Península.

Gran Bretaña poseía al comenzar las Guerras Napoleónicas un respetable ejército profesional formado por voluntarios, extraídos por lo común de entre las clases más bajas —"*burdos campesinos y obreros depravados*", según Foy— y a los que separaba de los oficiales un abismo social de recursos y educación. Estaban bien entrenados, eran valientes por lo general y despreciaban profundamente a los extranjeros y las costumbres que no fueran las suyas, lo que constituía un buen freno para la deserción. En cualquier caso, los soldados británicos no tenían un origen diferente ni eran peores que los soldados de otros ejércitos de su tiempo, mal que le pese a sus detractores y, además, su organización era excelente. La paga, el alimento y el material necesario para llevar a buen término sus misiones llegaban con una precisión y puntualidad asombrosa para la época. Sus hombres estuvieron por lo general mejor alimentados, vestidos y tratados que ningún otro ejército de las Guerras Napoleónicas. Ello sin embargo no evitó que en varias ocasiones a lo largo de la guerra en España y Portugal se produjeran escenas espeluznantes que hacían dudar a la población si se trataba de "aliados". Durante la retirada de Moore, en Ciudad Rodrigo y sobre todo en Badajoz y San Sebastián, la soldadesca británica totalmente enloquecida por el alcohol y fuera de control cometió saqueos, robos, violaciones y crímenes de todo tipo. Algunos historiadores franceses, como Foy, destacan insistentemente la falta de imaginación de los soldados británicos y, sobre todo, su absoluta brutalidad cuando habían perdido la cohesión y el orden básico de sus formaciones, normalmente por excesos de consumo de alcohol.

Cada batallón de infantería de línea se componía teóricamente de diez compañías de 100 hombres cada una, de las que una era de granaderos y otra de infantería ligera. Durante las campañas en la Península Ibérica estuvieron presentes cincuenta y un regimientos de infantería de línea y los tres de la Guardia.

La infantería ligera británica era muy reciente, pero al terminar la contienda había ya seis regimientos ligeros —43, 51, 52, 68, 71 y 85—, todos armados con el *Baker*. Había también varias unidades de fusileros ligeros de los que destacaba el soberbio 95 de Rifles —verdaderas fuerzas especiales— y el 50 batallón del 60 de infantería.



*Un jinete portugués. El país vecino tuvo problemas similares a los españoles a la hora de equipar sus fuerzas montadas. Escasa cabaña y mal cuidada.*

De entre las tropas extranjeras destaca sobre toda la Legión Alemana del Rey —*King´s German Legion*—, que contaba con infantería de línea y ligera y los *Oëls Jägers* de Brunswick, con sus llamativos uniformes negros y tropas formadas por franceses emigrados como los *Chasseurs Britanniques*.

Sin ser gran cosa y, desde luego, sin poder compararse con las caballerías de Francia, Austria o Rusia, lo cierto es que el pequeño ejército británico disponía de unas tropas montadas de mejor calidad de lo que habitualmente se dice, incluso entre los propios británicos. Por lo pronto los cuidados que los ingleses daban a su cabaña eran muy notables, lo que en principio parecería haber sido una ventaja, pero que en la práctica no fue así, pues no se trataba de caballos criados para la guerra. En general usaban dos tipos, los *hunters*, literalmente cazadores y los *chargers* o monturas para cargar, que se diferenciaban en una mejor estampa y alzada de los primeros sobre los segundos.

A pesar de la escasez de alimento de calidad para el ganado y lo duro y difícil del terreno, algunos oficiales ingleses emplearon en la Península Ibérica auténticos purasangres que en manos de hombres audaces servían para acercarse hasta las líneas enemigas y observar los movimientos franceses, apuntándolos con detalle. Cuando los franceses les descubrían —algo sencillo pues se mostraban sin ningún problema ante sus columnas— rara vez lograban alcanzarlos, por la superior calidad de sus caballos, que les permitía escapar a gran velocidad. Esta ligera ventaja táctica la mantuvieron los británicos toda la guerra. Ni qué decir tiene que algo similar era casi imposible de lograr entre los franceses y estaba fuera de la imaginación de los españoles.

La caballería británica no disponía de coraceros ni de lanceros, pero sus regimientos de línea eran auténtica caballería pesada, con robustos y musculosos caballos montados por hombres recios y fuertes. Los húsares eran muy recientes en el ejército británico y, en parte, se denominaban aún dragones ligeros. En 1808, de sus 35 regimientos, tres eran de la Guardia a Caballo, siete de dragones de la Guardia[32], seis de dragones pesados, quince de dragones ligeros y cuatro de húsares, formando en regimientos de cinco escuadrones con dos compañías de entre 60 y 80 jinetes. La composición de las fuerzas presentes en España fue variando a lo largo de la guerra, pero siempre contaron con unas fuerzas montadas razonablemente bien mandadas, bien equipadas y entrenadas y muy agresivas. Intervinieron en España la *Lifeguard* y la *Horseguard*, seis regimientos de dragones, tres de la Guardia, cuatro regimientos de húsares y ocho de dragones ligeros. También hubo unidades de jinetes bajo mando, paga y equipo británico de diversos orígenes. En su mayoría eran alemanes, principalmente del antiguo ejército de Hannover y habían sido incorporados a la citada Legión Alemana del Rey, que contaba con cinco regimientos de caballería, de los cuales dos eran en principio de caballería pesada y también tropas de Brunswick[33], como los famosos húsares negros y algunas unidades españolas formadas, entrenadas, vestidas y pagadas por el Reino Unido, como los húsares de Almansa[34].

Respecto a otras unidades, el Ejército Británico empleó once baterías de artillería a pié y varias de artillería a caballo. Cada batería tenía por lo general seis piezas. También hubo en España un pequeño y eficaz cuerpo de ingenieros y zapadores.

### El ejército portugués

El ejército portugués no puede decirse que tuviera un destacado papel en 1808. Ante la huida del gobierno y el monarca debido a la invasión hispano-francesa, la práctica totalidad de sus unidades seguían intactas y por orden de Napoleón se integraron en el ejército imperial francés, reorganizadas con el nombre de Legión Portuguesa.

Después de la capitulación de Cintra, se encargó al general Beresford reformar el nuevo ejército portugués, dando lugar al que sería el ejército de la guerra, que desempeñaría un papel esencial en el triunfo aliado, hasta el extremo que es posible asegurar que Wellington jamás hubiese triunfado sin el apoyo de las tropas del país vecino.

Al terminarse la reorganización y antes de la invasión de Massena, estaba formado por veinticuatro regimientos de línea con dos batallones de siete compañías. Cada batallón debía tener 770 hombres sin contar a oficiales y músicos, por lo que un regimiento tenía un pié teórico de 1.550 hombres; si bien a lo largo de la guerra, en campaña, tenían por término medio unos 1.300. Las tropas portuguesas fueron equipadas y armadas al estilo británico y según fue avanzando la guerra se fueron adaptaron a la forma y la táctica de combate de sus aliados entre cuyas grandes unidades se fueron integrando.

La infantería ligera contaba con seis batallones de *caçadores*. Cada batallón tenía siete compañías de 110 hombres de las que una era de *atiradores*. Vestidos de marrón y armados con el fúsil rayado *Baker* se iban a convertir en una leyenda durante la guerra. A lo largo de la misma su número se vio incrementado por la creación de tres nuevos batallones tras la disolución de la Leal Legión Lusitana. Esta última unidad —*Loyal Lusitan Legion*— había sido creada por sir Robert Wilson con una fuerza de tres batallones de diez compañías de 100 hombres, más oficiales. Contaba también con un grupo de caballería y una batería de artillería. Fue disuelta en 1811.

La milicia tuvo una gran importancia en las operaciones entre 1810 y 1812.

Portugal estaba dividido en 48 distritos de reclutamiento que aportaban un regimiento de dos batallones cada uno, con doce compañías. Aunque cada regimiento debía de alcanzar lo 1.500 hombres, casi nunca se llegaba a tal cifra. Además había un leva de origen medieval, la *Ordenanza*, organizada para la defensa interior. Formada por campesinos y comerciantes sin instrucción y armados con cualquier cosa que tuviesen a mano, su utilidad fue muy escasa a la hora de enfrentarse a las tropas francesas, pero sirvió para escaramuzas, cortar las comunicaciones enemigas, defender puestos fortificados, etc.

Respecto a la caballería, al iniciarse la invasión francesa Portugal disponía de doce regimientos de cuatro escuadrones cada uno con unos 594 hombres por regimiento. Al igual que en España faltaban monturas —de un total teórico de 10.000 caballos, jamás lograron superar la cantidad de 4.500—, pero además había algo peor. Portugal había creado en realidad un solo tipo de caballería que no era pesada —carecían de corazas y caballos de gran alzada— ni tampoco ligera, por lo que era una especie de caballería para "todo uso" con caballos de calidad muy desigual. Tras las reformas de Beresford la organización mejoró, pero aún así, en 1809, por ejemplo, cuatro regimientos estaban desmontados. Hubo también unidades de voluntarios, formadas por los británicos, como la citada *Loyal Lusitanian Legion* o por comerciantes y burgueses acomodados, como los Voluntarios del Comercio de Lisboa[35]. Durante la guerra hubo varios regimientos destacados con las tropas de Wellington que hicieron lo que buenamente pudieron, teniendo acciones brillantes, como en los Arapiles y derrotas muy duras, como la de Majadahonda, ambas en 1812.

En cuanto a la artillería quedó dividida en cuatro regimientos de diez compañías y había también un pequeño cuerpo de ingenieros.

**Las guerrillas**

El papel de las guerrillas en la Guerra de Independencia ha sido tan mitificado que es casi imposible encontrar en la actualidad un punto equilibrado acerca de cuál fue su importancia real en el desarrollo de la contienda. Es difícil, por no decir imposible, hablar de auténtica guerrilla antes de 1809, pues fue en los primeros meses de ese año cuando al progresivo aumento de las derrotas de las tropas regulares y de voluntarios del ejército español se unió la conciencia clara de que la guerra no iba a terminar de una forma tan sencilla como se había pensado después del éxito de Bailén. El auge de la guerrilla dependió siempre de la situación local, pues abundaron más los estallidos de violencia espontáneos y feroces que la metódica organización y preparación de fuerzas guerrilleras. Curiosamente, a lo franceses les preocupaba mucho más esta última variante esporádica y repentina de los alzamientos de la guerrilla, pues no sabían nunca con quién podían contar a la hora de la verdad y les hacía tener la sensación de encontrarse permanentemente en un país en el que nunca pisaban un terreno seguro.

Es cierto que en el nacimiento de los guerrilleros hubo en ocasiones motivaciones personales, derivadas de la violencia ejercida contra ellos o sus familias por los franceses, como ocurrió en los casos bien conocidos de Mina o Julián Sánchez, pero no fue la única razón que impulsó a estos hombres a alzarse en armas contra el ocupante. También el pillaje, los abusos y los saqueos realizados por las tropas imperiales movieron a una parte de la población campesina a unirse a la lucha, como el caso de "Chaleco", el más importante guerrillero de La Mancha, apodo de Francisco Abad Moreno, testigo del incendio de Valdepeñas, en el que murió su madre y su hermano.

La razón básica del nacimiento de la guerrilla fue la incapacidad de combatir de otra forma. Las continuas derrotas de los ejércitos españoles y la ruptura del dispositivo de defensa tras las campañas de 1809 obligaron a la población española dispuesta a combatir a hacerlo de la única forma posible. La guerrila fue por lo tanto una alternativa a las batallas a campo abierto, donde la superioridad enemiga era aplastante. La dispersión de los derrotados ejércitos españoles, unidos a paisanos y bajo el mando de líderes carismáticos, dispuestos a poner orden y autoridad en los grupos que se iban organizando, dieron lugar al nacimiento de las primeras grandes partidas, que con el tiempo acabarían militarizadas. En este sentido destacan algunas unidades regulares que adoptaron de forma voluntaria la lucha guerrillera sin perder su cohesión militar ni su organización, a pesar de sufrir continuos reveses, destacando el ejército de Cataluña, que tras sus derrotas ante

Saint-Cyr combatió como una guerrilla, manteniéndose en un territorio aislado y rodeado de enemigos toda la contienda.

Para Von Clausewitz el éxito de una guerrilla dependía de una serie de factores que en su mayor parte se dieron en la Guerra de Independencia, un territorio grande, con dificultades orográficas y en una guerra nacional generalizada. En este contexto, los jefes guerrilleros siempre actuaron de la misma forma. Primero intentaban controlar un territorio y luego subordinar a su autoridad a las partidas más pequeñas que operaban en su "zona" —Mina en Navarra, Julián Sánchez, el "Charro" en Salamanca, el "Empecinado" en la Alcarria, el "Médico" en Castilla la Nueva y Madrid, etc.—. El objetivo inicial de las guerrillas fue sobrevivir y hacerse fuertes, para una vez garantizado su suministro de alimentos, armas y municiones, hostigar al enemigo francés e impedirle moverse con facilidad, atacar sus puestos aislados, entorpecer sus líneas de comunicaciones, detener a sus correos, en suma, no dejar que el enemigo operase con libertad.

En realidad bajo el término "guerrilla", hubo una enorme variedad de grupos de procedencia, origen y fines muy diferentes, que Alonso Baquer distingue en una lista a la que conviene añadir algunos elementos más

- *Partida*. Ciudadanos armados que se echan al monte para combatir al mando de un líder o jefe.
- *Cuadrilla*. Término claramente policial que define a un grupo de delincuentes, si bien muchas de ellas acabaron entrando en las guerrillas.
- *Somatén*. Milicia de voluntarios propia de Cataluña, convocada en momentos de peligro o amenaza.
- *Migueletes*. Guardia Cívica que en Cataluña recibía el apoyo del somatén. Se distribuían en tercios o unidades de tipo paramilitar.
- *Compañía de Honor u Honrada*. En las fuerzas guerrilleras —que no en el ejército, en donde tenía otro significado— las unidades de honor u honradas, eran las formadas por gentes que tenían algo de confianza o valioso que defender y que se agrupaban para ello.
- *Cruzada*. Partidas formadas y lideradas por eclesiásticos y seminaristas. Según una instrucción de la Junta Suprema de Extremadura de 1809, debían de llevar una cruz de forma visible. No obstante pronto fueron disueltas.
- *Cuerpo Franco*. Denominación de las guerrillas a partir de 1812, en el primer intento general de ir militarizándolas. Casi siempre adoptaron la denominación de "húsares" o "cazadores francos de...".
- *Corso Terrestre*. Técnica por la que se decidió la aplicación a los caminos, campos y senderos, de las reglas del corso marítimo. Fue una forma de regular la lucha guerrillera.
- *Cazador rural*. Grupos de hombres armados, similares a los cuerpos francos, organizados, equipados por propietarios rurales y al mando en ocasiones de militares profesionales. Muchos formaron con el tiempo unidades militarizadas de gran eficacia, como los húsares de Burgos, de Cantabria o de Navarra.
- *Desertores*. Los había de todos los ejércitos en lucha y constituyeron en ocasiones bandas armadas peligrosas que se comportaban con una violencia brutal
- *Dispersos*. Restos de las unidades militares españolas derrotadas. En ocasiones se unían a las guerrillas y en otras malvivían en el campo y en la sierra.
- *Bandoleros y contrabandistas*. Eran personas fuera de la ley al comenzar la guerra, pero muchos desempeñaron un papel importante en las guerrillas, por su conocimiento del terreno y sus contactos en los pueblos de su zona de actuación.

La labor más importante de las guerrillas fue fijar a un núcleo importante de las fuerzas francesas, que se veían obligadas a combatirlas. De esta manera en 1810, casi 50.000 hombres se dedicaban a perseguir y acosar a los guerrilleros y a proteger instalaciones y puntos clave de comunicaciones sólo en el norte de España. Estas tropas no podían ser usadas en las fuerzas de maniobra a disposición de los mariscales franceses, lo que confería una ventaja innegable a Wellington y a los generales españoles, al reducir de forma muy notable el número de los ejércitos de campaña enemigos. También hay que destacar que en Galicia, Asturias y Cantabria, su relación con la *Royal Navy* fue vital para poder mantener abierta una vía esencial de suministros de material y armamento que luego acababa en las propias

guerrillas y en las tropas regulares. Por otra parte, las guerrillas para sobrevivir necesitaron del apoyo del ejército regular, que les facilitaba cuadros y mandos, y de los británicos, que les suministraron, a través del ejército, armas y suministros esenciales.

Sin lugar a dudas si tras la batalla de Ocaña —19 de noviembre de 1809— las tropas napoleónicas en su conjunto se hubieran volcado en la guerra de España, principalmente tras la victoria sobre Austria, probablemente habrían logrado su objetivo, pues el ejército español prácticamente había dejado de existir. Las guerrillas a partir de entonces empezaron a cobrar realmente fuerza, pues no había otra forma de combatir, pero no podemos hablar de una estructura unitaria, pues en cada región adoptaron diversas modalidades de organización, lo que hizo que su valor militar fuese también diferente. Desde luego no cabe duda, a diferencia de lo sostenido por la historiografía tradicional española, que las guerrillas no fueron las que "vencieron" a los franceses, pero proporcionaron a los generales españoles y a Wellington información clave para conocer los movimientos franceses, inmovilizaron y fijaron en el terreno a miles de soldados franceses y en el último periodo de la guerra, ya muy militarizadas, apoyaron de manera muy estimable a los ejércitos españoles en los que se estaban integrando. La militarización empezó con las más grandes y mejor organizadas, como las de el "Empecinado", Mina, el "Charro", "Chaleco", el "Médico", Longa, Bartolomé Amor y otras, creándose con sus unidades regimientos de infantería ligera y de línea y caballería casi siempre ligera —cazadores y húsares—.

En consecuencia, las guerrillas fueron un elemento esencial en la derrota de los franceses, no sólo por la utilidad práctica que representaban para los ejércitos aliados al convertir el país en un territorio hostil y peligroso en el que los invasores jamás se sintieron a gusto. La sensación de soledad, la amenaza permanente, el miedo y la falta de confianza en la población crearon entre los soldados imperiales una inseguridad constante. De los diferentes intentos de calcular las pérdidas infringidas por los guerrilleros a los franceses, los generales Marbot, Lemière y Bigarré, cifran las bajas en unos 100 hombres diarios, lo que daría un total de 180.000 muertos y heridos[36], una cifra tal vez ligeramente exagerada, pero que da una idea de su terrible eficacia.

### La contraguerrilla josefina

En contra de la leyenda habitual que se ha estudiado durante décadas en los colegios españoles, la oposición al rey intruso fue menos monolítica de lo que habitualmente se cree y en algunas regiones y periodos de la guerra las guerrillas josefinas llegaron a superar en fuerza y número a las de los patriotas, como sucedió en Andalucía Occidental en 1810-1811. En realidad, el nacimiento de la contraguerrilla fue parte del esfuerzo de los partidarios del rey José para lograr acabar con los "patriotas", para lo que usaron todos lo medios a su alcance, desde la propaganda y la prensa hasta la fuerza de las armas. Los intentos para crear unidades militares regulares no funcionaron muy bien, como ya hemos visto, por lo que la formación de unidades de tipo milicia se consideró más oportuna. Sin embargo, estas unidades de migueletes, cazadores o guías formadas por españoles fueron organizadas en su mayor parte bajo la dirección y mando del ejército francés y no del josefino.

En su mayor parte los miembros de las unidades contraguerrilleras eran marginados, desertores o pura y simplemente bandoleros, tan ineficaces en su papel militar como agresivos y feroces con la población civil, para la que constituían una pesadilla. Ejemplo de este tipo de unidades serían la *Brivalla*, la gendarmería de don Pujol, alias *Boquica*, una partida formada por asesinos y ladrones de apenas 90 hombres que con uniforme francés aterrorizó Cataluña o las innumerables partidas creadas a lo ancho y largo del país en el territorio bajo control francés. En general se agrupaban bajo unidades más o menos estables, principalmente las ya citadas Milicias Urbanas y las Guardias Cívicas, como las de Madrid o Toledo, que llegaron a tener 48 unidades, en su mayor parte en Andalucía —Écija, Osuna, Sevilla, Estepa, Granada, etc.— y en Aragón, compuestas casi siempre por pequeños propietarios y comerciantes cuyo progresivo afrancesamiento procedía de sus constantes choques con las guerrillas por causa de las continuas requisas —cuando no directamente saqueos— a sus propiedades. Su papel en el campo fue bastante ineficaz, aunque hay que tener en cuenta que las condiciones no eran

las más adecuadas, pues la sucesiva pérdida de control de enormes áreas del territorio, tanto por parte de los ejércitos aliados como de los franceses, provocaron una especie de caos derivado de la falta de autoridad.



*Un oficial del Ejército de José Bonaparte. Fueron más fieles que la tropa, pues eran conscientes de su destino si eran capturados.*

Napoleón había dispuesto una serie de unidades para proteger la frontera de Francia partiendo de las compañías departamentales, los guardias nacionales y los cazadores de montaña. Con esta medida se pretendía recuperar para el servicio a un numeroso grupo de jóvenes de la región pirenaica que o bien habían desertado o nunca se habían incorporado al ejército. El 12 de octubre de 1812, por un Decreto, estas tropas quedaron organizadas de forma estable en los cinco departamentos fronterizos con España, reglamento que fue revisado el 30 de agosto de 1809. A estos hombres hay que sumar un unidad de cazadores vascos creada a la llegada de Murat a Bayona en marzo de 1808.

La lucha contraguerrillera al sur de los Pirineos se organizó mediante un sistema de espías y agentes que tenían como misión descubrir las intenciones de las guerrillas, y la formación de unidades móviles que rastreaban el terreno en busca del enemigo, unidades a las que se fueron incorporando de forma cada vez mayor españoles renegados o pura y simplemente delincuentes, llegando a formarse desde diciembre de 1808 hasta 11 batallones de milicias y 27 compañías de voluntarios.

Un Decreto de 24 de noviembre de 1809 estableció la Pequeña Gendarmería de España para asegurar las comunicaciones y localizar y destruir a las partidas guerrilleras. Con una fuerza máxima de 4.140 hombres a pie y 1.740 a caballo y al mando del general Buquet, estaban muy bien entrenados y equipados pero sufrieron duras bajas en la implacable lucha en la que estaban implicados —831 muertos y 1.077 heridos—. La Gendarmería de España y algunas unidades especiales creadas a medida, como los eficaces aunque poco numerosos Lanceros Gendarmes, desempeñaron un papel muy importante, pero limitado. Muy eficaces en Aragón, Navarra y Castilla la Vieja, en el País Vasco incluso contaron con el apoyo de unidades españolas, como los Gendarmes Cántabros, empleados como guías e intérpretes, pero pronto afectados por altos niveles de deserción. Para proteger las comunicaciones se levantaron puestos fortificados que defendían los lugares más importantes, pero al sur de Madrid, el nivel de eficacia bajó mucho y nunca lograron cumplir bien sus objetivos.

En resumen la actividad contraguerrillera no fue muy eficaz, pues no sólo no logró terminar con la amenaza de las guerrillas, sino que tampoco pudieron proteger las comunicaciones con Francia que era una de sus misiones fundamentales. En la desorganizada y violenta España de la guerra, esta falta de autoridad siempre benefició a las guerrillas patriotas, que se movían como pez en el agua ante la falta de respuesta eficaz de los franceses y sus aliados. Lo afirmado por la duquesa de Abrantes en sus memorias es suficiente para definir el respeto y temor que los guerrilleros provocaban, al decir que *"los que han servido en España saben que bastaba que dos personas se alejasen dos leguas una de la otra para que se encontrasen tan*

*separadas como si una estuviese en París y la otra en la población más lejana".* Este fue el verdadero éxito de los guerrilleros.

22 Este poderoso y eficaz fusil demostró su valía en la I Guerra Carlista, en una época en la que las armas privadas eran ya todas de percusión y en América en la II Guerra Semínola, en manos de los feroces guerreros indios de los pantanos de Florida, que los habían obtenido de comerciantes españoles de Cuba.

23 En España, como veremos, se formaron unidades de lanceros durante la guerra y al finalizar ésta, en la reforma de 1815, se mantuvo uno, al que había que unir el de la Guardia Real; pero su éxito fue posterior, ya que durante la Primera Guerra Carlista, en 1835, prácticamente todos los regimientos de caballería —tanto de línea como ligeros—, recibieron lanzas.

24 A fe que el formidable general casi lo consigue. Tras combatir brillantemente en España cayó ante los austriacos en Wagram, durante la campaña de 1809. Tenía treinta y tres años.

25 En el siglo XVIII, la infantería de los hiperprofesionalizados ejércitos anteriores a la Revolución ni siquiera necesitaba el cuadro para rechazar a la caballería, le bastaba su firmeza al mantener la línea.

26 Entre estos hubo regimientos muy curiosos como el del minúsculo principado de Neuchatel —hoy en Suiza— o el regimiento del príncipe de Isembourg.

27 En las jornadas previas a Bailén, tras el combate de Mengibar, el general Reding mostró a los voluntarios andaluces las corazas agujereadas de los coraceros franceses caídos en el combate para que vieran que no eran invulnerables a las balas.

28 Es importante señalar que la mayor parte de estas tropas no estaban integradas en el ejército del rey José, sino que servían al ejército imperial francés.

29 Mucho se ha hablado del 7º de la lanceros de La Mancha, pero no se trataba de una unidad josefina. Sí hubo lanceros en españoles en el ejército del rey José, pero no pasaron de ser un pequeño escuadrón.

30 Para ser coracero en Francia había que medir seis pies —1,80 m de altura— y ser de complexión fuerte, además de superar otras pruebas.

31 Hay un ejemplo interesante y es que la mayor parte de los regimientos que están presentes en la últimas acciones de la guerra en Francia, en 1814, o bien eran de origen guerrillero —como los húsares de Navarra, Cantabria e Iberia— o estaban equipados, entrenados y pagados por los británicos —como los húsares de Almansa—, ya que la caballería regular estaba en un estado deplorable.

32 En realidad ni eran dragones ni pertenecían a la Guardia Real, pero es que los británicos son así.

33 Las tropas del duque de Brunswick-Oëls —la legendaria *Banda Negra*—, habían realizado una de las más famosas hazañas de las Guerras Napoleónicas al atravesar Alemania para alcanzar las costas del Mar del Norte y embarcar rumbo a Inglaterra, donde se incorporaron a su ejército.

34 Los británicos equiparon multitud de unidades españolas y enviaron toneladas de ropa, armas y equipo, pero en tanto, en algunos casos, el material iba directamente a unidades españolas, por ejemplo el uniforme y armas entregados a los húsares de Fernando VII del conde de Fernán Núñez; en otros, las tropas quedaban bajo mando inglés, como los citados húsares de Almansa si bien no se incorporaban al ejército británico.

35 Su utilidad fue muy desigual. La *Loyal Lusitanian Legion* combatió bien en campaña, pero algunas unidades de voluntarios, como los citados de Lisboa, a pesar de sus espectaculares uniformes de húsar jamás lucharon a campo abierto.

36 Los cálculos de Lemière de Corvey son muy exagerados pues estima las bajas en unos 6 a 8.000 hombres al mes lo que daría una cifra cercana a los 500.000.

## CAPITULO VI

## EL IMPERIO CONTRAATACA



El paso de la Sierra del Guadarrama *(22 de diciembre de1808). Dispuesto a destruir al ejército de Moore, Napoleón sometió a sus tropas a una terrible prueba. Obra de Taunay, Museo de Versalles.*

*Con ser, fundamentalmente, una guerra nacional, la Guerra de Independencia tiene también una dimensión europea que conviene no olvidar. Y un modelo, ya que la ofensiva austriaca contra Baviera se acompañó de un manifiesto A la nación alemana: en este escrito, debido a la pluma de Schlegel, se podía leer que* "los austriacos luchaban para devolver a Alemania su independencia y honor nacional". *Salvo un puñado de afrancesados, los españoles no habían podido ser vencidos, pero nunca habían perdido ni lo uno ni lo otro.*

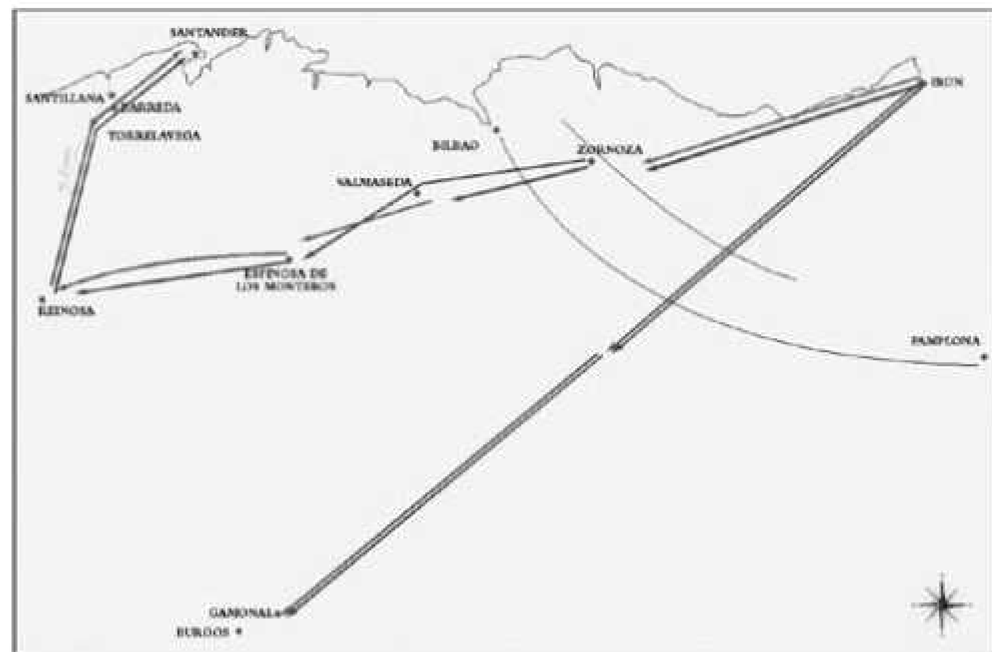
*Gérard Dufour.*
La Guerra de la Independencia.

## NAPOLEÓN EN ESPAÑA

Las noticias llegadas de España en el verano de 1808 fueron recibidas en Francia con honda preocupación y sorpresa, pero para Napoleón la humillación le provocó verdaderos ataques de furia. El emperador era plenamente consciente de que cualquier debilidad francesa podía ser aprovechada por los austriacos y en cuanto a los británicos, habían derrotado a Junot en Portugal, aumentando el desastre. Era pues urgente resolver la situación en la Península Ibérica cuanto antes.

De acuerdo con su carácter y tradicional rapidez de reflejos, Napoleón emitió un torrente de órdenes a lo largo de agosto y septiembre, para preparar un contragolpe demoledor contra los insolentes españoles. Por de pronto ordenó el refuerzo de las fortificaciones pirenaicas, por si se veía en la obligación incluso de defender las fronteras de la propia Francia. Sin embargo el desorden español impedía a sus improvisados ejércitos plantearse siquiera esa posibilidad.

A primeros de septiembre, consciente de que la situación se estabilizaba, Napoleón pudo diseñar metódicamente un plan de campaña. Tras asegurar la frontera con Austria e impartir instrucciones acerca de lo que había que hacer si los austriacos se decidían a intervenir, retiró 130.000 soldados de Alemania —que incluían la Guardia Imperial, cuatro cuerpos de ejército y cuatro divisiones de caballería—, soldados experimentados y veteranos con los que ajustarles las cuentas a los "insurrectos". También reiteró la alianza con Rusia, para tener las manos libres en España, en donde las desmoralizadas tropas del rey José se habían concentrado en el alto Ebro, aunque hasta primeros de septiembre nadie amenazó su posición. En realidad las tropas francesas estaban bastante concentradas frente a unas dispersas fuerzas españolas que mal dirigidas, alimentadas, vestidas y entrenadas, iban a tener un futuro muy complicado.




*Avance francés y sucesivos intentos de resistencia española.*

El plan inicial de Napoleón consistía en destruir a las tropas españolas en el Norte de Castilla, ocupar Burgos y enviar luego tropas al norte para rodear a las fuerzas de Blake en el País Vasco y Cantabria, por lo que era preciso no molestar a estas unidades en un primer momento, sino sólo fijarlas en el terreno. Sin embargo, el impetuoso Lefevbre, convencido de que lograría una fácil victoria contra las tropas españolas que tenía delante, las atacó el 29 de octubre. Tras una dura lucha, en la que los regulares españoles se comportaron admirablemente, los hombres de Blake abandonaron Bilbao y se retiraron hábilmente, escapando del acoso de los hombres de Víctor. En conjunto el resultado fue bueno para los españoles, habían combatido bien, dejando su posición menos expuesta y se encontraban bien situados.

Napoleón montó en cólera, enfurecido al ver como sus mariscales y generales decidían actuar por su cuenta y tras llegar el 3 de noviembre a Bayona, el 6 se encontraba ya en Vitoria, donde tomó el mando directo de las operaciones, pero, en palabras de Fouché, *"tal vez engañándose a si mismo, solo tenía unas ideas incompletas sobre la naturaleza de la guerra en España"*. No obstante, la fuerza de

convicción de Napoleón, su entusiasmo y su empuje se extiende rápidamente al ejército francés. Durante sus estancia en España lo vigilará todo, estará en todas partes, dará órdenes, repartirá elogios y críticas, no dejará nada al azar y no dudará en marchar a la cabeza de sus hombres.

El primer golpe se dio en Gamonal, cerca de Burgos, donde las tropas españolas fueron vencidas en una dura batalla en la que la caballería francesa lanzó una carga devastadora. Unos 3.000 españoles cayeron, perdiendo su impedimenta y material, y Burgos fue, como había ocurrido en Medina de Rioseco, brutalmente saqueado. Con el Ejército de Extremadura destruido, las tropas francesas avanzaron hacia Aranda de Duero y el centro de Castilla y hacia el norte, sobre Reinosa, para destruir a las tropas de Blake.

Las tropas españolas de Blake ocupaban el 10 de noviembre una fuerte posición defensiva en torno a Espinosa de los Monteros. La mayor parte de sus tropas estaban en muy malas condiciones, tenía muchos enfermos, había sufrido fuertes deserciones y no disponía apenas de artillería y la caballería ni existía y debía enfrentarse al grueso del Cuerpo de Ejército del mariscal Víctor y a las tropas de Lefebvre, que avanzaba desde el sur. Lo lógico era retirarse, pero Blake, no lo hizo. Se les había unido una unidad magnífica, los restos de la División de Dinamarca del marqués de La Romana, que tras una larga odisea había logrado escapar de las garras de los franceses en buques británicos[37], si bien sólo disponían de infantería, pues la caballería había llegado desmontada y estaba equipándose. A pesar de los inconvenientes sus tropas se comportaron bien y resistieron valientemente todos los asaltos franceses. Al día siguiente continuaron los combates con gran violencia, en los que destacaron las tropas procedentes de Dinamarca, pero finalmente los franceses obtuvieron la victoria y las tropas de Blake se retiraron hacia el oeste, perdiendo equipo, material y hombres. La lluvias, el frío otoñal y la falta de suministros acabaron de destruir al Ejército de la Izquierda como fuerza de combate. Cuando llegó a León tras atravesar las montañas apenas tenía la mitad de su fuerza original. El marqués de La Romana, ahora al mando, fue reconstruyendo sus fuerzas, pero a mediados de diciembre, aunque tenía de nuevo unos 20.000 hombres, no disponía de caballos ni de municiones.

En Navarra las disputas entre Castaños y Palafox impidieron una colaboración eficaz y productiva.

El 21 de noviembre el avance del III Cuerpo francés y las tropas de Ney que venían de Aranda amenazaban claramente la retaguardia de Castaños. La línea española extendida entre la propia Tudela y Cascante era demasiado larga para estar defendida por sólo 26.000 hombres. Tras lograr el apoyo de Palafox, éste le envío dos divisiones al mando de O'Neill como refuerzo para su flanco derecho —tras muchas discusiones—, pero estas tropas avanzaron muy despacio y cuando Ney alcanzó las vanguardias en Tudela el 23 una parte del frente seguía prácticamente indefenso. Divididos en dos columnas los franceses atacaron con firmeza los flancos españoles. La caballería española fracasó al no ser capaz de determinar bien los movimientos franceses y las tropas de O'Neill llegaron tarde para cerrar la inmensa brecha que se abría entre Tudela y Cascante. Tras una dura lucha, los atacantes se percibieron del problema que tenía el dispositivo defensivo español y se lo comunicaron a Lannes que ordenó a la división Merlot lanzar un ataque decisivo. Desesperadamente Castaños había intentado cerrar la brecha enviando órdenes a La Peña, que se encontraba en Cascante, que se desplazase hacia el centro de la línea, y a Grimarest, que se encontraba algo alejado, que aproximase su división, en tanto el propio Castaños intentaba apoyarles desde Tudela.

La Peña no cumplió las órdenes y Grimarest estaba demasiado lejos y no podía hacer nada. Merlot asaltó las colinas y obligó a los españoles a abandonar Tudela y a retroceder por la carretera de Zaragoza, en tanto que las tropas de O'Neill, que ya habían llegado, atacadas frontalmente y por su flanco izquierdo, resistieron malamente hasta que una carga de caballería acabó con la resistencia. Las tropas las victorias de Gamonal y Espinosa de los Monteros había destruido completamente la estructura defensiva española en apenas un mes.



Napoleón cruza el Bidasoa. *Al frente de su Guardia, el emperador llegó a Bayona el 3 de noviembre de 1808 y el 6, en Vitoria, tomo el mando de las operaciones. Grabado de la época. Biblioteca Nacional de París.*

**Napoleón en Chamartín**

El 22 de noviembre el emperador comenzó el avance hacia la capital sabiendo que las maniobras de sus mariscales y generales al este y al norte iban bien, por lo que sabía que no se presentaban amenazas contra sus flancos. La primera oposición la encontró en el Puerto de Somosierrra, donde apenas 9.000 hombres, de calidad muy diversa, restos el Ejército del Centro, reclutas y voluntarios, estaban apostados a ambos lados de la carretera formando dos líneas, bien atrincherados aprovechando el terreno y con cañones para defender el paso. Desalojarlos iba a ser un trabajo complicado para los experimentados soldados franceses.

Era el día 30 de noviembre. La división Ruffin fue la encargada de eliminar la oposición al avance, para lo que comenzó a avanzar intentando rodear la posición. Los tiradores españoles, aprovechando la orografía del terreno, dificultaron la operación haciendo el avance lento y dificultoso. El coronel de los cazadores de la Guardia, Piré, comentó al emperador que no veía cómo abrirse paso, la respuesta de Napoleón fue fulminante, *"¿Imposible? No conozco esa palabra"* ...y ordenó a la caballería polaca de la Guardia que despejase el paso[38]. Las órdenes se cumplieron de inmediato y los 87 jinetes polacos cargaron carretera arriba en columna, siendo acribillados a balazos y barridos por los 16 cañones apostados a ambos lados del sendero. Tras retirarse los supervivientes, la infantería francesa se fue animando y empezó a presionar con más decisión. Otra carga de casi un millar de jinetes al mando de Montbrun terminó con la resistencia.

La llegada a la capital de las noticias de la derrota de San Juan en Somosierra, produjeron una lógica alarma. Se creó una Junta de Defensa presidida por el duque del Infantado dispuesta a defender la ciudad en tanto que la Junta Central decidía abandonar Aranjuez y marchar en dirección a Badajoz. Tanto en el pueblo como en los dirigentes había una mezcla de opiniones, pues mientras unos eran favorables de la defensa a ultranza, al estilo de Zaragoza o Gerona, otros preferían librar acciones militares limitadas, que contuviesen a Napoleón.

Tras rechazarse la primera solicitud de rendición, la artillería imperial abrió fuego a las 19,00 horas del 2 de diciembre, abriendo con facilidad una brecha en el muro del Retiro. Las tropas francesas entraron en el parque y tomaron la fábrica de porcelana, el observatorio astronómico y otros puntos que les daban acceso al corazón de la capital. La segunda oferta de rendición llegó poco después, pero deseosos de ganar tiempo el general Morla y el duque de Castellar comunicaron al cuartel general del emperador que necesitaban conocer la opinión del pueblo, prueba de importancia que la lucha popular estaba adquiriendo. Los combates continuaron sin demasiada intensidad hasta las 11,00 del día 3 de diciembre, momento en el que Napoleón dio órdenes de suspender los combates. Para entonces sus tropas ya controlaban el Pardo, las puertas de Alcalá y Atocha y la calle de San Jerónimo, apuntando al corazón de la ciudad.

Tras deliberar, la Junta llegó a la conclusión de que la resistencia era inútil y aprovechando que el cerco no se había completado, el marqués de Castellar, las tropas a sus órdenes y algunos civiles abandonaron la capital. A las 06,00 del día 4, los generales Morla y De la Vega, que era el gobernador militar de Madrid, se

rindieron a Napoleón en el campo de Chamartín y a las 10,00 los soldados del general Belliard tomaron los puntos clave desalojando a los sorprendidos madrileños de sus posiciones. Madrid había caído.

Durante su estancia en la capital el emperador dedicó una parte importante de su tiempo a preparar el final de la campaña. A los más de 40.000 hombres de los que disponía, reponiéndose de las fatigas sufridas al este y sur de la capital, se iban a sumar los efectivos al completo y equipados de nuevo del VIII Cuerpo de Ejército de Junot, repatriado a Francia por los británicos en cumplimiento de los acuerdos de la Convención de Cintra. Para regresar a Portugal estaban dispuestas las tropas de Lefebvre que avanzarían directamente hacia Lisboa, mientras que las de Víctor tendrían como objetivo Sevilla. Napoleón quería también arreglar a su manera el "problema" español y no estaba dispuesto a perder el tiempo y fiel a su carácter emitió cuatro decretos desde su propio campamento en Chamartín. El primero eliminaba los derechos feudales, el segundo, la Inquisición; el tercero reducía a la tercera parte el número de conventos y el cuarto suprimía las aduanas interiores. Era evidente que medidas como la supresión de aduanas o las indemnizaciones previstas para quienes habían sufrido pérdidas por causa de la acción de las fuerzas *rebeldes*, estaban orientadas a atraer a lo mejor del país a su causa, pero a la postre lograron poca cosa. Ya se había vertido mucha sangre y se había levantado demasiado odio.

**El enredo catalán**

Napoleón era consciente de que su comandante en jefe en Cataluña no contaba con tropas suficientes para lograr los ambiciosos objetivos que le había encomendado. Aunque despreciaba a los catalanes y su voluntad de lucha, sabía lo que estaba ocurriendo y para remediarlo ordenó al frío y metódico general Saint-Cyr que penetrase en España y reestableciese el equilibrio. Su primer objetivo debía ser la fortaleza de Rosas. Tras la caída de la plaza, Saint-Cyr reforzó a las tropas del general Reille para mantener seguras sus líneas de comunicación con Francia y marchó hacia Gerona con sus 17.000 hombres, alcanzando las defensas de la ciudad a primeros de diciembre.



La batalla de Somosierra, *por Lejeune. Museo de Versalles. El 30 de noviembre de 1808 la carga de los jinetes polacos pasaría para siempre a la leyenda. Rotas las defensas españolas, Madrid quedó a merced del emperador.*

La batalla se dio en Cardedeu el 16 de diciembre. Los 8.500 soldados españoles de infantería estaban apoyados por 600 jinetes y siete cañones y se habían desplegado en una escarpada colina llena de vegetación que impedía a Saint-Cyr valorar su verdadera fuerza. No obstante, el general francés sabía que en gran parte eran reclutas sin instrucción y campesinos mal armados y lanzó a sus 13.000 hombres en masa contra ellos formando una única columna. El general Pino que mandaba la vanguardia italiana desplegó sus tropas al aproximarse a los españoles para cubrir un frente más amplio desobedeciendo las órdenes y fue rechazado. Bajo el mando del propio Saint-Cyr el segundo asalto arrasó las defensas enemigas. Los españoles sufrieron 2.500 bajas y casi toda su artillería y los franceses 600. El 17 las tropas de refuerzo francesas entraban en Barcelona y Saint-Cyr tomaba el

mando, reemplazando a Duhesme.

A los pocos días, el 21 de diciembre, en Molins del Rey, Saint-Cyr chocaba de nuevo con las tropas de Reding y Cadalgues. Su maniobra no salió del todo bien, pues el general Chabran no supo lanzar un asalto con decisión contra los españoles que pudieron retirarse sin ser destruidos, pero perdiendo veinticinco cañones, casi todo su equipo y municiones y 1.200 prisioneros, entre ellos el propio general Cadalgues.

**La primera campaña británica**

El gobierno británico había recibido muy mal a los responsables de la capitulación de Cintra, pues no concebía cómo se había permitido la repatriación tan generosa de las tropas de Junot, por lo que se abrió un tribunal de investigación ante el que tuvieron que presentarse todos los responsables, quedando al mando de las tropas británicas en Portugal el general sir John Moore, que recibió órdenes de su gobierno de dirigirse a León en ayuda de los españoles con unos 20.000 hombres, apoyados por los 12.000 de sir David Baird, que desembarcaría en La Coruña y partiría desde la ciudad gallega con destino a Valladolid. La marcha de Moore, que dejó 10.000 soldados en Lisboa, fue caótica, con problemas logísticos de todo tipo —malos caminos, falta de información, desconocimiento del terreno, etc.—. Por de pronto envío el tren de bagaje y municiones y la artillería pesada a Salamanca pasando por Badajoz, Talavera y El Escorial, dando un rodeo enorme. En cuanto a Baird no tuvo una fortuna mejor. No llegó a La Coruña hasta la última semana de octubre y las autoridades españolas no pudieron apoyarle, aunque consiguió finalmente adquirir carros, bueyes y mulas en los que cargar todo el material y equipo y partir hacia el sur, a través de las malas carreteras españolas, el 22 de noviembre aún seguía en Astorga.

Moore por su parte cambió de opinión en lo que respecta a su plan al tener noticia de las sucesivas derrotas españolas por lo que creyó que lo más conveniente era regresar a Lisboa ante la imposibilidad de cumplir su misión. Sin embargo, unas noticias llagadas el 5 de diciembre de Madrid le hicieron creer que la ciudad estaba dispuesta a resistir, lo que, unido a la oferta de ayuda que le aseguró desde León el marqués de La Romana, le movieron a cambiar otra vez de opinión. Ahora creía que podía dirigirse al centro de Castilla la Vieja y cortar en Burgos las comunicaciones entre Madrid y la frontera de Francia.



La rendición de Madrid *(3 de diciembre de 1808), obra de Gros. Museo de Versalles. El autor representó a los españoles en un actitud implorante y sumisa ante Napoleón.*

La maniobra que pretendía hacer Moore era realmente arriesgada, pues pretendía dirigirse al corazón de España en medio de masas enormes de tropas francesas maniobrando a su alrededor. Se ha debatido mucho el porqué de las razones de su decisión. Para la mayoría de los historiadores británicos —perdón, para todos—, la culpa era de los torpes e incompetentes españoles, que le facilitaron información falsa y no colaboraron con él. Moore creía que los franceses dispondrían en toda España de unos 80.000 hombres, cuando tenían el triple, por lo que no es de extrañar que aunque el 11 supo de la rendición de Madrid, creyese que un golpe a los franceses en sus líneas de suministro podía obligarles a detener su avance hacia Andalucía y Portugal.

Unido a las tropas de Baird los hombres de Moore atravesaron el Duero y en un

combate afortunado en Sahagún sus húsares aniquilaron dos escuadrones franceses. Lo que no sabía Moore era que Napoleón ya tenía noticias de su presencia —si bien le situaba mal, pues creía que se encontraba cerca de Valladolid, cuando en realidad estaba más al norte—, por lo que había impartido las órdenes e instrucciones precisas para no dejar escapar la oportunidad que se le presentaba de destruir al único ejército británico.

Lo primero que hizo el emperador fue detener las ofensivas contra Lisboa y Sevilla y el día 19 ordenó que todas las tropas disponibles en torno a Madrid se dirigieran de inmediato al noroeste. El 23 de diciembre en medio de una terrible tempestad de nieve y con el propio Napoleón al frente, el ejército francés atravesó el puerto de Guadarrama dispuesto a terminar para siempre con la amenaza inglesa. Tras recuperarse de la travesía en Villacastín, las tropas imperiales comenzaron de nuevo su marcha.

Moore, que ignoraba lo que estaba sucediendo al sur, había pensado comenzar su ofensiva contra el II Cuerpo de Soult el día 24, pues sabía que los franceses seguían reagrupándose y tenía una buena oportunidad. Sin embargo, durante la mañana del día de Nochebuena comenzó a recibir noticias alarmantes. Los despachos aseguraban que el grueso del ejército francés, con Napoleón a la cabeza, estaba en el lado norte de la Cordillera Central y avanzaba sobre su retaguardia. El general inglés no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que se encontraba en una situación sumamente delicada. No podía regresar a Lisboa vía Salamanca, pues los franceses le cortarían el camino, por lo que pensó que la mejor sería ir a La Coruña y embarcar allí. Rápidamente todo el ejército expedicionario británico inició su retirada, dejando una pantalla de caballería delante de Soult para ocultar sus movimientos.

Al sur, Napoleón, al que el día 26 se unió el mariscal Ney, había corregido ya la posición de los británicos y sabía bien dónde se hallaban, por lo que se desvió al noroeste, para cortar la retirada a Moore en el Esla, en tanto que Soult había comprobado que no tenía al grueso del ejército enemigo delante, sino sólo a unos destacamentos de jinetes, por lo que él también avanzó con velocidad hacia Benavente pero cuando llegó, Baird, que había atravesado el Esla por Valencia de Don Juan, y Moore, estaban ya al otro lado del río. Los cazadores a caballo de Lefevbre-Desnouettes intentaron perseguirles, recibiendo una dura derrota a manos del 10° de húsares inglés. Tras este pequeño combate, la persecución bajó en intensidad, lo que permitió a los británicos retirarse con algo menos de presión.

En cuanto a las tropas españolas de La Romana, el día 30 tuvieron un desastroso encuentro con los franceses en Mansilla de los Mulos, en el que perdieron unos 1.500 hombres, uniéndose a Moore en Astorga el último día del año. La Romana tenía la mitad de su fuerza original. Respecto a los británicos no estaban mucho mejor y ambos ejércitos se retiraron hacia Galicia.

Ha existido siempre un gran debate entre los historiadores acerca de por qué no se detuvo la retirada en Astorga. La causa la atribuyen los historiadores británicos a la primera gran crisis con sus aliados españoles. Es cierto que las tropas de La Romana no estaban en condiciones de combatir, pero no es verdad que “contagiasen” su desastrosa situación a los británicos. El ejército de Moore, pura y simplemente estaba quedando fuera de control. Días atrás, en Benavente, la soldadesca inglesa, había arrasado el castillo y las bodegas de la localidad. Centenares de soldados borrachos recorrieron las calles asaltando los depósitos militares, entrando en casas particulares, robando, asesinando y violando.

Los reproches entre los aliados fueron subiendo de tono. La Romana se quejaba amargamente de que los depósitos asaltados por los ingleses eran suyos y de que Moore no quería defender Astorga, y los británicos acusaban a los españoles de abandonarlos y de no servir para nada. Una parte del ejército británico parecía haber decidido tomar todo aquello que le viniera en gana por la fuerza y, otra parte, aprovechar además para cometer todo tipo de tropelías y rapiñas. Ante tales aliados no es de extrañar que en los pueblos estuviesen deseando la llegada de sus enemigos franceses.

En cualquier caso, lo cierto era que Moore había tomado la decisión firme de irse y abandonar a los españoles a su suerte. No confiaba en nuestros compatriotas quienes, por otra parte, no habían dado muestras de capacidad para colaborar, pero nada de eso sirve para justificar las salvajes acciones que los británicos en retirada estaban cometiendo con la indefensa población civil.

[37] Lo ocurrido con los hombres de la "División de Norte" en Dinamarca, su alzamiento en armas contra los franceses a miles de kilómetros de España y su retorno a España con ayuda británica, es una de las más fascinantes aventuras de las Guerras Napoleónicas. Tras negarse a jurar obediencia al rey José Bonaparte y apoderarse de la isla de Langueland, 9.900 hombres lograron regresar a España, quedando algo más de 5.000 prisioneros de los franceses. Alistados años después bajo las banderas de Napoleón enrolados en el regimiento José Bonaparte, la mayor parte cayeron en la terrible campaña de Rusia en 1812. Los supervivientes o bien desertaron a los rusos, que crearon con ellos un regimiento, el Imperial Alejandro o terminaron en otras pequeñas unidades militares francesas, como los Pioneros Españoles.

[38] Habitualmente se habla de lanceros, pero no lo eran. Los *cheveaux legers* polacos de la Guardia no recibieron lanzas hasta 1810.

## CAPÍTULO VII

# LA ESPAÑA DEL REY JOSÉ



*José I Bonaparte, rey de España (1808-1813). Tal vez tuviera buenas intenciones para un pueblo que siempre le fue hostil y le dio el mote de "Pepe Botella", pero en la práctica no fue capaz de imponer su autoridad a los mariscales de los ejércitos imperiales y fue un títere en manos de su hermano.*

*No por su estancia en el palacio real de Madrid podía llamarse José Bonaparte rey de España, reducido a un papel más que secundario vergonzoso; creyéndose hábil no siendo sino ridículo.*

José Gómez de Arteche

*En la Plaza hay un cartel Que no dice, en castellano, Que José, rey italiano Roba a España su dosel; Y al leer este cartel, Dijo una maja a su majo: Manolo, pon ahí abajo que me cago en esa ley, porque aquí queremos rey que sepa decir: "Carajo".*

Una copla de la época

Antes de partir con rumbo a Francia, Napoleón dejó a su hermano el mando de las operaciones en España, mediante unas instrucciones impartidas en Valladolid el 15 de enero de 1809. Sin embargo, en la práctica, no sólo las operaciones militares, sino también el gobierno e incluso la administración de las provincias ocupadas quedaría en manos de los mariscales.

Independientemente de su origen, ya fueran nobles de cuna, burgueses o parte del pueblo, tenían varias cosas en común. Por lo pronto eran fruto de las guerras revolucionarias en las que habían ascendido y triunfado gracias a su valor, habilidad o pura y simple fortuna. Todos eran ambiciosos y tras las victorias del emperador en el centro de Europa comenzaron a lloverles ducados y principados que Napoleón les entregaba como premio a su comportamiento, pero tras el nombramiento de Murat como rey de Nápoles su voracidad no tuvo límites.

El rey se quejó constantemente de las actitudes insolidarias de los mariscales, pero pronto quedó claro que Napoleón estaba dispuesto a gobernar de forma directa a través de ellos. El decreto de 8 de febrero de 1810, por el que se demostraba a las claras la ambición del emperador de "reunir", es decir "anexionarse", las provincias al norte del Ebro, demostró la poca importancia que daba al reino de su hermano. Igualmente, decretos como el de 17 de abril del mismo año, que organizaba España en 38 departamentos al estilo francés, fueron ignorados en la práctica, tanto por el emperador, que hacía y deshacía a su antojo, como por la forma de gobernar de mariscales como Soult, en Andalucía, o Suchet, en Valencia, que eran auténticos virreyes, que no se sujetaban ninguna voluntad que no fuese la suya.



*Húsar de la Guardia del Rey José I. En Vitoria, en 1813, se sacrificaron para proteger la huida del rey. Pocos de sus soldados fueron capaces de hacer lo mismo.*

### Los ciudadanos del nuevo régimen

Para valorar el apoyo que tuvo el nuevo monarca lo primero que hay que tener en cuenta es que la mayor parte de la población, vio en los josefinos o afrancesados la viva imagen de la traición. No es de extrañar que por lo tanto la Junta Central decretase el 24 de abril de 1809 la pena de muerte para los colaboracionistas más destacados y que la población actuase a menudo con extrema violencia contra aquellos a los que capturaban. Sin embargo, esta visión tan habitual, debe ser matizada.

Por lo pronto había varios grados de sumisión al nuevo gobierno, pues si bien es cierto que en principio fueron muchos los españoles afectados por el juramento solemne de obediencia al rey José en cumplimiento del Decreto de 1 de octubre de 1808, que incluía a los funcionarios y empleados públicos, en diciembre se hizo extensivo también a los cabezas de familia de las zonas ocupadas. Esta situación

forzó a los patriotas a distinguir sutilmente entre *"juramentados"* —los que de alguna manera habían jurado fidelidad al rey intruso— y *"afrancesados"* —los que en verdad creían en la monarquía bonapartista—, por lo que no es de extrañar que en algunos procesos celebrados tras el final de la guerra el juramento de fidelidad no fuese ni siquiera tomado en cuenta como acusación, ya que se sabía que en muchas ocasiones las declaraciones y juramentos de fidelidad se daban bajo amenaza o coacción insuperable. Los funcionarios, en su mayoría, realizaron durante la guerra una especie de afrancesamiento pasivo, prestando poca ayuda en realidad a las fuerzas ocupantes y a la nueva administración que sabía, perfectamente, que con la mayoría no podía contar.

No hay mejor prueba de la poca importancia concedida a los juramentos que el hecho de que apenas unos 15.000 afrancesados huyesen con el derrotado ejército tras la batalla de Vitoria, de los aproximadamente dos millones que en algún momento juraron fidelidad al rey José, lo que demuestra que los realmente comprometidos con la causa de Bonaparte en España fueron muy pocos y de entre ellos destacaban los funcionarios que por su tipo de trabajo más daño podían ocasionar en los ciudadanos, por lo que no es de extrañar que un porcentaje altísimo fueran policías o empleados de Hacienda.

El rey José y su gobierno eran plenamente conscientes de que lo primero que debían de hacer si querían que su régimen se consolidase, era captar nuevos adeptos a la serie de reformas que deseaban imponer en España y que la conducirían, según creían ellos, por la senda de la libertad y la modernidad. Para ello la primera medida fue el uso de la propaganda, obligando a la lectura de los bandos y proclamas que se publicaban en las diferentes gacetas bajo control francés y en las que se exaltaban las virtudes del nuevo régimen y se vilipendiaban las acciones de los guerrilleros o de los ingleses. El éxito de este tipo de acciones fue muy limitado, pues sólo convencían a quienes ya estaban de acuerdo con el rey José y es poco probable que nadie pasase al bando del rey intruso por causa de una propaganda tan burda.



*Una venta andaluza a principios del siglo XIX. En algunas zonas, como en el interior de Córdoba, Sevilla o Granada, las guerrillas josefinas llegaron incluso a superar a la fernandinas, tal vez porque había una parte de la población desesperada por mantener algo de orden.*

Pronto se buscó un medio que permitiese a los afrancesados disfrutar de las ventajas que les confería su adhesión al rey José y a su proyecto, por lo que se instituyeron premios y recompensas que llevaban aparejada algún tipo de renta. Así nació la Cruz de la Orden Real de España, que tenía en su grado máximo una renta anual de 30.000 reales, una suma muy importante en la época. Esta distinción, a la que los patriotas llamaban la "berenjena", fue la más codiciada, pero había más posibilidades de ascenso y promoción en la administración o la iglesia por el simple método de solicitar las vacantes que iban quedando, que lógicamente eran muchas, lo que comportó un grave riesgo para los funcionarios o eclesiásticos que las ocupaban, ya que en ocasiones eran designados para las vacantes sin pedirles su opinión, lo que llevó a juicio a miles de personas tras la guerra, acusados de afrancesamiento. Aun así, es cierto que algunas decenas de afrancesados amasaron grandes fortunas en la guerra, destacando los casos de aquellos que ocupaban puestos clave en la administración.

Por lo tanto fue una mezcla de miedo y esperanzas, de subir en el escalafón o ascender socialmente, lo que movió a la mayor parte de los juramentados a servir al rey José, algo que se ve con claridad en el caso de funcionarios y militares, en tanto que el afrancesamiento real, el ideológico, fue muy limitado y en general de un nivel socioeconómico e intelectual bastante alto. En el clero no bajo casi nunca de canónigo y fueron importantes las ambiciones de algunos que veían la posibilidad de alcanzar un obispado, y jansenistas y clérigos ilustrados que se mostraron de acuerdo con las medidas de abolición del Santo Oficio, reducción de órdenes religiosas y la creación de una iglesia nacional española al estilo de la de la Francia napoleónica. Los militares franceses hicieron algún esfuerzo en aparentar que respetaban las tradiciones religiosas españolas, pero apenas convencieron a nadie y el bajo clero estuvo toda la guerra dando ánimos y fuerza a los insurrectos y atizando la llama de la Guerra Santa contra los herejes, ateos y aliados del Anticristo.



*Un abanderado del Regimiento de Infantería de Línea de Madrid. Las unidades del rey José jamás fueron de fiar y sus hombres desertaban a la primera oportunidad.*

En el ámbito privado, las logias masónicas, se mostraron claramente favorables a la instauración del rey José, pero la francmasonería francesa que estuvo presente en España estaba muy vinculada al ejército imperial y en ella no entraron españoles, aunque influyó mucho en las logias españolas —*Beneficencia Josefina, San Juan de Escocia de la estrella de Napoleón, Edad de Oro* y otras— que mostraron un ferviente apoyo al rey intruso, pero fuera de ellas y de los casos comentados del clero jansenista, no hubo prácticamente ningún apoyo firme y constante al nuevo régimen.

Últimamente está de moda hablar bien del rey José, del que se dice que era una persona moderada, buena, cargada de altos principios morales, etc. Sin embargo, lo que se desprende de su obra y de sus actos, que es la medida por la que hay que juzgar a los gobernantes, es que se trató, ciertamente, de un hombre bienintencionado, que tal vez desease lo mejor para sus súbditos, pero que nunca pudo, ni oponerse a los designios de sus hermano, ni controlar a los mariscales del ejército francés, ni, lo que es peor, evitar la inevitable desmembración de España si su política hubiese triunfado, porque de hecho, de lo que menos se habla del gobierno de José Bonaparte es de la anexión que Francia realizó en 1812 de las provincias catalanas y de lo que hubiera seguido, la inevitable incorporación de toda la España situada al norte del Ebro — Navarra, País Vasco, Cataluña y norte de Aragón— al imperio francés, lo que lógicamente hubiese acabado con España como nación.

En la práctica el gobierno de José I no representó ninguna ventaja para el pueblo español, pues las ideas de modernidad y libertad que aparentemente traían los franceses, intentaron imponerlas por medio de la violencia más brutal, sin consideración alguna a las costumbres o tradiciones del pueblo y sin que el gobierno afrancesado tuviera nunca la más mínima independencia ni capacidad para actuar al margen de los dictados del emperador. España fue con el rey José, una nación títere de Francia y ese es el papel al que habría sido condenada para el futuro en caso de triunfar el emperador.

A pesar de que la Constitución de Bayona daba un notable poder al rey, la vida diaria de José I en España distó mucho de lo que se entiende por gobernar; el general Bigarré, uno de sus ayudantes de campo, describió a la perfección en qué

consistía su labor; despertarse pronto, entre las seis y las siete de la mañana, dar audiencia a sus ministros a las diez, recibir a los generales españoles o franceses y al mariscal Jourdan, al conde de Melito o al general Belliard; ir la una al Consejo de Estado y luego a la Casa de Campo, donde a veces comía, en compañía de sus generales o de las damas de la Corte; dar un paseo a caballo y, antes de acostarse, enviar la estafeta a Francia. Esa fue su rutina de gobierno, no hacer nada, absolutamente nada, mientras los mariscales y generales de su hermano se comportaban en sus territorios como reyes de taifas.

## CAPITULO VIII

## 1809 GUERRA A MUERTE



Asalto al convento de Santa Engracia en Zaragoza *(27 de enero de 1809), por Lejeune. Museo de Versalles. Nadie en la época había visto algo semejante a lo que ocurrió en Zaragoza durante los sitios, por lo que lo sucedido impactó vivamente en la imaginación de los europeos.*

*No capitularemos jamás. Combatiremos hasta la muerte. Somos víctimas de una guerra que no hemos provocado. Los aragoneses quieren ser libres y perecerán antes que rendirse.*

*Respuesta del general Palafox, defensor de Zaragoza, al mariscal Moncey que solicitaba la rendición de la ciudad. 22 de diciembre de 1808.*

*No sé de nada que hayan hecho los españoles y menos aún que lo hiciesen bien.*

*Sir Arthur Wellelesley, duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo*

## LA RETIRADA DE LA CORUÑA
## Y SUS CONSECUENCIAS

El 1 de enero las tropas francesas que perseguían a Moore llegaron a Astorga. Napoleón, a la vista del mal tiempo y sabiendo que en la ciudad había víveres de sobra, dejó descansar a las tropas y aprovechó para reagruparlas. Allí recibió inquietantes despachos de Francia que le decían que Austria se estaba armando. El 4 de enero Napoleón entregó el mando al mariscal Soult, a quien encargó terminar la misión de acabar con los ingleses. El 6, acompañado del mariscal Lannes y de su guardia se dirigió a Valladolid donde llegó el 7. En la ciudad castellana decidió volver a Francia, lo que comunicó a su hermano el rey José el 15. El día 19 ya estaba en Bayona. Nunca iba a volver a nuestro país.

Entre tanto la persecución de Soult a Moore continuaba. A pesar de tener rasgos innegablemente heróicos, como la batalla de Elviña o el hecho cierto de que sir John salvó al único ejército de campaña del Reino Unido de la destrucción, para los habitantes de los pueblos y villas por los que la expedición pasó fue una auténtica pesadilla. Si lo de Benavente había sido un desastre, lo que las hordas de borrachos ingleses hicieron en Bembibre —la palabra ejército no la merecen— fue aún peor, arrasaron la localidad arrancando puertas, ventanas, forzando todas las cerraduras y entrando a saco en viviendas y almacenes, matando, robando y violando mientras ríos de vino de las bodegas asaltadas corrían por las calles.

En medio de tanta confusión es casi increíble que el ejército aliado sobreviviese, pero lo cierto es que las tropas británicas y españolas lograron aguantar en medio de tanta desorganización, y mientras las del marqués de La Romana se dirigían a Orense y el norte de Portugal, las británicas prosiguieron su camino hacía el mar, logrando llegar a La Coruña el 12 de enero, sólo para descubrir que los esperados barcos no habían llegado todavía. Lo hicieron tan sólo dos días después, pero durante ese periodo de tiempo las tropas de Soult se acercaron amenazadoramente. Durante esos dos días las tropas británicas se dedicaron a destruir todo el material que no podían embarcar y mientras se preparaba todo, 15.000 soldados y parte de la artillería se desplegaron en las alturas que dominaban la ciudad. Aquí tuvo lugar una batalla conocida como Elviña en España, y de La Coruña en Inglaterra y Francia, en la que las tropas francesas que contaban con una fuerza prácticamente igual a la de los británicos fueron rechazadas, obteniendo Moore una notable victoria defensiva en la que perdió la vida. Con esta pequeña acción —en la que cayeron unos 2.000 hombres— se dio por terminada la primera campaña británica de la guerra en España. El día 17 la mayor parte de las tropas partieron con rumbo al Reino Unido. Se había salvado el ejército, a costa de la pérdida de miles de hombres y de cantidades ingentes de material, pues si bien se habían salvado los caños nes no ocurrió así con los caballos ni con miles de barriles de pólvora. La pérdida de varios centenares más de hombres por causa de las galernas del Golfo de Vizcaya aumentó la sensación global de que en conjunto sólo se podía hablar de un inmenso fracaso.



*Sir John Moore. Su único objetivo fue la salvación del ejército de su nación. Digan lo que digan sus defensores la causa española nunca le importó lo más chazadas, mínimo. Óleo que se encuentra en el comedor de oficiales de los* Royal Green Jackets. *Shorncliffe, Reino Unido*

Las relaciones anglo-españolas sufrieron un grave deterioro y ambas partes se acusaron y culparon del desastre, pero lo que es cierto es que la acción de Moore había atraído al grueso de las tropas francesas de maniobra hacia el noroeste de la Península Ibérica, lo que unido al comienzo de la campaña de Austria había bajado la presión francesa sobre Andalucía y Portugal, dando tiempo a los patriotas españoles y a la Junta Central a recuperarse.



*Los británicos lograron una notable victoria defensiva en las alturas que rodean La Coruña, pudiendo lograr embarcar sin ser molestados. Sin embargo una bala de cañón acabó con la vida de sir John Moore, que fue enterrado en la ciudad y cada año recibe el homenaje de sus ciudadanos. Grabado de W. Heath.*

**El desastre de Uclés**

El comienzo del año no presentaba nada bueno para los restos del Ejército del Centro que se encontraban dispersos por ambas Castillas y que tuvieron una suerte diversa. A finales de diciembre las tropas que se encontraban en el puente de Almaraz al mando de Galluzo fueron desalojadas por el mariscal Lefevbre.

Más suerte había tenido el duque del Infantado, que al comenzar el año disponía de una fuerza intacta aún operativa en Cuenca que había reforzado con grupos dispersos hasta reunir cerca de 20.000 hombres. El día de Navidad de 1808, aprovechando la marcha del grueso de las fuerzas francesas en persecución de Moore, avanzó sobre Madrid, donde el rey José sólo tenía 9.000 soldados. Como primer movimiento comenzó a hostigar a las tropas de caballería francesas desplegadas como una pantalla al sur del Tajo. Tras un choque en Tarancón, las tropas españolas detuvieron su avance, lo que dio tiempo a los franceses para reunir 20.000 soldados, de los que 16.000, al mando del mariscal Víctor marcharon contra el ejército del duque del Infantado, encontrando la vanguardia al mando de Venegas —9.500 infantes y 1.000 de caballería— en Uclés. Allí fueron atacados por los franceses el 13 de enero.

Venegas se había desplegado en posiciones defensivas en la sierra en una línea única demasiado larga. La infantería del mariscal Víctor rodeó la línea meridional española que no resistió. Como no había reservas tras Venegas, el ejército español empezó a retroceder, pero incluso el centro y el ala derecha que se habían defendido bien se vieron sorprendidos por el asalto francés a su retaguardia, ya que una columna francesa había rodeado el flanco norte español. Los soldados españoles se desmoronaron y unos 6.000 fueron tomados prisioneros y más de 1.000 cayeron en el combate, sin que apenas 3.000 pudieran escapar y reunirse con los 8.000 soldados que le quedaban al duque del Infantado, que siguió intentando escapar hacia el este perseguido con saña por los franceses hasta Cuenca, perdiendo parte de su artillería en un combate de retaguardia en Tórtola, no logrando estar seguro hasta que, cruzando Sierra Morena, entró en Andalucía.

**Medellín, una oportunidad perdida**

En Extremadura el viejo general Cuesta había logrado con un gran esfuerzo reunir de nuevo tres divisiones con no más de 15.000 hombres entre todas, con las que avanzó hacia el Tajo cuando consideró que ya estaban preparadas.

Al unirse las tropas que venían de Uclés, el grueso del ejército francés sumaba ya 17.000 infantes, 5.000 jinetes y 60 cañones, que para Víctor eran insuficientes

para la misión que le había encomendado Napoleón, pues no sólo debía derrotar a Cuesta sino también invadir Portugal. Por ello, el experimentado mariscal solicito al rey José un cambio en los objetivos que veía excesivamente ambiciosos, pero no tuvo éxito y se le ordenó seguir adelante con el plan de operaciones y tras atravesar el Tajo su vanguardia, al mando de Leval, chocó con los españoles en Mesas de Ibor, donde el general Cuesta estaba decidido a defender la garganta con 5 cañones y 5.000 hombres desplegados muy bien y que se defendieron brillantemente causando 500 bajas a las tropas de Leval —alemanes y holandeses—, antes de retirarse y reagruparse con las demás tropas de Cuesta en Trujillo, desde donde el general español condujo a sus hombres al sur para unirse a otros 5.000 soldados al mando de Cartaojal. Unidas todas las tropas, Cuesta dio media vuelta y avanzó hacia Medellín, donde sabía que se estaban concentrando las fuerzas del mariscal Víctor.

La mañana del 28 de marzo los 20.000 hombres de Cuesta estaban dispuestos para caer sobre los franceses, mucho menos numerosos, si bien superiores en caballería, pero el general español en lugar de seleccionar una fuerte posición defensiva se situó en un frente muy amplio con sólo cuatro filas de fondo, cubriendo casi seis kilómetros, para intentar envolver a los franceses aprovechando que estaban más concentrados y sabiendo que los ríos Guadiana y Hortiga impedían a la caballería imperial acometer contra sus flancos.

Los jinetes franceses, situados en las alas del despliegue de Víctor, intentaron una maniobra muy audaz, lanzándose sobre las líneas españolas y siendo rechazados por un violento fuego de la infantería que obligó a retirarse también a la infantería alemana que apoyaba el ataque. Lentamente, durante dos horas, los franceses siguieron replegándose hasta formar un dispositivo de defensa en forma de arco al sur de Medellín. Muy animados por el éxito, los hombres del duque del Parque y del general Henestrosa avanzaron contra ellos, pero el fuego de la artillería les obligo a desplazarse a la derecha de su línea de progresión enfrentándose a la infantería situada a ambos lados de los cañones, con la que entablaron una dura lucha, mientras en el flanco español los jinetes de Latour-Maubourg aprovechaban para cargar. La caballería de Cuesta no respondió bien, la infantería no había resistido la acometida de la caballería francesa y el ala izquierda española se había desmoronado ante la avalancha enemiga que había acuchillado a los fugitivos. Por si fuera poco, al ver el éxito que se estaba produciendo en el oeste, Lasalle lanzó a sus escuadrones a la carga y tras rechazar a los jinetes españoles que les hicieron frente atacaron frontalmente la división de Alburquerque que también fue acometida por la retaguardia por los dragones de Latour-Maubourg. Los españoles en fuga fueron aniquilados en una persecución sin tregua en la que Lasalle no dio cuartel. Al final cayeron unos 8.000 y otros 2.000 fueron hechos prisioneros, junto con 20 cañones y nueve banderas. Las pérdidas francesas debieron estar en torno a unas 1.000 bajas. El mariscal Víctor avanzó hasta Mérida, pero desesperado por la falta de hombres de refuerzo no siguió en ruta a Lisboa, lo que condicionaría la ofensiva francesa contra Portugal.

### Enemigo a las puertas: La epopeya de Zaragoza

En la capital de Aragón Palafox seguía al mando del Ejército de Reserva, que tenía el refuerzo de las divisiones valencianas que habían llegado al Ebro. Mientras la fuerza principal francesa destruía y perseguía al Ejército del Centro, el mariscal Moncey tenía la misión de controlar los movimientos de las tropas de Palafox hasta que llegasen los refuerzos del mariscal Mortier, con los que debía tomar la ciudad; en total tenía 38.000 infantes, 3.000 jinetes, 3.000 zapadores y 144 cañones, de ellos 60 pesados de sitio, cantidades enormes de munición y todo el material necesario para no fracasar.

Por su parte Palafox había ordenado el refuerzo de las fortificaciones y los ingenieros del ejército español hicieron un trabajo soberbio de nivelación del terreno y preparación de las defensas para convertir la ciudad en una verdadera fortaleza. Se protegieron con extremo cuidado el barrio de San Lázaro situado al otro lado del Ebro y el monte Torrero. En las calles se levantaron barricadas, se abrieron aspilleras en los muros y paredes y se bloquearon puertas y ventanas, conectando las casas por túneles y pasadizos. El resultado de tanto trabajo fue realmente impresionante. Tras los muros se habían congregado 34.000 hombres, sin contar a los casi 10.000 paisanos armados, más o menos mal entrenados pero muy motivados

y con buena disposición, de los que se esperaba un buen papel si no se veían obligados a combatir a campo abierto. Los reclutas fueron reunidos en compañías y batallones. La fe religiosa en la Virgen del Pilar y el odio contra los revolucionarios franceses hicieron el resto. Zaragoza era ahora una auténtica fortaleza.



*Don Pedro de Caro y Sureda, marqués de La Romana. El antiguo comandante en jefe de la legendaria "División del Norte" no pudo prestar ayuda a los británicos ni la recibió de estos, terminando su relación en una agria disputa.*

El único problema táctico que se les planteaba a los defensores era que la decisión de encerrar el ejército en Zaragoza había sido una auténtica estupidez, motivada solamente por el engreimiento y los deseos de grandeza de Palafox, un militar mediocre, por no definirle, como hizo Girón, como una "absoluta nulidad". Al encerrarse en la ciudad, Palafox ofreció a los franceses la posibilidad de moverse a su antojo por toda la región, con el agravante de que ni siquiera dejó a la caballería fuera, condenándola a no ser de ninguna utilidad. La ciudad con una población sobredimensionada se iba a convertir con el tiempo en inhabitable.

El segundo sitio comenzó formalmente el 21 de diciembre de 1808, pues las tropas francesas estaban faltas de refuerzos para poder completar el cerco. El monte Torrero cayó el primer día de la lucha y a finales de diciembre los franceses habían bloqueado bien la ciudad y habían tendido un puente de pontones sobre el río, aunque no tuvieron toda la artillería de sitio instalada hasta el 10 de enero.

Aunque los sitiadores vieron algo debilitadas sus fuerzas con la retirada de los 10.000 hombres de Mortier y Moncey fue sustituido por Junot, una vez que la artillería pesada abrió fuego produjo unos daños terribles en las defensas españolas y lograron que se derrumbara el Convento de San José, cayendo muertos o heridos la mayoría de los defensores. El intento de acabar con la artillería de los defensores fracasó y poco después los polacos tomaban el fuerte del Pilar, retirándose los defensores al otro lado del Huerva y refugiándose tras las defensas de la ciudad después de destruir el puente. La noche del 29 de diciembre el general Lacoste ordenó abrir galerías bajo el convento de San José y tras el gran bombardeo del 10 de enero se acabó derrumbando un gran lienzo de la pared, por lo que el 11 comenzó el asalto.



*Agustina Saragossa y Doménech, conocida en la historia como Agustina de Aragón. Nacida en Barcelona y muerta en Ceuta, se cubrió de gloria en el primer sitio de la* sensación de ceder. El intento más *la ciudad. Cuadro de Lucio Ribas. Museo del Ejército. Madrid.*

El día 16 los atacantes lograron establecer una cabeza de puente al otro lado del Huerva, asegurando el control en las horas siguientes de los tramos que les faltaban de las fortificaciones exteriores, a costa de costosas pérdidas. Entre los mandos franceses comenzaba a crecer la preocupación, pues sus fanáticos enemigos no daban importante de los franceses se dirigió entonces contra el convento de Santa Engracia, poderosamente fortificado. Los zapadores franceses intentaron desesperadamente abrir brechas en las defensas bajo intensos disparos de los defensores, hasta que lograron aproximar los cañones a menos de 200 metros de los muros, desde donde produjeron enormes daños en las murallas. Palafox era consciente del riesgo y veía próxima la lucha en las calles de la ciudad, donde la enfermedad se extendía entre los defensores, pero en vez de rendirse, preparó la ciudad para lo peor y tal como esperaba, el 27 de enero, se produjo el primer asalto masivo. Una columna enemiga fue rechazada pero otras tres pasaron las defensas avanzadas y penetraron en la ciudad y tropas polacas de la Legión del Vístula consiguieron tomar un convento vecino del de Santa Engracia

En París, Napoleón, molesto por las noticias que le llegan envió al mariscal Lannes con la orden de tomar Zaragoza al coste que sea. Tras tomar el mando el 22 de enero, el mariscal francés intentó convencer a Palafox de que la única salida era la rendición que, como de costumbre, fue rechazada. Sólo había una opción, conquistar la ciudad casa a casa, metro a metro, piedra a piedra. En medio de la desolación y el polvo, la muerte y el caos, en una ciudad de defensores moribundos, sometidos a un bombardeo constante, la lucha iba a durar aún mucho tiempo.

El asalto general se dio el día 27 y tras una jornada de furiosos combates los franceses sólo consiguieron tomar dos conventos avanzados, en medio de escenas de horror más propias de Stalingrado que del siglo XIX. El mensaje que el mariscal envió el 28 a París resume la sorpresa y el espanto de Lannes:

*"El sitio de Zaragoza no se parece en nada a la guerra que hemos visto hasta el presente. Nos vemos obligados a tomar al asalto todas las casas. Estos desgraciados se defienden con un ardor del que nadie puede hacerse idea. En fin sire, es una guerra que da horror. Tres cuartas partes de la ciudad están en llamas y aplastadas por las bombas, pero nada de eso intimida a nuestros enemigos".*

Los hospitales franceses de retaguardia estaban abarrotados y a los soldados y oficiales no se les dejaba combatir más de setenta y dos horas para evitar la fatiga extrema, pero en el interior de la ciudad la situación era literalmente infernal. No había comida, apenas algo de bacalao seco y legumbres; en el frío invierno aragonés los defensores debilitados fallecían por las noches de frío e inanición, nadie enterraba a los muertos que se pudrían en las calles y a los heridos ni se les atendía, pues eran tantos que era imposible. Los niños, las mujeres y los que no podían combatir mal vivían en sótanos húmedos y oscuros bajo el estallido de las bombas. Pero Palafox, implacable, instauró un régimen de terror para obligar a continuar la lucha. A mediados de febrero Zaragoza no era ya más que un inmenso cementerio.

Poco a poco fueron aparecieron síntomas de decaimiento en los defensores, un grupo de campesinos se rindió el día 13 de febrero y el 14 cincuenta soldados suizos desertaron. El 18 cayó el convento de San Francisco y la gran torre de la Inquisición, lo que hizo que el 19, Palafox solicitase tres días de tregua que Lannes le denegó, comunicándole la noticia de la rendición de El Ferrol y La Coruña y la destrucción uno tras otro de los ejércitos españoles. Finalmente, tras unas complejas negociaciones, se llegó a un acuerdo, a pesar de que algunos exaltados hablaban en la ciudad de traición y exigieron seguir combatiendo. No obstante, era evidente que la mayoría de los defensores no podían más ni física ni mentalmente. Zaragoza tenía que rendirse.

El 21 de febrero las tropas imperiales ocuparon los puestos avanzados y vieron salir a los defensores, en columna, con sus armas y banderas. El espectáculo era desolador, verdaderos espectros, vestidos con harapos y sin apenas fuerza para sostener los fusiles se arrastraban famélicos y débiles. Sorprendidos y horrorizados por lo que veían los oficiales franceses les saludaron con sus espadas a su paso como muestra de respeto a su asombrosa hazaña. El 22, el mariscal Lannes entró en lo que quedaba de la ciudad, un montón de ruinas. Zaragoza había tenido 50.000 muertos ¡el 50% de sus defensores! Unas cifras que dejan en nada Verdún o el Somme. Los franceses perdieron a más de 8.000 hombres, el 28%, una cifra aterradora.

Zaragoza fue un ejemplo para los españoles y para los franceses... Ahora nadie se hacía ilusiones sobre una guerra fácil. Dicen que en París, el mariscal Lannes estaba narrando asombrado las proezas de los defensores cuando un oyente le interrumpió su discurso diciendo: *¡Bah! ¡Eran unos bandidos!* El veterano mariscal le miró con desprecio y contestó: *"Puede llamarles como quiera, señor mío, pero, en todo caso, eran bandidos que se batían maravillosamente"*.

### De Oporto a Asturias

Tras ocupar La Coruña después de la retirada de Moore, Soult dio comienzo a su campaña de Portugal. De sus 40.000 hombres iniciales apenas podía contar con la mitad y estaba desesperadamente falto de monturas y material de transporte para la dura misión que se le había encomendado. Sin embargo tuvo un gran éxito el 20 de enero, cuando se apoderó de la base naval española de El Ferrol, donde a su botín naval —nada menos que ocho navíos, tres fragatas y miles de prisioneros—, capturó también intactos los almacenes, en los que había pólvora, municiones y 20.000 fusiles británicos, por lo que pudo solucionar una gran parte de sus problemas logísticos.

El día 30 de enero, mientras Ney se quedaba en Galicia con un Cuerpo de Ejército para hacer efectiva la ocupación, el mariscal Soult se dirigió al sur, alcanzando la frontera portuguesa tras ocupar Vigo y Tuy con toda facilidad, no pudiendo penetrar en Portugal desde el oeste por las crecidas del Miño y viéndose obligado a marchar hasta Orense, para, desde allí, entrar en el país vecino.

Mientras Soult avanzaba hacia Oporto, las guerrillas y las escasas tropas regulares españolas seguían hostigando a los franceses, y a finales de marzo, con apoyo naval británico, asediaron Tuy y Vigo, que cayó el 28 de marzo. En Oporto, desesperado por la falta de noticias de Lapisse y Víctor, con sus líneas de comunicaciones deshechas, en medio de un país alzado en armas y en ruinas, el mariscal Soult estaba cada vez más desesperado y trató de obtener información por su cuenta. Heudelet que debía ponerse en contacto con Ney, supo de la confusa situación que había en Galicia, donde el VI Cuerpo había perdido las comunicaciones con Madrid y no progresaba. Poco después, los franceses evacuaron el valle del Miñó y se retiraron a Braga, en Portugal, mientras las diversas unidades de Soult combatían a lo largo y ancho del norte del país vecino en medio de una situación que empeoraba día a día. En el este de Portugal Lappise había fracasado ante Almeida, poderosa fortaleza portuguesa, casi indefensa pero en la que quedó convencido de que había un gran ejército, gracias a una astuta treta del británico Robert Wilson. A primeros de abril, convencido de que se enfrentaba a fuerzas muy superiores, marchó hacia el sur y tras tomar y saquear Alcántara se unió en Mérida al grueso de las fuerzas del mariscal Víctor.

La liberación de Portugal estaba próxima. Sir Arthur Wellesley había regresado a Portugal el 22 de abril y sabiendo de las dificultades por las que pasaban los franceses, decidió tomar una actitud agresiva y atacar a Soult. El 2 de mayo ya se había unido al grueso del ejército británico en Coimbra. La lucha en el norte de Portugal fue muy dura, pues Soult era un soldado capaz, pero tras semanas de combates, marchas y contramarchas, las tropas británicas le obligaron a retroceder a Galicia, llegando el 19 de mayo a Orense, con sus hombres fatigados y hambrientos, habiendo perdido más de 4.000 hombres y prácticamente todo su equipo.

En Galicia, a Ney, duque de Elchinguen, las cosas le iban aún peor. Los ataques constantes, las dificultades del terreno y la escasez de refuerzos convirtieron su trabajo en una misión imposible. Tras abandonar las guarniciones de Tuy y Vigo a su suerte, y dedicar dos brigadas a sostener Santiago y Lugo, sólo disponía de una división para actuar entre La Coruña y El Ferrol.

La falta de contacto de Ney con Madrid hizo que el rey José enviase una modesta fuerza de apoyo a Galicia de sólo 7.000 hombres, que no llegó a Lugo hasta mayo y que traía además órdenes expresas para que el VI Cuerpo colaborase en la ofensiva contra Asturias, donde la Junta local se había mostrado bastante insolidaria con castellanos y gallegos tras las primeras derrotas y se limitaba a proteger las fronteras del principado con sus 20.000 hombres. La Romana, tras ocupar Villafranca, había enviado al general Mahy por el valle del Navia, penetrado en Asturias y llegando a Oviedo, donde solicitó apoyo material que la Junta le negó, por lo que el marqués de La Romana ordenó la intervención de sus tropas para tomar por la fuerza lo que le negaban. El terrible destino de España en los decenios siguientes

estaba comenzando a escribirse[39].

Los intentos de Mahy no sirvieron de nada; el 14 de mayo las tropas de Ney alcanzaron el valle de Navia, obligando a los españoles a retirarse. La Romana intentó, con el apoyo de las unidades de Ballesteros, defender los puentes sobre el Nalón, pero fue inútil, y el 19 caía Oviedo y el 20 Gijón. Como al sur las tropas de Kellermann y Bonnet habían destruido a las fuerzas españolas en Pajares, los hombres de Ballesteros se retiraron a lo más profundo de las montañas y luego se dirigieron a Santander, ciudad que ocuparon brevemente, pues derrotados por Bonnet y con 3.000 bajas sus fuerzas fueron dispersadas, escapando él por mar. Asturias había caído.

Al oeste, en Galicia, la marcha de Ney incrementó la revuelta, pues los patriotas vieron la ocasión que se les presentaba y aumentaron la intensidad de los ataques. Las tropas del general Mahy, que habían sido expulsadas de Asturias, atacaron Lugo, cuya guarnición no fue aniquilada por la oportuna llegada de refuerzos enviados por Soult que acababa de llegar de Portugal. Asimismo, los 8.000 hombres que el marqués de La Romana había dejado descansando en Puebla, ya recuperados, y medianamente bien equipados, se juntaron con 2.000 voluntarios y formaron la improvisada División del Miño, que atacó a las tropas del general Maucune en las proximidades de Santiago de Compostela, obteniendo notable triunfo, pues en los combates los franceses tuvieron 1.000 bajas de los apenas 6.000 hombres con los que contaban y fueron salvados sólo gracias a la oportuna llegada de Ney.

El marqués de La Romana, llegado de Asturias, tomó el mando de las fuerzas de Mahy y de la improvisada División del Miño en Orense, al tiempo que las fuerzas de los mariscales Soult y Ney se encontraban por fin más al norte. El acuerdo entre los dos jefes franceses fue complicado, pero cada uno necesitaba de la ayuda del otro. Ney prefería acabar la conquista y pacificación de Galicia, para consolidar el dominio francés, en tanto que Soult prefería volver a la meseta castellana e intentar impedir que los británicos entrasen en España.

Respecto al conflicto abierto entre los dos mariscales, Soult no estaba en realidad dispuesto a ayudar a Ney. El duque de Dalmacia engañó a su colega y se dirigió a Zamora en vez de apoyar su ofensiva. En Galicia Ney no tenía ninguna posibilidad. Incapaz de controlar el país se limitó a mantenerse en ciertos puntos estratégicos desde los que esperaba poder maniobrar cunado recibiese noticias del comienzo de las acciones ofensivas de Soult. A primeros de junio se dio cuenta de que Soult, que estaba ya en León, no tenía la menor intención de ayudarle, por lo que convencido de que había sido traicionado miserablemente, abandonó Galicia y se retiró a Astorga.

La retirada de Ney y el abandono de Galicia no fue el último fracaso francés en la primavera. En Asturias la improvisada división de Kellermann debía de controlar un país agreste y montañoso con unas tropas inadecuadas y escasas. La orden de enviar dos de sus regimientos a Aragón, que estaba sufriendo una fuerte ofensiva española, le dejó en una situación imposible, que se agravó con los continuos ataques lanzados por el marqués de La Romana desde Galicia que le forzaron a replegarse al otro lado de los Picos de Europa, y a mediados de junio ya estaba en León. Los patriotas españoles y sus improvisados y mal equipados ejércitos había liberado la mayor parte del noroeste de España, disponían ahora de dos regiones pobladas, capaces de suministrar enormes cantidades de soldados, y con puertos abiertos a los británicos por los que recibir aprovisionamientos, armas, municiones y material.

**La lucha por Aragón**

La desastrosa decisión de Palafox de encerrarse en Zaragoza había eliminado toda presencia de tropas españolas en Aragón, pues en el catastrófico sitio se perdieron todas las fuerzas disponibles que o bien fueron destruidas o hechas prisioneras, por lo que tras la caída de la ciudad, apenas había 4.000 hombres al mando de Lazán en toda la región y desorganizados grupos de guerrilleros que no eran nada ante las tropas francesas, que tranquilamente se dedicaron a ocuparla. Mortier se encargó del norte y tras la conquista de la fortaleza de Jaca y de las poblaciones pirenaicas, abrió una nueva línea de comunicaciones con Francia, en tanto Junot lo hacía en el sur empujando a las tropas de Lazán hacía Tortosa. Su ofensiva, liderada por la división de Grandjean, tenía tal impulso que tras ocupar

Alcañiz llegó a penetrar en el reino de Valencia, donde conquistó la estratégica posición de Morella, la llave del Maestrazgo.

Sin embargo las tropas españolas empezaban a recuperarse a primeros de abril, en parte porque por causa de la campaña de Austria, la enorme superioridad en hombres y material francesa se vino abajo, cuando una parte sustancial de las tropas tuvo que ser enviada a otros frentes en España o quedar a la espera de órdenes de Napoleón, lo que facilitó las posibilidades de triunfo españolas, cuyos ejércitos que ahora sólo tenían enfrente a unos 15.000 hombres que debían controlar un territorio inmenso. En mayo los españoles del coronel Perena se hicieron con el control de Monzón, en Huesca, y la expedición de castigo liderada contra ellos por el general Habert fracasó estrepitosamente, provocando un alzamiento en toda la comarca, que en unas pocas semanas quedó libre de franceses.

Más al sur, el general Blake era ahora el comandante en jefe del nuevo Ejército de la Derecha, formado por la división valenciana del general Roca y la división de Lazán y avanzó con ellas hacía Alcañiz, empujando a los franceses hacía Zaragoza. Así pues, tan sólo tres meses después de la costosísima conquista de la capital aragonesa a los españoles, éstos parecían dispuestos a recuperarla.

El nuevo responsable francés del desmoralizado y acosado III Cuerpo era el mariscal Suchet que, desde un primer momento, vio que tenía que detener como fuera la preocupante progresión de Blake hacia Zaragoza, para lo que reunió a las tropas del general Habert con la división de reserva de Musnier y con las tropas de Laval, formando una fuerza que estaba en torno a los 8.000 hombres con 18 cañones, suficiente para enfrentarse a Blake, que disponía de tan sólo un millar más de hombres y 19 cañones.

El 23 de mayo, el Ejército de la Derecha estaba desplegado junto a la ciudad de Alcañiz. La artillería cubría el camino a la ciudad, en tanto que el centro de la línea y el sur estaban defendidos por los valencianos de Roca. Los aragoneses se habían situado en la posición más septentrional. En conjunto la posición era buena, pues las alturas rocosas permitían realizar una fuerte defensa. Tras dudar durante buena parte de la mañana, finalmente Suchet lanzó a una poderosa columna contra el centro español de casi 2.600 hombres —franceses y de la Legión del Vístula— con la esperanza de abrir una brecha. Acribillados por la metralla y por las descargas de la infantería de Roca, que estaba a la derecha de la columna francesa el ataque fracasó y las tropas imperiales se retiraron en desorden. Suchet había perdido casi 2.000 hombres de un ejército ya muy quebrantado en su moral y sólo había causado bajas a 24 oficiales y 260 soldados entre los españoles, por lo que no tuvo otra opción que retirarse en dirección a Zaragoza.

En el campo español la alegría era incontenible, por primera vez desde Bailén, un ejército regular derrotaba al enemigo a campo abierto. Tras detener la persecución a Suchet en espera de reforzar sus tropas, el victorioso general Blake se movió hacia el oeste para obligar a los franceses a librar una batalla más, en condiciones que sin duda serían desventajosas para ellos y el 13 de junio alcanzó el valle del Huerva a sólo unos 30 kilómetros de Zaragoza. La situación de Suchet, que había recogido todas las tropas que había en la región y pedido desesperadamente refuerzos a Madrid, parecía desesperada. Y en efecto, lo era.

Al amanecer del 14 de junio la estrategia de Blake pareció tener éxito, pues Suchet parecía obligado a combatir una batalla decisiva a campo abierto y su vanguardia chocó con los hombres de Blake. Durante toda el día ambos bandos se fueron situando, tomando posiciones para el combate. Aunque Suchet no lo sabía, el fracaso de Ney en Galicia, el de Soult en Portugal y el de Kellermann en Asturias, habían situado a los franceses en una posición muy comprometida. Si su ejército era destruido y se perdía Zaragoza en menos de cuatro meses desde su conquista, el poder francés en España recibiría un golpe psicológico que tendría no sólo repercusión en España y Francia, sino en toda Europa, por lo que sabía lo que se jugaba.

Tras dejar a Laval con 2.000 hombres protegiendo la ruta a la capital aragonesa de un posible movimiento de las tropas españolas de Areizaga, colocó el grueso de sus 9.000 hombres ante las tropas de Blake, que se habían desplegado en María. Sabía que los 3.000 hombres de Robert que venían en ruta a marchas forzadas desde Asturias estaban a punto de llegar, por lo que optó por no arriesgarse y esperar. Alrededor del mediodía del 15, los españoles atacaron intensamente a la división Musnier con el objetivo de envolver el ala derecha francesa. El asalto

fracasó, pues al fuego de los *voltigeurs* franceses y a una firme defensa de la infantería se unió una carga de los lanceros del Vístula. Animado por el triunfo y sabiendo que sobre las cuatro de la tarde llegarían los refuerzos de Robert, Suchet envió contra las soldados de Roca, que se estaban reagrupando, el grueso de la división de Musnier. Los combates fueron muy intensos, pero una fuerte tormenta de granizo cegó en parte a los españoles y facilitó que los franceses rompieran el ala derecha obligando a retroceder a Blake.

La caballería francesa de Wathier ayudó a la infantería que actuaba contra el ala derecha española y un ataque conjunto de los infantes de Habert y de los lanceros polacos y húsares franceses hizo el resto, apartando a las tropas españolas del camino que les comunicaba con las fuerzas del general Areizaga. Aun habiendo perdido 5.000 hombres, Blake hizo avanzar a la división de Lazán y consiguió retirarse en orden.

Suchet, había salvado Zaragoza, pero sorprendido de la tenacidad española, avanzó el 16 contra Botorrita, donde Blake tenía su campamento, pero el cansancio y el agotamiento hacían mella en los soldados franceses que no lograron cerrar el cerco y permitieron que Blake escapara. La mejor solución para el general español era ahora retirarse para salvar su ejército e intentar forzar a Suchet a perseguirle, pero en vez de ello, temeroso de la reacción de la Junta y de las consecuencias políticas que podrían producirse, prefirió arriesgarse de nuevo a un enfrentamiento con los franceses, a pesar de estar ya muy debilitado —3.000 hombres habían desertado y sólo conservaba 16 de sus 25 cañones— y el 18 de junio presentó de nuevo batalla en Belchite. Tenía aún 12.000 soldados y siete cañones desplegados en las colinas que hay a ambos lados de la localidad aragonesa, pero de la misma forma que era un aceptable estratega era un pésimo táctico. Además, ahora Suchet le superaba numericamente, pues disponía de 13.000 hombres y ordenó a la división Musnier atacar el ala izquierda española que parecía menos sólida y que fue destruida con cierta facilidad. Al ver que los defensores se retiraban, el general Habert cargó contra el ala derecha, pero cuando comenzaban a chocar sus tropas con los defensores españoles un proyectil alcanzó el depósito de municiones español situado en retaguardia que hizo explosión, haciendo creer a los soldados de Blake que era atacados por la retaguardia, ante lo cual iniciaron un repentina y estrepitosa huida, forzando al Ejército de la Derecha a retirarse hacía Tortosa y Morella.

**La campaña del Tajo**

La primera campaña conjunta hispano-británica ha despertado últimamente un enorme interés entre los especialistas y los aficionados al período napoleónico.

Tradicionalmente ha sido el general Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja, al empezar la guerra, el destinatario de todas las críticas y el principal culpable del fracaso, pero lo cierto es que el viejo y terco general fue, simplemente, la víctima de unas maniobras políticas que nunca pudo entender. Detenido por la Junta para ser juzgado por haber ordenado el encarcelamiento del almirante Valdés y su sobrino, el pueblo extremeño le liberó y le puso de nuevo al mando de su ejército, pero eso no impidió que tanto británicos como españoles le convirtiesen en el chivo expiatorio perfecto para cubrir y tapar sus propias miserias.

Respecto al otro comandante principal de la campaña, el general sir Arthur Wellesley, había salido indemne del proceso iniciado tras la capitulación de Cintra gracias a sus excelentes contactos políticos y fue enviado a Portugal con un extraño plan de campaña. En primavera tras su triunfo sobre el mariscal Soult y la retirada de éste de Portugal, el general Wellesley dejó a la milicia portuguesa y a las tropas del general Silveira a cargo de la vigilancia de la frontera gallega y marchó a unirse con Mackenzie en Abrantes, donde obtuvo detalles de primera mano de los combates que habían tenido lugar a partir del 14 de mayo en Alcántara entre tropas portuguesas y británicas y la vanguardia del mariscal Víctor, que aunque logró un triunfo menor, se había retirado a Mérida, donde fue consciente de que el vencido Cuesta se había recuperado milagrosamente, una vez más, de la derrota de Medellín y era de nuevo una amenaza. Tras pedir ayuda a Madrid y no recibirla, se situó al otro lado del Tajo, en un momento en que las tropas francesas estaban siendo claramente obligadas a ponerse a la defensiva en toda España. Consciente de su momentánea debilidad y en previsión de una ofensiva española o inglesa, las tropas de Víctor comenzaron a desplegarse entre Talavera y Almaraz atentos a los movimientos enemigos.

Ausentes desde la retirada del ejército de Moore, los británicos habían expulsado de nuevo al ejército imperial de Portugal y estaban a punto de entrar otra vez en España. Sin embargo, el plan británico no tenía mucha lógica. Por de pronto las órdenes de Wellington eran impedir una invasión francesa de Portugal, pero la información facilitada a Wellesley no era muy completa, ya que si no hubiese sido por la intervención de los ejércitos españoles, se habría enfrentado a unas fuerzas cuatro veces más numerosas que las suyas. La razón de esta situación tan extraña, es que el gobierno británico no jugó limpio con su general. En su acuerdo con los austriacos y para ayudarles en su prevista acción militar contar Francia, Gran Bretaña se comprometían a realizar acciones militares de diversión en Sicilia, mientras el grueso de su ejército desembarcaría en Walcheren, en las bocas del Escalada en tanto las tropas de Wellesley deberían de atraer al máximo posible de tropas francesas a Portugal, siendo evacuados si eran acosadas hasta un extremo imposible de resistir.

No obstante, las intrigas políticas iban a jugar un importante papel en el curso de la campaña, ya que la Junta y el embajador británico Frere, querían eliminar a Cuesta del mando, en una trama en la que participaron también el duque de Alburquerque y el coronel Wittingham —que era un capitán inglés ahora incorporado a nuestro ejército—, que querían crear un mando único al mando de Wellesley.

El ejército de Wellesley, unos 20.000 efectivos agrupados en cuatro divisiones —Hill, Mackenzie, Sherbrooke y Campbell— con 30 cañones, se puso en marcha el 28 de junio para unirse a Cuesta, 8.000 hombres más quedaron en Lisboa y servían de reserva. Los 1.500 de la Legión Lusitana de sir Robert Wilson cubrían el flanco del avance y el renovado ejército portugués de Silveira y Beresford defendía la frontera. Los españoles de Cuesta, 34.000 infantes, 7.000 jinetes y 30 cañones, avanzaron directamente sobre Almaraz, sin que entonces estuviese aún listo el plan de operaciones definitivo. El 8 de julio Wellesley recibió un correo de Inglaterra, que no podía contener la funesta noticia de la derrota austriaca en Wagram —5 y 6 de julio—, por lo que no debió de hacerle modificar sus planes. Sin embargo, el correo que le llegó el día siguiente era diferente, pues supo que el grueso del ejército británico iba camino de Holanda y no de Portugal.



*El general Gouvion de Saint-Cyr, con uniforme de coracero. Buen organizador y excelente estratega, su labor en Cataluña estuvo a la altura de las misiones que se le encomendaron.*

El 10 de julio —el día de la firma del Tratado de Znaim que ponía fin a las operaciones militares en Austria— se produjo en Miravete la entrevista entre Wellesley y Cuesta, tan manipulada por los historiadores británicos que las impresiones de uno de los testigos —el marqués de Londonderry—, se ha convertido en lugar común en las críticas a Cuesta. El hecho es que las diferencias de edad y de carácter hicieron que ambos generales no se entendiesen bien y no hubo acuerdo sobre el mando único. Respecto a las operaciones había dos opiniones. En tanto Cuesta era partidario de realizar uno de los complejos movimientos estratégicos de

amplio envolvimiento, Wellesley, consciente de su debilidad logística, escaso aún de dinero para comprar todo lo que necesitaba y con unas tropas cansadas por el esfuerzo de las semanas anteriores, era partidario de una ofensiva limitada en el tiempo y en el espacio.

En tanto las tropas aliadas avanzaban por el valle del Tajo, el general Venegas debía mover sus tropas desde Despeñaperros por La Mancha, maniobra de difícil coordinación con la de Cuesta, que debía mar-char hacia Fuentidueña para atraer al máximo número posible de soldados franceses, lo que hubiera solucionado el problema español, pues el IV Cuerpo del general Sebastiani tenía una absoluta superioridad en caballería y podía maniobrar mucho mejor, burlando en el momento en que quisiera al inexperto Venegas, cuyo mayor mérito era que seguía siendo el favorito de la Junta.

Las operaciones del ejército aliado tras le entrevista de Miravete se retrasaron una semana de forma incomprensible, tal vez por el temor del general británico a quedar sin apoyo de su país, lo que le debía de hacer considerar hasta qué punto sería eficaz la ayuda que había prometido a los españoles. Las quejas de Wellesley sobre su falta de alimentos y la escasez de medios económicos ocultaban, en la práctica, la razón principal de su conducta: había tomado la decisión de abandonar las operaciones si lo consideraba necesario o conveniente. El 18 de julio comenzaron las operaciones y el 20 los británicos estaban ya en Oropesa. El mariscal Víctor se hallaba atrincherado en la orilla izquierda del Alberche, poniéndose al alcance del ejército aliado, lo que no ha recibido todavía una explicación clara.

El 22 de julio la presencia de la poderosa y bien armada división de dragones de Milhaud planteó un problema táctico, porque la caballería española no era rival para ellos y el duque de Alburquerque pidió ayuda a la vanguardia del general Zayas, que inició un combate de tanteo del que los franceses salieron muy optimistas, pues obtuvieron por fin información clara sobre la presencia británica. Ahora, retirarse era muy peligroso, por lo que el mariscal Víctor decidió mantener su posición. Al mediodía las vanguardias aliadas llegaron al Alberche y vieron que estaban en la orilla opuesta los franceses, por lo que dada la hora y estando próximo el anochecer, el ejército acampó.

El 23 el general Sebastiani recibió la orden de dirigirse a Toledo para unirse a los Cuerpos I y IV y a las tropas de reserva. El 24 la retirada se había completado y los aliados se encontraron con que no había enemigos delante. Los británicos decidieron no perseguir a los franceses, dejando a los españoles solos en su avance. Las razones son sin duda políticas; Wellesley, conocedor de la victoria de Napoleón sobre los austriacos en Wagram, probablemente recibió órdenes de su gobierno de detener las operaciones, como sucedió en Sicilia y en las costas de Holanda, pero como era consciente del problema que se le plantearía ante la opinión pública si los ejércitos españoles tenían éxito, optó por hacer lo más cómodo, quedarse en Talavera y esperar[40].

Respecto a Venegas no fue capaz de inquietar a Sebastiani, que abandonó Madridejos y dejando una guarnición en Toledo; marchó en apoyo del mariscal Víctor con el grueso del IV Cuerpo, lo mismo que hizo el rey José desde Madrid, por lo que el 25, al llegar ante la ciudad imperial, Cuesta tenía enfrente a una fuerza formidable y no vio otra alternativa que retirarse. Tras una serie de combates en los que los franceses intentaron evitar o dificultar la unión de Cuesta con los británicos, finalmente los españoles se unieron a sus aliados en el Alberche.

Wellesley había desplegado dos divisiones a lo largo del río y cuando los españoles cruzaron se replegaron con la división de Mackenzie cerrando la marcha. Los franceses de la división de Lapisse, consiguieron cruzar el río por un vado al norte y atacaron a los británicos que no vieron bien lo que ocurría; fueron arrollados y se les hundió su centro y ala izquierda, aunque Mackenzie, apoyado en el regimiento que aún se mantenía a la derecha, mientras el resto se reagrupaba y una vez concentrado se replegó hasta el grueso de las tropas británicas. La pérdidas de Mackenzie habían sido de unos 450 hombres, sin casi causar daño a los franceses. Mientras, las tropas de Víctor cruzaron el Alberche y entablaron un intercambio de disparos de artillería hasta que se produjo el famoso incidente tan querido de los narradores ingleses de la batalla, según el cual varias unidades españolas se asustaron de sus propios disparos y comenzaron una vergonzosa fuga[41].

La posición aliada se extendía a lo largo de cinco kilómetros y corría casi en paralelo al arroyo de Porcina. El acuerdo entre los generales aliados había

determinado que los británicos ocupasen el sector septentrional y los españoles el más cercano a Talavera. La división de Hill se encontraba detrás de la ladera oriental del cerro de Medellín, con las tropas de Sherbrooke y Mackenzie a su derecha. La caballería británica estaba detrás del centro y la Cuarta División de Campbell formaba el ala derecha. Al sur, los 32.000 hombres de Cuesta ocupaban fuertes posiciones en torno a Talavera, sumando los aliados cerca de 52.000 hombres que superaban en número a los 46.000 franceses.

Antes del anochecer y tras el intercambio de disparos de artillería, los aliados creyeron que los franceses suspenderían las operaciones hasta el día siguiente, pero no fue así, y tres columnas francesas de la división de Ruffin lanzaron un fuerte ataque nocturno. La columna de la izquierda avanzando por un terreno muy complicado llegó tarde, la de la derecha erró en su camino, pero la del centro cayó por sorpresa sobre la Legión Alemana del Rey de Löwe y la obligaron a retroceder con graves bajas. El general Hill reaccionó a tiempo y envío a la brigada de Stewart que obligó a replegarse a los franceses. En ese momento apareció un regimiento ligero francés que recibió una descarga cerrada y retrocedió en completo desorden. El asalto nocturno había fracasado.

Al amanecer del 28 Víctor concentró a los tres regimientos de Ruffin para un nuevo ataque contra el cerro y los lanzó de nuevo al asalto tras un intenso cañoneo de 50 piezas que no afectó demasiado a las tropas de Hill, protegidas por la ladera del cerro, pero que causaron terribles daños a las de Sherbrooke que estaban desplegadas en la llanura. Avanzando a través de la humareda los franceses alcanzaron las líneas británicas, pero como iban en columna no pudieron responder a la devastadora lluvia de balas que les lanzaban los 4.000 infantes de Hill, siendo también atacados de flanco por los recuperados hombres de Sherbrooke, retirándose en desorden y dejando 1.300 muertos y heridos en el campo.

Tras este nuevo fracaso, Jourdan, jefe del Estado Mayor del rey José, era partidario de esperar a las fuerzas de Soult que avanzaban a marchas forzadas desde el noroeste, pero el monarca no podía ignorar la opinión de Víctor que sugería intentar romper las líneas británicas cuanto antes, pues un mensaje le informaba del avance hacia Madrid del Ejército de la Mancha de Venegas. Tras dudar, el rey decidió apoyar la propuesta del mariscal Víctor de intentar acabar de una vez con la resistencia aliada. Se intentaría de nuevo asaltar el cerro, atacando también el flanco desde el valle al norte del promontorio, una división de caballería contendría a Cuesta, la infantería de Sebastiani iría contra el centro y Leval y sus alemanes contra la derecha. Una brigada de línea, parte de la infantería y la propia Guardia Real, formarían la reserva.

A las 14,00 se reanudó el ataque, con un bombardeo preliminar de 80 cañones que duró media hora. Los alemanes de Leval, avanzando entre los olivos, en el extremo izquierdo, fueron los primeros en entrar en contacto con el enemigo, las tropas de Campbell que se retiraron hasta que sus perseguidores se encontraron delante los tres regimientos británicos completos, un reducto con diez cañones y algunos solados españoles que juntos barrieron a disparos y metralla a las columnas francesas. En el contraataque los soldados de Campbell se apoderaron de una batería enemiga cuyos cañones clavaron antes de retroceder de nuevo a sus líneas.

Al norte, Sebastiani y Lapisse presionaban con fuerza a Sherbrooke, que tras una dura lucha cedió, abriendo los franceses una brecha. Wellesley envío todas sus reservas y tras un combate brutal a lo largo de toda la línea británica, ésta finalmente aguantó y las tropas de Lapisse —que cayó en la acción—, se retiraron dejando 1.700 bajas.

Al sur, Leval concentró las tropas alemanas y de nuevo atacó a la división de Campbell, pero tuvo que retroceder perseguido por la caballería española. En cuanto al intento de envolver el cerro por el norte continuaba, pero las brigadas británicas de Anson y Fane, la infantería española de Bassecourt y la caballería del duque de Alburquerque, se habían desplazado a su izquierda para prevenir el movimiento de flanqueo francés, liderado por lo que quedaba de la división de Ruffin y la brigada de Cassagne que vio como la caballería de Anson se les echaba encima. Según Napier —y una gran parte de los historiadores británicos que le han seguido—, los jinetes no vieron el lecho seco de un río que tapaban unas hierbas y cuando estaban a 200 metros cayeron a él, por lo que en minutos el 23 Regimiento de Dragones Ligeros se había convertido en un montón de hombres y caballos muertos y heridos. A la izquierda el 1$^{er}$ Regimiento de Dragones Ligeros de la

Legión Alemana del Rey sufrió el mismo destino, pero tuvo menos daños. Los cazadores franceses de Merlin acabaron con los que quedaron. Las razones y causas de la destrucción de la caballería aliada fueron otras, pero una vez ocurrida el plan francés podía continuar. Sin embargo Ruffin, que ya sabía del fracaso del ataque principal, en vez de continuar el asaltó se retiró[42]. Temeroso de que Cuesta lanzase un contraataque, el rey José abandonó la idea de emplear sus reservas y dio por finalizada la batalla y el grueso del ejército imperial se dirigió al este para interceptar a Venegas, quedándose el mariscal Víctor con la misión de vigilar los movimientos aliados.

En el campo arrasado por un incendio, que acabó con muchos heridos y bajo el calor del verano, los españoles y los británicos habían triunfado a costa de graves pérdidas. Los alemanes de la KGL llevaron la peor parte con 1.407 bajas, nada menos que el 26% de todas las sufridas por los británicos que alcanzaron un total de 5.359, siendo las españolas de unos 1.200, por 7.268 de los franceses, que algunas fuentes elevan algo más. Pero Wellesley se recuperó rápidamente del daño, pues con la llegada de la brigada de Craufurd tuvo de nuevo al ejército casi al completo de sus efectivos. Respecto a los cuerpos de ejército franceses, siguieron manteniendo su eficacia de combate intacta, por lo que si bien se trató de una clara derrota, muchos historiadores franceses la califican de indecisa.

Militarmente la batalla no tuvo consecuencias. Tanto Wellesley como Cuesta consideraron que lo mejor era dejar descansar a las tropas y posteriormente seguir la ofensiva hacia Madrid.

### Una alianza en crisis

Ya en las jornadas inmediatas a la batalla, muchos británicos comenzaron a cuestionar el papel de los españoles con todo tipo de acusaciones que sería muy tedioso detallar, pero que en general hacían referencia a lo bien parados que habían salido de la lucha en comparación con los británicos. Además, el día 30, Wellesley, que en ningún momento estaba dispuesto a permitir que el futuro de su ejército estuviese limitado por ningún tipo de consideración hacia los españoles, cambió de opinión cuando empezó a conocer la verdadera entidad de las tropas de Soult que avanzan sobre su flanco.

El 1 de agosto llegó la noticia de la caída de Puerto de Baños, incidente en el que el general inglés acusó a los tropas españolas que defendían la población de huir sin combatir, pero pensando que los hombres de Soult no eran más de 20.000 decidió ir a Oropesa a su encuentro. Al poco tiempo se enteró de que las fuerzas enemigas superaban los 30.000 hombres y estaban ya en Navalmoral de la Mata. Cuesta decidió apoyar a sus aliados para compensar su inferioridad numérica y el 3 de agosto los británicos avanzaban hacia Oropesa con la vanguardia de Cuesta muy cerca.

En la ciudad toledana, se entrevistaron de nuevo los dos generales el día 4. Esta vez Wellesley informó claramente a Cuesta de que el ejército británico se iba a retirar, por lo que concentradas sus tropas en Puente del Arzobispo, cruzaron el Tajo camino de Portugal abandonando a los españoles por segunda vez. La idea tan difundida por los ingleses de que Cuesta estaba obsesionado por librar una batalla campal no ha encontrado apoyo en los documentos, que avalan la actitud del general español.

Sin embargo, la oportunidad que se les había presentado a los aliados era buena, Mortier sólo disponía de unos 16.500 hombres que si se hubieran visto atacados por todo el ejército británico y los refuerzos españoles habrían tenido que retirarse para no ser aplastados y acogerse a la protección de Soult, lo que hubiese dado a los aliados el menos dos días más para situar sus ejércitos al otro lado del Puente del Arzobispo, pero Wellesley no se mostró de acuerdo en atacar. El 5 los franceses se fueron dando cuenta de la inactividad anglo-española y comenzaron a recuperar la iniciativa, más aún, al darse cuenta de la incomprensible incapacidad de Venegas para realizar algún tipo de acción agresiva. Cuesta que estaba en Puente del Arzobispo esperó con su ejército listo para el combate, pero al no decidirse Mortier a entablar batalla, ordenó que lo mejor de sus tropas y la impedimenta pasasen al otro lado. El 6 las tropas españolas prosiguieron la retirada el mismo día en el que el mariscal Víctor entraba en Talavera.

Las españolas cubrieron la retirada británica hasta el día 8, en que la vanguardia francesa llegó dispuesta a establecer una cabeza de puente al otro lado del río y un

brillante ataque logró un rotundo éxito. Cuesta corría el riesgo de tener que enfrentarse en solitario a los franceses y había ordenado que la división de Zayas, la 2ª División de Caballería y la 5ª de Infantería, protegiesen el puente para poder tomar el camino que por el puerto de Miravete lleva a la sierra de la Estrella, dejando tras el combate de Puente del Arzobispo 1.400 bajas y 14 de los 16 cañones tomados a los franceses en Talavera.

Soult no tenía intención de seguir a los españoles por las montañas y prefería atacar Portugal, hasta que una orden del rey José le obligó a desplegarse a la defensiva entre Plasencia y Talavera. La obsesión del monarca ahora era el incompetente de Venegas y su supuesta "amenaza" sobre Madrid.

**Almonacid**

El Ejército de la Mancha no era en realidad un peligro serio para los franceses y sus patrullas incordiaron algo a los escasos defensores de Toledo, pero poco más. Venegas no pudo o no supo aprovechar la momentánea inactividad francesa y cuando los británicos se retiraron se vio enfrentado a la inmediata reacción del rey José y sus tropas, que el 5 de agosto pasaron a la ofensiva. Las escasas fuerzas españolas que protegían el vado de Añover se retiraron y los franceses pasaron al sur del Tajo y el 9, una parte considerable de sus soldados estaban ya en la otra orilla. Pero los españoles se anticiparon y una división se estaba desplazando ya hacia el oeste y cuatro más se encontraban en movimiento. Cuesta había advertido a Venegas de que lo conveniente era retirarse, pero éste, que creía que Sebastiani y Milhaud tenían unos 16.000 hombres, decidió atacarlos.

Al amanecer del 11 de agosto el Ejército de la Mancha se situó en las colinas situadas a ambos lados de Almonacid. Venegas desplegó a sus tropas en una línea demasiado larga y estrecha, con la artillería en el centro y la caballería en los flancos. Tenía en total 24.000 hombres y 40 cañones, con los que superaba a los 14.000 de Sebastiani, que a pesar de su inferioridad inició el ataque. Mientras contenía el centro y el ala derecha con su propia división, envió a los jinetes de Milhaud y dos divisiones contra el flanco izquierdo en los Cerrojotes. Las formaciones de Girón fueron envueltas por los alemanes de Leval y atacadas frontalmente por los polacos de Valence y tuvieron que abandonar los cerros. Venegas envió la reserva, pero ya era tarde y el ala izquierda siguió retrocediendo mientras intentaba rechazar desesperadamente los asaltos de los hombres de Sebastiani.

Los batallones de Lacy y Zerain, atacados frontalmente se replegaron perdiendo el control de Almonacid. Todavía las tropas españolas intentaron resistir en el Cerro del Castillo, pero la llegada de la reserva del rey José animó a las tropas de IV Cuerpo que atacaron con aún más ímpetu y obligaron al Ejército de la Mancha a retirarse definitivamente, cubierto por la división de Vigodet, que luchó muy bien; si bien al final, Venegas perdió el tren de bagaje, la mitad de su artillería y 5.500 hombres —2.000 de ellos prisioneros y el resto muertos y heridos—. Los franceses tuvieron bajas elevadas, 2.400, pero en conjunto, unido este éxito a la retirada del Alberche y la derrota de Puente del Arzobispo dejó a los españoles en una mala situación de cara a operaciones futuras.

**Cataluña. El sitio de Gerona**

Tras la batalla de Vals y su victoria el 25 de febrero, el general Saint-Cyr optó por atacar Gerona. Próxima a Francia, era una fuerte posición en manos de los españoles a pocos kilómetros de la frontera y una amenaza permanente contra las líneas de comunicaciones del ejército imperial que operaba en Cataluña. Pero había también otra razón no menos importante y es que al igual que ocurría con Zaragoza, los patriotas españoles habían convertido a la ciudad catalana en uno de los símbolos de su resistencia. Una vez puestos manos a la obra, el primer esfuerzo francés se dedicó a acumular el máximo posible de material necesario, desde proyectiles, pólvora y artillería pesada de sitio hasta tropas especializadas como ingenieros y zapadores, labor a la que se dedicaron los generales Verdier y Reille. Una vez terminado el trabajo, a primeros de mayo, aprovechando que apenas quedaban tropas regulares españolas en la región —salvo los 6.000 hombres de Coupigny en torno a Tarragona—, Saint-Cyr dejó a Duhesme en Barcelona y se encargó de impedir cualquier envío de refuerzos a Gerona, enviando el resto de sus fuerzas a Vedier para que colaboran en el sitio que comenzó formalmente el 24 de mayo —el

día siguiente a la victoria española de Alcañiz—.

La guarnición contaba con 6.000 hombres a los que había que sumar los voluntarios armados. El mando lo ostentaba el capaz general Mariano Álvarez de Castro, que había realizado un trabajo formidable, reforzando las defensas con terraplenes y barricadas. No obstante, los franceses habían aprendido mucho en Zaragoza y Verdier no estaba dispuesto a cometer errores, por lo que tras examinar con cuidado y detalle las defensas, creía que tenía un buen plan. Su objetivo inicial era el castillo de Montjuich que dominaba la ciudad, por lo que se dedicó a abrir trincheras y paralelas para aproximarse al castillo y poder batirlo con la artillería. El 6 de junio comenzó la labor y durante diez días bombardeó los reductos exteriores —San Luís, San Narciso y San Daniel—, ocupó Pedret y machacó de forma insistente Santa María. Un inesperado contraataque español el 17 tuvo éxito y los asombrados franceses vieron cómo los españoles retomaban Pedret y destruían las trincheras antes de retirarse de nuevo al interior de la ciudad.

A pesar de la dura y eficaz defensa, los reductos de San Luis y de San Narciso cayeron el 20 de junio y San Daniel tuvo que ser evacuado por sus últimos defensores, lo que permitió a los franceses cercar Montjuich, aproximando la artillería hasta 400 metros del castillo. El 3 de julio la batería abrió fuego y logró abrir una brecha por la que dos columnas de asaltantes se lanzaron el 7 de julio, penetrando en la ciudad, por la que avanzaron bajo un intenso fuego de fusilería, teniendo que atravesar todo tipo de obstáculos situados en el camino, desde fosos a caballos de frisia. Los granaderos italianos que iban en cabeza fueron abatidos por los tiradores a decenas y el ataque finalmente fue repelido.

Un intento de enviar ayuda desde Tarragona no pudo superar el férreo cordón de Saint-Cyr y sólo llegaron 12 hombres a Gerona de los 1.500 de la columna principal, lo que aumentó la sensación de Blake de que el quebrantado Ejército de la Derecha poco podía hacer para ayudar a Álvarez de Castro y a sus valientes soldados,Sin embargo, en Gerona, las cosas tampoco salían al gusto de los franceses. Aunque la experiencia de Zaragoza tenía que haber hecho ver a Verdier que no servía de nada intentar atacar a los defensores si no se debilitaban sus posiciones con un fuerte apoyo artillero; se insistió de nuevo en un asalto por columnas que dejó a los franceses con 1.000 bajas más, no consiguiendo con ello nada. Otros dos intentos más en vano tuvieron un grave efecto en el ánimo de la infantería imperial que veía cómo era enviada al matadero para luchar contra unos defensores resueltos y fanáticos que bien protegidos y con una moral a toda prueba los acribillaban casi a placer. A pesar de todo los zapadores franceses progresaban y una salida desesperada de los sitiados el día 9 de agosto fue rechazada, por lo que convencido de que no había solución; el 10, el general Álvarez de Castro dio órdenes de destruir las últimas defensas del castillo de Montjuich y abandonarlo.



*Un abanderado de infantería francesa, por Martinet. Zaragoza y Gerona representaron ejemplos de un tipo de combate más propio de la II Guerra Mundial que de comienzos del siglo XIX y constituyeron todo un desafío para las tropas de Napoleón.*

Los combates continuaron con la misma intensidad todo el verano; los franceses abrieron nuevas brechas en las defensas y tomaron parte del barrio de Santa María, que quedó totalmente en ruinas, pero los gerundenses seguían resistiendo y rechazando las propuestas de rendición, a pesar de no recibir ayuda y estar faltos

de todo. Al sur, Blake, al que la Junta demandaba que entrase en acción, había logrado equi-par y preparar 20 batallones de infantería y cuatro escuadrones de caballería, totalmente inexpertos y sin apenas instrucción, con los que sabía que no podía enfrentarse a campo abierto con Saint-Cyr, por lo que tímidamente empezó su avance hacía la ciudad sitiada intentando esquivar a los franceses. Por el contrario Saint-Cyr buscaba afanosamente un choque en batalla campal, idea que también tenía el propio Verdier que pensaba que una grave derrota de Blake aceleraría el final de la resistencia, por lo que se unió con sus tropas a Saint-Cyr dispuesto a terminar de una vez con el pequeño ejército español. Pero esta vez Blake lo hizo muy bien. Hábilmente logró atraer al grueso de las tropas enemigas mientras García Conde llegaba a Gerona con 4.000 hombres y suministros. Tras vencer a una unidad avanzada italiana rompió el cerco y entró en Gerona, donde dejó a 2.000 soldados de refuerzo y alimentos para continuar resistiendo. Luego se retiró con la otra mitad de sus tropas y se reunió con Blake. Enfurecido Verdier regresó a Gerona para descubrir que los sitiados habían limpiado la base de las brechas, mejorado sus trincheras y parapetos y en una serie de exitosas salidas habían destruido las posiciones francesas más avanzadas. Desde luego Álvarez de Castro era un hombre de genio.

Tras reparar las líneas de asedio, el 11 de septiembre se reinició el bombardeo, pero de nuevo una brillante salida de los españoles, retrasó las obras cuatro días más, hasta que el 19 se produjo un asalto masivo de cuatro columnas, donde tras horas de furiosos y encarnizados combates, casa por casa y habitación por habitación, los atacantes franceses, alemanes e italianos, fueron de nuevo rechazados. Las tres divisiones sitiadoras estaban deshechas, habían sufrido miles de bajas y las deserciones eran constantes. Verdier dejó su puesto y el general Saint-Cyr, ahora al mando, reforzó de nuevo con paciencia las posiciones de los sitiadores y esperó a dejar que los defensores se cocieran en su propio aislamiento y se murieran, literalmente, de hambre. Un intento de Blake de enviar suministros, apremiado por la Junta de Sevilla, no engañó esta vez a Saint-Cyr que dispersó la columna española y la causo miles de bajas, si bien la vanguardia de O'Donell pudo refugiarse tras las defensas de Gerona. Tras esta victoria el general francés volvió a su país y fue sustituido por el mariscal Augereau, a quien no le apetecía nada el incómodo cargo y que no tomó el mando hasta el 12 de octubre, mientras que en su ausencia, la brigada de O'Donell rompió el cerco y abandonó la ciudad.

La estrategia del nuevo comandante del VII Cuerpo fue la misma que la de su antecesor y a primeros de noviembre la situación de los defensores era desesperada, pues el tifus y las infecciones estaban fuera de control, no había apenas comida y las esperanzas de ayuda se desvanecieron cuando el último intento de Blake de llevar suministros a la ciudad fracasó, pues las tropas italianas y francesas de Pino, atacaron los depósitos de suministros destinados a Gerona, en Hostalrich, y los destruyeron. El 19 de noviembre varios desertores comunicaron al mariscal francés la situación tan desesperada que había en la ciudad, lo que animó a Augereau ha renovar sus ataques a gran escala. El 2 diciembre las tropas italianas de Pino asaltaron el suburbio de la Marina y el 6, tras un brillante ataque nocturno, cayó el reducto de la ciudad, que los españoles trataron de recuperar mediante heróicos y desesperados contraataques que se estrellaron contra las firmes defensas italianas.

El 11 de diciembre, agotadas las últimas esperanzas, Gerona se rendía. Quedaban malamente en pie, enfermos y desarrapados 3.000 hombres, 5.000 más habían muerto junto con la mitad de los 13.000 habitantes de la ciudad. Otros 12.000 soldados y varios miles de paisanos, ciudadanos de Gerona y campesinos refugiados estaban heridos o muy enfermos. Los franceses habían tenido 14.000 bajas, unas pérdidas terribles y su botín eran unas ruinas humeantes. Para ambos bandos Gerona fue importante. Para los franceses por ser una muestra de su fuerza de ánimo y firme decisión de acabar con toda resistencia y para los españoles un ejemplo de abnegación, entrega y valor.

**La campaña de Ocaña: la Junta pasa a la ofensiva**

Con el ejército británico abandonando a sus aliados españoles en Almaraz, dio comienzo una de las épocas más sombrías de la contienda. Ahora, España y lo que quedaba de sus ejércitos, debía de enfrentarse al coloso francés a solas. Por otra parte los problemas políticos derivados de la ausencia de un auténtico gobierno se

estaban haciendo notar. Así, una parte notable de la naciente opinión pública pedía una convocatoria urgente de las Cortes para evitar que su poder fuese usurpado por la Junta. Sin embargo tampoco debía de olvidarse que, como en el resto de la Europa de la época —con la excepción británica—, las Cortes no eran más que viejas asambleas medievales que no representaban a la auténtica nación. Además, la elección de diputados era muy compleja, pues no podía olvidarse que una parte sustancial del país estaba bajo el control de ejércitos extranjeros.

En cualquier caso, lo cierto es que la Junta fue preparando una convocatoria de las Cortes al tiempo que sus miembros se convencían de que sólo una espectacular victoria militar le podía devolver el prestigio perdido. Para lograrla, aún contaba con medios poderosos, pues las tropas españolas disponían de buen material, armamento y moral y se encontraban perfectamente preparadas para afrontar la ofensiva que se estaba diseñando, aun no contando con ayuda británica. El plan previsto era sencillo. Dos grandes contingentes debían avanzar de forma simultánea sobre Madrid desde direcciones diferentes, para obligar a los franceses a dividir sus fuerzas, en tanto otra pequeña fuerza de distracción maniobraría al sur de Madrid para fijar a las tropas concentradas en la capital. Si todo iba bien, abrumadas por la superioridad española, las tropas imperiales caerían ante este asalto coordinado.

La primera medida adoptada fue formar una gran unidad con los ejércitos de Asturias y Galicia, que operaban en terreno libre de enemigos y que por tanto podían contar con una fuerza de 40.000 hombres, a los que se unieron 1.000 jinetes que marcharon al norte desde el valle del Tajo. Estas tropas a finales del verano fueron puestas al mando del duque del Parque, que sustituyó al marqués de la Romana. El eficaz trabajo del nuevo comandante en jefe permitió que a finales de septiembre el nuevo Ejército de la Izquierda contase en Ciudad Rodrigo con 30.000 hombres, a los que había que añadir otros 20.000 que se le sumarían pronto.

Más al sur el general Areizaga sustituyó en el mando a Cuesta y tras reunir a las tropas de Venegas consiguió reunir una fuerza impresionante sobre el papel de más de 50.000 hombres, con casi 6.000 jinetes y bastante bien armados y equipados, que pasó a denominarse Ejército de La Mancha. Finalmente, un tercer contingente se concentró en torno a Talavera para desempeñar la misión de impedir a las tropas de Madrid apoyar a los ejércitos de maniobra franceses. Estas tropas, bajo el mando del duque de Alburquerque, no eran gran cosa, pues las mejores se las llevó Areiazaga y también tuvo que enviar unidades a Badajoz y ceder caballería al duque del Parque, por lo que sus apenas 10.000 soldados se veían enfrente de tres cuerpos de ejército imperiales.

**Tamames**

Terminaba el mes de septiembre cuando en cumplimiento de las órdenes de la Junta, el grueso de las tropas del duque del Parque comenzaron a moverse. Una parte de las tropas quedó de guarnición en la poderosa y bien fortificada Ciudad Rodrigo, en tanto otro contingente se destinaba a proteger las líneas de comunicaciones con Asturias y Galicia. Su objetivo inicial era Salamanca, donde se encontraba el Cuartel General del mariscal Ney y el VI Cuerpo francés, que tenía a su mando unas tropas bastante agotadas y debilitadas, pues habían sufrido mucho en Galicia en los finales del invierno, para a continuación dirigirse hacia el Tajo, chocando tras la campaña con las tropas británicas y portuguesas de Wilson a las que derrotaron a costa de graves daños.

Del Parque avanzó hacia Salamanca dando un rodeo por las montañas, pero generando una gran alarma en el general Marchand, al mando de las tropas francesas en ausencia de Ney, quien no dudó en enfrentarse a la amenaza y dirigió sus tropas contra el Ejército de la Izquierda, con el que se encontró en las cercanías de Tamames. Las tropas españolas, unos 20.000 soldados de infantería, 1.500 jinetes y 18 piezas de artillería, habían sido desplegadas ocupando una excelente y sólida posición defensiva. Marchand, que tenía una fuerza ligeramente superior en caballería, unos 2.000 jinetes, pero sólo contaba con 14.000 infantes y 14 piezas de artillería, decidió atacar. La brigada de Macune con el apoyo de 600 jinetes debía envolver el ala izquierda española situada en una zona de pendiente no demasiado abrupta donde se encontraba la división al mando de La Carrera, por su parte la brigada de Marcognet debería de asaltar y romper el centro del dispositivo español, situándose el 25 ligero frente a la división española de Losada, que defendía la

zona más escarpada y complicada de la línea del general Del Parque.

Las tropas francesas se lanzaron al ataque con bastante ímpetu y a pesar de la dura resistencia española, el ala izquierda de Del Parque comenzó a ceder ante el asalto de los hombres de Macune, que rechazaron una dura carga de la caballería española, mientras sus jinetes dispersaban a la infantería que había llegado hasta sus cañones. En franco retroceso el ala izquierda española, los batallones de La Carrera y Belvedere lograron formar una nueva línea que los franceses, que se encontraban ante un terreno cada vez más difícil, no pudieron romper.

En el centro las tropas de Marcognet se estrellaron contra una firme defensa española y tras aguantar estoicamente durante un tiempo las descargas españolas, se desmoronaron cuando las tropas de Del Parque cargaron contra ellos a la bayoneta pendiente abajo. Marchand intentó emplear su reserva para salvar la situación pero no pudo. Había perdido ya 1.400 hombres y no tenía ninguna posibilidad, por lo que decidió retirarse. Las tropas españolas sólo habían tenido 400 bajas y su victoria había sido clara. Tras lograr el primer triunfo en campo abierto de las armas españolas desde Alcañiz, el duque del Parque se unió en la valle del Tormes con la división asturiana de Ballesteros, con lo que contaba ya con 30.000 hombres, con los que se dirigió hacia Salamanca, que Marchand abandonó apresuradamente, entrando en la ciudad el 25 de octubre.

Kellermann, comandante francés de las guarniciones en León, se dirigió en ayuda de Marchand tan pronto le llegaron las noticias de la derrota del VI Cuerpo. Apenas tenía 1.500 soldados de infantería, pues debió de dejar a una parte de sus fuerzas guardando las comunicaciones con Valladolid y Burgos, pero disponía de una división de dragones que no tenía rival y le permitía una envidiable movilidad. Sin embargo sólo disponía de un número muy escaso de tropas para impedir los movimientos españoles. Marchand se había retirado a lo largo del Duero, dejando que el duque del Parque cortase las comunicaciones con Madrid con toda facilidad. El activo Kellermann tomó el mando de todas las tropas francesas del sector y tras absorber la brigada de Godinot decidió recuperar las comunicaciones con el rey José I en Madrid y avanzar hacia Salamanca.

Viendo la situación, las tropas victoriosas del duque del Parque, que seguía dispuesto a seguir con el Plan de la Junta, abandonó Salamanca, pero no hacia Ciudad Rodrigo, como esperaban los franceses, sino hacia el sur, aprovechando que todo León y Castilla La Vieja se habían alzado en armas. Sin posibilidad de hacer nada, Kellermann aseguró Salamanca y se dirigió hacia el Duero en apoyo de sus acosadas unidades. Del Parque, sin estorbos, prosiguió su marcha. El primer acto del plan estratégico español había salido a la perfección. Todo iba bien, sólo faltaba ver como se comportaba ahora el poderoso Ejército de La Mancha.

### Ocaña. La hora de la verdad

Dos días antes de que las tropas del Ejército de la Izquierda abandonasen la capital del Tormes, las tropas de Areizaga se ponían en movimiento siguiendo el plan previsto. Se desplazaron con extraordinaria rapidez, casi al estilo francés y en sólo cinco días sus 48.000 infantes y 60 cañones, apoyados por 6.000 jinetes, avanzaron 100 kilómetros presentándose en Ocaña para sorpresa de la pantalla de dragones de Millaud que abrumado por lo que tenía delante se retiró prudentemente, mientras comunicaba a Madrid la amenaza que se cernía sobre la capital.

El Estado Mayor del rey José acababa de entender lo que estaba ocurriendo y comprendió los movimientos aparentemente erráticos de las tropas del duque del Parque. Ahora los franceses sabían que las tropas del Ejército de la Izquierda habían apartado a las tropas imperiales, dejando un inmenso vacío por el que ahora se colaba Areizaga. En cuanto a Alburquerque, la inmensa superioridad en caballería de los franceses les hizo ver claramente que la amenaza era el Ejército de la Mancha y no la pequeña división que maniobraba al sur del Tajo, por lo que el rey José ordenó que las divisiones de Mortier y Víctor, que estaban al este de Talavera, se uniesen al I Cuerpo en Toledo, desde donde amenazaban la retaguardia de Areizaga.

Poco tiempo después, Areizaga descubría que Alburquerque no había logrado contener al mariscal Víctor y detuvo su marcha muy inseguro, durante tres días clave, en los que los que dudó si seguir adelante o no y que permitieron a los franceses dejar terminados sus preparativos. Cuando el día 11 su vanguardia chocó con los dragones de Milhaud se produjo un confuso combate en el que la

caballería española fue atraída hacia los cuadros de la infantería francesa de Sebastiani perdiendo unos 200 jinetes. A pesar del éxito, los franceses, viendo la superioridad numérica de las tropas que se aproximaban se retiraron aprovechando la noche para unirse a la división alemana de Leval.

El 12 el despliegue de Areizaga cambió, ya que para evitar la amenaza que constituía la concentración de Víctor en Toledo, envió la caballería en dirección a Aranjuez, cruzando el Tajo en el vado de Villamanrique con su infantería, si bien el proceso y la construcción de puentes de pontones fue muy lento por problemas con una crecida del río, por lo que el 15 una parte considerable del ejército seguía en la orilla sur. Los franceses, que seguían juntando tropas entre Aranjuez y Toledo, estaban sólo a 40 kilómetros y fueron descubiertos por una patrulla de caballería española el mismo día 15, generando una enorme alarma en Areizaga, que ordenó a sus tropas volver de nuevo a la orilla sur, marchando hacia el oeste, en una posición estratégica que empeoró aún más.

El 18 de noviembre ambos ejércitos convergieron sobre Ocaña y los encuentros armados comenzaron con un espectacular choque de ambas caballerías en la que participaron 8.000 jinetes, y el que fue, sin lugar a dudas, el enfrentamiento entre jinetes más grande de la guerra y en el que los españoles no pudieron resistir el empuje de las tropas de Milhaud y Paris, cayendo unos 400 hombres. La persecución de los franceses a los que se retiraban se detuvo cuando vieron que se aproximaba el grueso de las tropas de Areizaga. Al amanecer del 19 de noviembre, pensando tal vez que el enemigo podía evitar la batalla e intentar escapar, el rey José dio órdenes a sus mariscales para iniciar el combate sin esperar el apoyo en ruta del I Cuerpo, por lo que amanecía cuando los 34.000 hombres del ejército imperial apoyados por 40 cañones se desplegaban en orden de combate ante el formidable Ejército de la Mancha y sus 51.000 soldados. El terreno era llano como la palma de una mano, ideal para la caballería y solamente un barranco que protegía el ala izquierda del despliegue español y algunos olivares rompían la monotonía del paisaje. En consecuencia, Soult, ahora al mando del Estado Mayor del rey José, aconsejó atacar el centro y la derecha de la líneas españolas, situando 30 piezas frente a Ocaña para frenar a la izquierda de Areizaga, colocándose detrás dos brigadas de infantería y la reserva en la que estaba la Guardia del Rey. La división alemana de Leval y los polacos de Werlé, con la ayuda de la división de Girard se dirigieron contra la derecha española y la caballería comenzó a maniobrar entre los olivares para rodear el flanco español. Poco después, un duro bombardeo comenzó a castigar las tropas españolas de los generales Lacy y Castejón, que pronto recibieron la acometida de Leval y Werlé, y si bien tuvieron éxito al principio, recibieron un fuerte contraataque español que exigió el apoyo de las unidades de Girard para contenerlo.

La caballería de Milhaud salió de repente de entre los olivares y tras arrollar la oposición de los jinetes españoles se lanzó sobre las tropas que combatían a la infantería francesa, que de improviso se vieron asaltadas por el flanco sin tener tiempo para formar en cuadro, sufriendo graves pérdidas. En medio de un creciente caos, entre el humo de los disparos, el ruido y los gritos de los heridos, las bajas de las tropas de Areizaga eran ya catastróficas. Los prisioneros empezaron a contarse por miles y las divisiones del segundo escalón del despliegue español se hundieron. Areizaga abandonó el campo de batalla mientras que el general Zayas, que a la izquierda se mantenía tras el barranco, intentó ayudar a las tropas que se desmoronaban. También a la izquierda de la línea, las unidades de Vigodet, delante y Copons, detrás, se retiraron en relativo orden, mientras la división de Zayas se implicaba en la lucha valientemente, pero cuando ya habían retrocedido unos 7 kilómetros, en medio de miles de fugitivos que trataban desesperadamente de huir, su cohesión se vino abajo. Por si fuera poco, la incorporación de la caballería de Víctor a la persecución convirtió el desastre en una carnicería, se capturó el bagaje y toda la impedimenta del ejército de Areizaga en Villamanrique y formando un gigantesco arco los jinetes arrasaron a los que huían. Cuando todo acabó y el rey José dio orden de detener la persecución, los franceses fueron conscientes de lo que habían hecho y del triunfo obtenido, 14.000 soldados habían caído prisioneros y serían paseados por Madrid ante la vista de los ciudadanos para humillación de los patriotas y para que todo el mundo pudiese ver el destino de quienes se oponían a los designios de Napoleón. Junto a ellos los vencedores consiguieron 50 cañones y 30 banderas y estandartes. Casi 12.000 hombres más del Ejército de

la Mancha estaban destrozados a sablazos o acribillados por proyectiles de todos los calibres y esparcidos a lo largo de kilómetros en torno al campo de batalla. España acababa de sufrir la derrota más catastrófica de su historia.

**Alba de Tormes y el hundimiento del Ejército de la izquierda**

Ajeno a lo que ocurría al sur, el Ejército de la Izquierda del duque del Parque salió de su refugio montañoso y avanzó de nuevo sobre Salamanca, que la guarnición del general Marchand abandonó otra vez para unirse a Kellermann, que se dirigía en su socorro, en Medina del Campo. Cerca de la localidad castellana hubo un breve combate entre las avanzadas españolas y los hombres de Kellermann, pero conocedor ese día de la tremenda derrota de Ocaña, Del Parque se dio cuenta de lo que iba a ocurrir con su pequeño ejército y optó por volver al seguro refugio de la sierra. Sin embargo, no le iba a resultar fácil. El 28 de diciembre la vanguardia de caballería de Kellermann le alcanzó en Alba de Tormes cuando tres de sus cinco divisiones estaban aún en la orilla oriental. Aun a pesar de que carecía de infantería, el general francés lanzó a su caballería contra los españoles a los que causaron 3.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, aunque el resto de la infantería logró finalmente formar en cuadro. Tras una serie de escaramuzas libradas para evitar que los españoles escaparan en espera de la llegada de la infantería francesa, los acosados soldados de Del Parque sabían lo que iba a ocurrir y se lanzaron a intentar pasar a la orilla occidental cuando anochecía. Cayeron decenas de ellos, pero la mayoría logró escapar por apenas minutos. El puente de Alba de Tormes, protegido por la retaguardia del general Del Parque, cayó al primer asalto de la infantería francesa, lo que, unido a los desastres anteriores, tuvo un efecto demoledor para la moral española. Antes de llegar a las montañas miles de hombres desertaron. Pero lo peor estaba por llegar. Obligado a refugiarse y pasar el invierno en los fríos y desolados montes entre Ciudad Rodrigo y Plasencia, en un terreno pobre y sin apenas recursos, millares de hombres más fallecieron de infecciones, enfermedad y desnutrición. El Ejército de la Izquierda se deshacía.

La derrota de Ocaña y el fracaso en Alba de Tormes fueron una catástrofe y la Junta no pudo detener la oleada de críticas. Los éxitos menores como la victoria de Tamames no podían ocultar el desastre. Andalucía estaba abierta a los ejércitos franceses y no había nada con lo que detenerlos. Austria se había rendido y los británicos habían abandonado otra vez a los españoles a su suerte.

39 Proféticamente un testigo comento: ¿Quién va a negar que España está gobernada por soldados? ¿Acaso no es cierto que ése es el tipo de gobierno que les espera a mis des cendientes?

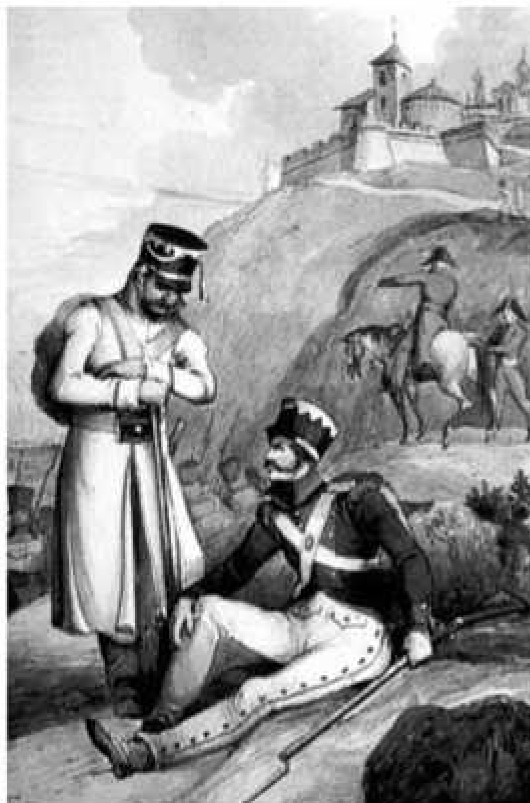
40 Probablemente también sospechaba que ante la superioridad francesa Cuesta sería derrotado, por lo que podría intervenir en su ayuda y de esta manera amortiguar las consecuencias de una victoria francesa y al mismo tiempo quedar bien ante sus conciudadanos. En alguien tan frío y cerebral como Wellesley no sería de extrañar.

41 Hay información de sobra para saber que además de haber tiroteo no hubo ni brecha ni desbandada.

42 Esta historia es absolutamente falsa y está más que demostrado con pruebas que jamás ocurrió. Ver *Talavera 1809. Primera victoria aliada* de José M. Rodríguez pagina 72, donde explica someramente como ocurrieron las cosas en realidad y sobre todo la revista *Researching & Dragona*, número 20, página 73 y ss.

## CAPITULO IX

## 1810 SOLOS ANTE LOS FRANCESES



*El enemigo. Tropas francesas en España. En sus uniformes apenas hay rastro de las reglamentaciones oficiales, fruto de la necesidad y falta de suministros. Sin embargo, su moral combativa no decayó lo más mínimo. Grabado de la época. Colección particular.*

*Estos pueblos están llenos de dispersos y fugitivos, y de día en aumenta el número de los que desertan. Para paliar su escandalosa deserción, vienen mintiendo que los tienen "muertos de hambre", y que hasta sus mismos oficiales les dicen que huyan.*

*El Cura andaluz, amante de la Patria, a la Junta Suprema Central, 4 de enero de 1810*

*Cuantas veces vienen franceses cometen las mayores atrocidades que vuestra excelencia se pueda imaginar. Hace tres días se llevaron ocho o nueve mil cabezas de toda especie de ganado, el 23 se llevaron 714 fanegas de cebada y mientras tanto cargaba unos, otros saquearon cincuenta casas... no queda santo que no queman, mujeres que no atropellan y a veces matan como a los hombres que no les han dado lo que les piden.*

*Carta de De la Ceda a Ribero.*
*Archivo Histórico Nacional*

A primeros de enero el Estado Mayor del rey José I tenía que tomar una importante decisión, qué hacer en los meses siguientes y cómo consolidar el nuevo régimen. La primera preocupación venía del noroeste, donde Kellermann operaba contra las tropas del duque del Parque en las proximidades de Salamanca, por lo que dio prioridad al refuerzo de sus unidades y al control de la zona, destinando a una parte importante del VI Cuerpo al refuerzo de dichas tropas.

Mientras tanto, comenzó el estudio y planificación de la ofensiva contra Andalucía. La operación tenía dos claras vertientes, una de tipo estrictamente militar y otra política, teniendo ambas fuertes implicaciones económicas. La razón era muy sencilla, los franceses sabían perfectamente que la Junta intentaba desesperadamente, desde Sevilla, reforzar las defensas de Andalucía y proteger los pasos de montaña; la caballería de Milhaud había recibido la orden de perseguir a los fugitivos del Ejército de la Mancha y desde un primer momento pudo detectar con su insuperable capacidad de exploración que, aunque pareciese increíble, los restos destrozados de los soldados aplastados en Ocaña, ocupaban de nuevo posiciones defensivas a lo largo de los límites de Andalucía. Para el rey José esto representaba un problema, porque le obligaba a tomar una decisión que no se sabía con seguridad si sería positiva.

El primer problema que se planteaba era meramente económico. Napoleón había comunicado a su hermano que era imposible sufragar los enormes costes de la guerra en España, principalmente después de la campaña contra Austria, que había resultado ser un desastre para las finanzas del imperio. En consecuencia, tomó la decisión de enviar a España sólo 80.000 francos al mes, debiendo destinar todos los recursos económicos que produjese la España ocupada al mantenimiento del ejército. Para poder mantener este inmenso esfuerzo sólo había una salida, conseguir más territorio y población a la que exprimir y no había mejor solución que ocupar la más extensa de las regiones españolas, Andalucía, que además estaba muy poblada y no había sido demasiado dañada por la guerra.

Además de la cuestión económica, Andalucía era un objetivo interesante desde el punto de vista meramente militar. La Junta estaba realizando enormes esfuerzos no sólo para proteger la región, sino para convertirla en una sólida base de operaciones contra las fuerzas ocupantes en otros puntos de España, para lo que estaba inmersa en un profundo y serio programa de reformas. Se había realizado una requisa masiva de caballos, habían aumentado los impuestos para lograr financiar la guerra a lo que se unían los subsidios británicos y se estaban construyendo fortificaciones en Sierra Morena para bloquear los pasos de montaña. La región contaba además con fábricas de armas y municiones, astilleros, una población numerosa y magníficos puertos, lo que la convertía en una amenaza potencial contra la España napoleónica. Los militares consideraban que si se actuaba con celeridad, esta amenaza podía ser abortada, pero era necesario hacer algo pronto, aprovechando que los españoles aún no habían dispuesto del tiempo suficiente para reforzarse, ya que se sabía del comienzo de una leva en masa que pondría pronto sobre las armas a miles de nuevos soldados.

Respecto a las consideraciones políticas, la ocupación de la gran región sureña, convertiría al rey José de facto en rey de España, ya que por una parte le haría de verdad soberano de la casi totalidad de España —acabar luego con Asturias, Galicia y Levante sería sencillo—, pero además resultaría un golpe demoledor para las esperanzas de los patriotas y de los rebeldes más recalcitrantes, que tal vez se aviniesen a asumir la inevitable realidad.

La ofensiva francesa estuvo desde un primer momento muy bien organizada. La victoria de Kellermann en Alba de Tormes había permitido eliminar la amenaza del ejército del duque del Parque, que se había refugiado muy quebrantado en las montañas orientales y la victoria sobre Austria comenzaba a reportar beneficios para las tropas imperiales que combatían en la Península, pues a lo largo de las últimas semanas de 1809 y las primeras de 1810, comenzaron a recibir importantes refuerzos de Europa central. En total cruzaron los Pirineos más de 90.000 hombres con los que los comandantes en jefe de los diversos cuerpos imperiales aplastaron los núcleos de resistencia aislados, liberaron a las guarniciones que habían quedado asediadas en la gran crisis de otoño y persiguieron y destruyeron a los grupos insurrectos de Castilla la Vieja, La Rioja y Navarra.

Para invadir Andalucía había primero que desmantelar el débil dispositivo

defensivo español, pero la celeridad con la que se llevó a cabo la ofensiva francesa impidió a la Junta de Sevilla tener listos los preparativos necesarios. Lo que quedaba del ejército del duque de Alburquerque, con base en Mérida, se encontraba vigilando los movimientos del II Cuerpo francés que estaba en Talavera. Al este, las castigadas divisiones de Copons y Zeraín, con sólo 4.500 hombres, protegían los pasos a la Sierra de Almadén y más al este, los restos del ejército de Areizaga, minados por las deserciones y la enfermedad, en total en torno a los 19.000 hombres, protegían una línea entre La Carolina y Montizón, lo que hacía que apenas algo más de 32.000 soldados, en no muy buenas condiciones, tuviesen que proteger más de 300 kilómetros ante casi 80.000 enemigos, confiando sólo en que el clima invernal les ayudase, aunque en la práctica les debilitaba más aún que a los franceses.



*Un soldado del Tren de artillería francés. Las imperiales en España tenían que conducir la artillería por senderos mal cuidados y difíciles, lo que convertía en un problema el desplazamiento de material pesado. Ilustración de Martinet.*

El ataque francés se organizó en dos columnas, con una primera al mando de Víctor con 22.000 soldados que debían de tomar Córdoba, debiendo seguirles una segunda de 40.000 hombres bajo la dirección del rey, que rompiendo las defensas en Sierra Morena forzase una retirada de Areizaga sobre el Guadalquivir, donde caería bajo las garras de las tropas del mariscal Víctor. Finalmente, un pequeño grupo al mando de Reynier, se encargaría de maniobrar desde Talavera frente a las tropas del duque de Alburquerque para impedir que se uniesen a las otras tropas españolas.

Areizaga no supo valorar correctamente el ataque del mariscal Víctor sobre Almadén, que tomó por una maniobra de diversión y cuando el ejército francés atacó en dirección a La Carolina no pudo contener su avance. En Despeñaperros hizo retirarse a las tropas de los generales Zayas y Lacy en dirección a La Carolina, siendo interceptados por Mortier que les causó terribles bajas y les arrebató la artillería. A la derecha de la línea española la posición en Montizón de Vigodet fue rota y sus 6.000 hombres se retiraron como pudieron a lo largo del río Guadalén. La reserva de Areizaga, formada por la división de Arquillo, intentó retirarse hacia Linares al ver que no había nada que hacer, pero Mortier se le adelantó y a sólo 40 kilómetros de Bailén, Arquillo se rindió. Poco después, el 23 de enero, el general Sebastiani aplastó los restos de las tropas de Areizaga concentradas en el Guadalquivir tras un violento combate en la cercanías de Jaén, y el 24 entraba en Córdoba.

Desesperadamente las tropas de Del Parque y Alburquerque se dirigieron a marchas forzadas, ante los ruegos de la Junta de Sevilla, a proteger la capital andaluza. Del Parque no podía realmente prestar un apoyo efectivo debido a la distancia a la que se encontraba, pero el duque de Alburquerque tenía alguna posibilidad y, tras dejar bien protegido Badajoz, intentó unirse a Areizaga y a lo que quedaba de su ejército, pero se dio cuenta de que no podía defender Sevilla, que fue ocupada el 1 de febrero, y que pronto se vería enfrentado al grueso de las tropas francesas e inició una frenética carrera hacía Cádiz, donde se había refugiado la Junta, intentando llegar antes que las vanguardias del mariscal Víctor, lo que logró por muy poco tiempo. Probablemente, sus agotados y abatidos soldados no sabían que

habían salvado la ciudad, pues los franceses tuvieron que limitarse a bloquearla y tendrían tiempo de lamentar en el futuro no haber llegado antes.

Al este las tropas de Sebastiani ocuparon Granada y atravesando las montañas incursionaron en Murcia y el V Cuerpo de Mortier se dirigió al Guadiana, para vigilar los movimientos de las tropas del duque del Parque que se situaron en Badajoz, reforzando la guarnición y manteniendo contacto con las tropas británicas situadas al otro lado de la frontera portuguesa. El rey José podía estar contento; en apenas dos meses había conquistado la más extensa de las regiones españolas y sumido en la impotencia a los "insurgentes". Aparentemente, el fin de la España que defendía la causa de la independencia nacional estaba próximo.

**Napoleón diseña el futuro**

Tras la sencilla y oportuna ocupación de Andalucía la situación de las tropas imperiales en la Península parecía cada vez más sólida, los ejércitos de campaña españoles estaban prácticamente destruidos y sólo se mantenía uno en condiciones medianamente operativas, el que se encontraba en Valencia al mando de Blake y el pequeño ejército de Cataluña, que se limitaba acciones guerrilleras. Otras tropas españolas en muy malas condiciones controlaban también Asturias, Extremadura y Galicia, todas ellas zonas fronterizas con Portugal, manteniendo puertos abiertos a los británicos por los que entraban armas y suministros que alentaban la resistencia en todo el país.

Un simple vistazo de la situación descrita le hizo a Napoleón creer que sólo había una forma de eliminar el problema español de una vez por todas y era acabar definitivamente con lo que él pensaba que era la causa de que el asunto estuviera enquistado: los británicos, sus tercos enemigos aferrados a Portugal, de donde era preciso y urgente expulsarlos. Sin embargo, en abril, decidió que no dirigiría el las operaciones y nombró para llevarlas a buen término al excelente mariscal Massena, príncipe de Essling y duque de Rívoli, quizás algo mayor para una campaña de larga duración —tenía 52 años— y con una salud no muy buena, y al que rodeó para la campaña de un grupo de subordinados que, en el mejor de los casos, no tenían el menor deseo de colaborar con él.

Para evitar un nuevo descalabro en el país vecino, Napoleón decidió reforzar a las unidades que tomarían parte en la campaña y procedió a formar metódicamente un ejército poderoso. Previamente al inicio de las operaciones se ocuparía Asturias, para eliminar cualquier ejército que operase en la retaguardia y pudiese amenazar la ofensiva. Participarían en las operaciones contra Portugal los 72.000 hombres de Massena apoyados por los 20.000 hombres de Kellermann con base en León, que deberían de proteger las comunicaciones en el noroeste y tomar las tres fortalezas clave: Astorga, Ciudad Rodrigo y Almeida.



*Lanceros de Castilla, las tropas de don Julián Sánchez el "Charro", uno de los más eficaces comandantes guerrilleros de la guerra. Su papel en las operaciones militares en Salamanca fue extraordinario.*

Wellington no era ajeno al problema que se le venía encima y diligentemente se propuso prepararse con tiempo para estar en las mejores condiciones posibles

cuando se produjera el ataque francés, para lo que decidió emplear medidas exclusivamente defensivas que se apoyaban en tres elementos. El primero era emplear la clásica estrategia de tierra arrasada. Se retiró el ganado, destruyeron granjas, alquerías, aserraderos, cosechas y puentes, obligando a la población a dirigirse a otras zonas y convirtiendo el país en un desierto en el que era muy difícil mantener un ejército. Sin embargo esta brutal medida, arruinó un país ya de por sí pobre y provocó males sin cuento a la población campesina de la que se calcula que casi 50.000 personas fallecieron durante el periodo que duró la campaña.

El segundo fue confiar en la fuerte cadena de plazas fortificadas que los franceses deberían de conquistar si no querían dejar una peligrosa amenaza a su retaguardia. Estas fortalezas eran las españolas Astorga, Ciudad Rodrigo y las portuguesas Almeida, Abrantes, Peniche y Elvas. En realidad el general inglés no confiaba en que pudieran resistir, pero si en que detuviesen y desgastasen a los franceses el máximo posible, para darle tiempo de preparar mejor la última línea de defensa. La milicia portuguesa y las tropas regulares lusas se encargarían de proteger estas fortalezas y, con el apoyo de miles de campesinos, de cavar zanjas, trincheras, preparar reductos y fortificar cualquier lugar que pudiese ser convertido en un punto de defensa.

Finalmente, para proteger Lisboa, decidió erigir una impresionante barrera fortificada que la historia conoce con el nombre de Líneas de Torres Vedras, una obra colosal que se extendía desde las proximidades de Peniche hasta el estuario del Tajo, formada por reductos, fortines, barreras y que hasta contaba con caminos interiores y semáforos de señales. En suma, una obra inexpugnable para los medios de la época. Wellington tenía también un formidable ejército de 44.000 soldados británicos y 45.000 portugueses, a los que había que sumar 45.000 milicianos de calidad muy diversa y 8.000 españoles de la división de La Romana, además de unidades de intendencia, superando en número al ejército invasor de Massena de una manera absoluta.

La táctica de Wellington consistía, por tanto, en agotar y dañar al máximo a las tropas francesas para librar una batalla a campo abierto sólo en el momento en que decidiese que tenía una ventaja táctica decisiva.

### La lucha por Asturias

Al mismo tiempo que las columnas del rey José entraban en Andalucía, el general Bonnet inició su esperada ofensiva sobre Asturias, una región que se les resistía a los franceses y donde sus tozudos habitantes no estaban dispuestos a aceptar el yugo extranjero fácilmente. Esta vez, sin embargo, parecía que los invasores iban a tener éxito. La campaña de finales del año anterior había dejado a los escasos defensores en muy mal estado y apenas pudieron oponerse al avance imperial. El 31 de enero se rindió Oviedo y todo parecía marchar según lo previsto, pero la incorporación a la lucha de organizados grupos de guerrilleros que operaban en toda la región, en la vecina Cantabria y el apoyo de flotillas que venían desde los puertos de La Coruña y El Ferrol con hombres y material, complicó las cosas para los franceses. Oviedo, por ejemplo, cambió de manos tres veces y aunque finalmente las tropas imperiales pudieron hacerse con ella, sabían que se enfrentaban a unos 18.000 enemigos bastante bien organizados que Kellermann y Bonnet apenas podían controlar. Si a esto le sumamos que jamás fueron capaces de asegurar la costa, entenderemos mejor por qué los dos generales franceses no pudieron prestar ningún apoyo a Massena. La utilidad de los pequeños y siempre derrotados ejércitos españoles y de los guerrilleros a la causa aliada se entiende así perfectamente.

### Astorga y Ciudad Rodrigo

El general Loison con unidades del VI Cuerpo fue el encargado de rendir la fortaleza de Astorga, bastante bien fortificada y con una guarnición dispuesta a defenderla. Al carecer de cañones pesados de sitio no pudo incomodar a los defensores y se limitó a cavar trincheras y paralelas, sin ser tampoco demasiado molestados, pues los defensores carecían de artillería de calidad con la que impedirlo.

Cuando por fin llegó Junot con cañones recogidos por toda la región, comenzó el bombardeo el 21 de abril, que abrió una brecha por la que penetró al infantería francesa —el 47 de línea y la Legión Irlandesa— y los defensores, viendo que no había forma alguna de expulsarlos y de mantener la resistencia, se rindieron, después de haber tenido 200 bajas por 600 de sus enemigos.

El siguiente destino de las tropas francesas era la antigua fortaleza de Ciudad Rodrigo, a orillas del Águeda y que debía de convertirse en la base de operaciones del príncipe de Essling, pues Massena la consideraba, por su situación geográfica, un punto clave para dirigir la invasión de Portugal y se encontraba en el camino de la impresionante fortaleza portuguesa de Almeida. Para defenderla, la guarnición españo la contaba con 5.500 hombres, en su mayoría milicianos, apoyados por buenos soldados regulares y por los guerrilleros del agresivo e infatigable don Julián Sánchez, el "Charro". Al mando de la guarnición se encontraba el veterano general Herrasti, que a pesar de su edad iba a librar uno de los combates defensivos más formidables de la guerra, hasta el punto de recibir el homenaje del propio mariscal Ney.

El plan de defensa de Herrasti era sencillo, aguantar al máximo y confiar en el apoyo de las tropas británicas, pero lo que el capaz y valeroso general español no sabía era que no pasaba por la mente de Wellington ayudarle. El duque no estaba dispuesto a librar ninguna batalla a campo abierto en un lugar o momento que no hubiese elegido él, por lo que desde el principio optó por dejar a los defensores de Ciudad Rodrigo abandonados a su suerte, en la línea habitual de conducta de nuestros "aliados" durante toda la guerra. Así pues, cuando el 30 de mayo comenzó el bombardeo de la ciudad y la caballería de Ney alejó de allí a la División Ligera de Craufurd que merodeaba por la zona, nadie dentro de la ciudad fortificada sabía hasta qué punto les habían abandonado.

El 15 de junio las tropas francesas que ya habían atravesado el Águeda y construido puentes de pontones, establecieron la primera paralela y el 25 estuvieron en condiciones de lanzar el primer bombardeo con sus 46 piezas de grueso calibre. Los defensores realizaron salidas y un vivo fuego de contrabatería que destruyó una de las francesas, dañó a otras más y destruyó dos polvorines, pero no pudieron impedir el progreso de los sitiadores y los cañones españoles fueron silenciados uno por uno.

Tras un intenso bombardeo que duró cuatro días, los franceses fueron logrando una sustancial ventaja que culminó cuando por fin abrieron una brecha en el norte de las murallas por la que la infantería francesa podía ya penetrar. Tras adelantar la artillería, Ney lanzó un demoledor ataque contra el suburbio de San Francisco mientras los defensores se retiraban a una última línea en el interior de la ciudad; pero como seguían sin rendirse, fueron sometidos a una devastadora lluvia de proyectiles que convirtió Ciudad Rodrigo en una montaña de escombros y polvo en la que habían caído ya el 25% de los defensores.

Las esperanzas de defensa de la fortaleza se desvanecían, pues las tropas de Carufurd fueron de nuevo alejadas por el empuje de Junot y no tenían ninguna posibilidad de apoyar a los españoles. Aun así, el bombardeo continuó hasta 9 de julio, en que los sitiadores lanzaron un masivo asalto de infantería que hizo que Herrasti se rindiera. El mariscal Ney, asombrado por su valor, concedió a los 4.000 prisioneros todos los honores. Una vez recuperadas las fuerzas y respuestas del sitio, las tropas imperiales se dirigieron a la poderosa fortaleza de Almeida, el último obstáculo hacía el corazón de Portugal.



*El mariscal Soult. Con el tiempo se convertiría en un enconado enemigo de Wellington, que siempre le venció, pero al que nunca dejó de presentar batalla.*

## Masena en Portugal

La división ligera de Craufurd llegó antes que los franceses a la ciudad de Almeida y estableció una línea que se extendía desde el río hasta un molino viento situado frente a la fortaleza. Ney descubrió al amanecer que la única posibilidad que tenían los aliados para retirarse era un pequeño sendero que descendía hasta un puente no protegido. Viendo la oportunidad decidió atacarles y empujarles al río, pero aunque tuvo éxito en el combate, los aliados se retiraron.

Wellington confiaba en que la fortaleza de Almeida mantuviese ocupados a los franceses durante un largo tiempo. Era una fortaleza mucho más poderosa y más protegida que ciudad Rodrigo, contaba con 4.000 soldados para su defensa y el equipo y suministros disponibles era excelente. Sin embargo, es cierto que la suerte favoreció desde el principio a los franceses. El 15 de agosto las tropas de Ney recibieron el material pesado preciso para poder atacar la plaza, pero un suceso inesperado ocurrido el día 26 rompió la previsión del general in-glés, cuando alrededor de las siete de la tarde se produjo una explosión qué generó uno de los desastres más espectaculares de las guerras napoleónicas. Al parecer, los portugueses llevaron un barril de pólvora hasta una batería sin darse cuenta de que estaba dejando un largo reguero que fue incendiado por un proyectil francés perdido, que actuó como improvisada mecha haciendo explosionar toda la pólvora del almacén. El desastre fue espantoso y unos 700 hombres, la mayor parte soldados de guarnición, murieron en el accidente quedando el centro de la vieja ciudad completamente destruido.

Los defensores, conmocionados por el espantoso suceso de que habían sido testigos, habían perdido toda su voluntad de lucha y no tenían pólvora ni apenas municiones. Aunque el general Cox quería mantener la defensa y proseguir combatiendo, no consiguió convencer a su desmoralizada tropa y el 27 de agosto ofreció su rendición al príncipe de Essling. Massena había eliminado el último obstáculo en mucho menos tiempo del previsto; tenía 4.000 prisioneros, una de las fortalezas más importantes de Portugal en sus manos y sólo 400 bajas, la mayor parte heridos. Ahora entre el centro de Portugal y su vanguardia no había nada.

## La lección de Busaco

Tras la caída de la plaza fuerte de Almeida y después de recuperar a sus agotadas tropas, escasas de suministros en un territorio arrasado, Massena contaba con casi 60.000 hombres con los que continuó hacia Lisboa, chocando con las vanguardias enemigas hasta alcanzar sus posiciones en un lugar llamado Bussaco. Era el anochecer del 25 de septiembre de 1810.

Mierntras las tropas avanzadas francesas de Reynier y Ney empujaban a las tropas aliadas de Craufurd y Pack, Wellington comenzó a agrupar a sus hombres en torno a la posición en la que había decidido enfrentarse a Massena. Las divisiones 3ª y 4ª de Picton y Cole se situaron en una línea de San Antonio de Cantaro a Palheiras en la zona hacia la que se retiraban Pack y Craufurd, en tanto que el general Leith ya se encontraba en las montañas de Bussaco tras cruzar el Mondego. Hill llegó a Penacova el 25 y Campbell y Coleman se encontraban ya muy cerca. De esta forma el 25 de septiembre había al menos 40.000 soldados anglo-portugueses en torno a Bussaco cuando las tropas de vanguardia de Reynier llegaron ante ellos[43].

## Frente a Busaco

Los generales Fririon y Eblé, respectivamente jefe del Estado Mayor y jefe de la Artillería, sostenían que asaltar la línea defensiva anglo-portuguesa en una serie de ataques frontales, era algo extremadamente arriesgado, por lo que sugirieron a Massena maniobrar para atacar al enemigo por ambos flancos. Sin embargo su propuesta quedó en minoría, pues tanto Junot, que deseaba ardientemente recuperar parte del prestigio que él mismo había perdido en Portugal al rendirse ante el mismo enemigo que ahora tenían enfrente, como Reynier, que había combatido a los ingleses en Italia, apoyaron la decisión de su comandante en jefe. No creían que el enemigo pudiera resistir un masivo asalto frontal del ejército imperial, de forma que la propuesta de Massena quedó reforzada[44].

En el plan de batalla quedaron otras dos propuestas desestimadas. La primera, formulada por Marbot y al parecer apoyada por Fririon y Ligniville, solicitaba atacar a Wellington a través de un paso que habían descubierto en las montañas de

Caramulo y que conducía por Boialvo hasta la carretera de Coimbra a Aveiro[45]. La otra propuesta fue la de Ney, que había sostenido que el día anterior el ataque hubiese tenido más posibilidades de éxito.

Al atardecer del 26 comenzaron los choques entre el 88° de infantería británica y las avanzadas de Reynier, que los desalojaron de varias alturas. Asimismo, Ney lanzó a sus tropas contra las posiciones del 4° de cazadores portugués y el 95° de rifles inglés, que resistieron bien los ataques franceses. La noche cubrió el campo de batalla y las tropas de ambos bandos siguieron en alerta. Los aliados mantuvieron a sus tropas listas para el combate y no encendieron hogueras. En frente, las tropas francesas realizaron algunos disparos contra los centinelas británicos y portugueses y, a diferencia de ellos, encendieron hogueras que resplandecían en la noche marcando las posiciones de los tres cuerpos imperiales, el 6°, 8° y 2° respectivamente. El choque debería esperar hasta el amanecer. Tras una terrible batalla con 32 batallones empeñados en la lucha, Wellington rechazó a 46 de los franceses y les produjo graves pérdidas, mostrando que 26.000 hombres no habían podido con 16.000. Este hecho no fue nunca olvidado por el príncipe de Essling y cuando llegó a Torres Vedras lo tuvo muy en cuenta. Ahora los franceses respetaban y tomaban en serio a los ingleses. Esta fue la verdadera lección de Bussaco.



*La batalla de Busaco, la primera gran prueba en la Península del enfrentamiento entre columnas y líneas y prueba de la habilidad de Wellington para mantener siempre a una parte de sus tropas fuera del campo visual del enemigo.*

A primera horas de la mañana del 28 de septiembre los dos ejércitos mantenían sus posiciones de la víspera. Massena, aun lamentándose de su fracaso, sabía que podía contar con el concurso, si ello era necesario, de sus más de 8.500 jinetes y 3.500 zapadores y artilleros que no habían participado prácticamente en la lucha. En un consejo de guerra que convocó vio que las opiniones de sus altos oficiales eran muy diferentes entre sí. Algunos, como Ney, llegaban a proponer la retirada del Ejército de Portugal a Almeida y Ciudad Rodrigo y poner fin a esta loca aventura condenada al fracaso por la falta de refuerzos, y esperar a que Napoleón enviase tropas del tamaño necesario para los objetivos que se pretendía conseguir. Otros sugerían ir hacia Oporto y controlar el país al norte del Duero. El príncipe de Essling comprendió la gravedad de la situación, pero reaccionó con un gran enfado ante la propuesta de Ney, al que apoyaba el general Reynier, ya que entendía que su reputación y prestigio no podían permitirse semejante fracaso. Sus órdenes eran

claras, destruir al ejército británico y expulsarlo de Portugal. Lo que si quedó claro es que no tenía ningún sentido continuar con los ataques frontales contra las tropas de Wellington; por ello, tras una serie de escaramuzas a lo largo de la tarde del 28, las tropas francesas comenzaron a maniobrar con dirección al norte.

Los británicos veían perfectamente el movimiento francés y Wellington consideró que era una forma bastante clara de Massena de intentar evitar la línea defensiva aliada. En tanto una parte del ejército francés se quedaba ante el frente inglés, desde donde se veían sus trabajos de atrincheramiento, otra se dirigía hacia el desfiladero de Boialvo[46]. Sin embargo Wellington no tenía ningún interés en evitarlo a toda costa. En la batalla de Bussaco había aprovechado una oportunidad que se presentó ante la insistencia del mariscal francés en romperse la crisma en ataques frontales contra su poderosa línea de defensa, pero su plan era desgastar al ejército enemigo obligándole a atacar poderosas líneas fortificadas como las de Torres Vedras al tiempo que se hacía más vulnerable por la extensión de sus líneas de suministro. Desafiar a Massena en una batalla a campo abierto el 29 no entraba en absoluto en sus planes, por lo que decidió retirarse de Bussaco ya que si no lograba detener a los franceses en Boialvo o en Serdao podía verse cortado del cuerpo de ejército principal y no poder socorrer a tiempo a las líneas de Torres Vedras, lo que supondría un riesgo absurdo e innecesario. Así pues, el día 29, ambos ejércitos comenzaron a desplazarse aparentemente en direcciones opuestas, pero todos sabían que la partida no había terminado. Pronto tendrían ocasión de encontrarse de nuevo.

### Ante Torres Vedras

Cuando Wellington llegó a Coimbra tuvo problemas con la población civil que huía del avance francés, pero pudo continuar su retirada hacia el este, entrando Massena en la ciudad el 1 de octubre, apoderándose por fin de comida y alimentos para sus hambrientas tropas para varios días. El mariscal francés era un soldado experimentado y sospechaba que algo no iba bien. Sus enemigos habían cedido un territorio inmenso sin apenas combatir, por lo que sospechaba que estaba siendo dirigido a una trampa donde su astuto oponente inglés le daría batalla con clara ventaja. Dejó a sus 4.000 heridos en Coimbra y tras derrotar a los jinetes de Anson supo, por los prisioneros, que aparentemente se estaba dirigiendo hacia "las líneas" y pensó que debía tratarse de algún tipo de fortificaciones construidas por los británicos. Muy preocupado, obligó a sus hombres a avanzar a la máxima velocidad posible, hasta que por fin la caballería de Montbrun que iba en vanguardia, se encontró ante Villafranca, desde donde vieron por primera vez las líneas de Torres Vedras. El 14 octubre el propio mariscal realizó un reconocimiento para intentar ver si existía algún punto vulnerable, pero quedó sorprendido e impresionado ante la obra que tenía ante sus ojos.

Las noticias que llegaban de Coimbra no eran buenas, la milicia portuguesa de Trant, se había apoderado de los hospitales y cortado sus líneas de comunicación. Ahora se encontraba aislado de España, con las municiones casi agotadas y sin la más mínima posibilidad de poder asaltar el inmenso dispositivo de defensa de los aliados. Comunicó a Napoleón el riesgo que representaría enfrentarse a un enemigo muy superior en número, excelentemente armado y abastecido, atrincherado y protegido por unas fortificaciones fuera de serie. Pero esto no quería decir que el mariscal hubiese renunciado a cumplir la misión que se le había encomendado y decidió continuar la campaña. Envió la caballería, 11.000 enfermos y heridos con todo el bagaje en dirección a Santarem, donde estableció una nueva posición en espera de que Wellington desease aproximarse y combatir, pero viendo que no lo hacía, no tuvo más remedio que abandonar, no comenzando a retirarse hasta el 14 de noviembre, efectuando un desplazamiento extremadamente cauteloso con el fin de intentar evitar que el enemigo supiese que abandonaba la partida.

Por su parte, Wellington sabía que había obtenido un triunfo extraordinario sin apenas correr riesgos y limitándose a que su enemigo pura y simplemente se agotara en un espacio inmenso y desolado, en el que no podría encontrar refugio ni comida. El 21 de diciembre en una carta, el comandante en jefe del ejército británico se mostraba convencido de que los franceses estaban acabados. Para Massena los problemas no habían terminado; el 26 de diciembre llegó la vanguardia del IX Cuerpo procedente de Almeida habiendo ido dejando destacamentos y guarniciones a lo largo de todo el camino y al unirse al grueso de las tropas lo único

que lograron fue aumentar el problema derivado de la falta de alimentos. Al término del año la campaña había terminado en un rotundo fracaso y los ingleses se mostraba mucho más amenazadores que cuando comenzó la invasión de Portugal.

**Problemas en Andalucía**

Tras su ocupación, Napoleón convirtió Andalucía en un distrito militar en febrero de 1810 quedando bajo la responsabilidad del mariscal Soult, con poderes similares a los que tendría un virrey. Sus tropas eran realmente considerables ya que tenía bajo su mando 70.000 efectivos organizados en los cuerpos de ejército I, IV y V, que eran insuficientes para poder controlar toda la región, causa principal de la necesidad de reclutar tropas entre la población más adicta. Como hemos visto, tuvo un relativo éxito en las principales ciudades de la región, ya que existía un tradicional desorden que motivaba que una parte considerable tanto de los comerciantes de las ciudades como de los propietarios rurales estuviesen dispuestos a apoyar a cualquiera que les ofreciese algo de seguridad tanto para sus negocios y propiedades como en la vigilancia de las comunicaciones, senderos y caminos, infestados de bandoleros, contrabandistas, guerrilleros, dispersos y desertores que convertían el campo andaluz en una tierra sin ley ni orden.

No obstante, era evidente que ni con este apoyo podría controlar un territorio tan grande, pues no se trataba solamente de acabar con bandas más o menos organizadas sino que debía enfrentarse con el aparentemente inagotable ejército español y con la resistencia de la ciudad de Cádiz, no debiendo tampoco de olvidar que los británicos podían actuar desde Portugal o, dado su dominio absoluto del mar, en cualquier punto de la costa que se les antojase. Respecto a las tropas españolas que aún se mantenían activas, había todavía 12.000 hombres del repetidamente vencido ejército de Areizaga al este de Granada, estas tropas controlaban también, al mando de Freire, la poderosa fortaleza naval de Cartagena que junto a Mahón, El Ferrol y la propia Cádiz constituían las principales bases navales de la flota española, pudiendo ser empleadas por los ingleses para abastecer a los ejércitos españoles y, todas ellas, seguían bajo control español.

El problema principal para Soult era Cádiz; situada en la punta de una península con 8 km de longitud, en la que sobresalía la isla de León y que, bloqueada desde principios de 1810, impedía usar en campaña a las tropas del I Cuerpo del mariscal Víctor. La guarnición recibía provisiones, armamento, nuevas tropas y material, y en mayo disponía ya de 26.000 hombres. Al no poder atacarla desde el mar, los franceses levantaron una impresionante línea de fortificaciones apoyadas por 300 cañones, pero fueron conscientes de que no podían con los medios que tenían a su alcance conquistar una ciudad tan bien defendida, que además contaba con el apoyo que recibía desde Tarifa y Gibraltar.

A finales de julio de 1810 el II Cuerpo del general Reynier abandonó su posición a orillas del Tajo para colaborar en la invasión de Portugal. Desde ese momento las tropas españolas que aún se mantenían en el noroeste de Andalucía pudieron empezar a operar con más libertad y sin riesgo de ser aniquiladas, hasta el extremo de que el 8 de agosto una columna al mando del marqués de La Romana se aproximó a menos de 130 kilómetros de Sevilla. Una amenaza de esta naturaleza no podía ser ignorada por mariscal Soult que tuvo ordenar al mariscal Mortier que colaborase en su apoyo para poder rechazar al osado general español. Apenas le habían obligado a retroceder y le perseguían cerca de Badajoz, cuando les llegó la noticia de que el general Lacy había desembarcado en la costa de Huelva, por lo que tuvieron que enviar a la división de Gazán para que le obligase a embarcar, lo que permitió a La Romana recuperar todo el territorio que le habían arrebatado. Cuando las tropas de Gazán regresaron se volvió a repetir la situación y los españoles se retiraron. Esta iba a ser la tónica de los meses siguientes, lo que convertía en inútiles las victorias francesas.

El frente andaluz oriental estuvo más tranquillo para Soult y la única amenaza se produjo en noviembre, cuando el general Blake, al mando de las tropas destacadas en Cádiz y en Murcia tomó la ofensiva contra Granada para expulsar a Sebastiani. La división de Freire chocó en Baza con la caballería de Milhaud y tras un duro combate perdió 1.500 hombres y seis cañones y tuvo que retirarse precipitadamente a Murcia, donde, al no ser perseguido, pudo recuperarse.

El año se cerró para los franceses en Andalucía con un sabor agridulce, por un

lado habían ocupado una región poblada capaz de suministrar a los ocupantes todo aquello que necesitaban, pero por otro 70.000 soldados imperiales se hallaban inmersos desde ese momento en una guerra que absorbía energías y recursos y a la cual no veían como poner fin.

**Cataluña y Levante. Las espadas en alto**

Aunque las operaciones principales del ejército francés durante el año 1810 estuvieron destinadas a terminar con la amenaza inglesa, ocupar Portugal e invadir Andalucía, conviene no olvidar que la lucha continuaba ferozmente en otros muchos escenarios de guerra. Al terminar el año 1809 Gerona cayó finalmente tras un sitio espantoso, pero, a pesar de ello, la mayor parte del interior de la región fronteriza con Francia seguía libre de ocupantes y las ciudades costeras controladas por los franceses eran todavía bloqueadas tanto por los insurrectos y sus bien organizadas partidas como por los restos del ejército regular, del cual los 8.000 soldados del general O'Donell, que eran los últimos supervivientes del ejército de Blake en Cataluña se aferraban a la importante plaza de Tarragona, bloqueando desde ella cualquier avance francés sobre el rico reino de Valencia.

El mariscal Augereau estaba decidido a impedir que los insurrectos siguiesen controlando amplias zonas del país por lo que en enero decidió acabar con la resistencia de las tropas de O'Donell. Prescindió de las unidades de Verdier que habían soportado la lucha más dura en Gerona y que así tuvieron tiempo para recuperarse, marchando al sur con 12.000 hombres de los generales Souham y Pino. Éste último tenía como misión aislar Hostalrich, importante base española de operaciones, mientras Souham debía descender por el valle del Ter hasta Vich. En Granollers descubrió que la audacia de O'Donell había llegado hasta el extremo de atacar una columna que salió de Barcelona destruyendo a dos tercios de la misma y provocando a los franceses 1.500 bajas. La inmediata consecuencia del desastre fue el cese de Duhesme y conseguir abastecer plenamente a ciudad para evitar el riesgo, de que quedase sin recursos, para lo que tuvo que pedir suministros a Francia constituyendo el convoy un evidente blanco para la guerrilla, que le atacó durante todo el camino aun a pesar de estar protegido por tres brigadas completas. Sin embargo, el general O'Donell no actuó contra este importante objetivo debido a que estaba enfrentándose con las tropas de Souham a las que atacó en Vich el 20 de febrero contando con una superioridad numérica de dos a uno. El combate duró todo el día, hasta que una carga de la superior caballería imperial acabó con la resistencia de las tropas españolas que finalmente se retiraron en completo desorden, perdiendo 1.900 hombres por tan sólo 700 de los franceses.

A primeros de marzo el mariscal Augereau comandante del VII Cuerpo tenía su disposición una poderosa fuerza en torno a la ciudad de Barcelona pero convertida la región en un distrito militar no deseaba dirigir personalmente las operaciones militares y prefería, al igual que otros mariscales, nombrar a generales que se ocuparan el trabajo sucio. Sin embargo, cada vez que los franceses ralentizaban sus operaciones contra las tropas españolas o las guerrillas se arriesgaban de modo ineludible a sufrir nuevos ataques puesto que si algo no conocían sus enemigos era la desmoralización.

A finales de marzo las tropas de O'Donell se habían recuperado lo suficiente como para volver a realizar acciones agresivas en una gran parte del territorio catalán llegando incluso a causar 1.000 bajas a los franceses ni más ni menos que en Manresa a unos pocos kilómetros de la propia Barcelona. El mariscal Augereau no parecía dispuesto a emprender ninguna acción ofensiva y en abril retiró a Gerona una parte notable de su ejército, lo que motivó su inmediato cambio por el mariscal MacDonald, duque de Tarento, que no pudo incorporarse al mando hasta el mes de junio, por lo que cuando llegó, su antecesor había conseguido su único éxito, al rendirse el 12 de mayo la fortaleza de Hostalrich.

En Aragón todo parecía marchar de acuerdo con los intereses de los franceses. En los últimos meses de 1809 los combates contra las guerrillas habían sido cada vez más exitosos y enero de 1810 el mariscal Suchet avanzó por el Valle del Segre dispuesto apoderarse de Mequinenza y Lérida, lo que no pudo llevar a buen término al recibir la orden expresa del rey José de apoyar con una maniobra de diversión la ofensiva contra Andalucía. Tras la brillante conclusión de la campaña andaluza el monarca pensó que no habría una gran resistencia si se lanzaba un repentino ataque sobre Valencia, pero no tuvo en cuenta que la ciudad del Turia estaba

excelentemente protegida y defendida por más de 10.000 soldados y aunque Suchet llegó ante sus líneas de defensa el 6 de marzo, no tenía artillería de sitio y se enfrentó a los mismos problemas que había ya sufrido el ejército francés en 1808; tras cuatro días de infructuoso bloqueo no tuvo más remedio que regresar a Aragón y proseguir la lucha contra las guerrillas, no pudiendo realizar la operación contra Lérida hasta mucho más tarde, pues no llegó ante la ciudad hasta el 15 de abril. La ciudad catalana estaba defendida por el general Conde, que contaba con 8.000 hombres, más que suficientes, para protegerla de los 13.000 que tenía el mariscal Suchet, quien ni siquiera tenía la posibilidad de cerrar bien el cerco. El objetivo final de tomar la ciudad se retrasó también por culpa de O'Donell que intentaba apoyar a la ciudad amenazada, lo que motivó fuertes combates con los franceses en los que sufrió tremendas bajas. Finalmente volvió a intentar la toma de Lérida, donde el general Conde estaba de nuevo dispuesto a continuar la resistencia pero, incapaz de aguantar el horroroso bombardeo a que fue sometida la ciudad, se rindió dejando 7.000 prisioneros en manos de franceses que ni siquiera había perdido 1.000 hombres. Tras la caída de Lérida sólo quedaba Mequinenza que, atacada el día 15, se rindió el 18, antes siquiera de que se produjera el primer asalto.

### Tortosa

La victoria del mariscal Suchet permitió al emperador ordenar a sus tropas que se dirigieran contra la importante ciudad de Tortosa en la ruta entre Cataluña y Valencia y en la que se encontraba el único puente sobre el Ebro que todavía mantenían en su poder los ejércitos españoles. Para lograr conquistarla el emperador no había escatimado medios y ordenó al mariscal MacDonald, jefe del VII Cuerpo, que dirigiese a sus tropas contra las maltrechas unidades del general O'Donell. Una serie de inconvenientes fueron retrasando la operación, que no pudo iniciarse hasta el mes de agosto. Por una parte los problemas se debían a la falta de capacidad de la región catalana para autoabastecerse de los elementos necesarios, lo que obligaba a importarlos directamente desde Francia. Asimismo, hasta que Suchet no fue capaz de controlar Mequinenza y Lérida, no se pudo asegurar la retaguardia y controlar con algo de garantías el interior de Cataluña.

Los preparativos de la ofensiva contra Tortosa tuvieron el efecto que los generales franceses esperaban y las divisiones de O'Donnell intentaron impedir la maniobra francesa. No obstante, las nuevas fuerzas con las que contaba el general español eran de una calidad muy dudosa, toda vez que de sus 22.000 hombres, la mayor parte había sido reclutados a la fuerza entre campesinos que no tenían el más mínimo interés por incorporarse al ejército. Como era de esperar, su rendimiento fue pésimo. Además, también las tropas valencianas, representadas por los 10.000 hombres del general Caro, intentaron impedir que los franceses aislaran la ciudad pero, sorprendidos por un repentino ataque de las fuerzas de Suchet, no tuvieron más remedio que retirarse de nuevo hacia el sur.

Una vez que MacDonald se puso en movimiento dejando 30.000 soldados para proteger toda Cataluña, se puso en marcha con sus otros 16.000 hombres camino de Tortosa para apoyar a Suchet. Las operaciones se desarrollaron a un ritmo muy lento puesto que las guerrillas atacaron sin tregua los convoyes y, además, en Aragón nunca pudo ser controlada del todo la rebelión que aparecía en forma de brotes repentinos. Una y otra vez, el general O'Donnell intentó desesperadamente incomodar a los franceses para intentar evitar que presionaran sobre Tortosa. Tras realizar una brillante marcha a lo largo de la costa esquivando a las fuerzas enemigas y a sus patrullas, y con apoyo desde el mar, logró concentrar a 6.000 hombres al este de Gerona con los que atacó a una brigada francesa, al mando del general Schwarts, que se encontraba muy dispersa en la comarca, a la que produjo 1.200 bajas, retirándose antes de que sus enemigos pudieran reaccionar. El desastre francés en las comunicaciones era tan inmenso que las tropas de MacDonald que sitiaban Tortosa no tuvieron noticia de lo ocurrido hasta el mes de octubre y eso que el hecho había tenido lugar el 14 de septiembre. El sistema logístico francés estaba en una crisis total, y el mariscal no tuvo más remedio que retirar sus divisiones a Gerona. Tras enviar de nuevo suministros y alimentos a Barcelona no pudo unirse a las tropas de Suchet en Tortosa hasta el día 10 de diciembre.

Tortosa disponía de un circuito de reductos y defensas concéntricas protegidas por 7.000 soldados y era realmente difícil de expugnar. Los ingenieros franceses

tenían el convencimiento de que era factible aproximarse a la fortaleza por el sur para cavar trincheras y paralelas en esa zona, puesto que el terreno era más blando y resultaba más sencillo. El 19 de diciembre comenzó formalmente el sitio mediante un ataque contra el fuerte de Orleans que se encontraba situado fuera de las murallas, al tiempo que 2.000 hombres avanzaron por la noche y prepararon la construcción de la primera paralela en el suburbio sur denominado San Pedro. El 25 de diciembre el general Lilli que mandaba la guarnición se vio obligado a ordenar a sus hombres la realización de salidas desesperadas puesto que las trincheras francesas llegaban ya hasta prácticamente la muralla. Los franceses rechazaron tres asaltos, pero el cuarto consiguió causarles graves daños, a pesar de lo cual el día 26 el artillería pesada comenzó a disparar. La distancia a la que abrieron fuego era tan corta que la destrucción causada fue terrible, empezando a caer lienzos de muralla y siendo devastado el fuerte de Orleáns. Al atardecer, los cañones españoles fueron silenciados a pesar de la excelente actuación de los artilleros uno por uno, convirtiendo la defensa en una lucha sin esperanza, pero aún así, el último día del año, Tortosa seguía resistiendo.

[43] Como luego veremos hay bastantes versiones que afirman que los franceses tuvieron una buena oportunidad si atacaban en ese momento, antes de que las posiciones de Wellington fueran más firmes, pero ante la posición real de ambos ejércitos, esa posibilidad carece de fundamento.

[44] Massena defendió su decisión diciendo a Eblé y Frion: *"Sois el ejército del Rhin y preferís las maniobras; pero esta es la primera vez que Wellington está dispuesto a dar batalla y necesito aprovechar la oportunidad"*.

[45] Esta propuesta la recoge Marbot en sus memorias, llenas de fantasía y además no existe ninguna prueba documental de la misma, por lo que especialistas como Juan Priego no le creen. Nosotros tampoco.

[46] Algunos autores creen que Wellington podía haber bloqueado la salida del desfiladero de Boialvo enviando a las divisiones de Cole, Craufurd y Spencer para interceptar al enemigo, sin embargo en su *Memorando de las Operaciones de 1810*Wellington expone su decisión en términos bastante convincentes y lógicos. Lo cierto es que a la larga los hechos le dieron la razón.

## CAPITULO X

## 1811 GUERRA SIN FIN



*A la izquierda sentado un soldado del Regimiento de Infantería de Toledo y de pié un soldado de las Reales Guardias valonas en una época en la que la mayor parte de sus componentes eran españoles. Ambas unidades estuvieron presentes en la sangrienta batalla de La Albuera.*

*A medida que avanzábamos nuestros muertos y heridos quedaban tras de nosotros. Llegábamos hasta los muertos enemigos y después a los de los españoles que habían caído en el primer encuentro y pisábamos a muertos y moribundos sin consideración hacia ellos.*

*Descripción de Molye Séller, testigo británico de la brutal batalla de La Albuera, 16 de mayo de 1811.*

*Vimos a las columnas españolas avanzando por la carretera con una regularidad y una decisión que hasta el momento no habían mostrado en ocasión alguna. Cargaron contra nuestros húsares que retrocedieron. Nuestra artillería fue atacada por el enemigo espada en mano y unas cuantas piezas cayeron en sus manos.*

*Relato del mariscal Suchet, duque de la Albufera, de la batalla de Sagunto, 24 de octubre de 1811*

El primer día de enero de 1811 Suchet situó una batería de cañones del 24 frente al barrio de San Pedro, en Tortosa, a menos de 20 metros de la muralla, abriendo fuego con un terrible efecto. A esto se unió una mina que los ingenieros franceses habían instalado y que al explosionar hundió un lienzo entero de la misma. El general Lilli no veía cómo poder seguir manteniendo la defensa y pidió una tegua, pero los atacantes no aceptaron su propuesta de rendición y el 2 redoblaron el bombardeo, produciendo grandes daños en la vertiente sur de las murallas y una brecha por las que las tropas francesas se prepararon para entrar, dando Suchet la orden de que fuesen formando las columnas de asalto.

Viendo todo perdido, el gobernador solicitó una vez más rendirse, pero el mariscal francés no estaba dispuesto a aceptar ninguna rendición que no fuese incondicional. El general Lilli no tuvo más remedio por tanto que aceptar los términos franceses y 4.000 soldados fueron hechos prisioneros y más de 3.000 estaban muertos y heridos por sólo 400 bajas de los franceses.

Tortosa había caído con mucha más rapidez y facilidad de lo esperado, por lo que Suchet, dejando a la división de Habert encargada de ocupar la ciudad, regresó con los prisioneros a Zaragoza. En Cataluña Mac-Donald siguió intentando terminar con la resistencia de las correosas y dispersas unidades del general O'Donnel, pero no le resultó nada sencillo. En un duro encuentro, una brigada italiana fue sorprendida cerca de Vals y perdió más de 600 hombres por solamente 160 de los españoles. Napoleón estaba cada vez más preocupado por la situación en Cataluña y ordenó a MacDonald que se limitase a realizar acciones en el norte de la región, debiendo enviar el grueso de sus tropas, unos 17.000 hombres, como refuerzo al mariscal Suchet, quien, tras reorganizar sus poderosas divisiones, se preparó para marchar hacia el norte, para tomar Tarragona, y aunque llegaron noticias de que tropas españolas habían tomado Figueras, la ayuda a MacDonald se envió directamente desde Francia, pues eran prioritarias las operaciones contra Tarragona.

Tarragona estaba muy bien protegida y se encontraba defendida por 6.500 hombres. Al sur estaba el mar, y las montañas la rodeaban por el este y por el norte, lo que dejaba solamente el oeste como zona llana y blanda por la que llevar adelante y con éxito un ataque. El general Contreras, gobernador de la ciudad, contaba además con el refuerzo de una escuadra anglo-española al mando del almirante Codrigton, cuyos cañones podrían barrer cualquier intento francés de cavar trincheras o paralelas por el lado más accesible. Suchet se dio cuenta que si quería tener éxito era preciso alejar a los buques, por lo que sus ingenieros levantaron una construcción cuando llegó la noche, en la que instalaron una batería de piezas pesadas del 24 y a la mañana siguiente comenzaron a cavar las trincheras. Los barcos intentaron detener las operaciones francesas a cañonazos pero la batería pesada imperial les obligó finalmente a retirarse.

Con el franco derecho libre, Suchet podría dedicarse íntegramente a las operaciones para tomar la plaza, pero el problema era que el completo dominio del mar por parte de los aliados les permitía seguir enviando hombres y suministros para reforzar las defensas, aunque no pudiesen impedir las operaciones de sitio. Informado de que una pequeña fuerza española se aproximaba para intentar romper el cerco, el mariscal francés urgió a sus tropas para que realizasen progresos con más celeridad, alcanzando una de las paralelas las murallas en la zona occidental el día 16 de mayo. Dos días después, un intento español de dañar el dispositivo de sitio francés fue rechazado con graves pérdidas para los defensores y los ingenieros del ejército imperial repararon fácilmente los daños que causaron. Era preciso para el general Contreras ponerse en contacto con la fuerza, apoyo que se aproximaba la ciudad al mando del general Sarsfield, por lo que intentó una incursión para que algunos de sus soldados pudiesen atravesar las líneas francesas. La operación fracasó pero animó a Suchet a terminar con cualquier esperanza de los sitiadores y envió una columna que atacase a las tropas españolas de socorro que se acercaban, a las que tras un violento combate obligaron a retirarse. La última esperanza de ayuda había sido cortada.

A continuación Suchet, intensificó las operaciones contra el denominado Fuerte Olivo, emplazando artillería pesada por primera vez frente las murallas de la fortaleza. El 29 de mayo los cañones abrieron grandes brechas por las que el mariscal francés pensó que podían entrar dos columnas de infantería protegidas por un

numeroso grupo de tiradores que entretendrían a la guarnición efectuando constantes e intensos disparos. La primera columna se dirigió al nordeste, donde estaba abierta la brecha principal y la segunda debía penetrar por los muros del lado sur, donde tenían menor altura. Esta columna chocó con las tropas de refuerzo que partiendo de la ciudad se dirigían a las murallas y entabló con asaltantes franceses un feroz combate, que sólo se pudo resolver cuando la otra columna llegó en apoyo de sus compañeros y atacó a las tropas españolas por ambos lados. En total los franceses perdieron unos 300 hombres en la toma de Fuerte Olivo y los defensores 1.400.

Para el general Contreras era vital recuperar la posición perdida y al día siguiente intentó reconquistarla, pero Suchet había ordenado a sus tropas reforzar la posición ganada durante la noche y aunque las tropas españolas atacaron con gran valor, su asalto fue rechazado con graves pérdidas; Contreras no tenía otra posibilidad más que atacar con artillería el fuerte y así lo hizo, si bien este tipo de acción no perjudicaba en absoluto las operaciones de los atacantes. Entre tanto, las peticiones de ayuda de Contreras habían sido escuchadas, motivando que el mando español consiguiera acumular 11.000 hombres con los que actuar contra las líneas de comunicación del mariscal Suchet al objeto de intentar hacerle abandonar el sitio de Tarragona.

Las operaciones francesas continuaban a buen ritmo y el 7 de junio los hombres de Contreras no tuvieron más remedio que abandonar el Fuerte Francolí, rápidamente ocupado por los franceses, que a pesar de los disparos de artillería de los defensores y de los barcos que seguían el puerto no se detuvieron. En algunos casos, como en el bastión de Orleans, los disparos de la artillería atacante se hicieron a menos de 100 metros de los muros y una vez que se conseguía abrir una brecha, la infantería francesa penetraba por ella para acabar con los defensores a disparos o a la bayoneta. El 21 de junio, cinco columnas de infantería penetraron en los bastiones de Orleans y San Carlos, que fueron rápidamente conquistados, accediendo los asaltantes al interior de la propia ciudad y al puerto. Ahora los españoles sólo contaban con las viejas murallas de la parte alta de la ciudad, en las que se refugió Contreras con los últimos defensores. Allí se dispuso a dar su última resistencia cuando, por fin, llegaron los refuerzos.

Efectivamente, el general Campoverde se había decidido por fin a avanzar hacia la propia Tarragona dispuesto a enfrentarse en una batalla a campo abierto a los franceses, que en absoluto se vieron contrariados por ello; así, el mariscal Suchet, dejando tropas suficientes para mantener el sitio y conservar las posiciones ganadas, marchó al encuentro del enemigo, pero cuando se aproximaba, el general español, que debía de sospechar lo que se le venía encima, pensó mejor lo que hacía y se retiró, dejando a Contreras y a los defensores de Tarragona abandonados a su suerte.

En la ciudad sitiada la resistencia proseguía con cada vez menos intensidad. El 28 de junio habían sido instaladas ya 22 piezas de artillería pesada que podían lanzar gigantescos proyectiles y balas incendiarias a menos de 120 metros de las murallas antiguas, por lo que la resistencia era casi imposible y, de hecho, un millar de soldados británicos que acababan de llegar al mando del coronel Skerret, se retiraron por entender que la ciudad estaba ya perdida y, en efecto, así era.

El mismo día 28, cinco columnas de asalto se lanzaron a las cinco de la tarde contra los últimos reductos de la defensa, se produjeron sangrientos combates en las casas y en las calles de la ciudad antigua y el último contraataque dirigido por el propio general Contreras fracasó, cayendo él mismo prisionero. Los que quedaban de la guarnición, intentaron escapar rompiendo el cerco por el sur, pero en su mayor parte fueron abatidos o hechos prisioneros y sólo un pequeño grupo pudo escapar en las naves que había en el puerto cuando se hicieron a la mar. Tarragona estaba bajo el control de los hombres de Suchet y el ejército del general Contreras había sido destruido. Incluidos los refuerzos recibidos durante el sitio el ejército español había perdido unos 15.000 hombres de ellos 7.000 muertos y solamente habían causado a los franceses 1.000 muertos y unas 3.000 bajas más si se suman los enfermos a los heridos. El mariscal Suchet había logrado una gran victoria, pues había privado a los catalanes de su último puerto y abierto el camino entre Francia y el Ebro sin ningún obstáculo. Ahora podía proseguir su marcha hacia Valencia, seguro de que le esperaban nuevas victorias.

Para los españoles la caída de Tarragona, unida a la de Tortosa, supuso un grave

quebranto. Se habían perdido dos plazas costeras esenciales y el último puente sobre el Ebro. Además, Suchet no sólo amenazaba el reino de Valencia, donde se encontraba el último ejército de campaña español, sino que parecía antes dispuesto a terminar de una vez para siempre con la amenaza que representaban las unidades aún activas del ejército español en Cataluña. Ante el avance francés sobre Vilanova, donde se mantenía el principal arsenal español, las tropas de Campoverde, que había realizado una pésima dirección de la campaña, se replegaron a las montañas, abandonando todo el material y centenares de heridos. La división de Miranda pudo regresar a Valencia, pero los oficiales clamaban por la destitución del inepto general Campoverde, las deserciones se multiplicaban y el ejército se desmoronaba. La Junta de Cádiz destituyó a Campoverde, que fue reemplazado por Lacy, quien nada más tomar el mando se refugió en lo más abrupto de las montañas con los restos de su maltrecho ejército —apenas 3.000 desmoralizados soldados—.

Suchet entre tanto se había dirigido contra Figueras, que desde el 3 de abril seguía en manos españolas, dispuesto a terminar con la guarnición, que sitiada por MacDonald no tenía ninguna posibilidad de recibir socorros, ya que todos estaban durante la primavera preparados para apoyar, en lo posible, a los defensores de Tarragona. Por lo tanto, las unidades españolas aisladas en Figueras, sólo tenían una opción, ir comiéndose las provisiones lentamente hasta que se agotaran y luego pasar —al parecer por estricto orden, a pájaros, gatos, perros y ratas—, pues los franceses parecían haber resuelto dejarles pura y simplemente agotarse por hambre. En julio, para ahorrar comida dejaron libres a los prisioneros, pero a mediados de agosto hasta las ratas escaseaban, por lo que el 16 lanzaron un desesperado ataque para intentar romper el cerco que les asfixiaba; tras fracasar, se rindieron el 19. Habían sobrevivido 3.000 esqueléticos y enfermos soldados que eran una verdadera ruina humana y 1.500 más habían perecido en los combates, de enfermedades o de inanición. Las infecciones afectaron también a los sitiadores, que al final tuvieron por esta causa un número de bajas muy elevado. La resistencia había sido heroica, pero no había servido a la postre a la causa española para nada, pues ni alejó a los franceses de Tarragona ni permitió al ejército de Cataluña realizar lo que sabía hacer a la perfección, una lucha guerrillera de golpes de mano e incursiones, con las que de verdad causaba graves daños al enemigo. Lo que sí lograron los defensores de Figueras fue acabar con la reputación de otro mariscal más, pues un disgustado Napoleón cesó a MacDonald y le reemplazó por el enérgico y metódico Decaen.

**La retirada de Portugal**

En el frente occidental de la Península, el mariscal Massena permanecía en Portugal aferrado aún a la esperanza de que podía recibir refuerzos de Francia, y cuando a mediados de febrero regresó el general Foy, al que había enviado a Francia para notificar el problema que se había presentado ante Torres Vedras, le comunicó que el emperador ordenaría tanto a Mortier como al rey de España que le enviasen refuerzos; sin embargo, la situación real era muy diferente, y el 19, viendo que no había noticia alguna de que llegase ningún tipo de apoyo, reunió a su estado mayor para decidir cuál sería la mejor forma de retirarse y qué camino elegir.

La primera idea, bastante lógica en apariencia, era seguir el Tajo hacia el este y luego bajar hacia Andalucía, pero esta ruta presentaba un inconveniente, y es que era muy probable que recibiese una ingrata visita, pues las fuerzas de Wellington podían atacarles apoyándose en que en la región estaban otros 10.000 soldados británicos al mando de Beresford. La segunda idea era desandar el camino y volver a España por Almeida. Esta fue finalmente la decisión tomada y tras enviar primero a los heridos y los cañones y vehículos que aún contasen con animales de tiro, comenzó a retirarse.

Aunque su marcha se inició el día 4 de marzo, Wellington se enteró el 6, por lo que perdió dos días vitales que su enemigo le sacaba ahora de ventaja. Seleccionó una fuerza de 46.000 hombres, sanos, descansados y bien equipados[47] y tras ocupar Santarem, donde había estado el cuartel de Massena, comenzó la persecución de los 44.000 hombres que le quedaban al ejército en fuga del príncipe de Essling. En realidad Wellington no pensaba atacar a un ejército de un tamaño casi igual al suyo y que, además, podía elegir el terreno en el que presentar batalla a su gusto, pues a lo largo de la ruta que había emprendido había multitud de lugares en los

que elegir una buena posición defensiva, por lo que se limitó a acosar a los franceses como un depredador a su presa cuando busca el mejor momento para caer sobre ella. En cuanto a los franceses, el mariscal Ney, encargado de defender la retirada del grueso del ejército, libró brillantes acciones retardadoras de carácter defensivo a lo largo de todo el camino.



*Un húsar francés del 2º Regimiento, unidad que ya se había distinguido en Medellín, donde protagonizó una soberbia carga y que haría lo propio en La Albuera, junto a los lanceros polacos de la Legión del Vístula.*

El 22 de mayo, el ejército de Massena, que había evitado Coimbra, tomada por las milicias portuguesas del general Trant, dando un pequeño rodeo por Foz d'Aronce, llegó a Almeida con sus tropas molidas por el agotamiento. Su único consuelo era que los británicos no estaban mucho mejor, pues habían dejado muy atrás sus suministros y sus líneas de comunicaciones se estaban alargando mucho, empezando a faltar de todo, lo que, como fue habitual toda la guerra, provocó de inmediato brotes de indisciplina en la tropa que obligaron al duque de sinado Wellington a detener la marcha[48]. Ambos ejércitos no podían más.

A pesar de la situación descrita Massena se enfrentaba a un complicado futuro. Era consciente de que al emperador no le gustaban los fracasos e intentó realizar alguna acción que recuperase una reputación que sin duda alguna saldría muy quebrantada de la campaña y ordenó a sus mariscales y generales que se prepararan para efectuar una acción ofensiva contra las tropas anglo-portuguesas en Portugal. La sorpresa de los asistentes al consejo convocado por Massena fue mayúscula. El ejército carecía de monturas, municiones y suministros, estaba agotado, reducido a casi la mitad de la fuerza inicial e incapaz de realizar una operación medianamente eficaz contra las tropas enemigas. El mariscal Ney, indignado, acusó a Massena de querer hacerlo sólo por vanidad y fue apoyado por Junot y por Reynier. Ney fue cesado de inmediato y los otros dos mandos franceses no tuvieron otra opción que claudicar e intentar cumplir las órdenes.

El 23 de marzo las tropas del Ejército de Portugal se ponían en movimiento a la búsqueda de los británicos, pero tan pronto como el 27, todos, incluido el propio príncipe de Essling, se dieron cuenta de que lo que intentaban hacer no tenía sentido. El avance se detuvo. Ese mismo día las tropas de Wellington llegaron a Guarda, haciendo a los franceses de Reynier moverse hacia el río Côa, desplegándose en Sabugal en una posición defensiva, donde el 3 de abril fueron atacados por los británicos. Moviéndose entre una espesa niebla una parte de la infantería británica se desorientó y cayó justo frente al centro de las líneas francesas, a pesar de los que los imperiales, superados en número y atacados también por la División Ligera, no tuvieron otra alternativa que retroceder. Al levantar la niebla, Reynier se dio cuenta de que se estaba enfrentando a un enemigo muy superior en número y decidió emprender, sabiamente, una rápida retirada en dirección norte para unirse al cuerpo principal del ejército de Massena, aprovechando que la fuerte lluvia primaveral impidió a los británicos realizar una persecución efectiva.

Ahora el Ejército de Portugal se retiraba en bloque en dirección a Ciudad Rodrigo, apenas tenía el 60% de las monturas y sólo disponía de poco más de una treintena de carros, la caballería no estaba en condiciones de moverse, y mucho menos de combatir, y los dragones comenzaron a operar como infantería. Tras

entrar en España y pasar por Ciudad Rodrigo, Massena llegó a Salamanca el 11 de abril. La aventura le había costado al Imperio entre muertos, prisioneros, desertores y enfermos, 25.000 soldados y los británicos no sólo no habían sido expulsados de España, sino que seguían constituyendo una amenaza cada vez más peligrosa.

**El problema de Extremadura**

Soult, el responsable de los ejércitos imperiales en Andalucía, había recibido en Sevilla constantes y apremiantes cartas de Napoleón para que apoyase de alguna forma a las tropas del Ejército de Portugal, una vez que empezó a ser evidente que el mariscal Massena no era capaz de llevar hasta el final con éxito la campaña para expulsar a los ingleses de España. En realidad lo que quería el emperador es posible que fuese sencillo de decir, pero de ahí a llevarlo a cabo había un importante trecho y lo cierto es que al mariscal Soult no debía de hacerle mucha gracia, pues enfrente tenía al menos a 30.000 soldados enemigos —españoles, ingleses y portugueses— y para poder acercarse a las tropas de Massena en Portugal tenía que tomar al menos seis fortalezas enemigas muchas de ellas de primera magnitud. No obstante, era consciente de que a Napoleón no de le podía llevar la contraria fácilmente, así que se puso manos a la obra.

El primer objetivo fue Badajoz y era una elección correcta por dos razones. La primera porque podría ayudar a Massena al atraer la atención de los británicos, puesto que la caída de la ciudad extremeña en sus manos abriría una nueva ruta de invasión a Portugal apuntando directamente a Lisboa, lo que obligaría a Wellington a intentar de alguna manera taponar la brecha. Por otra parte, era estratégicamente importante para él mismo, pues eliminaría una importante base de operaciones de los ejércitos españoles, a los que no tenía mucho respeto, pero cuyas incursiones repentinas en profundidad le causaban graves quebraderos de cabeza. Así pues, con una pequeña fuerza, bien seleccionada de 13.500 infantes y 4.000 jinetes y otros 2.000 hombres para ocuparse del bagaje, partió hacia el Guadiana, si bien pronto tuvo que dividir sus fuerzas por lo de siempre, una de las habituales incursiones de uno de los generales españoles, que en verdad eran un verdadero incordio. En esta ocasión era de nuevo el marqués de La Romana contra quien marchó la división de Gazán, por lo que Soult no tenía fuerzas suficientes para acometer una empresa como la de Badajoz y cambió de objetivo dirigiéndose a Olivenza, que sólo aguantó diez días antes de rendirse, tomando prisioneros a sus 4.000 defensores[49].

Napoleón, impaciente como siempre, seguía abrumando con sus cartas al mariscal Soult, que no tuvo más remedio que seguir avanzando sobre Badajoz, ciudad que comenzó a sitiar el 27 de enero, realmente con poca convicción, más aún cuando apenas unos días después recibió una misiva que le informaba de que la división del general Mendizábal[50], con casi 15.000 hombres se dirigía en socorro de la ciudad. Incapaz de detener a unas tropas más numerosas que las suyas y mantener el asedio simultáneamente, Soult no pudo impedir que entrasen en Badajoz elevando la fuerza de los sitiados hasta los 7.000 efectivos. Con este refuerzo hicieron una salida que fue rechazada con enormes dificultades por los franceses. Mendizábal situó a sus restantes 12.000 soldados en las alturas de San Cristóbal en orden de batalla, creyendo que con eso sería suficiente para que el mariscal francés desistiese y abandonase el sitio. Pero no fue así, unido ya a Gazán, la demostración de fuerza española convenció a Soult de que las tropas de Mendizábal podían constituir una seria amenaza y decidió destruirlas. Separándose del grueso de las tropas francesas con 2.500 jinetes, 4.500 infantes y 12 piezas de artillería, Mortier cruzó el Guadiana y el 19 de febrero, al tiempo que la caballería daba un rodeo para envolver el flanco, la infantería atacó a los españoles que, si bien tenían una magnífica posición defensiva, no se prepararon bien y al ver a la caballería formaron en cuadros sin ser atacados por los jinetes imperiales que esperaron la aproximación de su infantería; cuando ésta llegó, atacó con ferocidad a las tropas de Mendizábal, con el apoyo, ahora sí, de la caballería. Más de 1.000 hombres sucumbieron en la batalla y al menos 4.000 fueron hechos prisioneros, escapando desperdigados el resto hacia Portugal o intentando refugiarse en Badajoz. A los franceses, la excelente actuación de Mortier en el Gebora les había costado tan sólo 400 bajas. Ahora todos juntos podían ocuparse de Badajoz.



*Caballería española. La ilustración de la izquierda representa a un granadero a Caballo de Fernando VII y la de la derecha a un dragón de Granada. Ambos regimientos tuvieron origen en la guerra. Lámina de la Historia Orgánica del conde de Clonard.*

En apariencia, y en realidad, Badajoz era una ciudad bien defendida. Sus tropas estaban razonablemente bien equipadas y el gobernador Menacho era un general competente, pero a diferencia de lo ocurrido en otros sitios producidos durante la guerra, la resistencia española no iba a ser brillante. Tal vez tuviera bastante importancia la muerte de Menacho que fue alcanzado por un proyectil al supervisar una salida de sus hombres contra las líneas enemigas, pero lo cierto es que los ingenieros y zapadores de Soult progresaron con enorme rapidez y el 7 de marzo ya tenían instalada una batería de poderosos cañones y morteros pesados a sólo 50 metros de las murallas en las que abrieron un inmenso boquete de más de 20 metros por el que podía entrar la infantería. Viendo la situación y no estando dispuesto a emular a los defensores de Zaragoza o Gerona, el general Imaz, ahora al mando, se rindió.

El triunfo de Soult había sido asombroso y demostraba, a las claras, la inmensa superioridad táctica y técnica de los franceses sobre los españoles, para desgracia de nuestra nación y sobre todo para quienes tuvieron que sufrir las consecuencias. En apenas dos meses el mariscal francés había destruido los restos del pequeño ejército español de Extremadura, al que causó 16.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, rompiendo definitivamente su capacidad operativa como fuerza de campaña y conquistado Olivenza y Badajoz, dos importantes plazas que aseguraban la frontera con Portugal y todo ello con sólo ¡20.000 hombres¡ y operando en medio del territorio enemigo. Sin duda alguna la victoria francesa había sido rotunda.

**Barrosa y las operaciones en torno a Cádiz**

Atascado ante las defensas gaditanas desde principios del año anterior, el I Cuerpo del mariscal Víctor no había podido realizar ningún tipo de maniobra o movimiento y su situación se había ido degradando con el tiempo, ya que sus apenas 19.000 hombres no eran suficientes para tomar la ciudad, donde no hacían el más mínimo progreso, ni podían ser usados en campaña, pues además de los artilleros y de un sólido núcleo de unidades de infantería se trataba en su mayor parte de zapadores e ingenieros. Respecto a los "sitiados" tenían un ejército considerablemente más poderoso que el de Víctor, pues además de 20.000 españoles y portugueses había 4.500 británicos que, obviamente, no iban a estar mirando toda la vida a sus enemigos.

Una gran fuerza de choque se concentró en Cádiz y gracias a la absoluta superioridad naval inglesa, fueron transportados a Algeciras, donde se les agregó un refuerzo procedente de Gibraltar. Ahora los aliados tenían 8.000 españoles al mando de La Peña y 5.000 británicos del general Graham, que iniciaron una marcha en medio de un enorme aguacero, cayendo sobre las tropas del I Cuerpo el 2 de marzo, coincidiendo con una masiva salida de los sitiados gaditanos. Con su rapidez de reflejos acostumbrada, los franceses reaccionaron con gran energía y el mariscal Víctor se arriesgó a dejar sólo 2.000 hombres en las líneas de asedio y condujo al combate a otros 10.000 para enfrentarse a la amenaza aliada. En su despliegue dejó a las divisiones de Ruffin y Leval situadas a ambos lados de la carretera y a las tropas de Villatte en Barrosa, donde chocaron con La Peña el 5 de

marzo, quien aprovechando otra salida de los defensores de Cádiz, obligo a retroceder a los franceses. Mientras, los británicos de Graham avanzaban en paralelo entre los pinares, por lo que Víctor, aun a pesar de la escasa resistencia de Villatte, confiaba en poder sorprender a los aliados al ver como progresaban entre las tropas de Ruffin y de Leval, que se lanzaron sobre la retaguardia anglo-española dispuestos a empujarles al mar. Graham desplegó una brigada al mando de Wheatley para detener a Leval y mandó dos batallones contra los alemanes de Leval para retrasar el avance enemigo. El esfuerzo para frenar a los imperiales fue muy intenso y los hombres del 95 Regimiento y los *caçadores* portugueses que les acompañaban sufrieron terribles pérdidas, aunque Wheatley tuvo más éxito y logró rechazar a los solados de Leval a los que además capturó un águila, forzando a su división a replegarse.

Cerca de Barrosa la columna de Browne entró en combate con Ruffin y sus unidades que les causaron serias bajas, hasta que finalmente lograron hacer retroceder a los franceses. El fracaso de este ataque marcó el fin de los combates. Los franceses de la división de Ruffin tuvieron que retirarse tras haber perdido dos cañones y un centenar de prisioneros. El mariscal Víctor consiguió reagrupar a sus tropas en fuga detrás de su línea reserva, pero la caballería aliada obligó a todas las unidades a retirarse de forma apresurada hacia Chiclana, perdiendo en su apresurada huida otros dos cañones más.

Con 1.740 bajas en total por casi 2.400 de los franceses, el general Graham había logrado sin duda alguna una victoria, pero las pérdidas sufridas hicieron que se enemistara con el general La Peña, retirándose a la isla de León. Las tropas españolas se replegaron igualmente, por lo que el mariscal Víctor, tranquilamente, volvió poner sitio a Cádiz.

**De Badajoz a La Albuera**

Durante los primeros días de la primavera continuaron las operaciones del general Mortier en Extremadura con notable éxito. Tras vencer a la pequeña guarnición de la ciudad de Campo Mayor en Portugal, envió a la caballería de la división de Latour-Maubourg contra ciudad de Alburquerque que se rindió ante la caballería sin apenas el más mínimo intento de defenderse. Sin embargo, los avances franceses en la región serían bruscamente detenidos por la aparición del ejército aliado al mando del general británico Beresford, que uniéndose a lo que quedaba de las tropas de Mendizábal llegó a Campo Mayor el 25 de marzo tomando a la guarnición francesa por sorpresa, pero los franceses se retiraron sin perder ningún momento la calma realizando una brillante marcha hacia Badajoz y enfrentándose en varias ocasiones con la caballería británica.

Las operaciones de Beresford se vieron comprometidas por la escasez de material y la falta de recursos de la región en la que combatían que entonces, como ahora, era la más atrasada de España, lo que condicionaba poderosamente cualquier tipo operación militar que se desease hacer en la zona. El 3 de abril, en medio de enormes dificultades, las tropas aliadas lograron tender un puente de pontones sobre el río Guadiana, teniendo que hacer constantemente frente a las incursiones de la caballería francesa que en algunas ocasiones logró éxitos notables, pero que no pudo impedir que el ejército continuase avanzando hacia Badajoz. El 9 de abril estaban ya ante Olivenza que tardaron tres días en tomar y finalmente pudieron iniciar el asedio a la capital extremeña, aunque no dispusieron de piezas de artillería pesada hasta más de una semana después. El propio duque de Wellington quiso tomar el mando directo de las operaciones y se incorporaron también los españoles de la división de Ballesteros y una pequeña tropa de 2.500 hombres bajo el mando Castaños, más la División Ligera y la Legión Alemana del Rey, agrupando a 27.000 hombres que el 6 de mayo iniciaron el sitio.

Las tropas francesas no estaban en absoluto dispuestas a ceder fácilmente la ciudad y concentraron todas sus unidades para intentar impedir su caída. El mariscal Soult tenía 15.000 hombres de los cuerpos I y IV y el 23 de mayo marchó hacia Badajoz; con él iban 20.000 soldados infantería 4.000 de caballería y 48 piezas de artillería de campaña.

En la ciudad sitiada el general Beresford había tomado al mando pues el duque de Wellington había regresado a Portugal. Las tropas sitiadas intentaron por todos los medios incomodar e impedir las obras de asedio y causaron en los combates graves pérdidas a las tropas británicas, que estaban completamente atascadas ante

el reducto de San Cristóbal. El 11 de mayo los aliados lograron situar cañones pesados ante el mismo, pero los franceses los destruyeron y además demolieron una parte del reducto. El asedio no progresaba y para colmo llegaron graves noticias, el mariscal Soult había salido de Sevilla y se dirigía contra ellos. Siguiendo fielmente las estrictas instrucciones recibidas el general Beresford paró el asedio y envió el material pesado por la carretera de Elvas destruyendo todo lo que no pudo llevar y dirigiéndose a La Albuera para frenar a los franceses. Estaba a punto de comenzar una de las batallas más sangrientas de la guerra.

**La Albuera**

En un consejo de guerra celebrado el día 13 de mayo, los generales aliados cedieron el mando conjunto a Beresford, pues si bien por graduación debía haber correspondido al general Castaños, el general británico era el que aportaba un mayor número de efectivos.

El día 15 de mayo la Segunda División británica y la división portuguesa de Hamilton ocuparon posiciones en la localidad de La Albuera, uniéndose a la brigada de Alten y a la división provisional de Collins, formada por portugueses, incorporándose también la brigada española de Castaños. La Cuarta División británica debía de mantener el asedio a Badajoz. Por último Blake, que llevaba una marcha casi en paralelo con Soult, se unió también a los aliados el mismo día 15. Por su parte Soult había ya decidido atacar a los aliados y el día 16 reconoció el terreno tras la llegada de su reserva al mando del general Werlé. Creía, erróneamente, que las tropas españolas de Blake no habían aún reforzado a los aliados y por lo tanto estaba seguro que ambos ejércitos tenían una entidad similar y estaban en torno a los 20.000 hombres cada uno. Su estrategia era sencilla: cortar el camino entre las tropas de Beresford y la ruta por la que se aproximaba Blake y hacer luego que la poderosa caballería de Latour-Mabourg les cerrase la retirada hacia Portugal. Sin embargo el mariscal francés no se había dado cuenta que la caballería española que él podía ver no era la de Castaños, al mando del conde Penne-Villemur, sino la de Loy, del ejército de Blake, que se encontraba en su mayor parte oculta y no era visible para el mariscal.

Los aliados se desplegaron situando al noroeste de La Albuera a los portugueses de la división de Hamilton, la brigada de Collins detrás con la caballería de Otway y Madden, también portuguesa. En el centro quedó la Segunda División Británica, con las brigadas Colborne, Hogton y Abercrombie y la Legión Alemana del Rey en la propia Albuera junto con dos baterías. Detrás, la División Cole, la brigada de infantería de Carlos de España y la caballería española de Penne-Villemur más seis cañones españoles. Por último el ala derecha quedó integrada por el ejército de Blake reforzado en su caballería por dragones ingleses. En total tenían 31.920 infantes, 3.799 jinetes y 32 cañones, sumando 35.824 hombres distribuidos en 10.449 británicos, 10.201 portugueses y 14.634 españoles.

A primeras horas de la mañana, el ingenioso plan de Soult comenzó a ser puesto en práctica, cuando los hombres de Werlé y Godinot, casi 16.000 infantes, apoyados por tres brigadas de caballería se lanzaron sobre el centro aliado. Beresford respondió como se esperaba y reforzó sus líneas, pero, protegidos por los árboles, los soldados de Gazán y de Girard aparecieron a la derecha, donde estaba Blake, en tanto la caballería imperial cargaba sobre los jinetes de Loy que no pudieron resistir su empuje.

Sorprendido por lo que estaba sucediendo, el general Beresford marchó en dirección sur para improvisar una nueva línea defensiva haciendo retroceder a los hombres de Blake y moviendo todo su ejército hacia la derecha. Ahora los franceses con sus flancos protegidos por jinetes, avanzaron en una enorme formación desplegada en orden mixto, con las tropas de Girard en cabeza y las Gazán detrás de ellas, mientras dos de las brigadas de caballería que habían estado frente a las tropas de Alten se desviaron hacía el sur para rodear el V Cuerpo y situarse a su izquierda, en tanto los 6.000 infantes de Werlé se apartaban del centro de la línea y se situaban tras la división de Gazán, concentrándose de esta manera todo el ejército de Soult frente al ala derecha aliada.

El equilibrio de la batalla podía romperse y los aliados respondieron lo mejor que pudieron, enviando caballería e infantería al sector amenazado lo más rápidamente posible, pero cuando llegaron tras las tropas españolas del general Zayas, los hombres de Girard ya les estaban atacando. En medio del combate y bajo las

descargas de fusilería llegó la Segunda División Británica y a su cabeza la brigada de Colborne que se desplegó junto a la columna enemiga para atacarla, sin ver a la caballería de Latour-Marbourg, que cubierta por la humareda provocada por los disparos se acercó a los británicos. La carga del 1^er^ Regimiento de Lanceros del Vístula y del 2° de Húsares forma ya parte de la leyenda en el Reino Unido, en Francia y en Polonia. En medio de un combate salvaje los ingleses perdieron 1.246 hombres de los 1.646 de los tres primeros batallones, perdiendo la batería de artillería y cinco banderas y sólo el 31 Regimiento de Infantería logró formar un cuadro. La restante caballería francesa puso en fuga al propio Beresford y a su estado mayor y se lanzó sobre las tropas españolas de Zayas que rechazaron el asalto sin dejar de disparar contra la infantería de Girad, en un acto soberbio de entereza y valor.

La brillante resistencia de la infantería española de Zayas evitó la derrota aliada y desgastó tanto a Girard que su infantería no aguantó y fue reemplazada por la de Gazán. Las tropas de Hogton y Abercrombie llegaron en apoyo de los españoles y los primeros perdieron a 1.500 hombres en un brutal combate cerrado con los franceses que, por lo menos, dejaron en el campo a unos 2.000 de los suyos. La batalla se estaba convirtiendo en una salvaje matanza que estaba dejando el suelo sembrado de cadáveres destrozados, de heridos y moribundos.

Mientras los aliados luchaban con energía para defender su ala derecha, los últimos enfrentamientos habían dejaron claro al mariscal Soult que no se enfrentaba sólo a Beresford y Castaños, sino que las tropas de Blake se le habían unido, lo que complicaba su situación, pues ahora tenía delante a más de 30.000 efectivos enemigos.

Ambos bandos necesitaban tropas si querían imponerse, pero Beresford, creyendo que podía ser vencido, mandó a 3.000 soldados españoles a acudir en apoyo de la Legión Alemana del Rey en La Albuera, donde se estaba produciendo un terrible combate entre los alemanes y los hombres de Godinot que, finalmente, se hicieron con el pueblo. La situación de los aliados era desesperada.

Sin embargo, la división de Cole, que había permanecido inactiva frente a la caballería francesa avanzó a órdenes de Beresfrod contra la infantería de Gazán, en medio de la llanura y ante la atónita mirada de 3.500 jinetes enemigos, desplegándose en línea con una columna, formada por los portugueses de Harvey, en el ala expuesta al adversario. Soult sólo tenía las tropas de Werlé, a las que envió para hacer frente a la amenaza y lanzó a la caballería contra la columna portuguesa cuyos hombres rechazaron el ataque y Werlé si bien tenía el doble de hombres que Cole formó en columna, por lo que sólo podía emplear 350 fusiles frente a los 2.000 de la larga línea de los británicos que, lógicamente, les cosieron a balazos. La formación francesa aguantó las descargas veinte terribles minutos y luego se hundió. Este fracaso decidió la batalla a favor de los aliados. Soult formó al otro lado del arroyo de La Albuera una sólida línea defensiva que Beresford no atacó. Obviamente no podía. Los aliados habían sufrido unas bajas espantosas, más de 4.000 soldados británicos, 1.400 españoles y 400 portugueses; los franceses, más de 7.000. La batalla había sido una verdadera carnicería. Tras el espantoso combate, Beresford llevó su ejército a Badajoz para continuar el sitio y comunicó lo sucedido a Wellington que acababa de entablar batalla en el norte con Massena.

**La guerra en el oeste de la Península. Fuentes de Oñoro**

Napoleón, consciente de que las cosas no iban del todo bien en el noroeste de España, tomó la decisión de colocar todas las tropas presentes en el teatro de operaciones bajo un mando único, creando en enero de 1811 el denominado Ejército del Norte, con los 70.000 hombres que operaban entre Navarra y la frontera de Salamanca con Portugal. Esta fuerza fue puesta bajo el mando del mariscal Bessières, duque de Istria.

El nuevo comandante en jefe no iba a tener, como era obvio, más éxito que sus predecesores, puesto que el problema no era la mayor o menor capacidad de los diferentes comandantes del ejército francés sino la situación realmente imposible a la que se enfrentaban. Además de existir una intensa actividad guerrillera, las dificultades del terreno, el aislamiento, las montañas y la imposibilidad de vivir del país por la pobreza del territorio, hacían que los ambiciosos objetivos del emperador fuesen prácticamente imposibles de llevar a cabo. Tampoco se debía olvidar que todavía había 16.000 soldados regulares españoles en el noroeste, apoyados

desde Galicia con material, armas y suministros británicos.

En cuanto al Ejército de Portugal, el emperador había apartado de mando al mariscal Massena nombrando en su lugar a Marmont, aunque antes de que éste se incorporará a su nuevo puesto, todavía tendría que librar una batalla más contra el duque de Wellington, pues el veterano mariscal se negaba a reconocer su derrota. El 12 de abril, poco después de su llegada Salamanca, distribuyó todas las provisiones que había en la ciudad entre su maltrecho ejército y tras reestructurar sus divisiones formó una fuerza de 42.000 efectivos, fundamentalmente infantería, pues resultó imposible conseguir monturas y animales de tiro, por lo que de sus teóricas cinco brigadas de caballería sólo contaba con 3.000 jinetes y mulas para nada más que 30 cañones. También pidió ayuda al Ejército del Norte, pero el mariscal Bessières no le ayudó prácticamente en nada, salvo un pequeño refuerzo de 1.600 jinetes y una batería de artillería. Finalmente Massena concentró en Ciudad Rodrigo todas sus unidades disponibles y el 1 de mayo partió en busca del ejército de Wellington.

Los aliados sabían perfectamente los planes que tenían los franceses y decidieron ocupar una excelente posición defensiva en Fuentes de Oñoro, teniendo en cuenta que se encontraban en un país desolado y arrasado. La disposición de las tropas elegida por el comandante jefe británico fue como siempre excelente y los soldados anglo-portugueses contaban con una sólida base desde la que aguantar cualquier intento de asalto francés. La lucha librada entre el 3 y el 4 de mayo de 1811 fue tremendamente igualada y los franceses estuvieron a punto de obtener el triunfo. La batalla había sido larga y dura, hasta el extremo de que Wellington comentó que si Napoleón hubiese estado presente sin duda alguna habría vencido. Tras la batalla, Massena se retiró sobre Ciudad Rodrigo y decidió abandonar Almeida, cuyo comandante destruyó todas las fortificaciones que pudo antes de retirarse y escapar de la persecución de los británicos, llegando a España con la mayor parte de sus 1.300 hombres. Ahora el Ejército de Portugal tenía un nuevo comandante en jefe, el duque de Ragusa, el mariscal Marmont. Era un excelente estratega, muy valeroso y además un buen administrador, algo especialmente importante para poder mantener a un ejército en condiciones operativas en un territorio como aquel en el que se encontraba. Lentamente las tropas francesas fueron equipadas, recibieron reclutas nuevos, uniformes, armas y monturas que fueron expresamente recogidas en Bayona. En cuanto al IX Cuerpo fue eliminado y sus unidades enviadas en apoyo de Soult a Andalucía.

### La ofensiva española sobre León

Cuando Wellington partió hacia el Guadiana, solicitó de las autoridades españolas que hiciesen algún intento para perturbar las posiciones francesas en León, para evitar si era posible que tanto las tropas de Marmont como las de Bessières pudiesen apoyar al mariscal Soult, aunque sin embargo y para sorpresa de los aliados el primero de los mariscales franceses recuperó en seguida la capacidad de combate del Ejército de Portugal. Quedó por lo tanto en la región Bessières que disponían que tan sólo de cuatro divisiones, unos 60.000 hombres, para defender un inmenso territorio que se extendía desde Vizcaya hasta la fortaleza de Astorga. Si mantener ese espacio era complicado antes, hacerlo ahora, con los efectivos que tenía era práctica imposible.

Aprovechando las dificultades que pasaban los franceses el general Santocildes lanzó el 18 de junio una ofensiva contra Astorga con sus 20.000 soldados de infantería y apenas 600 jinetes. Es cierto que la mayor parte soldados eran reclutas inexpertos, pero había un grupo de unidades veteranas del antiguo Ejército de Izquierda del duque del Parque, que se habían quedado en el norte. La guarnición francesa de Astorga prefirió abandonar la plaza y unirse a los hombres de Bonnet en León, sorprendiendo al general francés, que no estaba dispuesto a ceder sin lucha la ciudad leonesa. Las tropas comandadas por el general francés Valletaux enviadas contra los españoles se encontraron con una resistencia muy fuerte, fracasaron en un asalto a las tropas de Santocildes en el río Órbigo y fueron perseguidos. Cuando finalmente reaccionaron los franceses, las unidades españolas se refugiaron de nuevo en las montañas gallegas, hasta donde el mariscal Bessières no estaba dispuesto a perseguirles. Cuando Santocildes vio lo que ocurría intentó pasar otra vez a la ofensiva y de nuevo los franceses tuvieron que enviar refuerzos a sus unidades para evitar ser desbordados. Los objetivos del general español se

estaban cumpliendo plenamente, pues cada vez que se movía evitaba que las tropas francesas pudieran ser enviadas a otros teatros de operaciones.

**El segundo sitio de Badajoz**

A mediados de mayo Wellington se preparó para dirigir de nuevo el sitio de Badajoz. El día 19 llegó a Elvas, donde fue informado del resultado de la batalla de La Albuera. El mensaje que hablaba de la batalla estaba redactado en un tono enormemente pesimista lo que hizo decir al general británico que no daba la sensación de que se le estuviese describiendo una victoria. Cuando llegó a las líneas de sitio en Badajoz, la primera decisión que tomó fue destituir al general Beresford, que había hecho un gran papel en la reorganización del ejército portugués y que fue enviado de nuevo a tareas administrativas, siendo reemplazado por el general Hill, recién llegado de Inglaterra y al que se encomendó el mando de dos divisiones, de las tropas españolas de apoyo y de la caballería, para impedir que el mariscal Soult intentase de nuevo evitar la caída de la ciudad.

Pero tomar Badajoz no iba a ser una tarea sencilla, la guarnición estaba compuesta por 3.000 soldados bajo el mando de un comandante experimentado, valeroso y lleno de ingenio, el general Phillipon, que durante el asedio daría una lección de cómo oponerse a una fuerza atacante que le superaba en numéricamente en una proporción de 5 a 1.

Como había ocurrido en el primer sitio los zapadores británicos intentaron abrir trincheras en el pedregoso terreno que estaba próximo a San Cristóbal, pero Phillipon había previamente retirado tierra hasta una profundidad de dos palmos, por lo que ahora cavar les costaba a los ingleses mucho más y al no haber obstáculos naturales tuvieron que usar sacos terreros y fardos para proteger las excavaciones. Las trincheras y las paralelas progresaban muy lentamente, por lo que impaciente, Wellington atacó la noche del 16 de junio en las zonas más afectadas de San Cristóbal; pero los asaltantes, que eran de la Séptima División de Houston, se encontraron con obstáculos de todo tipo, desde caballos de frisia a barricadas y fueron barridos por descargas cerradas de fusilería, granadas y piedras. Tras este grave fracaso, el frío y calculador Wellington volvió al bombardeo en el sentido clásico, hasta que el 9 de julio creyó que las defensas estaban lo suficientemente trabajadas como para arriesgarse a un asalto y de nuevo 600 hombres de Houston fueron los encargados de abrir de una vez una vía de penetración. En el sector que iban atacar solamente había dos compañías infantería, pero el general francés se había encargado de que todos los soldados tuviesen varias armas de fuego y granadas con las que lanzaron un alud de fuego sobre los británicos que perdieron una cuarta parte de los asaltantes. Una vez más arreglaron las brechas, quitaron los escombros y dejaron que los ingleses retirarán sus heridos.

Para desesperación de los sitiadores la ciudad parecía de nuevo imposible de tomar y además, el mariscal Marmont estaba de nuevo listo para poner a sus tropas en acción y conjuntamente con ejército del mariscal Soult, que había salido de Andalucía, partieron para reforzar a los defensores de Badajoz. El 22 de junio sus patrullas cruzaron el Guadiana y mantuvieron intensos combates con la caballería inglesa, cuya pantalla consiguieron atravesar para descubrir que el duque de Wellington tenía a unos 50.000 soldados atrincherados entre Elvas y Campo Mayor y como sabían bien lo que el ejército inglés podía hacer si era capaz de elegir su posición, evitaron atacar frontalmente y buscaron otra solución, pero no pudieron, porque hasta allí les llegaron las noticias de que el general Blake amenazaba Sevilla y las fuerzas murcianas de Freire estaban de nuevo en las proximidades de Granada.

**La lucha en Andalucía**

Cuando el mariscal Soult partió hacia la frontera oriental de Granada se enteró de que las tropas de Blake estaban operando en torno a Niebla, por lo que decidió liberar esa ciudad y el 2 de julio se encontraba ya allí. Las tropas españolas no se enfrentaron a sus soldados e iniciaron una veloz retirada en dirección a la costa, consiguiendo embarcar en la flota británica antes de la llegada de los franceses, pudiendo así regresar a Cádiz con pocos daños.

En cuanto al frente oriental andaluz, desde noviembre de 1810, las tropas de Freire no habían realizado movimientos ofensivos, pero ahora pensaron que con el desplazamiento masivo de las tropas francesas en dirección a La Albuera se les

presentaba una buena oportunidad, por lo que el general español con 12.000 infantes y 1.500 jinetes liberó la provincia en su mayor parte. Sin embargo esta alegría duró solamente hasta la llegada de Soult, que, decidido a enfrentarse a los españoles, marchó contra ellos y, ante la falta de energía del comandante español, le produjo con facilidad graves pérdidas en una serie de victoriosos combates y recuperó la provincia, expulsándole de nuevo a Murcia, después de un intensa persecución en la que su ejército fue prácticamente destruido. A continuación, el incansable mariscal francés se dirigió a Algeciras para sacar a las tropas de Ballesteros que realizaban incursiones constantemente desde Cádiz y que siempre que se veía amenazado se refugiaba, bien Tarifa, bien en Gibraltar. Por otra parte, los triunfos en Murcia y Granada podían no servir para nada si no se lograba anular de una vez por todas la amenaza permanente de las tropas enemigas asentadas en Tarifa. Soult sabía perfectamente que no tenía ninguna posibilidad ante las poderosas fortificaciones de la Roca, pero pensaba que tal vez en Tarifa podía tener éxito.

La ciudad andaluza, desde el mes de octubre de 1811 estaba guarnecida por 4.000 soldados británicos y españoles y su caída le supondría a la estrategia a medio plazo del mariscal Soult algo más que lograr derrotar al incómodo general Ballesteros; primero privar a la flota aliada de una de sus tres bases principales en la zona —las otras dos eran la propia Cádiz y Gibraltar—, lo que perjudicaría notablemente los planes ofensivos hacía el interior de los generales españoles; segundo poner al alcance del mariscal y de sus proyectos un sencillo contacto con Tánger y la posibilidad de obtener caballos y alimentos, así como todo tipo de materiales vitales para compensar el control del mar por los británicos.

En octubre la brigada del general Avy tomó posiciones en el Alto Guadalete. Para ello situó al 16° ligero en Bornos y al 51° de línea en Olvera. De esta forma, aun siendo sólo 3.500 hombres impedían cualquier intento de movimiento del 4° Ejército español en dirección a Sevilla y aseguraban un cómodo enlace con el I Cuerpo situado en torno a la bahía de Cádiz y el Bajo Guadalete y con la Serranía de Ronda, firmemente asegurada con la presencia del 8° de línea.

Soult, dedicó a partir de entonces su esfuerzo a encerrar a Ballesteros y a la guarnición de Tarifa a fin de que no pudiesen molestar los movimientos franceses ni realizar incursiones en el interior. Para lograrlo, se planteó en noviembre ocupar dos líneas: La primera era la de Ubrique-Cortes-Atajate y la segunda la Jimena-Casares-Estepona. El desafío principal que presentaba dicha maniobra era que el general Semellé, que debía de realizar la maniobra, apenas tenía fuerzas con las que sostener dicha operación. Sin embargo, una pronta reorganización de las tropas francesas en Andalucía Occidental iba a solventar el problema. El 5 de noviembre la reserva francesa se modificó. Se disolvieron la 1ª y 2ª divisiones de la reserva y tres regimientos de línea, el 8°, 51° y 54°, más el 16° ligero, que estaban de guarnición al norte de la Serranía, quedaron integrados en una nueva división a las órdenes de Semellé que pasaba a ser la 2ª del 1^er^ Cuerpo. Esta alteración en la estructura permitió que la reserva de Latou-Mouburg conservara siete regimientos de caballería, dos de artillería ligera, dos regimientos de infantería de línea, el 45° y 55° y uno de infantería ligera, el 12°, que ocupaban Sevilla, Córdoba y Jaén.

Entre tanto, durante el mes de noviembre, Ballesteros se había movido y aprovechando la retirada de Godinot de los alrededores del Campo de Gibraltar, había ocupado de nuevo posiciones en la Serranía de Ronda y vio que disponía de una buena oportunidad a la vista de que los franceses parecían de nuevo situarse en una línea estática. Es cierto que su movimiento no tuvo el éxito deseado, pero las operaciones que Ballesteros llevó a cabo en otoño, así como las de Caposn y Skerrett y las de Hill en Cáceres y Arroyomolinos, demostraron que los aliados tenían permanentemente la iniciativa y no podían ser fácilmente despreciados por sus enemigos, ya que sólo la experiencia y valor de las tropas imperiales habían impedido el éxito anglo-español.

Divididos en tres columnas, con un terrible mal tiempo, avanzando entre el barro y por unos caminos intransitables por su mal estado, las tropas francesas avanzaron sólo 45 kilómetros en 12 días, en medio de continuos ataques de las guerrillas y de las tropas regulares de Ballesteros. Obligados a llevar toda la impedimenta de sitio e incluso toda su comida ante la escasez existente en la zona en la que se encontraban, el 20 de diciembre alcanzaron finalmente su objetivo, empujando a los aliados hasta la propia Tarifa, aun a pesar de haber sufrido un duro bombardeo de la flota británica situada en la costa y tener que hacer frente a

varias salidas de los anglo-españoles que intentaban por todos los medios impedir que los franceses consolidaran el sitio.

Con tenacidad y dureza a toda prueba los franceses lograron establecer un cerco en toda regla. Poco a poco su artillería fue abriendo una brecha en las murallas y los zapadores avanzaron lentamente la línea de trincheras y el 29 de diciembre su artillería de sitio comenzó a batir los muros. Los británicos eran partidarios de evacuar Tarifa con ayuda de la flota, pero los españoles liderados por Caposn pensaban que se podía resistir. El hecho cierto es que al final se impuso la decisión del general español y el general Campbell ordenó a Skerrett, coronel británico al mando de las tropas en Tarifa, quedarse y aguantar, ordenando incluso que se retirase la flota.

De todas formas la fortaleza dejaba mucho que desear y sus antiguos muros de cuatro metros no podían resistir un ataque de la artillería moderna de sitio de la época. El general francés, Leval, lo sabía e intimó a rendirse a Caposn, a lo que éste se negó. Las fuerzas sitiadoras abrieron una enorme brecha y los defensores comenzaron a construir defensas en el interior de la propia ciudad, dispuestos a luchar hasta el final. Afortunadamente las tremendas lluvias inundaron y dañaron las trincheras francesas por lo que el asalto francés fracasó en medio de un terrible barrizal. Acribillados a balazos por los defensores bien atrincherados cayeron al menos 200 de los 2.200 asaltantes.

Los primeros días de enero de 1812 fueron terribles con lluvias incesantes. Los franceses no tenían apenas municiones ni comida, faltaba equipo y materiales de todo tipo, las líneas de comunicaciones estaban cortadas y no llegaban suministros. El día 4, el general Leval levantó el sitio y se retiró. Había tenido 500 muertos y la mayor parte de sus hombres estaban enfermos con sus uniformes deshechos, lo que les hacía parecer un grupo de bandoleros. La situación provocada por el intento de tomar Tarifa no sólo no había terminado con Ballesteros, sino que había debilitado de forma notoria la posición francesa.

**La campaña de Valencia y la batalla de Sagunto**

Cuando la primavera de 1811 el mariscal Suchet tomó Tarragona, sabía perfectamente que por fin había llegado la hora de acabar con la resistencia española en el reino de Valencia. Ahora tenía un fuerte ejército de 70.000 efectivos y durante el mes de octubre recibió otros 12.000 más al mando del general Montbrun enviados siguiendo órdenes de Napoleón por el mariscal Marmont. El único problema era que España seguía siendo un país peligroso, lleno de unidades guerrilleras que hacía la vida imposible a los destacamentos aislados y prestos siempre a dar su apoyo a las unidades del ejércio regular, por lo que tuvo que dejar 23.000 hombres al general Decaen en Cataluña y otros 23.000 a Musnier, para que pudieran mantener la tranquilidad en Cataluña y Aragón. Eso significaba dejar reducido el ejército de campaña y maniobra a tan sólo 20.000 hombres, que era con los que contaba cuando dejó Tortosa el 15 de septiembre rumbo al sur.

Las tropas españolas que iba a encontrar enfrente no eran demasiado poderosas. En Cataluña el minúsculo ejército regular, que todavía combatía, se reponía en las montañas de las bajas sufridas y las divisiones murcianas de Freire, el quebranto que les había producido su choque contra Soult era tan grave que no eran operativas; los 36.000 soldados del ejército de Valencia eran en gran parte reclutas sin experiencia, mal equipados y deficientemente instruidos, por lo que Blake, nombrado para el mando por la junta de Cádiz, sólo podía contar de verdad con las dos divisiones que habían luchado con él en La Albuera al mando de los generales Zayas y Lardizábal.

Con toda celeridad intentó mejorar las fortificaciones y preparar a los voluntarios lo mejor posible, porque ya el 19 de septiembre chocaron las avanzadillas del mariscal Suchet con las guarniciones de Oropesa y Peñíscola, que fueron dejadas atrás y bloqueadas. El 23 septiembre Suchet cruzó el río Mijares y llegó ante la vieja fortaleza medieval de Murviedro, hoy Sagunto, que Blake se había esforzado en reconstruir. El mariscal francés pensó que podía tomar por sorpresa a los españoles y lanzó un repentino ataque nocturno el 27 de septiembre, sin embargo sus avanzadas fueron descubiertas y obligadas a retroceder en desorden después de sufrir bastantes bajas. Pero Suchet no estaba dispuesto a permitir que la fortaleza amenazase su línea de comunicaciones con Cataluña, por lo que ordenó traer artillería de sitio y cercar el castillo.

Blake, tenía intención de tener enredados a sus enemigos mediante una serie de operaciones desarrolladas a lo largo del río Palancia y mandó dos divisiones con el objetivo de amenazar los flancos de los franceses, aunque no pudieron hacer gran cosa y fueron rechazadas por el grueso de las tropas de Suchet. La artillería de grueso calibre había salido de Tortosa y se detuvo en Oropesa donde fue empleada para machacar las fortificaciones hasta que la guarnición se rindió. El 16 de octubre los cañones pesados y los morteros de sitio se encontraban en Sagunto, que fue sometido a un bombardeo que duró 48 horas seguidas, momento en el cual la infantería francesa fue lanzada al ataque. Desgraciadamente para los asaltantes, la artillería no había sido todo lo eficaz que se esperaba de ella y la pequeña brecha no pudo ser traspasada por las columnas imperiales que fueron obligadas a retroceder una y otra vez. Era preciso volver a empezar de nuevo, pero entonces llegó la noticia de que el general Blake se dirigía a su encuentro, por lo que Suchet, tras dejar una fuerza sitiadora vigilando la fortaleza de Sagunto, marchó contra las tropas españolas.



*Suchet entra en Valencia. Tras la derrota de Sagunto, nada ni nadie podía detener a los franceses que tendrían en el duque de la Albufera a uno de los más eficaces y prácticos gobernantes y administradores que hubo en España durante la guerra.*

El mariscal sólo disponía de 14.000 hombres, en tanto que sabía que el ejército valenciano tenía al menos 28.000, pero estaba tan ansioso por librar de una vez por todas una batalla a campo abierto que acabara de una vez y para siempre con ejército de Blake, que le daba igual, pues sabía de la mejor preparación de sus hombres. Tras situarse con su izquierda protegida por el Mediterráneo colocó el grueso de sus tropas a la derecha, a lo largo de 5 km en los montes del Espíritu Santo, por donde pensaba que podría intentar envolverle el ejército español. El flanco expuesto quedó al mando del general Chlopicki con 3.900 soldados

infantería y 450 jinetes, en tanto casi toda la división de Harispe se situó en el centro de la línea, formando el ala izquierda las dos divisiones de Habert y quedando dos brigadas de infantería italiana y 1.300 jinetes de reserva en el centro.

Tal y como sospechaba Suchet el general Blake tenía intención de envolver el extremo occidental de su línea y destruirlo, manteniendo al cuerpo principal francés en su sitio mediante un fuerte ataque frontal. La mañana del 23 de octubre el ejército español avanzó hacia la línea francesa aprovechando su superioridad numérica, con los batallones de Villacampa y Miranda, ascendiendo para chocar con los hombres de Chlopicki desplegados frente a ellos, aunque para su sorpresa los batallones de Robert que se encontraban en vanguardia atacaron en tromba a la formación española y el regimiento de infantería 44 a los soldados de Miranda. La formación de Villacampa no pudo resistir, dejando sin protección a los flancos interiores de los batallones de Miranda.

Como los españoles vacilaban, los dragones italianos del regimentó Napoleón descendieron desde la cima del monte en la que estaban sobre la infantería de Miranda y su flanco izquierdo, mientras el derecho sufría los ataques del 44° de infantería francés, sumándose pronto la división entera a la retirada de Villacampa pendiente abajo y en total confusión. La poderosa caballería francesa atacó ahora a los jinetes de San Juan que fueron barridos, obligándoles a retroceder sobre los batallones de infantería que todavía no habían entrado en acción. Al ver el éxito de su caballería, Chlopicki dirigió a su infantería a otra carga contra la línea enemiga que al poco tiempo sin poder resistir se deshizo, hundiéndose completamente la izquierda de Blake[51].

El centro derecha española abierta en combate poco antes de que se produjera el desastre de la izquierda, Blake había situado los batallones valencianos de reserva en el puente del Picador, pues eran las experimentadas divisiones de Zayas y Lardizábal, las que atacaban la zona media de la línea de Suchet. El fuego de unas lanchas cañoneras que se encontraban en la costa desconcertó a los franceses y el general Habert tuvo que dejar de defender su flanco, mientras a Harispe tampoco le iban bien las cosas, pues las tropas por las tropas de Lardizábal le habían expulsado del montículo que tenía en la izquierda del centro francés. Por si fuera poco, los españoles consiguieron subir su artillería a la cima,disparando de forma devastadora contra los franceses que se encontraban debajo.

Suchet comenzó a pensar que el enemigo podía abrir una brecha en su mismo centro, por lo que ordenó al general Harispe que dirigirse a sus hombres contra las tropas españolas y eliminase como fuera los cañones. El general francés tuvo éxito, pero necesitó tres escuadrones de caballería como refuerzo y su avance quedó pronto estancado, al hacer entrar Lardizábal en la lucha a su segunda línea. De nuevo las tropas francesas tuvieron que hacer un esfuerzo para hacer retroceder a los españoles y desplegaron una batería frente al flanco derecho de sus enemigos, si bien una carga en masa de caballería española sobre los jinetes franceses mientras éstos están desplegando los obligó a refugiarse en la retaguardia y cayó sobre la batería. Al perder las unidades que cubrían su ala oriental la división de Harispe se encontraba en una situación muy mala, pues la caballería española, que había invadido la batería, también amenazaba con cargar contra el flanco de la infantería francesa.

Ante un hecho tan grave, el mariscal Suchet hizo retroceder el regimiento que se encontraban más a la izquierda de la línea de Harispe y lo desplegó oblicuamente para proteger el flanco amenazado, a continuación su caballería pesada formada por 350 coraceros del 13^er^ Regimiento[52] cargó contra la caballería española que incapaz de hacer frente al muro de acero que se le venía encima se desmoronó, si bien en parte luchó con enorme valor dada la diferencia de calidad existente. La caballería imperial alcanzó la orilla del Picador y una de las baterías de Lardizabal. Poco después la reserva de tropas italianas de St Paul entró en acción y avanzando a través de un olivar atacaron la línea española ya muy desordenada, haciendo que los hombres de Lardizábal comenzaran por fin a flaquear y a retroceder. La batalla se inclinaba claramente del lado francés.

El repliegue final de la división veterana de Lardizábal y de los soldados que se precipitaban hacia el puente del Picador provocó la retirada de todas las unidades de Blake envueltas en la batalla. La división de Zayas hizo lo mismo y Habert asaltó el pueblo de Puzol, pero la resistencia de los guardias valones de la infantería española impidió que la retirada fuese una catástrofe aún mayor. Los

hombres de Zayas habían tenido pérdidas gravísimas, pero su división pudo pasar al otro lado el río Picador sin ser totalmente destruida.

Los últimos combates con las tropas de Lardizábal aún proseguían hasta que el 24 Regimiento de Dragones francés cruzo el río Picador y terminó por deshacer a la división española que ahora se dio a la fuga. La persecución duró 11 kilómetros y en ella se produjeron centenares de muertos.

### Consecuencias

Las tropas de Blake, derrotadas y agotadas, se retiraron hacia Valencia incapaces de tomar ningún tipo de acción ofensiva. En el lado francés, al acabar la acción, el mariscal Suchet y sus hombres podían estar satisfechos, habían vencido a un ejército muy superior numéricamente, aprovechando su valor, energía y experiencia. Sus bajas eran aproximadamente de 1.000 hombres y a cambio habían acabado con 6.000 enemigos entre muertos y heridos, y capturado centenares de prisioneros. Además, la rotunda victoria francesa, acabó con el ánimo de los defensores de Sagunto que se rindieron, sumando 2.500 prisioneros más a los que ya tenían los franceses.

A pesar del triunfo, el mariscal francés sabía que combatir a españoles dispuestos a defender hasta el final una ciudad no era lo mismo que arrasar a sus soldados inexpertos en campo abierto, por lo que tras enviar al norte a los prisioneros, prefirió recuperarse, esperar refuerzos y no marchar todavía sobre Valencia. De momento todo marchaba bien y había inflingido una dura derrota a Blake y a su ejército refugiado ahora en Valencia, donde si tenía éxito habría acabado con el último ejército español de campaña.

47 Es un lugar común criticar a Wellington por su obsesión por tener todo controlado y por su extrema y en ocasiones maniática prudencia, pero lo cierto es que a pesar de que siempre se desprecia su carrera en la India, su aprendizaje en las campañas en el gran país asiático le hicieron valorar extremadamente este aspecto esencial en toda operación militar. No hay que olvidar que él siempre consideró que fue Assayé, librada en la India en 1803, la batalla más sangrienta de su vida.

48 Los dos bandos habían cometido actos brutales contra la población civil. El campeportugués y los habitantes de las pequeñas villas y aldeas por las que pasaron las tropas pasaron un verdadero infierno y se cometieron crímenes horrendos.

49 La plaza extremeña había sido conquistada por los españoles en la Guerra de las Naranjas en 1801 e incorporada a España como botín de guerra, algo que Portugal no aceptó fácilmente. Es el territorio español que menos tiempo lleva bajo soberanía nacional.

50 El general Mendizábal había sustituido al marqués de La Romana, fallecido de muerte natural.

51 Sobre la batalla de Sagunto se está publicando en la actualidad —en varios tomos— un excelente libro de José L. Arcón que está revisando muchos conceptos erróneos sobre la batalla misma y sobre la campaña de Valencia.

52 Los coraceros no tenían rival, pero aún así el papel de la caballería española en la batalla fue muy discutido pues hubo desde unidades como los húsares de Castilla que llegaron a cargar a la caballería pesada francesa a pesar de su enorme inferioridad a otras, como los húsares de Fernando VII, que al término de la lucha fueron disueltas por cobardía —aunque más tarde, en 1813, se les reconstruyó, jugando un papel importantísimo en las campañas de la Independencia Americana—.

# CAPITULO XI

## 1812 EL CONTRAGOLPE ALIADO



*Un dragón ligero del 13er regimiento. La caballería británica se batió bien en los Arapiles y estuvo a la altura de los formidables jinetes de Napoleón. La batalla pudo haber sido decisiva, pero a la postre la campaña acabó de forma decepcionante.*

*La nación española es libre e independiente y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ni persona.*

*Artículo 2 de la Constitución de 1812*

*Nuestro ejército era más numeroso que el de Wellington e infinitamente superior en caballería y artillería. Todos los hombres estaban seguros de que saldríamos victoriosos. Había llegado el momento de derrotar a los ingleses y, quizá, de expulsarles de la Península. Pero esta oportunidad tan espléndida, tan decisiva, con tan pocas circunstancias adversas, se dejó pasar.*

*El general Foy, recordando la falta de decisión del rey José I en la ofensiva de noviembre de 1812.*

## VALENCIA SE RINDE

La felicidad de Napoleón por el triunfo de Suchet en Sagunto fue enorme y ordenó que de inmediato se le enviaran otros 12.000 hombres de refuerzo para continuar la campaña. Las divisiones de Reille y Salveroli, en cumplimiento de la voluntad de Napoleón, se incorporaron al ejército de Suchet a lo largo de noviembre y Musnier dejó a Caffarelli el mando en Aragón para llevar su división a las costas valencianas. El día de Nochebuena de 1811, Suchet, tenía ya 33.000 soldados, una fuerza respetable con la que pensó que podía atacar Valencia, poniéndose en marcha dispuesto a terminar el trabajo y a ocupar una ciudad contra la que se habían estrellado grandes generales de su país.

En el lado español Blake no había estado inactivo, tras semanas de trabajo agotador había logrado diseñar un buen sistema de terraplenes que ocupaba 13 kilómetros a lo largo del lado norte de la ciudad y, convencido de que el ataque más importante se llevaría a cabo por el centro de sus defensas, desplegó en esa zona lo mejor de sus tropas. Sin embargo, para desgracia de los defensores, el asalto principal vino por el ala izquierda en el que se encontraba la división de Mahy, que sufrió el asalto de 25.000 soldados franceses, que les pasaron literalmente por encima, pues les superaban en una proporción de 5 a 1. Tras este desastre el enemigo atacó, tras pasar el Guadalaviar, por el lado de la costa y las tropas del general Obispo que se encontraban en ese sector no respondieron mejor que las de Mahy y se hundieron, por lo que asaltado por ambos flancos Blake no tuvo más remedio que abandonar el sector central de los reductos y al ejército francés logró cerrar el cerco de la ciudad. Ahora los defensores podían contar sólo con unos 17.000 hombres, a los que había que sumar los casi 100.000 civiles que se había reunido en la ciudad. Como en Zaragoza, un número tan enorme de personas planteaba enormes problemas logísticos, ya que no había alimentos para todos y además la indisciplina y los alborotos eran constantes. Blake era culpado por muchos de la derrota y se cuestionaba su autoridad y tampoco hallaba nadie la forma de conseguir alimentos.



*Los británicos dependían en exceso de su bagaje y de su capacidad para mantener bien vestidos y alimentados a sus soldados, a cambio tuvieron el ejército mejor mantenido de las Guerras Napoleónicas.*

Un pequeño intento de abrirse paso a través de las líneas francesas fracasó de forma estrepitosa y los defensores no parecían dispuestos a resistir mucho más. El 1 de enero de 1812 llegaron los cañones de sitio desde Sagunto y comenzó la apertura de trincheras y paralelas abandonado las tropas españolas las últimas posiciones en el exterior y refugiándose tras los muros de la ciudad. Unos días más tarde cayeron los primeros proyectiles sobre los tejados y las casas y la moral de la ciudad se vino abajo. El 8 de enero se rendía a los franceses, que lograron un botín inmenso, más de 350 piezas de artillería, ingentes cantidades de material, municiones, armas y 16.000 prisioneros que con 21 banderas y estandartes daban fe del gigantesco triunfo obtenido. El último ejército de campaña español capaz de tomar la ofensiva contra los franceses había sido liquidado y además, los vencedores exigieron a los ciudadanos una contribución de guerra de 53.000 francos.

Suchet había alcanzado su mayor momento de gloria y fue premiado por el emperador con el título de duque de la Albufera. Ahora podía prescindir de las tropas de la división de Montbrun, que le fue devuelta a Marmont y siguió la

campaña. En el sur cayó Denia y en el norte la fortaleza de Peñíscola, que estaba bloqueada desde el principio de la campaña, se rindió.

### Vuelven los ingleses. El asedio de Ciudad Rodrigo

Durante la segunda mitad de 1811 el más importante de los ejércitos de campaña aliados permanecía inactivo en Portugal, donde las tropas del duque de Wellington se habían retirado a la región de Beira, minadas por la enfermedad y la deserción, en medio de un país arrasado al que la presencia de ejércitos extranjeros estaba suponiendo una carga insoportable. Durante el ese periodo, Wellington no aprovechó sólo para recuperarlas física y anímicamente, sino que también aprovechó para traer del valle del Duero material que sabía iba a necesitar cuando volviese a entrar en campaña y que fue acumulando en la plaza de Almeida. A primeros de enero de 1812, con constantes noticias acerca de los preparativos de Napoleón para una campaña contra Rusia, creyó que ya era el momento de volver a la acción.

Todas las tropas se concentraron en el río Águeda, en medio del frío invernal y se dirigieron a Ciudad Rodrigo que de nuevo quedó sitiada el 8 de enero, el mismo día que se rendía Valencia. En realidad, la fortaleza no había cambiado mucho desde el sitio de Ney de 1810. En cuanto a los defensores, los dirigía el general Barrie, tenían enormes reservas de municiones y piezas de artillería más que suficientes, pero para su desgracia, sólo eran 2.000, lo que les situaba en una situación muy comprometida, pues no eran bastantes para ocuparse de todo el perímetro y atender con eficacia a las piezas.

Desde el primer momento en que comenzó el bombardeo, el general británico ordenó a sus artilleros que llevasen a cabo sobre la ciudad un bombardeo atroz. En medio del fuego los asaltantes tuvieron muchos problemas para obstaculizar los trabajos de los zapadores ingleses que el 11 de enero ya habían terminado una paralela e instalado siete baterías y aunque el 13 se examinó la conveniencia de lanzar ya un asalto en masa, se prefirió esperar a tener una segunda paralela terminada y tras expulsar a los franceses de un convento extramuros, se terminó a menos de 200 metros de las murallas.

Una salida de los hombres de Barrie en la noche del 14, retrasó algo los progresos de los británicos, pero se comprobó que las obras de restauración que hicieron los franceses tras la toma de la ciudad por Ney habían sido de muy mala calidad y parte de la argamasa y el cemento se desprendía a las primeras explosiones, por lo que a pesar de la resistencia de los defensores, las obras de asedio marchaban a un ritmo magnífico y el 18, los cañones pesados instalados en la batería de la segunda paralela abrieron fuego, creando enormes agujeros y brechas que los hombres de Barrie no pudieron limpiar y comprendiendo que no había nada que hacer, se retiraron al interior de la ciudad. Poco a poco los británicos siguieron progresando y los franceses hicieron estallar una inmensa mina cuando vieron que todo estaba perdido. La explosión acabó con la vida del general Mackinnon y una parte de los asaltantes, pero no sirvió de nada y la guarnición entregó las armas, dedicándose los ingleses a uno de los brutales saqueos con los que obsequiaron a las ciudades españolas que eran "liberadas".

La toma de Ciudad Rodrigo fue, militarmente hablando, un notable éxito para Wellington, ya que aparte de las bajas producidas a los franceses —1.300 prisioneros y 500 muertos y heridos— había que tener en cuenta algo fundamental, aunque las bajas eran serias —1.300 hombres, incluyendo dos generales, pues además de Mackinnon también murió Craufurd—, lo cierto es que se había logrado algo muy importante, ganar tiempo.

### La campaña inútil. Marmont en Portugal

Convencidos de que tarde o temprano los incansables ingleses volverían a la carga, Marmont había pedido de forma insistente refuerzos y los recibió, 16.000 nuevos soldados que no le servirían para casi nada, porque cada vez tenía más territorio que proteger.

Napoleón, cada vez más obsesionado con Rusia, ya no tenía una visión racional y proporcionada de los sucesos de España y apremió a Marmont para que el Ejército de Portugal, realizase una maniobra ofensiva y entrase en el país vecino por Beira, donde se encontraba el ejército de Wellington. Sin embargo, aunque no tenía más remedio que obedecer, el mariscal sabía perfectamente que esa iniciativa no serviría para nada, ya que no produciría ningún daño efectivo a Wellington. El

mariscal, finalmente, decidió no hacer caso al emperador, su intuición le decía que si Wellington había tomado Ciudad Rodrigo, su siguiente movimiento sería contra Badajoz, para de esa forma controlar dos puntos clave de cara a futuras invasiones de España, por lo que empezó a desplazarse hacía el sur.

Napoleón fue el encargado de hacerle cambiar de opinión, pues le comunicó que debía de trasladar a la división de Bonnet —que seguía en León—, al Ejército del Norte del mariscal Dorsenne y sólo le autorizaba a recuperar 10.000 hombres si Wellington pasaba a la ofensiva en el interior de España. Marmont, obviamente se indignó ante tal medida, ya que no sólo obstaculizaba sus planes —bastante sensatos, por cierto—, sino que mostraba un profundo desconocimiento de la naturaleza de la guerra en España. Afortunadamente para Marmont, de nuevo Napoleón cambió de opinión cuando supo de la rendición de Ciudad Rodrigo y de que los ingleses estaban de nuevo a las puertas de Salamanca, dejándole la división de Bonnet, pero animándole a pasar a la ofensiva, si bien calificó la idea de que Wellington iba contra Badajoz de absurda y volvió a ordenarle moverse hacia le oeste. La situación volvía a ser la misma que en enero, pero ya era marzo y se había perdido un tiempo precioso[53].

Las tropas del Ejército de Portugal llegaron ante Ciudad Rodrigo, defendida por 3.000 soldados españoles, el 30 de marzo. No tenían cañones de sitio, pues los habían perdido precisamente aquí cuando Barrie rindió la ciudad, por lo que aparte de muecas a los defensores poco más podían hacer contra ellos y para tomar la plaza, así que tras bloquearla, decidieron probar suerte en Almeida. Llegaron a la plaza fuerte portuguesa y se encontraron lo mismo, y tras unos choques con la milicia portuguesa, descendieron hacia el sur siguiendo el curso del Côa, hasta Sabugal y luego a Guarda, donde por fin Marmont libró un combate algo más serio contra la milicia de Trant y las unidades portuguesas de Wilson, a las que sorprendió e hizo huir. Había perdido el tiempo dando un paseo por una tierra destruida completamente, saqueando villorrios abandonados y combatiendo contra milicianos mal armados, agotando a sus hombres y perdiendo 1.500 caballos en medio de un país desierto. Cuando le llegaron las noticias del ataque de Wellington a Badajoz, el emperador, que no había querido escucharle, le pidió ahora que marchara apresuradamente al sur, pero ya no servía su esfuerzo para nada. La ciudad extremeña había caído el 6 de abril.

### El horror de Badajoz

Wellington siempre había deseado tener el control de Badajoz pues teniendo en sus manos Ciudad Rodrigo, podría tener abiertas las rutas de penetración en España por el norte y por el sur y elegir luego el camino más conveniente. Para preparar el asedio, concentró previamente 58 piezas de artillería de grueso calibre, 1.000 artilleros, ingenieros y zapadores y un enorme ejército de ocho divisiones anglo-portuguesas, cuatro brigadas independientes y toda su caballería, en total 60.000 hombres.

Tras construir los ingenieros ingleses un puente de pontones en el Guadiana, el 14 de marzo las tropas de Wellington estaban en la otra orilla e iniciaban su marcha. El 16, en pleno avance, el ejército británico se dividió. Al contingente más pequeño, unos 5.000 españoles, se les encomendó ir en dirección a Sevilla para amenazar a Soult en su capital, otros dos fuertes grupos, al mando de Hill y Graham, avanzaron hacia el encuentro con las tropas de D'Erlon, que al ver su aproximación se retiraron en dirección este y, finalmente, el grupo mandado por el propio Wellington, fue el encargado de tomar cumplida venganza de los dos anteriores fracasos y conquistar Badajoz.

Por supuesto, el astuto y eficaz general Phillipon no había perdido el tiempo, aparte de cerrar las brechas, reparar reductos, trincheras y murallas creó un laberinto de túneles llenos de minas que se podían detonar a distancia y usando el arroyo de Rivallas, inundó una enorme zona en el acceso sudoeste. Wellington vio factible comenzar el ataque el 17 de marzo contra el fuerte de Picurina, abriendo una paralela que llegó a 200 metros del muro. Una crecida inesperada del Guadiana entorpeció seriamente las labores de sitio que no pudieron proseguir hasta el 24, cuando tras horas de intenso trabajo se logró situar una batería de 28 cañones ante el fuerte Picurina que recibió centenares de granadas y proyectiles a veces a menos de 400 metros de distancia.

El asaltó se dio como estaba previsto y al igual que habían hecho en Ciudad

Rodrigo, las tropas anglo-portuguesas eligieron atacar por el máximo de lugares posible, para que los asediados no supieran cuál era el verdadero ataque principal y se vieran incapaces, por su escaso número, de atender a todos los puntos al mismo tiempo. Por lo tanto, fue la inferioridad numérica de los franceses lo que finalmente decidió el combate. Lo que sucedió tras la conquista de la ciudad es algo sobre lo que los historiadores ingleses pasan de puntillas, pero fue el mayor saqueo a que se sometió a una ciudad española durante la guerra, cuando hordas de enloquecidos salvajes con el uniforme rojo del ejército británico, saquearon, violaron y mataron a placer sin ser contenidos por Wellington ni por sus oficiales durante casi treinta interminables horas. Badajoz es una mancha que el ejército del Reino Unido jamás podrá borrar[54].

**Intermedio andaluz. Bornos**

Durante la maniobra de Soult para tomar Tarifa, las tropas aliadas hicieron varios movimientos de diversión encaminados a aminorar la presión sobre Ballesteros. Todas ellas tuvieron como único gran resultado visible, contribuir a la cada vez mayor pérdida de fuerza de las tropas de Soult, que tras perder demasiados hombres en Badajoz tenían que cubrir un territorio demasiado amplio. La ofensiva de Suchet contra Valencia a principios de 1812 le privó de varios regimientos durante semanas, pues tuvo que cumplir las estrictas órdenes de Napoleón. Finalmente la preparación del ataque a Rusia fue el golpe definitivo, pues todas las tropas polacas de las que disponía —6.000, de una calidad excelente y formadas por soldados de valor a toda prueba— tuvieron que partir para Francia. En febrero de 1812 sólo disponía de 15.000 hombres.

Sin embargo, la habilidad de Soult difícilmente podía discutirse. Con un trabajo intenso y esforzado mantenía a sus hombres en constante acción. Sus tropas debían de vigilar los caminos, los puestos esenciales para mantener abiertas las comunicaciones y evitar que las tropas del 4° Ejército español terminasen por suponer una amenaza grave. Al fin y al cabo Ballesteros no lo estaba haciendo mal. Desde su refugio de San Roque podría amenazar el despliegue francés, obligando a Soult a establecer unidades volantes que le persiguiesen por la Serranía de Ronda y los límites entre las actuales provincias de Málaga y Granada. Si bien los franceses tenían todavía en el sector una indiscutible superioridad numérica y de calidad en caballería, tampoco disponían de demasiada para el amplio territorio que debían cubrir.

En consecuencia, el mariscal francés ideó un plan que le permitiese eliminar la amenaza española, empujando a Ballesteros hacia la Serranía impidiéndole estorbar sus movimientos estratégicos principales. Para ello había decidido utilizar la línea del Guadalete, que tenían una importancia fundamental. Jerez y Arcos de la frontera contaban con fuertes guarniciones y en mayo comenzó a fortificarse Bornos, y también había fortificado un fuerte reducto en lo más alto de Zahara para controlar los movimientos de tropas manteniendo así bien vigilada la Sierra de Grazalema.

Con este dispositivo la 1ª División del ejército de Soult, bajo el mando del general Conroux de Pipinville, debía de acelerar las obras en curso en Bornos y vigilar que el enemigo no realizase ninguna acción de entorpecimiento.

El general Ballesteros no podía permanecer impasible ante las noticias que sin duda tenía, de las labores de fortificación que realizaba el enemigo y, en consecuencia, decidió tomar la iniciativa y atacar a las tropas francesas antes de que éstas terminaran su tarea. Tras concentrar sus tropas en San Roque, donde tenía su abrigo principal, con una fuerza cercana a los 9.000 hombres se desplazó siguiendo el curso del Guadalete en dirección a Arcos de la Frontera y lo atravesó por un vado el 1 de junio. Como era habitual en los ejércitos españoles, contaba con poca caballería, pero aun así, sus húsares y cazadores[55] realizaron una buena tarea de exploración para detectar si el enemigo se apercibía de su movimiento, lo que desgraciadamente había ocurrido, pues el general Conroux sabía perfectamente lo que iba a suceder y situó a sus tropas al amparo de las fortificaciones que tenía casi terminadas y solicitó refuerzos a la vista de su notable inferioridad numérica. Ballesteros contaba no obstante con algunas ventajas, como su superioridad numérica y la disposición favorable de sus tropas, bien motivadas y experimentadas[56]. Su inferioridad clara en caballería no le preocupaba, pues el núcleo de la caballería enemiga estaba lejos del que iba a ser el principal escenario de

la lucha.

Las tropas españolas se comportaron en la carga inicial bastante bien. Sorprendidos los franceses por la violencia del asalto español respondieron de la forma en la que estaban acostumbrados y aprovechando que contaban con caballería bien preparada atacaron el flanco del despliegue español, sin que la 3ª división, que operaba como reserva, pudiese hacer nada para impedir el avance enemigo. El frente español se hundió.

Los generales Cruz Mourgeon y el príncipe de Anglona intentaron que sus hombres dejaran de retroceder hasta el río, pero todo fue en vano. Los franceses, muy inferiores en número, salieron de sus posiciones y atacaron con firmeza el ala izquierda española en la que se encontraba la vanguardia del marqués de las Cuevas que acabó cediendo. A continuación la caballería francesa avanzó sobre las otras columnas amenazando con envolverlas y finalmente las arrollaron a todas, provocando más de 1.500 bajas y la pérdida de cuatro piezas de artillería y varias banderas. Los húsares de Castilla y los cazadores de Ubrique, junto con los dragones de Madrid, al mando del coronel Luis del Corral, realizaron varias cargas cortas para proteger la retirada, logrando con su esfuerzo que los granaderos del batallón del General, liderados por Rafael Cevallos, realizaran un contraataque y recuperaran uno de los cañones que los franceses habían apresado, aunque, finalmente, al defenderlo de la reacción francesa, cayó abatido de un balazo junto a la pieza[57].

La retirada española no fue fácil y si bien no fue tan sencilla como la consideró el general Ballesteros en su parte de la acción; tampoco fue una espantosa carnicería como la pintaron los franceses. Aparentemente el triunfo de Conroux parecía demostrar la solidez de la labor realizada por el mariscal Soult, pero las acciones de diversión de otras tropas aliadas evitaron que pudiese acabar con la amenaza de Ballesteros, que en unas semanas estaba otra vez dispuesto para la lucha.

La victoria francesa había sido brillante, pero el acoso constante de Ballesteros era insoportable para Soult, que decidió terminar definitivamente con la amenaza de Tarifa, por lo que resolvió, aprovechando el buen tiempo, atacar el corazón del refugio del escurridizo enemigo y aplastarlo. Sin embargo, cuando ni siquiera había terminado los preparativos, le llegó la noticia del avance del general británico Hill contra las tropas de D'Erlon, situadas al noroeste, que obligó al mariscal a suspender su operación contra Tarifa y hacer frente a la nueva amenaza. El resultado de los choques entre las tropas de D'Erlon y Hill fue notablemente favorable a los franceses.

Esta fue la última acción de Hill, pero a pesar de la derrota, su maniobra de diversión tuvo un éxito absoluto, pues alejo la amenaza sobre Ballesteros que al poco tiempo realizó una incursión contra Málaga, y tras ser perseguido por los generales Leval y Villate, logró escapar de nuevo. No hizo falta que el hábil general español esperase mucho para ver el éxito, pues tras el desastre de los Arapiles, a finales de agosto los franceses comenzaban a retirarse de Andalucía. Nunca más iban a volver[58].

**La campaña de Salamanca**

Almaraz se había convertido en un punto importantísimo para la estrategia francesa, porque su puente era esencial para mantener abiertas las comunicaciones entre las tropas del Ejército de Portugal de Marmont y las del Ejército del Sur de Soult, en Andalucía. Los británicos tuvieron la ocurrencia de lanzar contra él un ataque del tipo de lo que hoy llamaríamos de comandos, que tuvo un éxito completo, cortando las comunicaciones entre las dos grandes unidades francesas que podían oponerse a los planes de Wellington. Además, la incursión alarmó mucho a Soult que estaba convencido de que el principal ataque inglés se produciría por el sur y no por Salamanca. Sin embargo, se equivocaba.

Los 16.000 hombres de Santocildes, siempre dispuestos a apoyar a Wellington, se pusieron de nuevo en acción, pasando a la ofensiva en el noroeste, de igual forma que Ballesteros y Hill lo hacían en el sur, solicitándose a los guerrilleros que aumentasen su actividad para mantener ocupado al máximo número de tropas imperiales posible. En las costas cantábricas la intensa actividad de la flota del almirante Popham siguió desembarcando grupos armados, que luego se desplazaban al interior para unirse a las guerrillas, y capaces, en 1812, de actuar como verdaderas divisiones. En el Mediterráneo, se intentó algo parecido con el desembarco de una fuerza mixta británico-siciliana-española al mando del general

Maitland, que tenía como objetivo impedir que Suchet se uniese a Marmont.

Con todos los planes en marcha, el 13 de junio, el ejército aliado se puso en movimiento con sus ocho divisiones de infantería, cuatro brigadas de caballería y 54 piezas. Aunque pronto fueron localizados, no hubo serios incidentes, porque Marmont no tenía ninguna intención de suicidarse. Dejó un pequeño grupo de soldados para defender una serie de conventos fortificados en Salamanca y se retiró hacia el norte para concentrar sus fuerzas, que eran a 19 de junio 36.000 soldados de infantería, 2.800 de caballería, la mayor parte con remontas de necesidad y 80 cañones. En Madrid el rey José recibió la información de los reconocimientos de la caballería de Marmont que le pedía refuerzos urgentes, pero el rey José no sabía qué hacer, porque habían llegado cartas de Soult, que afirmaban que el ejército aliado marchaba hacia el sur ¿Qué hacer entonces? El rey solicitó de sus mariscales pruebas concluyentes y en ese periodo de tiempo en el que dudó, Wellington, siempre temeroso, se opuso a dar una batalla, limitándose a atacar a partir del 17 los conventos de Salamanca, protegidos por 800 soldados y 36 pequeños cañones.

Marmont se había puesto en marcha mientras Wellington dudaba y el 20 de junio estaba ya en los montes de San Cristóbal, casi junto a lugar seleccionado por el general inglés para la batalla ideal. Tras reconocer el terreno y después de varias escaramuzas, el mariscal francés con sólo 30.000 hombres, no iba a arriesgarse inútilmente, permaneciendo a la defensiva en un lugar que eligió todo el día y el 22 se situó en otra posición defensiva a 9 kilómetros al noroeste. Para Wellington, que esperaba atraer al combate a los franceses, la astucia de Marmont fue una decepción y ambos ejércitos permanecieron inactivos.

El tiempo comenzó a correr a favor de los franceses y Wellington regresó a Salamanca a proseguir el sitio de los conventos fortificados y, tras recibir el 26 más munición para la artillería pesada, los sometió a un demoledor bombardeo, y uno tras otro se rindieron. Cuando Marmont percibió que el ruido de los cañones de sitio había desapaecido, concluyó que habían caído y se replegó sobre el Duero, donde lo que comprobó fue que las esperadas tropas no llegaban. La verdad es que no era tan sencillo que lo hicieran. La división Bonnet estaba enredada en Asturias en fuertes combates con las guerrillas e igual estaba el general Caffarelli, por lo que envió a la división de Foy a lo largo del Duero para que su caballería efectuase un reconocimiento de amplio radio en busca de información sobre lo que pasaba. Las noticias que le trajeron eran muy preocupantes. Los soldados portugueses del general Silveira cercaban Zamora y los españoles de Santocildes, Benavente y Astorga.

Lo que no sabía Marmont era que a Wellington tampoco le marchaban sus planes como había esperado. Ahora decidió perseguir a Marmont, con gran arrepentimiento por no haber atacado el 21, cuando se le había presentado una oportunidad tan favorable, pero como siempre, las noticias de otros frentes le hicieron dudar, pues la ofensiva en Levante no había empezado, con el riesgo de que Suchet pudiese apoyar de forma efectiva a Marmont y las operaciones de Santocildes contra las fortalezas sitiadas que no podía tomar, no ayudaban a que pudiese desviar la atención de las tropas francesas. En consecuencia, lentamente, la situación se iba inclinando a favor de Marmont, que prudentemente ocupó una excelente posición defensiva al norte del Duero, donde por fin, se le unió Bonnet. Con 43.000 infantes, 2.200 jinetes con serios problemas y 78 cañones, aun a pesar de su débil y poco operativa caballería, decidió moverse y cruzó el Duero e inició una serie de maniobras que llegaron a poner en peligro seriamente al ejército aliado, hasta que tras unos días de movimientos estratégicos que agotaron a los infantes franceses, el 21 de julio cruzó el Tormes, mientras los aliados hacían lo mismo cerca de Salamanca y en la orilla sur, tomando posiciones en medio de un intenso aguacero de verano. Amanecía el 22 de julio de 1812 y ninguno de los dos comandantes en jefe pensaba que fuese a darse una batalla y menos una realmente importante.

### Los Arapiles

Las tropas francesas estaban realizando sus movimientos para intentar envolver al enemigo, siguiendo el plan de Marmont, por lo que la división de Bonnet se fue hacia el sur de los Arapiles siguiendo instrucciones. Wellington, por su parte, deseaba continuar su retirada y los montes y los árboles hicieron que ambos

ejércitos no se viesen hasta que los franceses localizaron a la Séptima División, iniciándose entonces un breve combate entre las tropas del general Foy y los *caçadores* portugueses e infantes ingleses.

Wellington prosiguió con su plan y seguía trasladando sus unidades a la otra orilla del Tormes, desplegando su ejército en ángulo recto cuando vio las maniobras de Marmont. La división francesa de Maucune estaba ya frente al pueblo de Arapiles y a las 14,00 horas lanzó un ataque con artillería e infantería ligera y moviendo a los batallones de Thomières que pasaron por detrás de ellos mientras Clausel se desplegaba detrás de las tropas de Maucune.



*Un granadero y un cazador franceses. La superior capacidad de maniobra y una excelente preparación, dieron a los franceses una ventaja decisiva que se mantuvo durante toda la guerra, pero que se perdía al intentar tomar ciudades o fortalezas bien defendidas.*

Wellington, que observaba los movimientos franceses y sus maniobras era consciente de que el enfrentamiento en el pueblo acabaría en un asalto; separó a la Séptima División, que seguía sus combates con Foy, la envío al ala derecha y la intercambió por la División Ligera. Seguía el general inglés esperando el ataque cuando al observar el despliegue francés se dio cuenta que había un extraña anomalía, pues se veía un enorme hueco entre las formaciones de Thomières y Maucune y lanzó un ataque a fondo para aprovechar esta circunstancia. Efectivamente, Marmont había dejado una brecha de casi nueve kilómetros en un frente que carecía de defensas importantes, en tanto Wellington seguía presentando un bloque compacto. Este error le iba a costar al mariscal francés la derrota y la pérdida de su ejército.

El ataque comenzó con una carga de la caballería portuguesa de D'Urban, en la que sería su mejor acción de la guerra y tras bloquear la progresión de los hombres de Thomières, recibió el apoyo de la división de Packenham, cargando contra el flanco derecho de los franceses a los que puso en fuga. Los jinetes franceses de Curto que como hemos comentado habían efectuado una remonta de necesidad y no tenían caballos entrenados para efectuar maniobras complejas, apenas pudieron presentar una seria oposición y fueron rechazados y obligados a abandonar la lucha. Ahora los jinetes de D'Urban y la infantería de Packenham no tenían más oposición que los desorganizados restos de las tropas de Thomières, que cayó en las luchas producidas en la despiadada persecución a sus fugitivos. Tras perder también su artillería, la mitad de sus hombres quedó fuera de combate. Durante este periodo de la batalla tuvieron lugar otros sucesos que si bien no fueron la causa estricta de la derrota francesa, contribuyeron en alguna medida a empeorarla, como el hecho del que el mariscal Marmont cayera herido por una bala de cañón y su sucesor Bonnet también, viéndose obligado a tomar el mando el general Clausel.

En el ala izquierda francesa o, más bien, lo que quedaba de ella, Packenham y sus hombres seguían implacables su avance en tanto las divisiones Cuarta y Quinta atacaban el centro francés, enredándose en duros combates al sur de Arapiles. Bajo la protección de los infantes ligeros, la división de Cole atacó a Clausel y Leith a Maucune, que convencido de que sería asaltado por la caballería aliada comenzó a formar en cuadro. Cuando los hombres de Leith aparecieron fueron recibidos

por una brutal descarga, pero finalmente los anglo-portugueses rompieron los cuadros y forzaron a replegarse a la infantería francesa, momento de desconcierto que la caballería de Marchat aprovechó para atacar a la división de Maucune, que ofreció una fuerte resistencia pero fue arrollada. Tras horas de lucha, pese a su magnífico comportamiento, las unidades de infantería francesa estaban siendo claramente derrotadas, miles de soldados habían caído muertos, heridos o prisioneros, pero parte de los batallones disgregados por el asalto anglo-portugués, se recuperaron y lanzaron un contraataque, que aunque fue rechazado, produjo graves bajas a la caballería inglesa.

Los franceses sólo disponían ya de los hombres del general Clausel, que además estaba al mando. Su posición era buena, pues él y su colega Bonnet, llevaban ventaja en los duros combates que se estaban produciendo en el centro y lanzó un fuerte ataque para eliminar del campo de batalla a la Cuarta División. Logró empujar a los aliados después de una lucha feroz en la que cayeron decenas de hombres y a continuación, tras su pequeño éxito, dispuso de tiempo, bien para organizar una retirada en condiciones y de forma ordenada o bien intentar acabar con el centro de Wellington. Optó por esto último y con el apoyo de los dragones de Boyer, inició un avance arrollador que finalmente fue contenido.

Una vez rechazado su asalto, lo único que Clausel podía hacer era retirarse, pues con su centro e izquierda en franca retirada, sólo la división de Sarrut estaba en buenas condiciones para apoyarle y aún así estuvieron a punto de sucumbir si no llega a ser por la imprevista aparición del general Ferey que, desplegando siete de sus nueve batallones en línea con tres filas y los otros dos en cuadro, logró contener el ataque aliado y desde el bosque de Pelagarcía lanzar una demoledora descarga contra la Sexta División. Su actuación es posible que salvase la retirada del resto, pero convirtió a sus tropas en un imán que atrajo toda la furia aliada y, entre los portugueses de Rezende y los británicos de Clinton, le aplastaron, cayendo el propio general francés, en una lucha durísima de la que las brigadas de Clinton no salieron muy bien paradas.

En el campo de batalla sólo quedaba la persecución final para acabar de destruir al Ejército de Portugal, pero no se llevó a cabo a fondo, lo que ha provocado una gran polémica entre los historiadores. Wellington, como de costumbre, afirmó que la culpa fue de las tropas españolas que debían de haber mantenido en sus manos Alba de Tormes y que se habían retirado de la localidad sin haberlo advertido, pero en descargo de los soldados españoles, hay que recordar que no tenían porqué saber que se iba a librar una gran batalla, entre otras cosas porque ni el mismo Wellington lo sabía. Respecto a la participación española en la batalla propiamente dicha, fue muy limitada, pues sólo intervino la división de Carlos de España y apenas tuvo participación directa en los combates, aunque los Lanceros de Castilla de Julián Sánchez, tuvieron un papel destacado y esencial en toda la campaña que Wellington siempre agradeció.

En cualquier caso la batalla de Arapiles fue la mayor victoria de Wellington desde el punto de vista puramente militar, si bien no tuvo la trascendencia de Vitoria o, por supuesto de Waterloo[59], pero con unas bajas de 4.800 hombres había producido 13.000 al enemigo, de ellos 6.000 muertos y heridos incluyendo dos generales muertos, Ferey y Thomières, y tres heridos, Clausel, Bonnet y el propio mariscal Marmont; el Ejército de Portugal había sido deshecho y se capturaron 20 cañones, y 8 banderas, así como una gran parte del equipo. Fue una victoria rotunda, pero los triunfos hay que llevarlos hasta el final.

**Por fin Madrid**

En la mañana del 23 de julio ya era una evidencia que los franceses se habían retirado por Alba de Tormes y la caballería aliada se puso en marcha para perseguirlos. Durante los días siguientes se produjeron constantes acciones armadas entre las caballería de ambos ejércitos cuando las tropas francesas situadas en otras zonas de operaciones fueron reaccionando y comenzaron a enviar la ayuda que podían a las unidades del derrotado Ejército de Portugal. El rey José I era consciente de que el avance aliado seguiría hacia el centro de España, por lo que intentó ver qué podía hacer para salvar la capital y dejó que Clausel prosiguiese la retirada hacia Burgos del ejército derrotado en los Arapiles. Cuando Wellington se enteró de que el rey seguía en Madrid se dirigido a Valladolid, que los franceses evacuaron el 30 de julio y dejando a Clinton con 18.000 hombres protegiendo la línea

del Duero, marchó al sur para, a través del Guadarrama, ir a Madrid, por la ruta inversa a la seguida por Napoleón cuando salió en persecución de Moore. Disponía todavía de 36.000 hombres, más que suficiente para sus planes.

El rey José, que seguía en la capital, intentaba ver qué posibilidades había de salvar a Clausel y hacia días que apremiaba a Soult para que enviase ayuda al Ejército del Centro, pero el mariscal no le obedeció, por lo que Madrid no podía ser defendida. Aunque el tiempo apremiaba, pues el 10 de agosto la vanguardia inglesa había pasado el Guadarrama, miles de afrancesados y sus familias, más civiles franceses que residían en la capital se prepararon lentamente para abandonarla, pues con ellos iban centenares de carruajes cargados con el producto de media década de rapiña. Para lograr ganar algo más de tiempo, la división de caballería de Treillard, partió hacia el noroeste para intentar entorpecer la marcha de los aliados sobre la capital, atacando por sorpresa a los anglo-portugueses y alemanes de la KGL en Majadahonda y las Rozas, donde después de un violento choque causaron dos centenares de bajas a los aliados.

Esta pequeña victoria defensiva no servía para salvar la capital y el rey abandonó Madrid camino de Ocaña, dejando una guarnición en el Retiro al cuidado de los franceses heridos y enfermos. Wellington entró en Madrid el 12 de agosto, en medio de manifestaciones de alegría de la población, siendo la tercera vez en la historia que tropas inglesas entraban en la capital de España. Las tropas francesas del Retiro se rindieron antes de que comenzase el asalto y dejaron en manos de los aliados enormes cantidades de material.

**Las operaciones en Levante**

Tras su impresionante victoria en Valencia y la caída de los principales bastiones españoles en la costa levantina, todo daba a entender que la ocupación de Alicante sería el paso siguiente que daría el ahora duque de la Albufera y, efectivamente, tras la toma de Denia las tropas francesas se pusieron en movimiento hacia el sur, pero una serie de factores externos a la voluntad de Suchet lo impidieron. La necesidad de cubrir un territorio más amplio, de proteger los convoyes de prisioneros enviados al norte y, una enfermedad que le dejó alejado del mando un tiempo, hicieron que las acciones francesas perdieran fuerza. La campaña de Napoleón en Rusia y la pérdida de más hombres que hubo que ceder al emperador, detuvieron definitivamente las operaciones, quedando un frente relativamente estabilizado.

Los españoles, como era su costumbre, se recuperaron como pudieron aprovechando que se les daba una inesperada tregua. A partir de la división de Mahy comenzó la reconstrucción del Ejército de Valencia, que en el verano ya tenía de nuevo 20.000 hombres. Además era cada vez más intensa la participación británica. Una división anglo-siciliana-española al mando del general Maitland desembarcó en Palamos para realizar acciones de hostigamiento contra las tropas francesas en Cataluña, donde las constantes acciones guerrilleras del ejército de Cataluña eran un problema para Decaen, que el 16 de julio casi pierde Lérida ante un ataque de Lacy.

En Valencia, cuando volvieron las operaciones a intensificarse, la situación de Suchet y de los generales había empeorado mucho y comenzaba a ser preocupante pues se veía presionado por un renacido ejército español. El general O'Donnell, decidido a apoyar la ofensiva de Wellington, y convencido de que no llegarían a tiempo para apoyarle las tropas de Maitland, tuvo la osadía de atacar a Harispe en Castalla el 21 de julio. Parecía imposible que la escasa caballería de Delort que le apoyaba y su infantería pudiesen detener a una fuerza tan inmensamente superior, pero la mala disposición de las tropas españolas que habían dejado una enorme separación entre los tres cuerpos en que se habían dividido, permitió que pudiese atacar en bloque el centro, si bien debido a la superioridad numérica española, la infantería murciana y alicantina recuperó el pueblo expulsando a la caballería de Delort, hasta que llegó la infantería francesa que, con la colaboración de su inmensamente superior caballería, en calidad, que no en número, arrolló a las tropas españolas, que se retiraron en desorden hacia Alicante y pese a que los franceses no fueron capaces de explotar al máximo su victoria, habían causado 3.000 bajas a los españoles por menos de 200 propias. Una verdadera lección. En Alicante, la *Royal Navy* desembarcó a la división anglo-siciliana de Maitland que con la guarnición anglo-española, reunió a 15.000 hombres muy bien armados, equipados y listos para emprender cualquier campaña. Pero tras el desastre de Castalla, el

general inglés consideró que era mejor esperar a que las tropas españolas estuviesen más recuperadas anímica y moralmente.

**La España Constitucional**

Ante avance francés, la Junta Central se trasladó el 13 de enero de 1810 a la isla de León en Cádiz y se disolvió el 29 de enero de ese mismo año, nombrando en su lugar una Regencia, comenzando la elaboración de una constitución. La Constitución significaba la introducción de la democracia en la vida española, pues debía elegirse cada año a los alcaldes, regidores y procuradores síndicos, que habían de constituir los ayuntamientos, así como la elección de la Diputación. Sin embargo, era una obra de su época y no conviene compararla con los trabajos actuales. Así por ejemplo, sólo eran ciudadanos los hombres libres, puesto que se mantenía la esclavitud. Igualmente no tenían derechos de ciudadano quienes servían en el servicio doméstico, que en España eran el 7% de la población. Había también otra serie de limitaciones en los derechos, como que para ser elegido diputado era necesario tener una determinada renta anual.



*La proclamación de la Constitución. El año 1812 será una fecha inolvidable para los españoles, pues el pueblo adquirió por vez primera el derecho a dirigir sus destinos:* La nación española es la reunión de los españoles de ambos hemisferios (artículo 1°). *Pintura mural titulada* Constitución de 1812 en Cádiz.

Lo cierto, en cualquier caso, es que introducía enormes mejoras en materia de justicia, especificando los derechos del acusado y aboliendo la utilización de la tortura. Pero más importante era que establecía la soberanía de nación como pilar del régimen constitucional y la separación de poderes. No obstante, una serie de principios esenciales del régimen liberal no quedaron claramente contemplados; el primero de los problemas fue la absoluta incapacidad de para mantener y proteger una auténtica libertad de prensa e imprenta libre del control de la censura, aunque sí se tuvo éxito con la eliminación del Santo Oficio.

Tanta importancia como la propia Constitución la tuvieron los numerosos decretos que se adoptaron durante la legislatura. Vistos de forma aislada se pudo comprobar que iniciaban una sede de reformas muy profundas que suponían una

completa reestructuración del Estado y de la forma de vida española, pues iban desde la extinción del régimen señorial —4 de agosto de 1811— a la reducción a propiedad individual de los terrenos de propios, realengos y baldíos —4 de enero de 1813—, medidas todas ellas que se anticipaban una futura desamortización. Las Cortes asumieron por lo tanto el papel legislativo que se había atribuido la Constitución e incluso fueron más allá, ya que nunca se resignaron a aplicar estrictamente la separación entre los poderes legislativo y ejecutivo.

En cuanto a la aceptación de la Constitución, fue recibida con entusiasmo por una parte de la elite de la nación que había participado en su construcción y promulgación, pero fue rechazada por la Iglesia y por un pueblo atrasado y analfabeto, fácilmente manejable por quienes no estaban dispuestos a dejar morir el Antiguo Régimen.

### La decepción de Burgos

Tras la rendición de Retiro, el siguiente paso de Wellington fue intentar saber qué era lo que iba a hacer el enemigo, que aún conservaba una enorme fuerza. Tal vez por esta razón, Wellington salió detrás de las tropas de Clausel, pero pronto detuvo la persecución y dejó que se retirara sin ser molestado. El general francés abandonó Burgos dejando una fuerte guarnición para que detuviera a los aliados y marchó al norte en espera de refuerzos, mientras Wellington, que llegó a Burgos el 19 de septiembre, inició el sitió del castillo, una vieja fortificación incendiada en un accidente en el siglo XVIII, que los franceses habían reconstruido. Ahora, estaba protegido por 2.000 hombres al mando del general Dubreton y al haber sido el depósito principal del Ejército del Norte estaba bien equipado de municiones y material.

Cuando llegó a Burgos, Wellington se encontró ante un problema grave generado por la desidia con la que había llevado la campaña tras su brillante victoria de los Arapiles, la falta de la artillería de sitio necesaria, pues las ocho piezas con las que contaba, se iban a mostrar insuficientes para abatir las defensas enemigas, lo que fue realmente un grave error, puesto que disponía de cañones y morteros de sobra a su disposición en Almeida, en Ciudad Rodrigo o en el propio Madrid. Previamente para poder tomar la fortaleza, los ingenieros ingleses habían señalado a un hornabeque que dominaba el acceso al castillo como el punto esencial de la defensa y aconsejaron batirlo con la artillería antes de intentar cualquier acción en fuerza con la infantería. Wellington, altivo y soberbio como siempre, ordenó a las tropas portuguesas de Pack y a la Primera División que lo tomaran, en una noche con una magnífica luna llena en el cielo castellano, iluminando el campo y ofreciendo a los defensores un bonito espectáculo, el de ver a las columnas aliadas ir al matadero. Tras un duro combate la decisión de Wellington les costó la vida o resultaron heridos doscientos ingleses y un centenar de portugueses. Tras una serie de combates más, las bajas el primer día eran ya de 400 hombres, algo realmente preocupante.

Entre el 23 de septiembre y el 22 de octubre, durante un largo mes, los británicos lo intentaron todo, construyeron trincheras y paralelas, lanzaron bombardeos intensos, usaron minas para intentar demoler los lienzos de las murallas y mandaron constantes asaltos de infantería. Incluso a primeros de octubre Wellington, viendo que no progresaba mandó traer desde Santander más artillería pesada y acabó logrando abrir una brecha, pero en una audaz incursión, los franceses acabaron con 150 hombres y destruyeron sus obras, retirándose luego al interior del castillo. El 23, los británicos de dieron por vencidos. Frente a las 300 bajas de los franceses las suyas superaban las 2.000, un verdadero desastre.

### La retirada

Mientras el principal contingente del ejército aliado perdía su tiempo ante el obstinado general Dubreton y las defensas de Burgos, los franceses estaban logrando reunir de nuevo un inmenso ejército y recuperándose, hasta el extremo de poder pensar en efectuar una contraofensiva para reconquistar el territorio perdido. En el norte, a pesar de estar envuelto en constantes combates con las guerrillas, bajo el acoso de la flota inglesa y de las tropas españolas, cada vez más numerosas y agresivas, Caffarelli logró controlar la situación y cedió al Ejército de Portugal 12.000 soldados de infantería y caballería. Desde Bayona una columna de refuerzo pasó la frontera y se unió a las tropas de Souham, que disponía de 53.000

hombres, una fuerza impresionante, que se puso en movimiento hacía el interior de Castilla. Por si fuera poco para los aliados, las tropas de Soult, que ya habían terminado su evacuación de Andalucía, se había unido al rey José, formando un ejército de 60.000 hombres frente al que los aliados sólo podían oponer los 24.000 de Hill, situados en Toledo y los 18.000 de Alten en Madrid, ya que las tropas españolas, en su mayoría guerrillas militarizadas, no eran capaces de emprender operaciones convencionales a gran escala y se limitaban a proteger puntos clave en las comunicaciones, núcleos urbanos y fortalezas.

En cuanto al propio Wellington, cuya indecisión y falta de reflejos era la causa de lo que estaba sucediendo, disponía además de sus 24.000 soldados británicos y portugueses, del apoyo de las tropas de Santocildes, unos 11.000 soldados, a todas luces insuficientes para detener la avalancha que les venía encima. Lo más urgente era impedir que las tropas conjuntas de Soult y el rey se uniesen, por lo que animó al general Ballesteros a dejar Andalucía y penetrar en la La Mancha tras los pasos de Soult y al general Maitland, y avanzar con sus modernas y bien equipadas tropas hacia Valencia. Ambas operaciones salieron mal. El avance español en La Mancha no empezó hasta noviembre y las tropas del duque de la Albufera contuvieron a las tropas españolas, sicilianas y británicas de su sector sin ningún agobio, a pesar de su cada vez más manifiesta inferioridad numérica.

El 2 de octubre las Cortes españoles nombraron al duque de Wellington comandante en jefe de los ejércitos españoles, nombramiento que fue muy contestado por algunos mandos militares que se oponían a que un extranjero pudiese dirigir a las tropas españolas. El general Ballesteros fue uno de los que se opuso furibundamente y tuvo que ser arrestado por orden de las Cortes, tomando el mando de sus tropas el duque del Parque. Cuando el vencedor de Tamanes se puso en marcha hacia el norte en dirección a Madrid, la ciudad ya había sido abandonada por los aliados y la maniobra era innecesaria, por lo que, viendo que los renacidos ejércitos franceses podían avanzar de nuevo al sur, colocó a sus tropas en posición defensiva.

Tras tomar Burgos y enviar tropas por la carretera de Madrid, Souham lanzó una impresionante vanguardia formada por 6.000 jinetes franceses que realizaron una sobrecogedora persecución en arco sobre las tropas aliadas en retirada. Wellington intentó hacerse fuerte en una posición sobre el río Carrión, pero las tropas aliadas fueron desbordadas el 25 de octubre, cuando las tropas de Foy lograron pasar el río en Villamuriel, después de derrotar a la división española que formaba el ala izquierda y de tomar Palencia. Los aliados contraatacaron y recuperaron Villamuriel después de intensos combates en los que perdieron 800 hombres y sólo causaron 350 bajas a los franceses.

El 29 de octubre Foy cruzaba el Duero en Tordesillas logrando obligar a Wellington a abandonar su posición y retirarse de nuevo ésta vez a Valladolid, destruyendo los puentes sobre el Duero y ordenando a Hill que se reuniese con el cuerpo principal del ejército. Souham tuvo que detener la persecución, pues Caffarelli se llevó de nuevo los hombres que le había prestado para poder hacer frente a los violentos ataques guerrilleros y de tropas regulares españolas en todo el norte del país. Terminadas por el momento las operaciones, el Ejército de Portugal, se desplegó en el valle del Duero esperando la llegada del rey José I.

Hill salió de Madrid el 31 de octubre, tras demoler las fortificaciones del Retiro y causar unos daños innecesarios, partió en dirección a Villacastin, seguido por millares de civiles que no estaban dispuestos a ver caer la ciudad de nuevo en manos francesas. Hill se unió con Wellington en Salamanca. D'Erlon, que conocía bien a los británicos era ahora el nuevo comandante en jefe, nombrado por el propio monarca y el 8 de noviembre los franceses disponían de sus tres ejércitos enteros, avanzando hacia Salamanca con sus 80.000 hombres dispuestos a terminar de una vez con los molestos ingleses y, de paso, con las únicas tropas realmente valiosas de España y Portugal. Ante la superioridad numérica aplastante, Wellington, que fracasó en Alba de Tormes en su intentó de bloquear el avance enemigo y estuvo francamente torpe en toda campaña —y luego dicen de los generales españoles—, abandonó su posición defensiva e inició una retirada precipitada, por malos caminos y con muy mal tiempo.

El rey José tenía una gran oportunidad de liquidar la cuestión para siempre. Los aliados se retiraban agotados, sin fuerzas, por pésimos senderos y podían ser alcanzados y aplastados, pero el rey no se decidió a dar la orden y sólo dejó a la

caballería de Soult persiguiendo al ejército enemigo, perdiendo la última ocasión de victoria, pues era evidente que las tropas de Wellington se desmoronaban. Al menos 8.000 soldados habían desertado; apenas tenían municiones, pues la red logística británica estaba destruida; los soldados que aún seguían su marcha estaban enfermos, agotados y desesperados y la caballería y la artillería prácticamente ya no era operativas. El 16 de noviembre la caballería francesa hizo 600 prisioneros y el 17 otros 600 más, incluido el nuevo lugarteniente de Wellington, el general sir Edward Paget. Ese día los franceses abandonaron la persecución y los 18.000 hombres que le quedaban a Wellington se adentraron en Portugal, donde el general británico se ocupó de pedir refuerzos a Londres, material, equipo, vestuario, en fin de todo y a intentar la difícil tarea de convertir a los ejércitos españoles ahora a su mando en una fuerza de combate operativa, para lo que esperaba contar con el apoyo incondicional de las Cortes de Cádiz.

Mientras se reorganizaba en Portugal, Wellington se opuso también con gran firmeza a principios de 1813 a que, ahora que eran conocidas las noticias del desastre de Rusia, se emprendiesen acciones militares británicas directas en el centro de Europa y exigió que todo el esfuerzo se hiciese en España. Su empeño en este asunto, tendría finalemente un gran premio.

En cuanto a los españoles, la sensación de que la guerra no acababa nunca deprimió a muchos. Era cierto que se había liberado Andalucía y Asturias, que con Galicia, Murcia, parte de Valencia y Extremadura, estaban libres de franceses, pero la amenaza persistía y en ciudades como Salamanca, que habían sido ocupadas por unos y otros casi una decena de veces, los ciudadanos veían con desesperación que el conflicto era eterno. Además, la continuación de la guerra exigía un enorme esfuerzo económico a una nación arruinada y empobrecida hasta extremos nunca conocidos.

53 Napoleón decía que el espacio siempre puede recuperarse pero el tiempo nunca. Y tenía razón, lo que pasaba es que en lo referente a España, hacía ya mucho que había perdido la medida de la realidad. Por supuesto, como temía el mariscal Marmont, Wellington atacó Badajoz.

54 Ni les importa. Los ingleses a diferencia de los españoles no tienen ningún complejo con su historia.

55 Se trataba de un escuadrón de húsares de Castilla y otro de cazadores de Ubrique.

56 Aunque había varios batallones de regimientos de línea, contaba con una notable presencia de tropas asturianas entre las tropas de Ballesteros —Cangas de Tineo, Castropol, Infiesto y Lena—.

57 Don Rafael Cevallos Escalera murió heroicamente abrazado a la rueda del cañón defendiéndose hasta el final, cuando un disparo acabó con su vida. Las Cortes honraron su memoria y entregaron premios a su familia.

58 En realidad sí lo harían, con los *Cien mil Hijos de San Luis*, en 1824, cuando tras la batalla de Trocadero hasta lograron conquistar Cádiz.

59 Hay un dicho que dice que los ingleses pierden todas las batallas menos la decisiva. Lo cierto es que siendo una exageración oculta algo realmente importante que a menudo se olvida y es que como dijo Von Clausewitz: *"La guerra es la continuación de la política con otros medios"*. Hay a quien puede no gustarle la forma fría y calculadora con la que Wellington condujo la guerra en la Península Ibérica, pero su forma de actuar llevó a su ejército y a su nación a la victoria y a la cumbre de su poder.

## CAPÍTULO XII

## 1813 HACIA EL TRIUNFO FINAL



*La batalla de Vitoria —21 de junio de 1813—, una de las más importantes de la historia de España. La victoria de Wellington, ante el mariscal Jourdan y el propio rey José, decidió la guerra de Independencia.*

*España ha salvado a Europa, sin duda Rusia y su emperador Alejandro han dado un golpe mortal a la dominación fantástica de Francia, pero España ha tenido sujeto a este monstruo ... para que se le pudiese así clavar el puñal ... Rusia ha vencido sus ejércitos, y los ha perseguido sin desmayo, pero España ha descorrido antes en sus campañas de cinco años el velo que escondía a los ojos de las naciones la debilidad de este poder que se anunciaba irresistible.*

*Diario de Gobierno de Sevilla. 19 de junio de 1813.*

*Mal vestidas y mal sustentadas [las tropas españolas] aunque menos mal armadas, poca esperanza daban para el buen éxito de la empresa que se las confiase. No era su falta de valor lo que se les recriminase, sino la de su disciplina que poco a más se elevaba que a la de simples paisanos armados, siendo su oficialidad tan inferior y su administración tan poco próvida que, aún así, admiraba que pudieran hacer lo que hacían.*

*Da Luz Soriano*

Tras meses de inactividad en ambos bandos, provocada en los aliados por la falta de recursos materiales, y en los franceses por su evidente escasez de tropas, a primeros de marzo el ejército combinado anglo-español decidió moverse de nuevo, ya que sir John Murray parecía dispuesto a medir sus fuerzas con las de Suchet. Su ejército, al menos sobre el papel, había mejorado mucho. Disponía de los 15.000 soldados del Ejército de Murcia al mando de Elío y los 15.000 del general Del Parque, que avanzaban desde Andalucía Oriental. A ellos había que sumar las excelentes tropas de los generales Roche y Whittingham, formadas por españoles pero entrenadas por oficiales británicos, y equipadas, armadas y uniformadas por el Reino Unido. A todas estas unidades había que añadir las tropas anglo-sicilianas, por lo que aun tratándose de un conjunto algo variopinto y de calidad variable, lo cierto es que los aliados contaban con más de 50.000 hombres y superaban en más de tres veces la fuerza de maniobra del duque de la Albufera.

Desgraciadamente para Murray, noticias llegadas de Italia, acerca de disturbios en Sicilia, le hicieron actuar con excesiva prudencia y detuvo su avance cerca de Castalla, hasta esperar para ver si era necesaria su presencia o la de parte de sus tropas en la isla mediterránea. Mientras, el astuto Suchet, a la vista de la indecisión de sus enemigos había puesto a sus tropas en movimiento y, dejando una mínima barrera de soldados para contener cualquier iniciativa agresiva de Murray, se lanzó con el grueso de sus tropas contra Elío en Yecla; al amanecer del 11 de abril le atacó con tanta energía que se apoderó de la ciudad y causó más de 1.500 bajas a las tropas españolas, para luego, tras dejar que las tropas murcianas se retiraran en desorden hacia Jumilla, volverse contra las tropas de Murray. Antes de que terminara el día ya había acabado con la vanguardia, formada por tropas españolas situadas en Villena a las que, como de costumbre, arrolló y la mañana del 12 chocó en Biar con el grueso del ejército aliado. No obstante, esta vez fue diferente y el coronel Adam que con una batería de artillería y un contingente de varias nacionalidades de algo más de 2.000 hombres defendía el pueblo, se comportó muy bien y aunque finalmente tuvo que replegarse hasta Castalla y abandonar los cañones, causó a los franceses casi 300 bajas, por un número de bajas propias similar, tras aguantar cinco horas e incluso emboscar a un grupo de caballería enemiga.



*Dragones franceses. El de la derecha pertenece a una compañía de elite y el de la izquierda esta equipado para servicio desmontado. Fueron la espina dorsal de la caballería imperial en España, donde sirvieron nada menos que 16 de sus regimientos, sin contar los aportados por estados aliados y vasallos.*

La mañana del 13 de abril, los 11.000 hombres de infantería y 1.250 de caballería de Suchet, con el apoyo de 24 piezas, se desplegaron para enfrentarse a los 17.000 infantes y 1.000 jinetes aliados, que tenían 30 cañones, en el lugar elegido por el general británico. Los aliados estaban bien atrincherados, pues a su derecha los campos estaban mundados y a su izquierda había amplios terrenos de viñedos, lo que obligaría a los franceses a desplazarse hacia ese lado, defendido por las tropas españolas de Whittingham, tal y como finalmente ocurrió. Tras un duro fuego artillero y mientras el general Habert contenía el centro enemigo, un ataque en fuerza contra el flanco izquierdo aliado casi tuvo éxito, pues Murray cometió un error y ordeno a sus tropas marchar a lo largo del flanco derecho para envolver a los

franceses, creando un inmenso hueco hacia el que éstos se lanzaron. Afortunadamente, Whittingham, decidió desobedecer y sus tropas llegaron a tiempo de cerrar la brecha, rechazando el asalto francés y dando una verdadera lección de hasta qué punto habían asimilado las técnicas inglesas de combate. Entre tanto, una columna francesa de la división Robert, fue rechazada por los británicos y, luego, perseguida. A Suchet no le quedó más remedio que suspender el ataque. Había tenido 1.300 bajas frente apenas 440 de sus enemigos. Para los aliados fue un notable éxito y para satisfacción general, la derrota española del año anterior estaba vengada.

**Wellington retoma la ofensiva**

Recuperado en Portugal, a primeros de mayo de 1813, el duque de Wellington fue preparando de nuevo a sus hombres para la lucha. El general británico sabía que el momento era bueno, ya que para los franceses enredados en una lucha mortal en Alemania, era casi imposible enviar refuerzos o ayuda a sus ejércitos en la Península Ibérica. El primer objetivo era dirigir al ejército británico contra las tropas enemigas en el Duero, río que atravesaron por Portugal. Tenía a más de 80.000 soldados británicos y portugueses a sus órdenes, a los que había que sumar los 12.000 que estaban ya en acción contra los franceses de Claussel en el norte y los 12.000 de la división española de O'Donell que iban en su apoyo. En el resto de España más de 50.000 soldados y decenas de miles de guerrilleros proseguían una guerra sin cuartel contra los invasores.

A primeros de mayo Wellington ordenó a sus tropas que se pusieran en movimiento divididas en dos grandes agrupaciones, de las que la primera, al mando de Hill, con 30.000 hombres había ocupado ya Salamanca el 26, atrayendo a las escasas tropas francesas al sur del Duero, sin saber que un contingente mucho mayor, de 64.000 soldados, se desplazaba por la ribera norte al mando de Graham. La división de Daricau, situada en Zamora, había visto con preocupación el movimiento de Hill, pero no se dio cuenta del avance del enorme ejército de Graham[60]. Cuando el general francés descubrió lo que tenía delante, abrumado por el número de enemigos, se retiró de Zamora, que fue ocupada por Graham el 2 de junio, y se retiró precipitadamente a Madrid, para comunicar al rey José lo que estaba sucediendo.

El día 3 los dos contingentes de tropas aliadas se encontraron en Toro, agrupando una inmensa fuerza de 90.000 efectivos. El rey José había concentrado sus tropas desesperadamente, desplegándolas entre Medina del Campo, Valladolid y Tordesillas. Los imperiales tenían un total de 51.000 soldados —incluyendo al poco fiable ejército español—, poco más de la mitad de la fuerza aliada, por lo que el monarca abandonó su posición y dirigió al ejército hacia Burgos. Wellington no tenía ninguna intención de forzar una persecución y le dejó marchar, ya que estaba convencido de que se situaría en algún punto a lo largo del Pisuerga y se limitó a enviar algunas tropas tras los franceses mientras el grueso de sus fuerzas se dirigían al norte con la esperanza de envolver el flanco francés.



*Francisco Abad Moreno, líder guerrillero conocido como "Chaleco", con el uniforme de coronel del Regimiento de Húsares de Valdepeñas, también llamados Cazadores de La Mancha. A partir de 1812 la militarización de la guerrillas se intensificó y en las últimas campañas de la guerra las viejas partidas se habían transformado en regimientos.*

Días después, las unidades de caballería francesas descubrieron el desplazamiento de los aliados y el rey José, aconsejado por su Estado Mayor, pensó que sus enemigos, muy numerosos, no podrían sostenerse fácilmente en las desoladas montañas norteñas y que era mejor adoptar una posición defensiva al otro lado del Ebro. Lo que el rey José no podía saber era la obsesiva forma en la que Wellington intentaba controlar las cosas y su aprecio por disponer de reservas y depósitos seguros. De hecho la flota británica había ido concentrando material y suministros en los puertos bajo control español en la costa del Cantábrico, principalmente en Santander, donde el almirante Popham había centralizado enormes almacenes de material y desde donde estableció toda una formidable red logística y de intendencia para mantener en condiciones plenamente operativas a las tropas aliadas en su marcha por las montañas. La consecuencia fue que, para sorpresa de los franceses, cuyos piquetes avanzados de caballería mantuvieron el 17 de junio varios choques con los británicos entre Osma y San Millan de la Cogolla, el ejército anglo-portugués, perfectamente abastecido, se había desplazado a una enorme velocidad y se presentó en las puertas de Vitoria a mediados de junio con su ala izquierda casi en Bilbao. Estas noticias eran pésimas para el ejército imperial, que tuvo que abandonar su posición y retirarse. El mariscal Jourdan era partidario de bajar el Ebro para unirse a las tropas de Suchet en Aragón, pero el rey creía que no debía de abandonarse la carretera de Bayona y que se debía de impedir a toda costa el avance aliado hacia la frontera francesa, por lo que el 19 de junio comenzó la concentración de tropas en Vitoria, aunque, a pesar de todo, el rey José seguía teniendo dudas acerca de si obraba correctamente.

**Vitoria. La batalla decisiva**

La posición ocupada por los franceses era realmente difícil de mantener. Era una extensa llanura en un frente de casi 20 kilómetros que tenía el río Zadorra en su centro y en su extremo oriental la ciudad de Vitoria. Las montañas que hay al este y al oeste no ayudaban a la defensa y, extrañamente, los puentes sobre el Zadorra no habían sido destruidos. Tampoco había que obviar el problema que generaba la existencia de un frente tan amplio, pues no había tropas suficientes.

También había un importante factor que lastraba la movilidad del ejército francés. Junto con el ejército en retirada iban centenares de civiles franceses y más de 15.000 españoles y sus familias. A esta masa en movimiento de carruajes y vehículos de todos los tamaños se unían cientos de carros cargados hasta los topes con el botín de años de saqueo que los franceses no estaban dispuestos a perder. El rey envió camino de Bayona a este enorme convoy bajo la protección de un fuerte contingente de escolta, mientras esperaba a las tropas de Clausel que avanzaban desde Zaragoza a su encuentro.

Las medidas de Wellington para quebrar la larga línea francesa eran sencillas. Durante el 20 de junio había ido adelantando la posición de sus tropas hasta situar 80.000 soldados ante las líneas enemigas por lo que superaba en más de 20.000 hombres a los franceses. Cuatro fuertes columnas debían atacar de forma simultánea el frente imperial, la primera contra el ala izquierda y al mando del general Hill, con 20.000 soldados, cruzaría el Zadorra por el oeste y atacaría a los franceses tomando las alturas de Puebla. Al norte, dos poderosas columnas de 30.000 hombres cada una se lanzarían sobre el espacio situado entre Mendoza y Nanclares. Finalmente, el general Graham dirigiéndose a Yurre con 20.000 hombres, destruiría el flanco derecho y la retaguardia enemiga.

A primeras horas de la mañana del día 21, ya con luz solar, a eso de las 8,00 horas, el tronar de los cañones británicos dio comienzo a la batalla. Hill progresó rápidamente en las alturas de Puebla y empujó a la brigada Maransin, muy inferior en número, después de duros combates. El problema para el mariscal Jourdan era serio, pues las divisiones de Daricau y Conroux no eran capaces de detener el avance aliado y tuvo que enviar a una parte de la reserva de Villate. Tras ocupar posiciones en los altos de Puebla, las tropas francesas rechazaron al 71 Regimiento de Infantería británico y a continuación se enfrentaron, con igual éxito, con la brigada de Cadogan y con la infantería española de la división de Morillo.

Entre tanto, la artillería británica comenzó a disparar para apoyar el avance de Graham sobre Yurre, que no pudo ser detenido por los hombres de Reille y el Ejército de Portugal que se retiró sobre el Zadorra desde Aranguiz, pero el resto de sus unidades mantuvieron feroces e intensos combates con las tropas

anglo-portuguesas intentando proteger sus cabezas de puente en Gamarra, Durana y Avechucho.

En Tres Puentes, destino de la Brigada Kempt, de la División Ligera, no hubo resistencia y los británicos pasaron el Zadorra sin problemas, algo similar a lo que ocurrió en Mendoza con las tropas de Picton, que pudieron establecer, en ausencia de enemigos, una cabeza de puente casi en medio del despliegue francés, situando a la Tercera División como una amenaza directa contra todo el dispositivo enemigo. La batalla apenas había comenzado y el mando francés tenía muy complicado como resolver la situación a su favor. Los aliados aprovecharon la ocasión y las tropas portuguesas avanzaron desde Tres Puentes y Villodas hacia Margarita estando a punto aislar a la División Leval, que tuvo que retroceder de forma inmediata hacia las unidades de Darmagnac. El centro francés se replegaba en bloque. Ante este hecho evidente, el rey José ordenó formar una nueva línea de defensa, más corta, entre Arinez y Margarita, lo que obligó a retirarse también a las tropas de Villate, que situadas en las alturas de Puebla, como hemos visto y a diferencia de lo que ocurría en otras zonas, estaban teniendo éxito. El general francés cumplió la orden, aun siendo plenamente consciente de que dejaba un enorme vacío en el flanco izquierdo.

La nueva línea pareció en principio resistir bien, pues Darmagnac rechazó un ataque sobre Margarita, pero un nuevo avance anglo-portugués desde Nanclares, por donde habían atravesado el Zadorra, destruyó a los batallones de Leval, lo que unido al triunfo de la División Ligera sobre las tropas que protegían Arinez, localidad que tomaron tras una dura lucha, dejó la nueva línea francesa prácticamente inviable, por lo que el ejército del rey José debió de situarse en una nueva posición. La situación era ya muy complicada para los franceses, que no sólo habían perdido la posibilidad de mantener el frente, sino que obligó a las ya muy desordenadas divisiones de Conroux, Daricau y Maransin, a desplazarse hacia el este y a Darmagnac a abandonar Margarita, que tan brillantemente había defendido. Ahora las columnas aliadas avanzaban sobre Lermandan, desesperadamente defendida por Darmagnac, que al final fue rechazado.

En otras zonas, lo que quedaba operativo de los ejércitos franceses del Centro y del Sur, que intentaban fijar su posición entre Esquivel y Crispijana, no estaban mejor que el Ejército de Portugal de Reille, que combatía en cada vez peor situación contra las tropas de Graham, pero libraron feroces combates junto a los puentes del Zadorra, frente a tres brigadas anglo-portuguesas y la división española de Longa. En este sector los puentes siguieron en manos francesas, pero no pudieron mantener el control de la carretera de Bayona. Las comunicaciones con Francia estaban cortadas.

A las 16,00 horas los franceses mantenían todavía una línea desigual entre Esquivel y Crispijana, con lo que quedaba de seis divisiones de infantería, unos 4.500 jinetes y 65 piezas de artillería. En ese momento el duque de Wellington quiso terminar de una vez y ordenó un asalto definitivo contra la maltrecha ala izquierda enemiga. Los soldados aliados atacaron con ímpetu y el Ejército del Sur de Gazán se retiró incumpliendo las instrucciones recibidas, dejando sólo a D'Erlon y a su Ejército del Centro y abriendo una enorme brecha en el despliegue francés por el que se colaron en masa las tropas anglo-portuguesas, que tomaron Gormecho, expulsando de Crispijana a Darmagnac y envolvieron al ala izquierda imperial. Si querían salvar algo del ejército, al mariscal Jourdan y al rey José sólo les quedaba ordenar una retirada general que se inició de inmediato.

Con la retirada de Reille, que hasta el momento había aguantado bien y el cruce del Zadorra de Graham, la batalla terminó, lo que quedaba no era más que una aterradora persecución en la que las divisiones francesas, desorganizadas, desmoralizadas, con miles de vehículos cargados de botín obstaculizando la carretera y civiles enloquecidos por el pánico, intentaban escapar del acoso de los soldados aliados que se lanzaron sobre su presa como lobos. Para el rey José en el fondo fue una suerte, porque ciegos de ambición por las riquezas desparramadas a lo largo de kilómetros, compuestas de oro, plata, joyas y obras de arte, fueron muy pocos los que se dedicaron a perseguir a las tropas imperiales en fuga. El saqueo de las riquezas se produjo en medio de brutales escenas de violencia contra los civiles y las familias de los militares que se habían unido a la columna francesa que los oficiales británicos poco hicieron por detener. Cuando llegó el final del día el campo de batalla debía de presentar un espectáculo dantesco, con los restos de

material, cañones y carruajes extendidos a lo largo de kilómetros y el campo de batalla sembrado de cadáveres y moribundos. El ejército del rey José no estaba destruido, pero tenía 5.000 muertos y heridos, 3.000 prisioneros y había perdido la mayor parte del material y todo el bagaje, pudiendo retirarse a duras penas. Pero lo más importante, es que el hermano del emperador se había quedado sin reino para siempre.

**Las consecuencias de la batalla**

Las noticias del grave enfrentamiento entre el grueso del ejército del rey José y los aliados, hicieron que el general Clausel suspendiese sus operaciones contra las guerrillas de Mina en Navarra y Aragón, y subiendo el Ebro se dirigió en apoyo del rey. En la mañana del 22 de junio, las tropas del duque de Wellington iniciaron la persecución del ejército en retirada, con el que ya no lograron tomar contacto, por lo que el general británico resolvió detener su avance y se dirigió contra Clausel, si bien no se produjo ningún choque, pues al saber el general francés de la derrota de Vitoria, se retiró hacia Zaragoza y luego marchó con sus divisiones al norte, uniéndose a las tropas de José ya en territorio francés, en St Jean-Pied-de-Port. Para Napoleón las malísimas noticias llegadas de España eran un grave contratiempo, pues estaba haciendo todo lo posible para evitar que Austria se sumase a la coalición y la victoria de Wellington podía hacer que los austriacos se decidieran a unirse a los prusianos y rusos. Además, no acababa de aceptar el hecho de que el poderoso ejército de más de 100.000 hombres de que disponía el rey de España se hubiese desmoronado en sólo unas semanas, poniendo en serio peligro incluso las fronteras de la propia Francia. Lleno de cólera cesó del mando a Jourdan y ordenó a su hermano que se retirase a sus fincas y dejase el mando. El nuevo comandante en jefe sería el mariscal Soult, que recibió instrucciones para reorganizar las tropas y reestablecer la situación. Su llegada al sur de Francia para tomar el mando del ejército derrotado del rey José coincidió con la detención del avance aliado y viendo, sorprendido, cómo sus enemigos paraban la persecución y no parecían querer cruzar el Bidasoa, se dedicó a preparar a sus tropas con ahínco y decisión y tan bien lo hizo que en sólo unas semanas sus fuerzas estaban listas para contraatacar.

La situación de Wellington tampoco era muy buena, las deserciones eran elevadísimas, había muchos enfermos y las noticias que llegaban de Europa central no eran las esperadas, pues al parecer Napoleón había tenido éxito en sus operaciones defensivas contra prusianos y rusos y se había concertado un armisticio. Dada la situación, el objetivo principal que se fijó para las tropas aliadas fue el bloquear y tomar las ciudades de Pamplona y San Sebastián y desalojar de los pasos pirenaicos a los franceses, para evitar la llegada de refuerzos a las tropas aisladas en España. De entre las dos ciudades bloqueadas, el alto mando aliado consideró que San Sebastián era estratégicamente más importante que Pamplona, por lo que Wellington se concentró en la ciudad guipuzcoana que desde junio estaba sitiada por tropas españolas. Una fuerza naval británica y española, bastante ineficaz, evitaba en teoría que entrase ayuda por el mar, algo que no se había logrado plenamente, ni se logró nunca, pues el general Rey, gobernador de la fortaleza, siguió recibiendo municiones y material durante todo el sitio.

Tras desembarcar en Pasajes 40 cañones y morteros de sitio, las tropas que iban a tomar la ciudad se concentraron a lo largo de julio. Eran los portugueses de Bradford y la Quinta División de Graham. El 14 de julio comenzó el bombardeo, con poco efecto y el asalto del 15 fue rechazado. En los días posteriores continuaron los duelos de artillería y el trabajo de ambos bandos en trincheras y paralelas, en medio de la lluvia y del barro, hasta que el 25, los efectos de una mina y del bombardeo lograron abrir un brecha. Las tropas de Rey montaron cañones junto a la zona expuesta y elevaron terraplenes y parapetos para detener el inminente asalto, que se produjo al amanecer, mal planeado por Wellington y Graham, y mal ejecutado. A pesar del valor con el que atacaron, los británicos sufrieron una calamitosa derrota, llegando las tropas a mostrar rasgos de insubordinación indignadas por la forma en la que se les había llevado al combate. Desde su cuartel en Lesaca Wellington ordenó que se llevase más material pesado y refuerzos a la ciudad, pero pronto tuvo que prestar atención a otro frente, pues se le notificó el inicio de una ofensiva francesa en los puertos de Maya y Roncesvalles. San Sebastián tendría que esperar.

Tras dejar pasar un mes, en mayo, al comenzar su ofensiva, Wellington ordenó a Murray que se pusiera de nuevo en marcha para presionar a los ejércitos franceses en el teatro de operaciones de Levante y así evitar que Suchet pudiese moverse en apoyo del rey José I. El plan era embarcar en Alicante a las tropas de Murray y aprovechando el inevitable desplazamiento de las tropas francesas en apoyo de la plaza catalana, hacer que las tropas de los generales Elío y Del Parque avanzasen contra Valencia.



*El mariscal Suchet, duque de la Albufera, el único de los mariscales franceses que recibió un título español. Combatió con enorme habilidad, a pesar de su inferioridad numérica y además fue un excelente administrador.*

Con las tropas que le llegaron de Inglaterra, concentró a 15.000 infantes, 800 jinetes, 24 cañones de campaña, así como artillería pesada de asedio y partió de Alicante el 24 de mayo. Las patrullas francesas habían visto en las semanas anteriores cómo en el frente las tropas británicas eran reemplazadas por españoles y los espías bonapartistas, habían informado sobre los movimientos inusuales que se estaban dando en Alicante y su puerto, por lo que Suchet sabía bien que algo serio iba a ocurrir. El desembarco de las tropas de Murray a 12 kilómetros de Tarragona, cubierto por los 7.000 soldados españoles del general Caposn, que habían acudido en su apoyo desde el interior, le sacó de dudas. Ahora ya sabía cuál era el objetivo de sus enemigos.

En principio, sin haber restaurado bien las destruidas fortificaciones y con sólo 1.600 hombres, las cosas no tenían buena pinta para el general Bertoletti que defendía la plaza, sitiado como estaba por más de 20.000 enemigos excelentemente equipados y apoyados por decenas de buques desde el mar. Sin embargo, en vez de lanzar un rápido asalto, el 4 de junio las tropas aliadas comenzaron a cavar paralelas e iniciaron un bombardeo naval que no sirvió de nada, pues la indecisión de Murray hizo que no se atacase con energía la ciudad y eso que se sabía que las tropas de Suchet marchaban hacia el norte. Además, en Cataluña, el general Decaen quiso apoyar al general Mathieu, gobernador de Barcelona y juntos prepararon un grupo móvil que también partió hacia Tarragona. Muy nervioso, Murray optó por atacar a Mathieu, ordenando a Copons que le cubriera con sus tropas en el río Gaya, sin embargo, asustado por una falsa información recibida acerca de la verdadera entidad de la fuerza francesa, se retiró de nuevo y ordenó el embarque, olvidándose de informar a Copons, que no se enteró hasta el 12 de junio de la decisión de su "aliado". Pero esto no fue todo, pues al poco de embarcar, cambió de nuevo de opinión y decidió atacar a la vanguardia de Suchet, al mando de Pannetier, quien claro está, vio perfectamente la operación y se replegó para unirse al grueso de tropas del duque de la Albufera. Desesperado al ver que los franceses se escapaban pidió de nuevo ayuda a Copons y decidió cambiar de objetivo y atacar Mathieu, para arrepentirse otra vez de lo planeado y volver a embarcar. Como era previsible, tampoco informó a Copons, que se quedó sólo ante el grueso del ejército francés, pero afortunadamente pudo refugiarse en las montañas.

Limpias las costas de enemigos, Suchet regresó a Valencia y al inepto de sir

John, le condenó un Consejo de Guerra, pero se le impuso una pena muy suave, pues Suchet no había apoyado al rey José, que a la postre era lo que quería Wellington, aunque en realidad, lo más probable es que de todas formas no le hubiese ayudado.

Más al sur, mientras sir John Murray hacia turismo por la costa, las tropas españolas del duque del Parque y Elío comenzaron su avance hacia el norte y a primeros de junio estaban ya en Carcagente. Una dura contraofensiva de Harispe destruyó las tres brigadas de Del Parque y el vencedor de Tamames tuvo que retirarse apresuradamente a Castalla con más de 1.500 bajas. Sus tropas, desmoralizadas y agotadas eran incapaces de actuar y a pesar de superar a sus enemigos en una proporción escandalosa —más de 4 a 1—, fueron incapaces de tomar la iniciativa, ni siquiera cuando llegaron a Alicante a finales de junio las tropas británicas de Bentinck, pues para entonces Suchet estaba de nuevo al mando en el frente del Júcar y ningún general aliado parecía dispuesto a enfrentarse a él.

Fue la derrota de Vitoria la que obligó finalmente a Suchet a retirarse, lo que hizo con calma y serenidad. Tras asegurar su retaguardia retrocedió hasta Tarragona, dejando algunos enclaves en manos francesas para controlar los puntos clave. Las tropas aliadas, muy superiores en número se limitaron a seguirle. En Aragón las cosas les fueron peor. Camino de Jaca, las tropas del general París, abandonaron Zaragoza el 10 de julio seguidas por centenares de afrancesados y cargadas con un inmenso botín, pero incapaces de avanzar con seguridad, fueron atacados a lo largo de la ruta por los guerrilleros de Mina, cuyas partidas, ya militarizadas, eran un enemigo terrible. Tras sufrir graves pérdidas y abandonar parte del bagaje, lograron llegar a los Pirineos muy quebrantados. En Cataluña, los generales Decaen y Mathieu, dejaron su inútil lucha con el pequeño y eficaz ejército español de Cataluña y se replegaron a Barcelona, aunque una de sus columnas fue alcanzada en Vich por Copons y aniquilada.

Tras dejar a Del Parque y a Elío bloqueando a las guarniciones francesas de Valencia y Tortosa, Bentinck decidió por fin enfrentarse a los franceses uniéndose a Copons en Tarragona. Suchet demolió las defensas que quedaban de la ciudad y se retiró al norte, pero pensando en plantar cara a sus adversarios a la mínima oportunidad favorable. En la segunda semana de septiembre la vanguardia aliada se encontraba en el Ordal al mando del coronel Adam, cuando cayó sobre ella el grueso de la fuerza francesa que había partido de Molins de Rey y de Villafranca.

La noche del 13 de septiembre, sorprendidas de ver que no había vigilancia aliada, las tropas de Suchet atacaron el campamento aliado e inflingieron una dura derrota a las tropas anglo-españolas que tuvieron 360 bajas —entre ellas el propio Adam— por unas 270 de los franceses. Durante las jornadas siguientes hubo serios combates entre las caballerías de ambos bandos —con al menos un centenar de bajas por bando—, pero dada la llegada del otoño y el mal estado de los caminos, Suchet, satisfecho de la lección táctica que había dado al enemigo, detuvo su ofensiva.

### La lucha en los Pirineos. Roncesvalles y Maya

En Francia, tras asumir el mando en julio de 1813, el mariscal Soult dedicó todos sus esfuerzos a la recuperación psicológica y material del maltrecho ejército francés e inició una serie de medidas orientadas a reorganizar las fuerzas disponibles, siendo la más importante la supresión de la organización heredada de la guerra en la Península, unificando los cuatro cuerpos existentes hasta el momento en único Ejército de España[61], que tendría en lo sucesivo 9 divisiones de infantería, dos de caballería y 140 cañones, disponiendo también de una notable reserva —en total 73.000 infantes, 7.000 jinetes y 4.000 encargados del material y el bagaje—. No tenía aún el material necesario para tan enorme ejército y escaseaban las provisiones, pero lo cierto es que la moral mejoró considerablemente y el 20 de julio, a sólo un mes de la derrota de Vitoria, Soult, convencido de que Wellington entraría en Francia, tenía a sus hombres de nuevo dispuestos para entrar en acción.

Cuando el experimentado mariscal francés vio que los aliados se detenían ante San Sebastián y Pamplona, supo que tendría más tiempo para preparase y lanzó el primer golpe contra Maya y Roncesvalles, ataque al que Wellington no dio demasiada importancia, creyendo que se trataba de un mero movimiento de diversión y que sin duda, el intento francés principal se realizaría en Guipúzcoa, para romper el cerco a San Sebastián. Por eso, cuando el 25 de julio tras el fracaso del ataque a

San Sebastián, recibió la noticia de lo intenso de la lucha en el alto Bidasoa se dio cuenta de que era ese el objetivo principal de Soult y la trascendencia que tendría un triunfo francés.

En efecto, los combates habían comenzado al amanecer del 25 de julio, cuando la infantería de D'Erlon se lanzó sobre Maya y Clausel y Reille, partiendo de St Jean-Pied-du-Port intentaron rebasar a las tropas de Byng, apoyados por intensos movimientos de diversión llevados a cabo por la Guardia Nacional francesa. Byng estaba muy bien atrincherado y su resistencia fue muy brillante, lo que unido a lo difícil del terreno y a las condiciones climatológicas —había una intensa niebla—, hicieron que Clasusel tuviese que detener el ataque. Al oeste la división de Reille chocó en la meseta de Linduz con las tropas del general Ross, de la división de Cole, que también logró detener el asalto. En Maya las columnas de D'Erlon atacaron a la Segunda División, bajo el mando interino del brigadier Pringle, pues el general Stewart estaba al este comprobando la gravedad de las incursiones de la Guardia Nacional. Los británicos fueron sorprendidos y 400 de ellos cayeron o fueron capturados. Pringle, pidió ayuda a la Séptima División y contraatacó dispuesto a reconquistar la meseta de Maya, desde el sur y el oeste, pero no logró tener éxito. Un feroz asalto británico fue respondido con tal intensidad que Pringle perdió el 60% de sus tropas, hasta que el resto se desbandaron cuando los franceses cargaron contra ellos a la bayoneta. Pero lo peor estaba por pasar.

La división de Maransin atacó desde el desfiladero de Urdax y causó aún más bajas. Stewart que había regresado, tomó el mando y consiguió sacar del apuro a sus maltrechos soldados retirándose al monte Alcorsunz. Lo cierto era que Maransin no había acabado y reanudó el asalto, que resultó infructuoso, por lo que el general D'Erlon creyó conveniente suspender la lucha a la llegada de la noche, al creer que tenía enfrente a dos divisiones completas. Los británicos habían perdido 1.500 hombres —un 25%— y estaban agotados, si bien los atacantes habían sufrido 2.000 bajas. La fase inicial de la ofensiva de Soult había sido detenida, pero con un coste terrible y cuando llegó el general Hill se encontró que la división de Stewart estaba deshecha y ordenó que se retirara hacia Irurita abandonando a los heridos graves, lo que hizo con cierto desorden.

La posición del ejército aliado no era buena y Wellington quedó desconcertado con lo que estaba ocurriendo. Tras reunir las unidades que pudo, se dirigió al norte para comprobar lo que pasaba y encontró al general Hill preparándose para la defensa en previsión de un nuevo ataque francés, que no se produjo solamente porque D'Erlon no estaba seguro de la posición exacta de los británicos y no quería arriesgarse en exceso.

### Las dos batallas de Sorauren y Lizaso

El día 26, ya muy tarde a las 20,00 horas, Wellington conoció con detalle la situación real a la que se enfrentaba. Lo primero fue apoyar a las unidades más amenazadas con los hombres del general Hill y con los españoles de O'Donell, que bloqueaban Pamplona y ordenó a las divisiones Tercera y Cuarta que mantuviesen sus posiciones al precio que fuese. Pero, por suerte, no hizo falta, ya que las cosas estaban cambiando. Cole y Picton ya se habían unido y al poco tiempo se les sumó O'Donell, pero se habían desplazado a Sorauren. Allí se establecieron adoptando un despliegue defensivo.

Cuando Wellington tuvo noticia de los primeros combates en Sorauren marchó hacía allí, para tomar directamente el mando de las operaciones. Los historiadores ingleses destacan los ánimos que infundió a los soldados del ejército anglo-portugués la presencia del duque entre las tropas, siendo recibido con vítores que fueron oídos por los franceses, quebrando su ánimo. Sinceramente el motivo del desánimo francés, si es que lo hubo, obedeció más bien a la penosa marcha por las montañas y a la extraña indecisión del mariscal Soult, que no quiso emprender ninguna acción hasta disponer de la totalidad de sus tropas, que iban muy retrasadas progresando lentamente por el camino de Zubiri. Clausel, plenamente consciente de la ventaja que se perdía si se esperaba demasiado, suplicó a Soult que atacará, pero no fue escuchado[62].

El primer ataque, muy reducido y sólo de tanteo, se llevó a cabo a primeras horas de la tarde para calcular la fuerza aliada a la que se enfrentaban, regresando después a sus líneas en medio de una fuerte tormenta, aplazando Soult el combate para el día siguiente. En esta ocasión los franceses habían sido tan lentos que

Wellington pudo concentrar sus fuerzas tranquilamente. Soult ordenó al general Foy inmovilizar al enemigo en Huarte, las divisiones de Clausel y Reille debían asaltar en centro aliado y por último, Conroux, debería, en Sorauren, bloquear a la Sexta División Británica de Pack, que había lanzado a sus tropas con intención de hacer retroceder a los franceses. Los anglo-portugueses lo hicieron bien, pero la resistencia de los hombres de Conroux fue muy dura y el propio Pack cayó gravemente herido, quedando al mando Packenham, que ordenó un repliegue para poder reagruparse.

En el centro, los hombres de Clausel y Reille avanzaron cuesta arriba contra el núcleo de las tropas anglo-portuguesas atrincheradas en la cima de un monte de 300 metros de altura formando largas líneas. Sin embargo, ésta vez los granaderos y *voltigueurs* que protegían el avance desplegados como un enjambre, despejaron el terreno de infantes ligeros aliados y las compañías de elite de la División Turpin, tomaron la cima, pudiendo desde ese momento atacar la línea principal aliada.

Exactamente igual ocurrió más al este, cuando la División Vandermaessen cayó sobre Campbell, cuyas tropas se desmoronaron dejando abierta una nueva brecha. Las tropas del general Stubb, encargadas de la zona, retrocedieron dejando sin protección los flancos de los generales Ross y Campbell.

A diferencia de lo que había sucedido en los dos primeros asaltos, la primera de las brigadas de Maucune no tuvo tanta suerte y al faltarle la cortina de tiradores que protegía el avance de la columna fue gravemente dañada por la eficacia de las descargas de las tropas de Anson, creando un problema a Vandermaessen, que estaba a punto de hundir la línea de Campbell y Ross y se vio ahora asaltado de flanco. Más lejos en Zabaldica, se producían intensos combates entre parte de la división de Lamartinière y la infantería inglesa y española. Tras tomar la cima, no lograron acabar con la resistencia feroz de un grupo de soldados británicos del 40° de infantería que aguantó. Un segundo intento, falló también, tal vez por el agotamiento de los franceses, que lentamente se retiraron. Habían perdido más de 3.000 hombres por unas 2.650 bajas de los aliados.

D'Erlon partió de Maya dirigiéndose a Irurita y se detuvo ante las tropas de Hill, viendo a la mañana siguiente tras una enorme tormenta, que los británicos se habían marchado.

Soult ya no creía posible llegar a Pamplona, a pesar de estar a poco más de diez kilómetros y saber que D'Erlon se encontraba cerca, por lo que envió toda su artillería, el bagaje y la parte principal de su caballería hacia Roncesvalles. Iba a hacer lo mismo con la infantería el 29, cuando conoció la llegada de una división más de refuerzo a Wellington y concluyó que la mayor parte del ejército aliado estaba concentrado en Sorauren, lo que se le sugirió un imaginativo plan. Aprovechando la situación podía lanzar el grueso de sus divisiones hacia el norte. La única oposición que podrían tener sería el general Hill, que sería totalmente arrollado, para después destruir fácilmente a las tropas de Graham y romper el cerco de San Sebastián.

Ajeno a los pensamientos de su enemigo, Wellington siguió con su plan y preocupado por un intento de que Soult intentase rodearle y avanzar hacia Pamplona tomó varias medidas para impedirlo y emplazó baterías alrededor de Sorauren, teniendo un gran mérito la labor de las tropas de Cole, que fueron capaces de situar una serie de cañones en las laderas con un esfuerzo inmenso.



*Sorauren —29 de julio de 1813—. La lucha por los Pirineos fue muy dura, pues los franceses no estaban dispuestos a dejar fácilmente que se invadiese su país.*

El ejército de Soult tuvo enormes problemas para desplazarse hacia el norte por unos caminos en muy mal estado y al amanecer, con excepción de las tropas de Clausel, sus divisiones seguían delante de las tropas de Wellington, que hizo abrir fuego a las piezas instaladas en las laderas y que acribillaron con su metralla a los franceses. Clausel trató de apoyar a las castigadas e casi indefensas tropas que habían caído bajo el fuego inglés, pero no pudo, pues además la infantería se lanzó sobre ellas y a pesar de su resistencia les inflingieron gravísimas pérdidas, con casi 3.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, forzando a las tropas imperiales a una desordenada huida camino de Olagüe.

Mientras se desbarataban su planes, el duque de Dalmacia se encontraba en Lizaso desde donde observó el ataque de D'Erlon a Hill, que perdió más de un millar de hombres por unos 800 de los franceses. Ahora Soult disponía de un punto esencial para llevar adelante sus planes, pero las alarmantes noticias llegadas de Sorauren le arruinaron su proyecto. No le quedaba otro remedio que abandonar su idea inicial y retirarse, lo que hizo con notable éxito, aunque no esperaba que un recuperado Hill atacase su retaguardia el 31 de julio por la mañana. Los británicos fueron finalmente rechazados tras duros combates por las tropas del general Abbe que protegían el repliegue francés.

Wellington no tenía una idea realmente correcta de la situación, y cuando pudo aclararla, el 1 de agosto, era ya demasiado tarde, a pesar de lo cual envió a la División Ligera de Alten a Subilla para realizar un último intento de alcanzar a los franceses. Sólo alcanzaron a una parte de la División Darmagnac a la que sorprendieron cuando sus hombres iban en fila por la carretera. Un empujón más a los franceses al día siguiente, por parte del grueso de las tropas británicas ya reunidas, puso fin a la campaña. Soult habían perdido en total casi 13.000 hombres, pero los aliados tuvieron 7.000 bajas

**La toma de San Sebastián**

En la ciudad guipuzcoana el sitio proseguía, pero el duro y audaz general Rey, estaba poniendo las cosas muy complicadas a los sitiadores. Las tropas británicas sufrieron el día 26 de julio un feroz ataque de los defensores de la ciudad que les causó 200 bajas y graves destrozos materiales en las líneas de sitio. Ese mismo día se había retirado la artillería pesada por orden expresa de Wellington, por lo que aunque Graham seguía manteniendo el sitio a San Sebastián mientras se producían los duros combates de los Pirineos, lo máximo que podía hacer era dejar pasar el tiempo.

Por fin, una vez detenido Soult, pudo volver a instalarse la artillería de sitio, pero hasta el día 18 no estuvieron los cañones y morteros pesados listos. Los cañones franceses no pudieron responder a semejante diluvio de fuego y fueron silenciados, abriéndose enormes brechas en las murallas el día 30 y por las que el día 31 comenzó el asalto aliado, para el que Wellington solicitó voluntarios británicos para asaltar la brecha más amplia situada al sudeste y destinó a los portugueses a la toma de la brecha más pequeña en el norte. El obstáculo principal era que el general Rey y sus motivados y combativos soldados no estaban dispuestos a ceder muy fácilmente.

Casi a las 11,00 horas del 31 de agosto comenzó el asalto. Los defensores disponían por orden de Rey, cada uno de ellos, de tres fusiles, a los que había que sumar pistolas y granadas de mano y se habían minado una gran parte de las defensas. Fue una carnicería y los atacantes cayeron por decenas, hasta que, desesperado, Graham ordenó a la artillería pesada abrir fuego sobre las murallas a menos de 600 metros[63], cuando estaban llenas de defensores que se encontraban repeliendo el asalto y que de repente recibieron un fuego espantoso. Al quedar despejados los muros, volvió con renovada intensidad el asalto, pero Rey no había dicho su última palabra y sus valientes soldados resistieron en cada punto de la muralla y en cada brecha, librando desesperados y combates a la bayoneta, hasta que finalmente la resistencia cedió. Rey debía de defender ahora el interior de la ciudad con menos de un millar de hombres y lo hizo, retrocediendo hasta el castillo de la Mota entre las casas incendiadas y aplastadas por los impactos de la artillería. Al llegar se dispuso a resistir hasta el fin, pero los soldados británicos tenían algo mejor que hacer y como en Bembibre, Benavente o Badajoz, sometieron a la

ciudad a un saqueo digno de una horda asiática que duro tres días enteros[64].

En medio de estos terribles sucesos, el general Rey y la guarnición resistieron con una tenacidad asombrosa hasta el 8 de septiembre, bajo una verdadera lluvia de proyectiles que duró días enteros. Luego, cuando ya era humanamente imposible aguantar más, se rindió. Había inflingido 3.500 bajas a los sitiadores sólo en la segunda fase del sitio, una cifra espectacular.

**Victoria española en San Marcial**

Ante la dura resistencia encontrada en San Sebastián y en previsión de que Soult intentase algún movimiento para liberar a las tropas de Rey, Wellington había reforzado las líneas de asedio mediante la construcción de una serie de terraplenes y defensas y reforzó las tropas que había en el sector, enviando incluso a la brigada de lord Aylmer, recién llegada de Inglaterra, situando cerca a las tropas de Dalhousie y Pakenham para que sirvieran de ayuda en caso de amenaza.

Tras un mes para dejar descansar y rearmar y equipar a sus tropas, el mariscal Soult se dispuso a lanzar un golpe contra las tropas aliadas desplegadas entre Irún y Vera para, tras atravesar el Bidasoa, alcanzar San Sebastián y liberar a la guarnición sitiada. La siete divisiones de Reille y Clausel llevarían el peso del asalto en tanto que cuatro brigadas al mando de D'Erlon se desplazarían desde Ainhoue para proteger su flanco y retaguardia. A finales de agosto las nueve divisiones del mariscal se encontraban ya situadas y dispuestas entre Ainhoue y San Juan de Luz, listas para la acción. El tiempo apremiaba, pues Rey no podría aguantar mucho más. A primera hora de la mañana, en medio de la bruma y la neblina, las tropas francesas comenzaron a vadear el Bidasoa y arrollaron a las tropas españolas que defendían los pasos y a eso de las siete los franceses habían logrado establecer una fuerte cabeza de puente, pero el paso del grueso de las tropas fue demasiado lento y no lograron formar una fuerza sólida de ataque hasta las nueve. Pero para entonces ya era demasiado tarde. A lo largo de la guerra los franceses habían "madrugado" en demasiadas ocasiones a los españoles, pero esta vez no iba a ser así y cuando las tres brigadas de Reille apoyadas por el fuego de sus baterías comenzaron el asalto del monte San Marcial, los 16.000 hombres del Ejército de Galicia de Freire les estaban esperando y les recibieron con una serie aterradora de descargas, para, después, cargar a la bayoneta empujando a los franceses ladera abajo.

Soult intentó apoyar con las tropas del general Villate a los derrotados hombres de Reille y al mediodía lanzó un segundo asalto contra Freire. No sirvió de nada, las líneas españolas aguantaron bien y los desmoralizados y vencidos soldados franceses se replegaron en total desorden hacia el Bidasoa y a Soult le costó casi tres horas controlar la desbandada y el caos. Ante la petición de Freire de refuerzos, Wellington se negó a enviárselos, afirmando que, *"si ya ha vencido, el mérito de la victoria ha de ser exclusivamente para él y sus compatriotas"*.

Por si faltara algo para culminar el desastre francés, los combates en torno a Vera no iban tampoco bien para Clausel, que había intentado rodear con cuatro divisiones el flanco derecho de la posición que defendía el Ejército de Galicia en San Marcial. Tras tomar Vera las unidades de Taupin y Darmagnac se habían enzarzado en una dura lucha con las tropas británicas y portuguesas que defendían la zona y no conseguían romper su tenaz defensa. Los refuerzos aliados comenzaban a llegar y viendo que tampoco D'Erlon lograba sostenerse bien en Urbax, Soult, desde Irún, les ordenó retirarse, aunque los problemas para los franceses no habían acabado. La incesante lluvia veraniega que caía desde las cuatro había provocado una crecida del río e impedía vadearlo por Vera, por lo que 10.000 franceses habían quedado atrapados en la orilla izquierda y tampoco podían pasar el puente, ya que una compañía británica del 95 de Rifles ocupaba varias casas fortificadas al otro lado y no tenía intención de marcharse. Así que sólo había una solución, lanzar un asalto frontal por el puente y tomar las casas, algo fácil de decir pero no de hacer[65]. Acribillados por los disparos de los fusiles rayados de los ingleses, cuando cayó la última casa, el general Vandermaesen que se puso a la cabeza para animar a sus hombres y 200 de sus soldados, habían muerto. En total Soult había perdido 4.000 hombres por 2.500 de los aliados, la mayor parte españoles.

Sinceramente no fue una buena semana para el mariscal Soult y la causa francesa. San Sebastián finalmente se rindió y llegaron noticias de Europa central que

comunicaban que los austriacos habían tomado finalmente una decisión y acababan de unirse a rusos y prusianos. Las cosas empezaban a ponerse feas para el Imperio.

### Pamplona y el cruce del Bidasoa

En Gran Bretaña había interés en que las tropas de Wellington pi-saran suelo francés, por lo que el duque recibió órdenes precisas de penetrar en territorio enemigo. Sin embargo ocurrió lo de siempre y como era habitual en él, Wellington no deseaba hacerlo hasta no estar seguro del progreso aliado en Alemania. Tampoco consideraba tener seguras las cosas en España, pues Pamplona, aunque bloqueada desde el 25 de junio, seguía firmemente en manos francesas[66]. En la capital Navarra, la guarnición original de 3.000 hombres del general Cassan, reforzada por la llegada de tropas desperdigadas y rezagadas tenía 80 piezas de artillería pesada, con las que mantenía a raya a los aliados, que sólo podían limitarse a estrechar el cerco por hambre.

Soult, con sus tropas agotadas y derrotadas no debía de creerse su suerte, pero a la vista de la inactividad británica —con los españoles ni contaba—, se dedicó en firme a preparar sólidas defensas en la línea del Bidasoa y se centró en la línea que iba de Vera de Bidasoa a Ainhoue, en total unos 15 kilómetros, concentrando el grueso de sus tropas, seis divisiones al mando de D'Erlon y Clausel, en la zona central y dejando a Reille cubrir con dos divisiones el bajo Bidasoa. En total cubría un frente de casi 40 kilómetros, con un sistema de fortificaciones, trincheras y parapetos similar a los de las guerras mundiales, pero con una dramática escasez de tropas para proteger por igual toda la línea, algo que al astuto general inglés no le pasaría desapercibido. Y así fue.

Wellington lo tuvo fácil; tras lanzar varios ataques de diversión contra el centro y la izquierda, lanzó al grueso de sus tropas contra el bajo Bidasoa. Soult sabía bien, por informadores, de la concentración de un gran tren de bagajes en Oyarzun y de la presencia de miles de hombres frente a la débil división de Maucune que protegía el estuario. La noche del 6 de octubre las tropas anglo-portuguesas se concentraron a lo largo de la orilla occidental del río, pasaron al ataque avanzando entre el cieno y arrollaron la débil resistencia francesa. En Behobia la superioridad aliada aplastó todo intento de oposición de las tropas de Maucune y tras dos horas de lucha la línea defensiva de Soult fue atravesada.

En Vera, donde había atrincherados 4.700 hombres de las divisiones de Conroux y Taupin, la división ligera de Alten y las tropas españolas de Girón se vieron envueltas en una lucha más complicada, pero terminaron por imponerse. Avisado por Reille, Soult, que se encontraba en Ainhoue, marchó hacia la zona amenazada pero cuando llegó ya era tarde y ordenó una retirada general. Había sufrido 1.700 bajas, pero logró formar una nueva línea de defensa en el río Nivelle.

Wellington, pero preocupado por la gran victoria de Napoleón en Dresde ante los austriacos, decidió actuar con prudencia y centrarse en Pamplona, que seguía resistiendo. No tuvo que esperar demasiado, hambrientos y aislados, los defensores franceses llevaban cercados cuatro meses y, sencillamente, no podían más —ya se habían comido todos los gatos, perros y ratas de la ciudad—, así que el general Cassan decidió destruir la fortaleza y rendirse, ante lo que Wellington le advirtió que fusilaría a todos los oficiales y a uno de cada diez soldados si lo hacía. Pensándolo mejor, el valiente general francés y su tropa de espectros se rindió el 31 de octubre.

### Nivelle

Las líneas defensivas de Soult a lo largo del río Nivelle se extendían a lo largo de 30 kilómetros. Reille y sus tropas vigilaban el bajo Nivelle, las tres divisiones de Clausel el centro y el resto del frente lo defendían las dos divisiones de D'Erlon. El general Foy que defendía los pasos Pirenaicos se juntó a la línea de D'Erlon, pues con las lluvias otoñales y la proximidad del invierno consideró que ayudaría mejor al dispositivo francés.

Wellington, una vez libre de obstáculos a su retaguardia tras la caída de Pamplona, planeó una ofensiva limitada contra Soult aprovechando su abrumadora ventaja en soldados y material. Había recibido notables refuerzos y el ejército aliado era ahora muy superior numéricamente al francés, ya que la primera semana de noviembre tenía 82.000 hombres, una cifra más que respetable, que superaba con

mucho a los 62.000 de Soult, muy desmoralizados, con problemas de equipo y en gran parte reclutas sin apenas instrucción.

Tras un reconocimiento metódico, Wellington decidió asaltar el centro del dispositivo defensivo francés, realizando ataques de diversión en ambas alas, Hope sería el encargado de fijar en sus puestos a los 25.000 hombres de Reille y Hill a los 22.000 de Foy y D'Erlon. Beresford, con 33.000 soldados dirigiría el asalto aliado. Todo fue bien. Reille no pudo moverse y D'Erlon no aguantó demasiado, pues las tropas del vencedor de Albuera atacaron con energía el sector de Clausel y luego se desplazaron en ayuda de Hill. Un intento de Foy de avanzar hacia Maya chocó con una fuerte resistencia española y tuvo que retroceder. Las tropas francesas no estaban combatiendo bien, se notaba la fatiga y la desmoralización y eso era un problema que a lo largo de la ya larga guerra, pocas veces habían tenido que sufrir. Después de una defensa no muy brillante, la red de reductos y puestos fortificados situada entre Sarre y Ascain cedió y las tropas imperiales se retiraron en desorden. Habían perdido 4.300 hombres por unos 3.400 de los aliados. La línea de Soult estaba rota.

Pero Wellington se detuvo, pues era plenamente consciente de que combatía en un frente secundario. Sabía que se enfrentaba a un enemigo agotado que apenas tenía reservas, pues el núcleo del ejército francés combatía en Alemania y conocía la tremenda derrota de Napoleón en Leipzig. Para el gobierno británico, obsesionado con el equilibrio continental, un hundimiento repentino de Francia sería también un problema y temía, igual que los austriacos, una Europa dirigida por rusos y prusianos. Las posibilidades de lo que podía ocurrir eran varias. Primera, que los poderosos vencedores de Europa central y del este llegasen a un acuerdo con Napoleón para que el emperador conservase el trono retrocediendo a las fronteras naturales de Francia —Alpes, Pirineos y Rhin—. Segunda, que invadiesen Francia y la obligaran a ceder a sus pretensiones, bien manteniendo a Napoleón o bien restaurando a los Borbones. Finalmente había que tener en cuenta la obsesión de Wellington por no provocar una revuelta en Francia al estilo de España, por lo que aunque había recibido órdenes de continuar atacando a Soult para presionar a Francia en su frente occidental, el duque de Wellington decidió actuar a su manera, la que había sido desde siempre su guía: la extrema prudencia.

El resultado fue que Wellington, como primera medida, decidió desprenderse de las tropas españolas. En un carta a lord Bathurst, explicaba con claridad la causa de su decisión, al comentar que *"nuestro éxito depende de la moderación y justicia con que actuemos y del buen comportamiento y disciplina de nuestras tropas"*. Wellington veía con desagrado que el penoso estado material y la falta crónica de alimentos, paga y suministros de todo tipo, empujarían a los españoles al saqueo y al pillaje, lo que podía poner a la población francesa en una situación similar a la de España cuando se produjo el alzamiento y no estaba dispuesto a permitirlo, por lo que, consciente del espíritu de venganza y rencor de un porcentaje muy alto de los soldados españoles, hartos de años de sufrimiento y dolor, decidió prescindir de ellos. Prefería perder la ventaja numérica que tenía ante Soult que comprometer sus relaciones con los civiles franceses. Su gran ventaja era el dinero, algo de lo que los españoles carecían y, si su decisión es criticable y fue dura, sus objetivos se lograron.

La reacción entre los españoles fue, como era de esperar, de absoluta indignación. Las tropas españolas, faltas de todo, había combatido bien, al nivel de británicos o portugueses y las medidas adoptadas por Wellington contra los que cometieron desmanes, algo siempre reprobable, fueron infinitamente más duras que las que el caudillo británico tomó contra sus tropas en las vergonzosas jornadas que siguieron a la batalla de Vitoria o a la toma de Badajoz o San Sebastián. En resumen, a finales de noviembre, las tropas de Longa fueron enviadas a Medina de Pomar —en Burgos—, pasando por Irún; la reserva de Andalucía se acantonó en el valle de Baztán y en otros puntos de Navarra, y los británicos se quedaron en Francia y como bien dice J. M. Iribarren, *"mientras los ingleses se establecieron en las aldeas de la dulce Francia, donde el dinero y la política de su jefe les permitía darse buena vida y confraternizar con la población, nuestros desamparados voluntarios fueron echados a las crestas del Pirineo a pasar frío, hambre y calamidades"*. Sólo la División Morillo, entrenada, pagada y equipada por los británicos siguió a las órdenes de Wellington en Francia, donde se comportaría brillantemente[67].

**Bayona, Nive y St Pierre**

El 9 de diciembre comenzó la campaña final. Wellington contaba con 64.000 hombres, muy bien equipados y armados, frente a 63.000 de Soult, en condiciones lamentables. El objetivo inicial del ejército anglo-portugués era Bayona. Hope, desde San Juan de Luz, con el equivalente a cuatro divisiones, siguiendo la costa, atacaría directamente Bayona. Beresford con las divisiones Tercera y Sexta, acompañado por las divisiones Séptima y Cuarta avanzaría hacía Ustartiz, Nive arriba, hasta encontrar un buen punto donde vadear el río y cruzarlo para luego girar al oeste y dirigirse a Bayona. Tres divisiones con Hill, apoyadas por dos de caballería, harían lo mismo en Cambo. Una división ligera garantizaría las comunicaciones entre los tres grupos.

Todos los avances tuvieron éxito en principio. La situación de los aliados era sorprendentemente buena pero el hábil y astuto Soult aún no había abandonado la lucha. Es posible que sus tropas estuvieran cansadas y desmotivadas, pero el mariscal conservaba una fuerza poderosa concentrada en torno a Bayona y había dejado a Wellington tener la sensación de que su resistencia se desmoronaba, permitiendo a los británicos avanzar con facilidad, cubriendo un amplio frente a ambos lados del Nive y perdiendo al extenderse su ligera superioridad numérica. Soult tenía ahora una buena oportunidad.

Durante la noche las tropas imperiales comenzaron su concentración ante los hombres de Hope, en tanto las divisiones de Hill, que veían las hogueras de las unidades de D'Erlon, no sabían que éstas habían abandonado en medio de la pertinaz lluvia de finales de otoño sus posiciones y, atravesando Bayona, se concentraron en la ribera oeste del Nive y, al amanecer del día 10, estaban dispuestos para la acción.

Escondidos tras los bosques y las depresiones del terreno tres divisiones al mando de Clausel atacaron a la División Ligera aliada al norte de Arcangues y la obligaron a retroceder. Junto al mar una brigada de dragones y dos divisiones al mando de Reille atacaron por sorpresa a Hope. Las tropas anglo-portuguesas sufrieron graves pérdidas antes de que llegaran los primeros refuerzos, que no consiguieron detener los feroces asaltos franceses, pues Reille había recibido apoyo de Villatte con varios batallones de la división de Foy. La llegada oportuna de la brigada de Greville de la Quinta División Británica y de la Primera División de lord Aylmer salvaron finalmente la situación, tras horas de lucha desesperada. El ejército francés empezaba a dar señales de recuperación. Los anglo-portugueses habían perdido 1.500 hombres y los franceses, con muchas menos bajas podían estar satisfechos, si no hubiera sido porque las noticias de Leipzig y de las victorias de la Coalición en el frente del este estaban afectando a las tropas con las que contaba Soult; así por ejemplo, tres batallones alemanes desertaron y se pasaron a los británicos, lo que obligó a su vez a los franceses a comenzar a desarmar a las unidades alemanas, hecho que debilitó aún más a su ejército.

El 11 amaneció en calma, pero por la mañana los franceses lanzaron un nuevo ataque contra las tropas de Hope, que perdieron 400 hombres en cuestión de minutos. Sin embargo Wellington había comprendido las intenciones de Soult y había reforzado a Hope con las divisiones Cuarta y Séptima y había ordenado a Beresford repasar de nuevo el Nive al oeste. Viendo la concentración enemiga, Soult comprendió que no podía hacer nada y ordenó a Reille detener el ataque. Había tenido 200 bajas, menos de la mitad que los anglo-portugueses.

Aprovechando la situación de las tropas de Wellington al oeste, Soult atacó a Hill, que al irse Beresford se quedó sólo con 14.000 hombres y 12 cañones, atrincherado en St Pierre, entre los ríos Adour y Nive, ocupando una fuerte posición. Tras fijar a Hope con una serie de ataques en pequeña escala, Soult lanzó el grueso de sus tropas contra el general británico, que sabía lo que podía ocurrir y decidió que podía resistir hasta esperar ayuda.

El terreno favorecía a los aliados, por lo que los 40.000 hombres de Soult sólo podían lanzar ataques frontales para probar si había suerte y los británicos cedían en algún punto. A las ocho de la mañana, al comenzar a despejar la niebla las tropas francesas de la división Abbé se lanzaron al asalto del centro enemigo, apoyado por varios batallones al mando de Daricau a su izquierda. Los británicos de Barnes y los portugueses de Ashworth, resistieron tanto como pudieron, pero tanto ellos como el resto de las unidades aliadas comenzaron a perder terreno. Hill, desesperado, lideró un contraataque y obligó a los hombres de Abbé a retroceder. Lo cierto es que hubo una enorme confusión en el mando francés

—Gruardet no acudió con sus tropas en ayuda de su colega y las divisiones intactas de Maransin y Taupin tampoco—. Entre tanto las desmoralizadas unidades de Daricau, viendo lo que ocurría, comenzaron a perder el terreno ganado y al final se retiraron. Cuando llegó Wellington, Hill había ya vencido en realidad. No obstante, el grueso de las tropas anglo-portuguesas entraron en el campo de batalla para disuadir del todo a los franceses y sobre las tres de la tarde todo había acabado. Los aliados habían tenido unas 1.800 bajas y los franceses sobre 2.400. La lucha había sido muy sangrienta en relación a la cantidad de tropas envueltas en la batalla y la derrota en St Pierre convenció a Soult de que debía detener las operaciones hasta recuperarse; pasando a la otra orilla del Adour se retiró a su campo atrincherado en Bayona. Ante la llegada del invierno Wellington hizo lo mismo y las acciones a gran escala se suspendieron. Tal vez era la hora de los políticos.

**A la búsqueda de un acuerdo**

A finales de 1813 no cabía duda de que el nuevo sistema liberal garantizado por la avanzada y moderna Constitución de Cádiz, parecía firme y seguro. Según avanzaban las tropas liberadoras se iba imponiendo el nuevo régimen, de cara a la convocatoria de Cortes ordinarias que había sido anunciada por las Cortes Extraordinarias reunidas en la Cádiz el 23 de mayo de 1812. Las primeras Cortes ordinarias debían reunirse el 1 de octubre de 1813 y de su resultado saldría la ratificación o el rechazo por parte del pueblo, de la nación soberana de acuerdo con el texto constitucional, de la propia Constitución y del proyecto liderado por los liberales en Cádiz durante la guerra. Desgraciadamente para ellos, los *serviles*, el bando que defendía la vuelta al Antiguo Régimen, apoyado por el clero y la Iglesia, obtuvieron dos tercios de los escaños, lo que demostraba el alejamiento del pueblo de las intenciones liberales. Con gran habilidad y para evitar que los los *serviles* no destruyeran el inmenso trabajo realizado, se decidió el 16 de agosto de 1813, que las Cortes Ordinarias se reunieran en Cádiz y no en la capital, si bien ambas facciones eran conscientes de que sería el propio monarca, cuando regresase, quien decidiría la cuestión, pues en su nombre se había librado la guerra e incluso elaborado la Constitución.

Desde Leipzig y en especial en los dos últimos meses de 1813, de forma discreta se habían iniciado contactos entre los aliados y Napoleón, con vistas a detener las operaciones militares. En un primer momento los aliados de centro y este de Europa, representados por las tres grandes potencias de la zona, Prusia, Austria y Rusia, parecían aceptar la propuesta de que Francia se retirase a las llamadas fronteras naturales —Alpes, Rhin y Pirineos—, a lo que Napoleón accedió, hasta que vio que por fronteras naturales sus enemigos entendían las anteriores a 1792, por lo que el plan fue finalmente rechazado.

Mientras, en lo tocante a España, la situación había ido cambiando. Por extraño que hoy en día pueda parecer, la derrota de Vitoria no desanimó ni a Napoleón ni a muchos de los 15.000 españoles que habían pasado la frontera con el rey José y su derrotado ejército, y sólo tras la derrota de Leipzig —16 al 19 de octubre—, el emperador fue consciente de que debía de solucionar el problema que se le venía encima en su frontera sur. Lo que planeó fue una clara maniobra anti-británica que tenía por objeto llegar a una acuerdo de paz con España, que le permitiese recobrar las tropas de Soult que combatían contra los aliados en la frontera y las que aún se encontraban en los diversos frentes de batalla de la Península, así como a los millares de prisioneros y llevar esta masa de tropas a Alemania. La misión se la confió Napoleón a Le Forest el 13 de noviembre, teniendo el enviado imperial como primer destino Valençay, donde se encontraba recluido Fernando VII. La propuesta de Le Forest era poco menos que olvidar lo ocurrido desde Bayona y devolver al trono a Fernando, quien además podría casarse con una hija de José Bonaparte, poniendo fin a la enemistad entre ambas naciones. Los prisioneros españoles serían liberados y el rey concedería una amnistía a quienes habían apoyado al rey José. El duque de San Carlos, que negoció en nombre del rey, partió para España para comunicar la propuesta de tratado a la Regencia, en tanto ésta, enviaba al general Palafox a Valençay como su representante. Todo esto demostraba la ignorancia de la camarilla del Fernando y del propio Napoleón, que se negaban a reconocer —algo lógico pues no entraba en su mentalidad de déspota— que el pueblo español había tomado las riendas de su destino. Un Decreto de las Cortes de 1 de febrero de 1811, había declarado nulo de pleno derecho cualquier

acto del rey Fernando en tanto estuviera cautivo. De todas formas esta vez la Regencia estuvo a la altura de las circunstancias y se negó a aprobar el acuerdo en tanto el rey no estuviese libre.

Puede parecer ingenuo que Napoleón se aventurase a intentar una solución tan descabellada pero, en primer lugar, no pasaba nada por intentarlo y, en segundo, si lo lograba y enviaba a decenas de miles de soldados experimentados a Europa central podía vencer a la Coalición. Tan serio fue el envite que Wellington llegó a temer lo peor, ya que si España llegaba a un acuerdo con Francia, la base de su estrategia se vendría abajo de golpe.

60 La caballería francesa, aunque muy debilitada, seguía siendo la dueña y señora del terreno en España, pero esta vez un reconocimiento de amplio radio al oeste del Esla no descubrió a las tropas de Graham, aunque sólo por unas horas.

61 Las tropas españolas del rey José fueron suprimidas a lo largo del otoño de 1813. Al fin y al cabo, ya no servían para nada y además eran poco fiables.

62 Se asegura —Lemonier-Delafosse— que el duque de Dalmacia se fue a dormir tranquilamente, para desesperación del general Clausel.

63 Este pequeño antecedente de la cortina de fuego de Ludendorff de la Primera Guerra Mundial, que antecedía al asalto de las terribles unidades de *Stormtruppen* —los jinetes de las tormentas— tuvo un sorprendente éxito y demostró que incluso con los medios rudimentarios de principios del XIX era factible.

64 Wellington no lo impidió en ningún momento y es posible que permitiera a propósito la destrucción del puerto, pues rivalizaba en el comercio atlántico con los de la costa sur de Inglaterra.

65 Lo ocurrido fue una réplica en miniatura de lo que ocurriría en Holanda en septiembre de 1944 en el puente de Arhem entre los *Red Devils* británicos y las *Waffen SS* alemanas durante la operación *Market Garden*.

66 Para entender la estrategia de Wellington conviene analizar un problema geográfico que me ha llamado mucho desde siempre la atención, pues ha sido provocado por una constante e insistente mala representación de la Península Ibérica, tan contumaz que ya es imposible de eliminar de la imaginación popular y es que, en realidad, el País Vasco Norte, *Iparralde*, de los nacionalistas vascos, no está EN EL NORTE. La mayor parte del País Vasco francés ESTÁ AL SUR de Bilbao. Es en realidad el País Vasco del Este, pues la Península Ibérica se proyecta hacía el Atlántico apuntando al Norte. Cabo Machichaco está a una latitud más nórdica que los territorios franceses de habla vasca. Esta realidad ha sido, por razones muy largas de contar, hábilmente ocultada. Consulten, por favor, un mapa.

67 Wellington llegó a apreciar a Morillo y fue quien en 1815 le recomendó para el mando del ejército expedicionario enviado a Costa Firme para combatir a los insurrectos americanos.

## CAPÍTULO XIII

## 1814 EL AÑO DE LA VICTORIA



*Toulouse —10 de abril de 1814—. En la última batalla de la guerra los hombres de ambos bandos lucharon admirablemente, pero ninguno sabía que Napoleón ya se había rendido.*

*Si después de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años el Gobierno británico ha quedado dueño del campo de batalla, ¿a quién se lo debe: a su política, a sus tesoros, al continente entero? No; a un aliado solo: la nación española. La Prusia, después de una empresa temeraria (en 1806) fue aniquilada. El palacio de Federico II podía ser aún por mucho tiempo un cuartel general francés. ¿Quién será, pues, el que intercederá por la Prusia? Una potencia que no negocia sino con la espada en la mano: España, España sola, obligando a los franceses a llevar 150.000 hombres a la otra parte del Pirineo. El territorio prusiano queda desocupado; Federico Guillermo vuelve a la capital; ¿quién le restituyó a ella? La nación española.*

*Cuando Napoleón, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo a aquella nación, cien veces vencida y siempre invencible, el Gabinete austriaco (en 1809) calculó que se ofrecía una ocasión favorable a sus designios. La división de las fuerzas de Francia multiplicaba las posibilidades de su buen éxito. Era ya una gran ventaja el sacar a Napoleón de España y prolongar aquella guerra devoradora. Napoleón se separa rabioso de las orillas del Manzanares y corre a las del Danubio; pelea, y vence; está en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan; prodígale la victoria sus laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en sus manos extender más allá sus conquistas, sólo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderación inesperada? ¿Quién salva a Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? El mismo auxiliar que salvó a Prusia: la nación española.*

*Una guerra vastísima conduce a Napoleón a Moscú; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo a París, como Xerjes a Persépolis... ¿Dónde están, pues aquellas huestes aguerridas, cuya presencia le volvería la dominación sobre Alemania y Polonia? ¿Quién las sostiene, quién las ocupa, cuál es el enemigo infatigable que batieron ayer y les desafía hoy a nuevos combates? ¿Quién salva, en fin, a Rusia, como a Prusia y a Austria? La nación española.*

*¿Fueron pues, o no, los españoles quienes salvaron a Europa de la catástrofe de la que se veía amenzada?*

*José Gómez de Arteche y Moro. Epílogo a su obra La Guerra de Independencia.*

## VUELVE LA LUCHA: BAYONA

Al comenzar el año 1814 pocos tenían dudas de que la victoria aliada era posible. Los ejércitos imperiales habían sido expulsados de la mayor parte de España, pero todavía quedaba mucho por hacer, por lo que las Cortes y la Regencia hicieron un enorme esfuerzo, en una nación arruinada, para preparar unidades de campaña que pudiesen seguir participando en los combates en primera línea.

En Francia, Wellington retomó las operaciones a primeros de febrero. La situación de su ya eterno enemigo, el mariscal Soult, era cada vez peor. Había tenido que enviar a miles de soldados a Napoleón y desarmado a las unidades alemanas que ya no eran fiables, e igual había hecho con los italianos y con los miembros del ejército de José Bonaparte. Todo ello había mermado sus fuerzas considerablemente, pero contando con las unidades de la Guardia Nacional y reclutas jóvenes aún tenía 60.000 hombres frente a los 70.000 anglo-portugueses de Wellington.

Las tropas francesas se encontraban desplegadas a lo largo del Bidasoa en previsión de que Wellington intentase cruzar el Adour para atacar Bayona por el este y los primeros movimientos británicos parecían confirmar que Soult había acertado. Antes de comenzar su ataque definitivo contra Bayona, Wellington había tomado la decisión de empujar hacia el este a las divisiones francesas que protegían la ciudad, para aislarla de esta forma. Con el enemigo lejos y sin capacidad para comprometer el ataque a Bayona, Wellington ordenó a los 31.000 hombres del general Hope, que atacaran las fortificaciones y puestos avanzados franceses. El 23 tropas británicas realizaron un ataque de diversión contra las líneas francesas para permitir el cruce del río. Con barcas y lanchas los anglo-portugueses establecieron una cabeza de puente en la otra orilla, sin apenas ser molestados. La mañana del 24, una flotilla británica permitió consolidar la posición y tender un puente de pontones que se terminó el 26. Ese día al atardecer, más de 15.000 hombres del ejército aliado estaban ya en la otra orilla. Los franceses defendieron cada metro del terreno, cada casa y cada muro con una tenacidad sorprendente. Los británicos atacaron con dureza, pero el feroz combate les ocasionó 400 bajas y, finalmente, tras luchar todo el día 27, las tropas francesas se replegaron a sus posiciones

fortificadas en la ciudad. Los hombres de Hope habían completado el cerco a un duro precio.

**El fracaso del último plan de Napoleón**

Obsesionado con apartar a España de la alianza con los británicos, el 10 de diciembre de 1813 se había firmado el tratado por el que Fernando VII volvía al trono de España. Pero, como hemos comentado, ni el emperador ni el rey estaban al tanto de los profundos cambios que España había sufrido durante los largos años de guerra, y cuando en enero Palafox y el duque de San Carlos llegaron a Madrid, que de nuevo era la capital de España, no tuvieron ninguna facilidad para presentar su plan. El ministro de Estado, José Lujando, se entrevistó con Henry Wellesley, y tras informarle con todo detalle del tratado, le aseguró que estaba muerto y jamás sería cumplido. Firmes en su decisión, las Cortes emitieron un Decreto el 2 de febrero que ponía serias restricciones al paso de la frontera y públicamente acusaron a Napoleón de instigar la guerra civil en España.

Para los británicos en general y para Wellington en particular, la respuesta firme y clara de sus aliados españoles fue una gran noticia. Otra serie de decisiones parecían estar encaminadas a intentar agradar a los ingleses. Por de pronto se cesó en su cargo de ministro de la Guerra, el anglófobo O'Donoju, y se adoptaron una serie de medidas en aduanas y comercio que beneficiaban a los intereses del Reino Unido. Lo cierto, sin embargo, es que a primeros de 1814 los *serviles* no eran tan peligrosos como se les pintaba, pues también ellos estaban divididos entre los burócratas partidarios de restaurar la situación anterior a 1808 y los tradicionalistas, defensores a ultranza del Antiguo Régimen y del poder real sin límites. Los ingleses, siguiendo la línea defendida por Wellington, rechazaron apoyar ningún tipo de golpe militar, pues estaban seguros de que sería peor el remedio que la enfermedad, pero no estaban ciegos ante el peligro de que el ejército español intentase algo, si bien había que tener en cuenta que las tropas españolas de la época contaban con un alto número de oficiales y mandos encumbrados por la guerra, que estaban muy próximos a los constitucionalistas[68] y de hecho le número de liberales entre ellos era bastante alto. El problema venía principalmente de un intenso antimilitarismo que durante décadas se había ido fraguando en la sociedad española y que había sido hábilmente empleado por los defensores del *"pueblo en armas"*, que habían mitificado hasta extremos grotescos la lucha guerrillera y popular, que a la postre había tenido un escaso papel en la victoria final, pero que entendía que *"un ejército regular"* era una amenaza contra la libertad y que proponían como ideal la milicia ciudadana. Si unimos esto a la desconfianza, más que arraigada, en el gobierno y su ideal de lograr un ejército debilitado, y hacer hincapié en el *"ejército nacional"*, se entenderá mejor porqué se insistió tanto en la formación de una Guardia Nacional, un auténtico ejército autosuficiente que no perdiera sus lazos con el pueblo y que no se viera afectada por la corrupción. El problema fue que los liberales no consiguieron su creación hasta el 15 de abril de 1814, cuando la guerra estaba prácticamente acabada y ya era demasiado tarde.



*La batalla de Orthez —27 de febrero de 1814—, en la que tras duros combates los franceses no pudieron detener a las tropas aliadas en su progresión al interior del país.*

El planteamiento liberal-revolucionario fallaba en un asunto esencial y es que, en realidad, la tan cacareada guerra popular no había sido la responsable del triunfo de Bailén, ni de las ocasionales victorias de Alcañiz o Tamames, sino que habían sido obra del *"despreciable"* ejército regular, pues las milicias no habían demostrado una gran combatividad y en cuanto a las guerrillas eran a veces tan peligrosas como beneficiosas. Además, muchos de los nuevos oficiales del ejército nacido en la Guerra, no estaban dispuestos a renunciar a los privilegios obtenidos, por muchas causas que iban desde nociones abstractas e intangibles como la sensación de que la sociedad tenía una deuda con ellos[69], hasta otras más simples como el saber que por primera vez en su vida, los que eran de humilde extracción, habían tenido acceso a una educación mejor y a una vida estable, lo que hacía que sus simpatías liberales hubieran ido evolucionando en una dirección que no era la originariamente esperada. Así pues, la negativa de las Cortes ha conceder a los oficiales los privilegios que pedían, provocó a la larga un enfrentamiento que sería destructivo para la estabilidad de España, con independencia de que, en gran medida, el ejército tuviese razón cuando se quejaba del olvido y la incomprensión con el que había sido tratado, estando dolidos por todo; por el nombramiento de Wellington como comandante en jefe, por la falta de equipo y material e incluso por la pura y casi total incapacidad demostrada por las tropas españolas en las campañas de 1812 y 1813, cuando actuaban en solitario en un tiempo en el que gozaban de una superioridad numérica abrumadora. Finalmente, la decisión de Wellington, acatada en España, de retirar a las tropas españolas de los campo de batalla de Francia en el otoño de 1813, les llenó de frustración y amargura.

Esta situación explosiva, que se sentía en el ambiente, equivocó al duque de San Carlos y a Palafox al llegar a Madrid. La situación de agitación en el campo, las agresiones contra los *serviles* y el malestar militar hicieron creer a los viajeros de Valençay que un golpe contrarrevolucionario era factible y regresaron a Francia convencidos de esa posibilidad, aun a pesar de la rotunda negativa de la Regencia y de las Cortes. Tal vez por ello, Napoleón decidió jugar su última carta. El fracaso de las conversaciones de Chatillon, donde entre el 4 de febrero y el 17 de marzo, se había negociado un último intento de llegar a un acuerdo con las potencias de la Coalición, le obligaron a intentar separar de los aliados, al menos a España, por lo que dando por válido el tratado y a pesar de saber que no estaba ratificado por ninguna autoridad española, decidió poner en libertad a Fernando VII, a quien por fin reconoció como rey de España, con la esperanza tal vez, de que su aparición provocase una grave crisis entre liberales y *serviles*. De esta forma, el 13 de marzo de 1814, el rey de España abandonó Valençay y se dirigió a la frontera, resuelto a aplicar el tratado, pues en Toulouse, comunicó a los afrancesados refugiados que obtendrían su perdón, lo que demostraba su voluntad de ignorar los decretos de las Cortes de 11 de agosto y 14 de noviembre de 1812, que disponían las penas para quienes habían apoyado al rey intruso, y su clara intención de gobernar de acuerdo a su pura y simple voluntad. Mientras esto sucedía, en Francia, la guerra continuaba.

### La batalla de Orthez

En tanto Hope se dedicaba a apretar el cerco a Bayona, Wellington seguía presionando hacia el este. El 24 de febrero Hill comenzó su ofensiva, en tanto Beresford y Picton amenazaban la vanguardia francesa, situada entre Sauveterre y Navarrenx. Soult, que no tenía ninguna forma de oponerse a los movimientos enemigos se retiró hacia Orthez, localidad a la que llegó el 25, estableciéndose en ella dispuesto a resistir. Sus tropas estaban bastante recuperadas, así que las desplegó en lo alto de un promontorio desde el que dominaba la ciudad y en torno a una serie de defensas naturales que estaba seguro ayudarían a la defensa. Su caballería no era muy fuerte —3.000 jinetes—, pero contaba con 48 piezas de artillería y 33.000 solados de infantería. La caballería de Wellington estaba pareja a la suya y si bien tenía 54 cañones; su posición era peor. Además numéricamente no era tan superior, pues apenas contaba con 40.000 hombres.

Durante las operaciones las tropas españolas formadas por la división del general Carlos de España y dos de Freire, la 3ª provisional y 4ª, se habían unido de nuevo a los aliados para actuar contra los franceses. Para equiparlas y armarlas y atendiendo al insistente ruego de Wellington: *"Os ruego hagáis observar a vuestras tropas la más estricta disciplina, porque sin eso estamos perdidos"*, la Regencia había

realizado un esfuerzo inmenso y lo cierto es que el resultado fue tan bueno que algunos británicos al verlos dijeron que habían cambiado tanto que estaban irreconocibles.

La idea de Wellington era realmente complicada. Hill tenía que avanzar frontalmente contra Orthez y desviarse después hacia el este para atacar el flanco izquierdo del dispositivo defensivo de Soult, en tanto Beresford debía envolver el ala derecha de los franceses y las tres divisiones de Picton atacarían el centro. Tras el previsible desmoronamiento de los flancos de los imperiales, Beresford y Hill avanzarían hasta cortar la retirada a Soult. Era todo tan bonito que olvidaba algo esencial ¿Iban a permitir los franceses que las cosas salieran tan bien para los aliados? La respuesta fue que no.

A las 8,30 de la mañana del 27 de febrero, mientras a kilómetros de distancia en el Oeste las tropas de Hope luchaban por cerrar el cerco a Bayona, la Cuarta División británica del general Cole, con el apoyo de artillería, asaltó las posiciones del general Taupin en St Boes, dando comienzo a la que sería conocida como batalla de Orthez. Tras una dura lucha el fuego preciso de la artillería francesa anuló una tras otra a las piezas británicas y la resistencia de la infantería francesa no pudo ser rota. Cole pidió refuerzos, pero los *caçadores* portugueses que le enviaron de apoyo no pudieron arreglar la situación y St Boes siguió en manos francesas.

En el centro las cosas no iban mejor para las divisiones Tercera y Sexta, pues Picton no podía avanzar si Cole no tenía éxito y siguió viendo cómo sus unidades aguantaban el fuego de la artillería francesa, hasta que viendo que no podía sostenerse, retrocedió en toda su línea de frente. Eran las 10,45 y los defensores franceses de D'Erlon habían obligado a las tropas de Picton a volver al punto de partida. Al ver el fracaso Wellington reforzó con la División Ligera completa y más tropas a Cole, al tiempo que animaba a sus hombres a seguir combatiendo. Lo logró, pues al poco tiempo la lucha volvía a St Boes y Picton ordenaba de nuevo a sus tropas subir la colina y desalojar de ella a los hombres de D'Erlon. La combinación del ataque de la infantería y la metralla de los cañones hizo vacilar a la división de Foy, que cayó herido mientras sus tropas comenzaban a ceder. Viendo lo que ocurría, el general Harispe, que había contenido muy bien en el centro los ataques aliados sobre Orthez, creyó que podía quedar aislado y comenzó a replegarse, lo que aprovecharon los británicos para cruzar el Grave de Pau y atacar el flanco izquierdo francés.

Hacia el mediodía todo estaba del lado aliado, pues al retirarse Foy, la presión de Picton sobre Darmagnac y Rouget fue tan intensa que acabaron por ceder, creando un vacío en el centro francés por el que avanzó el 52 de infantería. Viendo lo sucedido, el general Taupin que estaba a punto de ser rodeado se retiró abandonando St Boes. Soult empleó las divisiones de Harispe y Villatte para cubrir la retirada algo caótica de sus unidades y se replegó en dirección a Sault de Navailles y tras una penosa marcha alcanzaron el río Luy de Bearn y pasaron al otro lado para ponerse a salvo. Había perdido otros 4.000 hombres y las deserciones, especialmente de los jóvenes reclutas aumentaron. Su ejército había sido de nuevo vencido, pero seguía vivo y, mientras hay vida, hay esperanza. Así que Soult marchó hacia el alto Adour y llegó a Aire y tras varias escaramuzas con tropas británicas y portuguesas logró retirarse en orden.



*Oficial de los húsares de Cantabria. El parte del general Freire destacó el buen comportamiento del regimiento en la batalla de Toulouse. Las tropas españolas combatieron muy bien en la campaña de 1814.*

Respecto a los aliados, sus pérdidas no superaron los 2.000 hombres y Wellington, cuando sus tropas abandonaron la persecución a Soult, se concentró en tomar Burdeos, que iba a ser la primera gran ciudad francesa en caer en manos de los aliados —de hecho en 1814 era la segunda del país tras París—. Los británicos sabían que la capital del Garona era uno de los principales núcleos realistas de Francia, por lo que su captura era enormemente atractiva, pues podía dar a Wellington algo que buscaba ardientemente, apoyo popular. El 7 de marzo las tropas de Beresford avanzaron hacia la ciudad que el gobernador, acompañado de las tropas de la guarnición y los bonapartistas declarados, abandonó sin lucha. El 12 de marzo la bandera blanca con las líses de oro de los Borbones era de nuevo izada en la ciudad por los victoriosos soldados británicos. El imperio napoleónico se desmoronaba.

### La guerra en Cataluña y la vuelta del *Deseado*

Desde la derrota del Ordal en septiembre de 1812 la guerra en Cataluña había languidecido. El general Clinton, que había sucedido a lord Bentinck, no se arriesgó a avanzar más allá de Tarragona y la guerra quedó limitada a golpes de mano, acciones menores y asaltos en la costa. En esta situación, el alto mando aliado disolvió el ejército de Clinton, cuyas unidades fueron enviadas a Francia o a Sicilia. Sin embargo eso no era demasiado tranquilizador para el duque de la Albufera, que se encontraba con notables dificultades que aumentaban cada día. Por lo pronto, una parte considerable de sus tropas estaban detenidas en fortalezas aisladas o sitiadas y no podía contar apenas con tropas de maniobra. Había disuelto sus regimientos alemanes y las conversaciones de Valençay habían convencido a Napoleón de que podía lograr su objetivo, por lo que le privó a Suchet de otros 11.000 soldados —le pidió 14.000— que de inmediato fueron enviados a Alemania.

Así pues contaba con apenas 17.000 soldados, una fuerza ridícula, que le obligó a efectuar una retirada escalonada y ordenada, perseguido por las tropas españolas, cada vez más numerosas y organizadas. A mediados de marzo concentró sus tropas en las fortalezas situadas al otro lado del Llobregat, en Barcelona, que quedó bloqueada y en Figueras. Usando trampas similares a las empleadas por los franceses al ocupar Cataluña en 1808, un aparte de las posiciones ocupadas fueron recuperadas por los españoles, intentando hacer creer a los comandantes de varias guarniciones —Tortosa, Lérida, Mequinenza y Monzón— que el tratado de Valençay había sido ratificado por las Cortes. El general Robert, gobernador de Tortosa, creyó el engaño y se rindió con sus 1.900 hombres.

El 24 de marzo, el rey Fernando que venía de Valençay llegó a la frontera, donde

le esperaba Suchet, que intercedió para liberar a los hombres de Robert. Una vez conseguida la aprobación real, las tropas del duque de la Albufera le rindieron honores de soberano y permitieron entrar en España. Ya en nuestro país, las tropas del capitán general de Cataluña, Copons y Navia, le escoltaron hasta Gerona, donde le hicieron entrega de los documentos de Regencia, que de conformidad con el Decreto de 2 de febrero de 1812, le indicaban el itinerario que debía seguir. El rey, altivo e indignado, trató al diputado de las Cortes que le hacía entrega de las instrucciones de *vasallo* y, aprovechando la invitación de Palafox, se alejó de la ruta marcada que le indicaba ir a Valencia y marchó a Zaragoza.

Respecto a las tropas imperiales, las últimas posiciones que mantenían en Cataluña seguían resistiendo a primeros de abril, principalmente Barcelona, tercamente defendida por el general Habert, así como puestos en los pasos de montaña de los Pirineos y fortalezas aisladas, que se mantendrían en manos francesas hasta más allá de la abdicación de Napoleón.

**Toulouse, la última batalla**

Tras tomar Burdeos en la costa atlántica, Wellington concentró sus tropas en Aire, y luego marchó hacia el sudoeste dispuesto a terminar de una vez con el ejército del correoso mariscal Soult. Se le habían unido las tropas de Beresford y un nuevo refuerzo de tropas españolas estimado en 10.000 hombres. Formando densas barreras de jinetes aprovechando su superioridad, consiguió que los exploradores de Soult apenas pudieran obtener información de sus movimientos. Además, Soult no tenía ya más de 35.000 hombres para maniobrar, en gran parte reclutas y miembros de la Guardia Nacional, sin experiencia y mal entrenados, por lo que temiendo enfrentarse a Wellington en una situación demasiado adversa, se retiró a Tarbes. El 20 de marzo, su retaguardia combatió con energía a las tropas de las divisiones Ligera y Sexta para cubrir la retirada general. Tras romper el contacto con sus perseguidores, se replegó hasta Toulouse, donde decidió hacerse fuerte. No obstante, Wellington continuaba la persecución, dispuesto a acabar de una vez con el ejército de su ya viejo y enconado enemigo. El 21 los 13.000 hombres de Hill avanzaron por Gaudens en tanto el propio comandante en jefe lo hacía a través de Trie con el grueso de las tropas. El mal estado del camino impidió una marcha rápida de los perseguidores, por lo que Soult alcanzó sin problemas Toulouse.

La gran ciudad del sur francés se encontraba muy bien abastecida, pues había sido una de las bases principales en los años de la campaña de España. Las tropas de Soult fueron eficazmente provistas, a su llegada a la ciudad, de comida, repuestos, nuevas armas, municiones y uniformes. El agotado y cansado ejército francés comenzó a parecer otra cosa. Respecto a las defensas de la ciudad, el mariscal francés vio con satisfacción que las órdenes que había impartido hacía meses con vistas a reforzarlas se habían cumplido y que disponía de un excelente sistema de terraplenes y reductos fortificados que apoyaban a las viejas murallas. Además, el hecho de que Toulouse estuviese casi rodeada por agua —el río Garona y el Canal Real—, facilitaba enormemente la defensa. Las tropas de Soult eran además totalmente francesas y combatían por defender el suelo de su patria y aun a pesar de que la ciudad era mayoritariamente partidaria de los Borbones y no prestó demasiada ayuda al mariscal, la decisión y firmeza de los soldados imperiales iban a provocar una batalla feroz y sangrienta.

El 3 de abril, tras tender un puente de pontones, las tropas aliadas comenzaron a pasar el Garona y hay que reconocer que tuvieron mucha suerte, pues cuando habían pasado unos 19.000 hombres, una crecida del río arrastró el puente y los dejó aislados cuatro días en la orilla este. Si Soult hubiese atacado a esta fuerza la habría barrido y ocasionado una grave daño a los aliados, pero no abandonó sus posiciones en la ciudad. Por si las moscas, Wellington no volvió a arriesgarse y cruzó el río por el puente de Croix d'Aurade —que estaba intacto— y tras pasar con sus tropas rodeó la ciudad por todos lados menos por el sur —donde estaba el río y Canal Real—.

El plan de Wellington consistía en lanzar un ataque principal a las murallas en el lado oriental y una serie de ataques secundarios encaminados a fijar en sus posiciones a los defensores: Hill atacaría St Cyprien, al oeste del Garona; las divisiones Ligera y Tercera lanzarían ataques de diversión en el norte, las tropas españolas de Freire, el Monte Rave, y las divisiones Cuarta y Sexta de Bersford lanzarían el asalto

principal. El objetivo de los españoles era de suma importancia, pues desde el Monte Rave se podía atacar toda la ciudad si se instalaban en él cañones pesados y morteros de sitio. Por ello Soult había preparado en la colina terraplenes, artillería de grueso calibre y una fuerte guarnición de infantería. La batalla, que iba a ser la última de la guerra, comenzó a las 5,00 de la mañana del Domingo de Resurrección, el 10 de abril de 1814. Nadie, en ninguno de los dos bandos, sabía que Napoleón había abdicado.

Hill atacó, como estaba previsto St Cyprien, defendido por los 3.700 hombres de la Brigada de Maransin y hábilmente, al precio de sólo unas decenas de muertos y heridos, los británicos mantuvieron ocupados a los franceses en este sector toda la jornada. El en norte, las tropas de Picton no cumplieron con lo ordenado y en lugar de hacer lo mismo que Hill, se empeñaron en una serie de ataques sangrientos contra Daricau, no pudieron cruzar el Canal Real y se vieron envueltos en una lucha feroz en torno a la cabeza de puente de Ponts Jumeaux y la granja fortificada de Petit Granague. Todos los asaltos británicos fueron rechazados y Picton finalmente dio orden de retirada. Al este, los componentes de la División Ligera, al igual que se había hecho en St Cyprien, libraron una serie de combates de diversión, pero en la zona del ataque principal las cosas no fueron bien. Los hombres de Beresford tuvieron que recorrer tres kilómetros antes de poder situarse en su posición, pues los pantanos del río Ers dificultaban su avance. Además el fango impedía moverse a la artillería pesada, por lo que el general inglés, visto que iba ya con un enorme retraso, decidió colocar allí mismo las baterías y abrir fuego, mientras su infantería continuaba lentamente su avance. Este hecho podía no haber tenido importancia, pero la precipitación de Beresford tuvo trágicas consecuencias..., para los españoles de Freire.

En efecto, las tropas españolas que debían atacar el Monte Rave por su extremo nordeste debían esperar a que las tropas de Beresford hubiesen ocupado sus posiciones de ataque, pero viendo que se retrasaban, al escuchar los disparos de la artillería británica pensaron que las Divisiones británicas Cuarta y Sexta había comenzado su ataque y se lanzaron al asalto con una furia tal que hicieron retroceder a las pantallas de *voltigueurs* franceses, cayendo en el radio de acción de los cañones pesados del Gran Reducto que sembraron de muerte sus filas, viéndose obligados a refugiarse en una zanja donde la artillería y los tiradores franceses les machacaron con un fuego devastador. Tras aguantar durante unos minutos que les debieron hacer eternos, las tropas de Freire comenzaron a bajar con rapidez colina abajo, salvo los Tiradores de Cantabria que, con su jefe el coronel Sicilia al frente, aguantaron con firmeza hasta que se les dio la orden de retirada. Para entonces, las tropas de Beresford ya estaban en sus puestos, pero eso no era un consuelo para los muertos y heridos que yacían entre el barro.

El Monte Rave era atacado ahora desde su extremo sur por las tropas británicas de Anson y Lambert que pronto se encontraron con una férrea resistencia de los hombres de Taupin situados en torno al reducto de Sypière y que atacaron a las tropas británicas con gran ímpetu pero que cometieron de nuevo el error de lanzarse en una sólida columna sin apoyo artillero contra las líneas inglesas intactas. El resultado fue el de siempre, acribillados a mansalva al formar un denso núcleo, los fusileros y tiradores británicos hicieron añicos a la columna de Taupin, que consciente de su error se puso al frente de sus tropas, sólo para conseguir caer mortalmente herido. La línea británica se había impuesto otra vez sobre la columna francesa, que se retiró desordenadamente, hasta que las desmoralizadas tropas imperiales se reorganizaron en torno a una nueva posición defensiva. Los aliados eran ahora dueños del reducto Sypière y Beresford, que seguía moviendo su artillería, esperaba el apoyo de los españoles de Freire para volver a atacar.

Picton, que había visto el desastre de Freire, pensó durante la corta tregua que el fin del cañoneo obedecía a que Beresford había sido rechazado en el Monte Rave y decidió apoyarle con otro atraque contra Ponts Jameaux que, como el anterior, fue rechazado, sufriendo las tropas anglo-portuguesas otras 350 bajas. Pero durante ese tiempo los cañones de Beresford estaban ya en el Monte Rave y podían disparar contra las fuerzas de Harispe. Como además Freire ya estaba listo de nuevo, el ataque se reanudó. Una vez más las tropas españolas avanzaron con energía contra el Gran Reducto, pero como en el caso anterior se vieron sometidas a intensas descargas de fusilería, metralla y una granizada de balas. Con Freire implicado personalmente en el asalto, sus dos divisiones se estrellaron contra una

resistencia feroz y tras perder centenares de hombres —entre ellos cuatro generales—, se retiraron una vez más.



*Combate de Bayona —14 de abril de 1814—. Aunque la guerra estaba perdida, los soldados franceses siguieron combatiendo sin mostrar ningún síntoma de decaimiento o desmoralización hasta el amargo final.*

Afortunadamente para los aliados, más al sur, la Sexta División había empujado a los defensores franceses en su avance a lo largo del Monte Rave contra el Gran Reducto y si bien Harispe envió todos sus refuerzos y logró contener por un tiempo a ingleses y escoceses, finalmente, tras perder más de 1.500 hombres por apenas 1.000 de los defensores, los franceses se vieron obligados a retroceder. Refugiados en el Gran Reducto y con refuerzos recibidos de Darmagnac, sacó la artillería y retrocedió hasta el Canal Real. Eran las 18,00 horas y los aliados, agotados y escasos de municiones en las líneas avanzadas, no estaban en condiciones de asaltar una ciudad como Toulouse, más aún con unas bajas enormes entre muertos y heridos y con sus divisiones muy maltrechas —312 ingleses, 205 españoles y 78 portugueses muertos, 1.795 ingleses, 1.722 españoles y 529 portugueses heridos—. Por lo tanto, Wellington decidió recuperarse para emprender el ataque al día siguiente. Sin embargo, no hubo batalla, pues temeroso de no recibir ningún apoyo de la población y con unas bajas en torno a los 3.000 hombres, el duque de Dalmacia se retiró prudentemente la noche del 11 de abril, tomando dirección a Carcassonne.

Cuando al día siguiente los aliados entraron en Toulouse, llegaron las noticias de la ocupación de París el 31 de marzo y la abdicación de Napoleón. Miles de hombres habían muerto o quedado destrozados para toda la vida luchando en una batalla inútil.

**Bayona**

El día que se libró la batalla de Toulouse, eran varios los puntos entre Santoña y el Mediterráneo en los que la lucha proseguía. El general Thouvenout, defensor de Bayona, había aprovechado bien su excelente red de defensas y, gracias a que contaba con unas buenas reservas de víveres, resistió los escasamente efectivos ataques de las tropas sitiadoras de sir John Hope, que parecía dispuesto a rendir la plaza por hambre, pues sus progresos fueron mínimos. Sin embargo, el día 14 de abril, más de una semana después de la abdicación de Napoleón, los sitiados lanzaron un brutal ataque con 6.000 hombres contra St Etienne, el general Hay de la Quinta División y decenas de sus hombres en los puestos avanzados cayeron ante el imprevisto asalto, llegando a capturar los franceses ni más ni menos que al general Hope, que además fue herido. Cuando las reservas alidadas consiguieron restablecer la situación, tras enconados combates, más de 800 soldados aliados habían caído junto un número parecido de franceses. Puede decirse que con esta dura acción la Guerra de Independencia Española terminó, al menos en el plano estrictamente militar.

El 21 de abril izaron los aliados el pabellón blanco de los Borbones, al que saludaron con salvas de artillería y el 26, por fin, llegó a Bayona un oficial del estado mayor de Soult que comunicaba de forma oficial el fin de las hostilidades, poniendo fin al sitio, que ya duraba cuatro largos meses, en medio del disgusto manifestado por su defensor, el general Thouvenot, ardiente bonapartista y de sus

tropas, fieles al emperador hasta el final. Bayona, se había rendido, pero sus valientes defensores había sabido cumplir su lema: *Numcuam Polluta*.

### Benasque y Santoña

Al término de la batalla de Toulouse aún mantenían los franceses algunas posiciones en España en las que se había hecho fuertes. La fortaleza de Benasque, en los Pirineos centrales estaba bloqueada, a pesar de lo que sus apenas 300 defensores siguieron resistiendo todos los ataques. A primeros de abril las tropas navarras de Mina, al mando del coronel Sebastián Fernández, que habían obtenido artillería de sitio en Jaca y Graus atacaron el fuerte, pero la solidez de los muros del siglo XVI, la buena posición en que se encontraba construido y el eficaz uso de los diez cañones disponibles por parte de los defensores, hizo imposible tomar la plaza hasta que llegasen municiones en abundancia para los sitiadores. Las tropas navarras lograron tomar un reducto clave, pero atrincherados en el núcleo de la vieja fortaleza, los 267 defensores resistieron hasta el 23 de abril.

El caso de Santoña era más complicado. El peñón había sido dotado de unas magníficas fortificaciones y estaba bien provisto de alimentos y municiones, pues Napoleón quería utilizar tan formidable posición como depósito y arsenal para sus operaciones en el Norte de España. Tras ocuparlo en 1808, lo perdieron en 1810 ante el general español Porlier y el comodoro británico Mens, si bien los aliados no pudieron mantener la plaza y la abandonaron al aproximarse las tropas de Caffarelli. Fue este general quien comprendió la enorme importancia de la plaza y quien propuso a Napoleón fortificarla. Fue nombrado gobernador el general Lameth, que construyó recias defensas, cerró el istmo y largo una cadena de hierro para proteger la entrada del puerto. Además situó una formidable artillería formada por 120 piezas y rodeó todo el contorno de reductos y parapetos, formando un campo atrincherado realmente soberbio.

Tras la batalla de Vitoria unidades del 4° Ejército español bloquearon la fortaleza, pero ni con la ayuda de la marina británica consiguieron hacer gran cosa ante sus defensas. En tanto las tropas aliadas estuvieron centradas en la campaña de Francia poco pudieron hacer los sitiadores, pero con la retirada de las tropas españolas por la polémica decisión de Wellington de finales de 1813, el general Freire pudo destinar una parte sustancial del 4° Ejército a intentar tomar el peñón. El primer objetivo eran las fortificaciones exteriores y principalmente los fuertes del Brusco y Laredo. Tras duros combates que duraron semanas, el 22 de febrero caían las últimas defensas externas, pero el general Lameth, aun conociendo la progresión de los aliados y la victoria de Toulouse, se negó a rendirse y propuso entregar la plaza con la condición de poder retirarse a Francia sin rendir las armas, a lo que Wellington se negó. Al no conseguir lo deseado, decidió resistir hasta la firma de la paz general y así lo hizo.

En los días siguientes, las últimas posiciones ocupadas por los franceses en territorio español, situadas principalmente a lo largo de la costa de levante, se rindieron una por una. La principal fue la propia Barcelona y con ella Tortosa, Hostalrich, Peñíscola y Sagunto. Finalmente, abandonaron sus posiciones los defensores de Figueras. La guerra había terminado y tras seis años de guerra brutal, que había devastado la nación y al precio de centenares miles de víctimas, los españoles se había librado de los franceses, del rey intruso y de los invasores, pero desgraciadamente, no se iban a librar tan fácilmente del Antiguo Régimen.

### El *Manifiesto de los Persas*

La victoria aliada era tan incuestionable a primeros de abril, que el mismo día 7, al día siguiente de la abdicación de Napoleón, varios de los ministros y principales apoyos en España del rey José I, como O'Farril, Arce, Urquijo o Llorente, felicitaron a Fernando VII y aseguraron que se ponían a su servicio.

Al negarse, en principio, a ir a Valencia, probablemente el rey y su camarilla buscaban probar la capacidad de resistencia de las Cortes antes de tomar cualquier decisión a favor de la restauración absolutista. En Daroca el 11 de abril y en Segorbe el 15, ya camino de Valencia, una vez que el rey decidió seguir el itinerario fijado por las Cortes, el monarca tuvo varias reuniones con sus consejeros y en la ruta se le acercó el general Elío, quien manifestó públicamente sus claras intenciones a favor de absolutismo. Un día después hizo su entrada triunfal en la capital del Turia, en una carroza arrastrada por absolutistas, pues varios fanáticos *serviles* había pedido el honor de reemplazar a los caballos. Junto a la España de la Constitución de Cádiz estaba naciendo el país del *"¡Vivan las caenas!"*

Unos días después, el 16, la entrada del rey Fernando en Valencia en la fecha en la que en Madrid se celebró un *Te Deum* en acción de gracias por la ocupación aliada de París, fue todo un espectáculo. Las masas le aclamaban sabiendo que la guerra había terminado y el poder del rey iba lentamente creciendo y no sólo por la declaración del general Elío, sino por muchos más indicios que hicieron que la camarilla fuese dándose cuenta de que la restauración absolutista era posible, pero que no se podía demorar demasiado. En Valencia se encontraban dos personas que hicieron entrega al monarca de dos documentos muy distintos. El primero era el cardenal Borbón, que en nombre de la Regencia le dio un ejemplar de la Constitución de 1812. El segundo era Bernardo Mozo de Rosales, que le entregó un manifiesto absolutista que firmado por 69 diputados empezaba diciendo: *"Era costumbre de los antiguos persas..."*

El documento aludía a la tradición y a las leyes fundamentales del reino que debían de ser consideradas la verdadera Constitución, sin que debiese considerarse ningún otro texto y en función de las cuales debía ser derogada la Constitución liberal de 1812. El problema para los enemigos de la Constitución era que tendrían que usar la fuerza si querían que no se aplicase y lo cierto es que no tardaron en hacerlo. Al día siguiente, el 17 de abril, el general Elío, capitán general y comandante del 2° Ejército, ordenó a sus tropas desfilar ante el rey y juró otorgarle todo el poder. El rey ya no necesitaba dudar, se acababa de producir el primero de los pronunciamientos militares de la España moderna, que como una pesadilla recurrente llenarían de oprobio y vergüenza los siglos XIX y XX de nuestra nación.

68 Baste como ejemplo que el número de nobles de alta alcurnia entre los generales había pasado del 23% en 1808 a sólo el 14% en 1814 y más notable aún era el cambio experimentado en el cuerpo de oficiales.

69 Gleig menciona que los oficiales que conoció en Toulouse *"se daban tanta importancia como si su bravura hubiera liberado a España y destronado a Napoleón"*.

## Atardecer

*Puerta de Alcalá, 3 de mayo de 1814*

Una soleada tarde de primavera, seis años después del alzamiento del pueblo de Madrid y del bando del alcalde de Móstoles pidiendo a los españoles tomar las armas para defender a su patria, un piquete de húsares apareció en la entrada oriental de Madrid. Los aturdidos y mal vestidos voluntarios que guardaban el puesto se sorprendieron de los lujosos dolmanes y pellizas azules de los jinetes recién llegados y de sus impresionantes *colbacs* de piel de oso. Desde luego no se parecían mucho a los harapientos y descuidados soldados que estaban habituados a ver, de hecho, podían ser ingleses... o, al menos, eso les pareció a primera vista. Sin embargo, pronto salieron de dudas, pues el oficial al mando del destacamento identificó a su unidad, indicando que pertenecía al Regimiento de Caballería Ligera Húsares de Almansa y que formaban parte de vanguardia de la División Independiente del general Whittingham, en ruta desde Valencia hasta la capital. De inmediato, la mayor parte de los húsares partieron hacia la Puerta del Sol, en tanto varios pelotones armados con sus tercerolas desmontaban y tomaban posiciones en torno a la puertas del Retiro y Alcalá. Apenas unas horas después un grupo de dragones, con brillantes uniformes amarillos, cascos y armados con largos fusiles, llegaban al mismo lugar y comenzaban a desplegarse discretamente en los puntos clave de la ciudad, en medio de la curiosidad de los paseantes. Eran la vanguardia de las tropas encargadas de garantizar el nuevo orden que se iba a imponer en Madrid.

En los días siguientes, las tropas del general Elío, apoyadas por la división de Whittingham, al completo de efectivos, se hicieron con el control de la capital. El 4 de mayo el rey dio el paso decisivo que muchos estaban esperando y declaró nula y sin efecto, por medio de un Real Decreto, toda la construcción edificada con esfuerzo y lucha por las Cortes de Cádiz. El día 5 Fernando VII iniciaba desde Valencia su marcha triunfal hacia Madrid, en medio del entusiasmo popular exaltado por el clero. Los jefes del ejército, la única fuerza que podía oponerse a la reinstauración del absolutismo, juraron obediencia al monarca y la noche del 10 de mayo el general Eguía, capitán general de Castilla, hizo ocupar con sus soldados las

Cortes. Su presidente, Antonio Joaquín Pérez, era uno de los signatarios del *Manifiesto de los Persas* y, por supuesto, no presentó ninguna oposición.

Poco después comenzaron los arrestos y detenciones de los más destacados defensores de la Constitución, miembros de la Regencia, ministros o diputados y, el 11, en un acto *espontáneo*, se destruía el monumento erigido en honor a la Constitución de Cádiz en Madrid, acción vandálica que pronto sería imitada en el resto del país.

Para la desgracia y amargura de las generaciones futuras habían nacido las *dos Españas*.

## Epílogo

El 30 de abril de 1814, las potencias victoriosas firmaban el Tratado de París, por el que Luis XVIII era proclamado rey de Francia, nación que retrocedía a las fronteras de 1792. En el conflicto, España había jugado un papel fundamental en la victoria aliada, aún a pesar de que para Napoleón se trató siempre de un escenario secundario y dejó de prestarla atención tras el fracaso de la expedición de Massena a Portugal en 1810. La "úlcera española", en palabras del propio emperador, se iba a convertir en un problema sin solución, pues ofrecía además a los británicos un escenario en el que desgastar a su enemigo. Es posible que Napoleón entendiese pronto el error que había cometido, pero fue incapaz de encontrar una solución. Enfrentado a una resistencia popular, a los animosos e improvisados ejércitos españoles y a los ejércitos regulares de Gran Bretaña y Portugal, los franceses no lograron ni aniquilar a las guerrillas ni imponerse en campo abierto a los aliados.

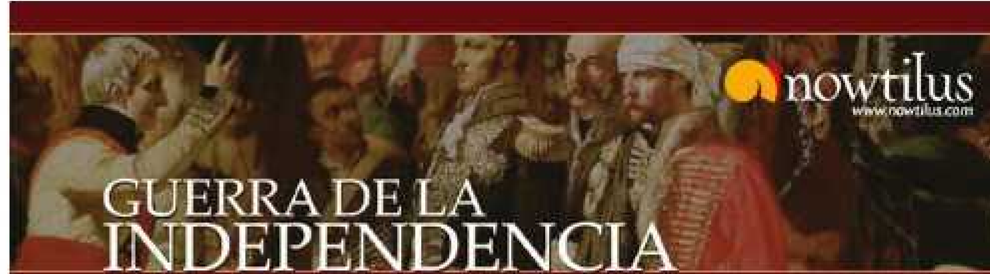
La verdad es que es muy discutible que las tropas destinadas en España hubiesen servido de ayuda en la campaña austriaca de 1809 —en la que a la postre los franceses obtuvieron una victoria aplastante—, pero lo que es seguro, es que la nación centroeuropea jamás se habría levantado en armas de nuevo contra los franceses si el emperador y una parte sustancial de sus tropas no hubiesen estado enredadas en la Península Ibérica. En cuanto a Rusia, los veteranos destacados en España en 1812 eran de una calidad considerablemente mejor que el conjunto multinacional que acompañó a *La Grande Armeé* en sus desastrosa campaña e, indiscutiblemente, hubiesen cambiado el estado de las cosas en caso de haber estado allí o, por lo menos, Napoleón hubiese podido detener a los rusos en las llanuras de Alemania si hubiese contado con los veteranos del ejército que se consumía en España en una durísima y estéril lucha.

Para las naciones peninsulares, la guerra fue desastrosa. Tras seis años de terrible guerra España y Portugal estaban completamente devastadas. Casi medio millón de españoles habían muerto por causa directa de la guerra o por sus efectos, como el hambre y las epidemias. Para una población que no llegaba a los doce millones de habitantes el desastre fue espantoso y sus efectos indirectos se notaron aún más en los cinco últimos años de la década. Pero, por desgracia, la guerra

provocó otros efectos indeseables. La labor de armónica de crecimiento y desarrollo de finales del siglo XVIII había sido destruida, junto a ciudades, caminos y gran parte de los puentes, la industria embrionaria, la agricultura y la ganadería estaban arruinadas, pero lo peor fue que la revolución iniciada en España no se había consolidado y el frágil régimen constitucional, que carecía en realidad de una fuerte base popular de apoyo quedó herido de muerte.

Por si estas desgracias fueran poco, la incompetencia del nuevo gobierno, su desidia y la personalidad siniestra y mezquina del rey Fernando, impidieron que nuestro país obtuviese la recompensa que mere-cía su esfuerzo. Quizás sean las palabras de Thiers las que mejor definen la decepción que supuso para España el Congreso de Viena, cuando escribió que *"sí había un país menos satisfecho que todos los demás, y más justamente indignado de las decepciones que pagaban sus esfuerzos, era España. Había derramado torrentes de sangre y sostenido una lucha heroica para recuperar sus reyes, y por el precio de la sangre vertida y de esa lucha heroica no había obtenido sino una tiranía estúpida y ordinaria"*.

Este fue a la postre el pago que recibió el pueblo español por seis años de sacrificio y lucha.




Carlos Canales Torres

Esta obra nos adentra en una de las mayores crisis de la Historia de España. Carlos Canales analiza cómo el conflicto arruinó la economía y destruyó gran parte de las infraestructuras heredadas de la Ilustración, pero también cómo vio la luz la Constitución Liberal de 1812, considerada el nacimiento de la España Moderna.

Los seis años que transcurren entre 1808 y 1814 se encuentran entre los más importantes de nuestra historia, ya que de ellos, para lo bueno y para lo malo, nació la España contemporánea. Para nuestra nación, que tras el alzamiento de 1808 jugó un honroso papel en el conflicto europeo, en el que dio alas y alentó la resistencia en Europa entera, la guerra fue un terrible desastre. Probablemente, si las cosas hubiesen sido de otra manera, las reformas que debían conducir a España a la modernidad se habrían ido imponiendo de una forma u otra, pues aunque es seguro que habría habido una enorme resistencia de los sectores más inmovilistas, también es verdad que poco a poco las ideas ilustradas iban calando en una burguesía, todavía débil, pero cada vez más pujante.

La guerra aceleró el proceso, por lo que es importante destacar la revolución interior sufrida por España durante estos años que vieron nacer nuestra primera Constitución y el comienzo al fin del Antiguo Régimen y condicionó las décadas siguientes, al no lograrse un acuerdo efectivo que satisficiera a todos los poderes enfrentados y que impulsó un conflicto entre los legitimistas monárquicos y los liberales o constitucionalistas que duraría con diversas formas la mayor parte del siglo XIX.